

EDGAR RICE BURROUGHS

Regreso a la edad de piedra



de

Cuando el O-220 abandonó el mundo interior de Pellucidar, dejó atrás a un miembro de su tripulación, un hombre valiente al que dieron por perdido para siempre entre los inexplorados horrores de aquella tierra primigenia. En *Regreso a la Edad de Piedra* se narran las extraordinarias aventuras a las que ha de hacer frente este naufrago del mundo exterior, el teniente von Horst, en su intento por llegar hasta el Imperio de David Innes, el único lugar que le puede acoger en el primitivo Pellucidar. Carente del sentido del hogar de los nativos, deberá apoyarse en sucesivos aliados para encontrar su camino entre las más extraordinarias tribus humanas, desde los hombres-mamut a los caníbales gorbis. Finalmente, tras convertirse en un auténtico hombre de la edad de piedra, von Horst encontrará en La-Ja, una mujer de las cavernas, motivos para replantearse el mundo al que pertenece.



Edgar Rice Burroughs

Regreso a la Edad de Piedra

Pellucidar - 5

ePub r1.0

Titivillus 09.04.16

Título original: *Back to the Stone Age*

Edgar Rice Burroughs, 1937

Traducción: Desconocido

Ilustración cubierta: Frank Frazetta

Ilustración interior: John Coleman Burroughs

Retoque de cubierta: Pipatapalo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Presentación

La llegada del racionalismo, al rasgar el velo de la certeza religiosa de nuestros orígenes, obligó al hombre a intentar rellenar de nuevo las casillas del desconocido camino que había recorrido el ser humano. Para descifrar este enigma hemos seguido dos pautas que para el aprendizaje nos marca nuestra herencia cultural: el cuerpo y el alma.

El cuerpo lo estudiamos con la Paleontología y sobre todo con una de sus ramas, la Paleoantropología. En este sentido, es en el siglo XIX cuando empezamos a saber leer los restos de información que nos devuelve la Tierra, normalmente a través de sus heridas —fallas geológicas, minas— y que, en lo relativo a Europa, parecen por ahora detenerse en Atapuerca y su *Homo Antecessor*.

En cuanto al alma, es en 1877 cuando un antropólogo, Lewis H. Morgan, publica *La Sociedad Primitiva* (*Ancient Society, or Researches in the lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization*). En esta obra, editada en España por Editorial Ayuso en 1971, Morgan nos habla de las sociedades humanas existentes en aquel momento y situadas en estadios primitivos —recolectores, pastores—, que nuestra civilización ya había superado, pero por los que, inevitablemente, habíamos tenido que pasar. De esta fuente, surgida después de los trabajos de Darwin y con conocimientos ya, gracias a las excavaciones y los trabajos de los paleontólogos, de restos humanoides reconocidos y estudiados, es de donde beben tanto Engels para su trabajo *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* como J. H. Rosny para toda la colección de textos prehistóricos con los que nos va a deleitar en ese fin de siglo. Hoy en día tenemos importantes obras que nos hablan de estas épocas primitivas, como pueden ser los libros de Jean M. Auel, Michael y Kathleen Gear y demás epígonos, si bien estos, al narrar un tiempo cerrado, ajeno al hombre moderno, podríamos considerarlos como

novelas históricas referidas a tiempos protohistóricos, siguiendo la pauta de Rosny en la serie de *En busca del fuego* (*La Guerre du Feu*, *Le Fèlin Gèant*, *Vamireh*, *Eyrimah*, *Helgyor du Fleuve Bleu*).

Los mundos prehistóricos de Edgar Rice Burroughs pertenecen más bien al campo de la invención, y aun cuando es innegable que sigue las pautas de Morgan para los tipos de comportamiento de sus pellucidaros —utilizando los niveles inferior y medio del estadio al que Morgan denomina «barbarie»— no es menos cierto que se encuentra más cerca de Jules Verne en su *Viaje al centro de la Tierra* (*Voyage au Centre de la Terre*, 1864) y de Arthur Conan Doyle en *El Mundo Perdido* (*The Lost World*, 1912) que de los autores que anteriormente hemos mencionado. Sin embargo, es en estas obras donde, con absoluta falta de respecto a la verdad histórica, pero con gran alegría para nosotros, los lectores, nos podemos encontrar a nuestros ancestros haciendo frente a criaturas con las que nunca coexistieron, los famosos dinosaurios, a los cuales, gracias a una nueva vuelta de tuerca científica —ADN y clones—, podemos hallar de nuevo en el mercado de la actualidad con Michael Crichton y su *Parque Jurásico*.

Los autores distinguen dos grandes bloques para dividir estos encuentros de hombres «actuales» con los de otros tiempos, bloques que podemos denominar como «diacrónicos» y «sincrónicos». Es obligado, no obstante, hacer antes mención de la brillante idea de Philip J. Farmer en su Serie del Mundo-río, en la que toda la humanidad, desde el primer humanoide hasta el último ser humano antes del fin de la vida en la Tierra tal y como hoy la entendemos, así como unos cuantos extraterrestres que nos invadieron justo antes del cataclismo final, coinciden en un nuevo espacio y tiempo, con lo que el resultado es tanto sincrónico como diacrónico.

1. Diacrónicos: campo dentro del que entrarían los viajes a través del tiempo, viajes que a su vez pueden tener lugar por diversos motivos, desde la utilización de drogas (un buen ejemplo de ello son las obras de Rider Haggard *El niño de marfil*, *Allan en Egipto* y *Allan y los dioses del hielo*), la hipnosis (Edward Bellamy en 1888 con *El año 2000*), la pérdida de conocimiento (Mark Twain en 1899 con *Un yanqui en la Corte del Rey Arturo* o Robert E. Howard en 1934 con *El Valle del*

Gusano y demás relatos que componen el Ciclo de la Memoria Racial), el sueño (William Morris en 1891 y sus *Noticias de ninguna parte*) y, sobre todo, las máquinas que juegan con la dimensión Tiempo, donde citaremos a H. G. Wells y *La Máquina del Tiempo* de 1895 y un precursor español, poco o nada conocido, E. Gaspar y su *Anacronópete*, quien es, en realidad, el autor de la primera máquina viajera en el tiempo —Anacronópete— al publicar su obra en 1887.

2. Sincrónicos: Aquí, a su vez, podemos distinguir dos grandes bloques. En primer lugar, los lugares de la superficie terrestre, desconocidos para el hombre occidental, y en los que la evolución parece haber seguido un curso diferente, como ocurre en la anteriormente citada obra de Conan Doyle, *El Mundo Perdido*, en *El tesoro en la nieve* (*Le trésor dans la neige*) de Rosny y, también, con uno de los mitos de la imaginiería del siglo xx, *King Kong* de Edgar Wallace, heredero en su escena fundamental —Kong con la mujer en lo alto del Empire State Building— de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift y el momento en que un Gulliver enano es sostenido por un mono. En segundo lugar, lo que podríamos denominar como «Otros mundos», dentro de los que entrarían tanto los nuevos planetas en los que se diera una vida humana (primitiva o más adelantada) y de los que la ciencia ficción narrativa puede poner tantos ejemplos, como los nuevos mundos existentes dentro del nuestro.

Es en este último apartado en el que estaría, plenamente y por derecho, la obra que estáis a punto de leer, *Regreso a la Edad de Piedra* (*Back to the Stone Age*), publicada originalmente por entregas en la revista *Argosy Magazine* del 9 de enero al 13 de febrero de 1937 y editada posteriormente en forma de libro en ese mismo año. Os dejamos con ella, esperando que este breve recorrido por la narrativa fantástica de otros mundos y de otras épocas haya avivado vuestro interés por su lectura, pues, al fin y al cabo, de eso es de lo que se trata.

Capítulo I

Muerte en vida

El eterno sol de mediodía de Pellucidar contemplaba desde el cielo una escena de la que la corteza exterior no había sido testigo durante incontables eones, una escena como solo el mundo interior situado en el corazón de la Tierra podía producir.

Cientos de tigres de dientes de sable empujaban a incontables herbívoros hacia un claro de la inmensa selva y dos hombres blancos procedentes de la corteza exterior se hallaban allí para verlo; dos hombres blancos y varios guerreros negros de la lejana África.

Aquellos hombres, junto a otros de su especie, habían llegado en un gigantesco dirigible a través de una abertura existente en el polo norte del planeta ante el urgente requerimiento de Jason Gridley. Pero esa historia ya ha sido contada. Lo que viene a continuación es la historia de uno de ellos, el que desapareció.

—Me parece imposible —exclamó Gridley—, que a quinientas millas bajo nuestros pies haya automóviles cruzando las atestadas avenidas de nuestras ciudades, que el telégrafo, el teléfono y la radio sean algo cotidiano, que millones y millones de vidas puedan existir sin necesidad de tener que usar un arma para defenderse, y que, en el mismo instante, nos hallemos aquí, haciendo frente a colosales tigres de dientes de sable en un paraje hostil y salvaje como no ha existido en nuestro mundo desde hace miles de años.

—¡Mirad! —exclamó von Horst—. ¡Mirad todo lo que han empujado al claro y todavía vienen más!

Ante ellos se encontraban enormes bestias que se asemejaban a gigantes toros de peludas pieles y largos y abiertos cuernos.

También había ciervos y gamos rojizos de un tamaño enorme; había mastodontes, mamuts y también una extraña criatura similar a un elefante, aunque no lo era en absoluto. Su inmensa cabeza mediría cuatro pies de largo y tres de ancho. Poseía una trompa corta y poderosa y desde su mandíbula inferior poderosos colmillos se curvaban hacia lo alto, doblándose sus puntas hacia dentro. Su alzada llegaba al menos a los diez pies y su tamaño excedía de veinte pies de largo. Sin embargo, toda aquella semejanza que tanto recordaba a un elefante, se veía disminuida por sus dos pequeñas orejas, más parecidas a las del cerdo.

Los dos hombres blancos, olvidándose momentáneamente de los tigres que se encontraban a sus espaldas, ante el asombro que les causaba la visión que tenían frente a ellos, se detuvieron y miraron boquiabiertos la enorme colección de criaturas reunidas en la explanada. No obstante, enseguida se hizo evidente que si querían salir de allí con vida tenían que alcanzar el refugio que ofrecían los árboles antes de que se vieran arrastrados por los dientes de sable o aplastados por los aterrorizados herbívoros, los cuales ya estaban batiendo los alrededores buscando una vía de escape.

—Todavía hay una abertura delante de nosotros, bwana — señaló Muviro, el jefe negro de los waziris.

—Tendremos que correr hacia ella —dijo Gridley—. Las bestias ahora miran en nuestra dirección. Haremos una descarga cerrada y las empujaremos hacia los árboles. Si embisten contra nosotros, que cada cual busque su propia salvación.

La descarga les hizo retroceder por un instante; pero cuando las bestias vieron a los grandes felinos que se hallaban a su espalda, se giraron de nuevo hacia los humanos.

—¡Aquí vienen! —gritó von Horst.

Los hombres empezaron a correr, tratando de alcanzar los árboles que ahora ofrecían el único refugio posible.

Gridley fue derribado por un enorme gamo, pero consiguió levantarse de un salto, justo a tiempo para apartarse del paso de un veloz mastodonte y conseguir alcanzar un árbol en el preciso instante en que el grueso de la estampida se cernía sobre él. Un momento más tarde, ya temporalmente a salvo entre las ramas del árbol, buscó con la mirada a sus compañeros; pero ninguno de ellos se hallaba a la vista. Ningún ser tan frágil como el hombre podía

haber sobrevivido ante aquella avalancha de saltarinas, enloquecidas y aterrorizadas bestias. Estaba convencido de que algunos de sus camaradas debían de haber conseguido llegar a salvo hasta la selva, pero temía por la suerte de von Horst, que se encontraba bastante más retrasado que los waziris. Sin embargo, el teniente Wilhelm von Horst había logrado escapar. De hecho, había logrado introducirse a la carrera en plena selva sin necesidad de subirse a los árboles. Se había dirigido hacia la derecha de los fugitivos animales, mientras que estos, al penetrar en la foresta, habían virado a la izquierda. Podía oírles tronar en la distancia, chillando, barritando, gruñendo, bramando.

Sin respiración, prácticamente exhausto, se sentó al pie de un árbol para recuperar el aliento y descansar. Se hallaba muy fatigado y cerró los ojos por un instante. En ese momento el sol se encontraba directamente encima de su cabeza. Cuando los volvió a abrir, el sol seguía en el mismo lugar. Comprendió que se había quedado dormido, aunque pensaba que solo había transcurrido un momento, cuando en realidad había pasado mucho más tiempo. Cuánto, quién lo puede saber, pues no existe forma de medir el transcurso del tiempo en un mundo en el que este no existe, en un mundo en el que un sol estacionario cuelga eternamente en su cénit.

La selva se encontraba extrañamente silenciosa. Ya no se oía el barritar ni el chillar de los herbívoros, ni tampoco los rugidos y los gruñidos de los felinos. Llamó en voz alta a sus amigos para atraer su atención; pero no obtuvo ninguna respuesta. Decidió entonces emprender su busca, tomando lo que creyó ser una ruta directa hacia el campamento principal, en el que se hallaba estacionado el dirigible, y hacia donde estaba seguro de que ellos se acabarían dirigiendo. Sin embargo, en lugar de encaminar sus pasos hacia el norte, como debería haber hecho, lo hizo hacia el oeste.

No obstante, quizás fue afortunado al hacerlo así, pues enseguida percibió unas voces. Se detuvo y escuchó con atención. Se trataba de hombres que se aproximaban. Les oía con claridad, pero no lograba identificar su idioma. Existía la posibilidad de que fueran amigos, si bien, en aquel mundo salvaje, lo dudaba. Avanzó por el sendero que había estado siguiendo y se ocultó detrás de unos arbustos. Un momento más tarde, los hombres a los que había oído aparecieron ante su vista. Se trataba de Muviro y sus guerreros

que hablaban en el dialecto de su propia tribu. Al verles, von Horst salió a su encuentro. Se hallaban tan alegres de haberle encontrado, como él de haberles encontrado a ellos. Ahora, si conseguían dar con Gridley, la felicidad sería completa. Sin embargo, no lo encontraron a pesar de que le buscaron durante mucho tiempo.

Muiri no sabía mucho mejor que von Horst la dirección en que se hallaba el campamento. Tanto él como sus guerreros se veían mortificados por el hecho de pensar que ellos, los waziris, pudieran haberse perdido en una selva. Tras intercambiar opiniones, les pareció evidente que cada uno había recorrido un amplio círculo, en direcciones opuestas, desde el momento en que se habían separado. Solo de ese modo podían explicarse que hubieran venido a encontrarse frente a frente, toda vez que todos insistían en que en ninguna ocasión habían retrocedido sobre sus pasos.

Los waziris no habían dormido y estaban agotados. Von Horst, por el contrario, sí lo había hecho y se hallaba más descansado. Por tanto, cuando encontraron una caverna capaz de albergarles a todos, los waziris se adentraron en su interior y se tendieron a dormir, mientras que von Horst se sentaba a la entrada e intentaba hacer planes para el futuro. Estaba tranquilamente sentado, cuando un enorme jabalí pasó ante él. Consciente de que necesitaban comida, se levantó de un salto y partió en su persecución. Había desaparecido tras un recodo del sendero, pero, sin embargo, aunque sabía que debía hallarse a su lado, muy cerca de él, no fue capaz de volver a echarle la vista encima. Había tal cantidad de senderos cruzando y entrecruzándose que al poco tiempo se sintió confundido y decidió regresar a la caverna.

Caminó una distancia considerable antes de darse cuenta de que se había perdido. Llamó en voz alta a Muiri pero no obtuvo respuesta alguna. Entonces se detuvo y, cuidadosamente, intentó deducir la dirección en que se encontraba la cueva. De forma instintiva miró al sol, como si este fuera capaz de ayudarlo. Seguía colgando en su cénit. ¿Cómo demonios iba a poder trazar una ruta en un lugar en el que no había estrellas, sino tan solo un sol que permanecía eternamente inmóvil sobre su cabeza? Juró en voz baja y echó a andar de nuevo. Lo único que se podía hacer era tratar de hacerlo lo mejor posible.

Durante lo que le pareció un largo periodo de tiempo se esforzó

en su tarea, pero no pareció sacar nada en claro. A menudo, de manera instintiva, volvía a mirar de reojo hacia el sol; aquel sol que no le proporcionaba ninguna orientación ni tampoco señal alguna del transcurso del tiempo. Finalmente llegó a odiar a aquel brillante orbe que parecía estar burlándose de él.

La jungla y la selva rebosaban de vida. Flores, frutos y nueces crecían con profusión, lo que le hacía no temer por la variedad de alimento, si bien apenas podía saber cuáles podía comer con seguridad y cuáles no. Estaba hambriento y sediento. Esto último era lo que más le preocupaba. Disponía de una pistola y de abundante munición. En aquel copioso terreno, abundante de caza, siempre podría proveerse de carne, pero necesariamente tenía que encontrar agua. Siguió avanzando. Ahora, más que a sus compañeros o el campamento, lo que buscaba era agua. Comenzaba a sufrir los efectos de la sed y de nuevo se sentía soñoliento y cansado. Consiguió matar de un disparo a un enorme roedor y se bebió su sangre. Luego hizo un fuego y cocinó la pieza. Bajo la superficie estaba a medio hacer, e incluso en algunas partes simplemente chamuscada. El teniente Wilhelm von Horst era un hombre acostumbrado a la buena comida, preparada de manera adecuada y correctamente servida. Pero en aquella ocasión devoró el cuerpo de su insípida presa como un lobo famélico; incluso llegó a pensar que ningún otro alimento le había parecido jamás tan sabroso. Desconocía cuánto tiempo llevaba sin comer. De nuevo volvió a dormir, esta vez sobre un árbol, pues a través del follaje había divisado una enorme bestia; un animal de poderosos colmillos y ojos llameantes.

Una vez más, cuando despertó, fue incapaz de saber cuánto había dormido, aunque el hecho de que se sintiera completamente descansado le sugirió que debía haber pasado mucho tiempo. Pensó en la posibilidad de que en un mundo en el que no existía el tiempo, un hombre pudiera ser capaz de dormir tanto un día como una semana. ¿Cómo iba alguien a saberlo? La idea le intrigó. Comenzó a preguntarse cuánto tiempo habría transcurrido desde el momento de su partida del dirigible. Únicamente el hecho de que no hubiera satisfecho su sed desde que se había separado de sus compañeros, le indicaba que no podía haber transcurrido más de un par de días. Pero ahora sí que sufría de verdad por la falta de agua.

No podía pensar en otra cosa. Y se puso a buscarla. ¡Tenía que encontrar agua! Si no lo hacía, moriría; moriría allí, solo, en aquella terrible selva, su último lugar de descanso, eternamente desconocido para cualquier otro ser humano. Von Horst era un ser social y semejante idea le repugnaba. No tenía ningún miedo a morir, pero aquel le parecía un final demasiado inútil. Además era muy joven; ni siquiera había llegado a los treinta.

En aquel momento se hallaba siguiendo un sendero de caza. Allí había muchos que se cruzaban y se entrecruzaban a través de toda la selva. Alguno de ellos debía conducir a donde hubiera agua; ¿pero cuál? Había optado por el que estaba siguiendo porque era el más amplio y se veía más claramente marcado que los demás. Muchas bestias debían haberlo surcado y, posiblemente, dada su profundidad, durante un tiempo incalculable, así que von Horst dedujo que la mayoría de animales seguirían una senda que llevase hasta un lugar en el que hubiera agua, que otra que no lo hiciera. Y estaba en lo cierto. Cuando por fin llegó a un pequeño río, lanzó una exclamación de alegría y echó a correr hacia él, arrojándose de cabeza sobre la orilla. Bebió a grandes tragos. Tal vez debió de haberle sentado mal, pero no lo hizo. Era un arroyo pequeño y cristalino que corría entre peñascos sobre un lecho arenoso; una verdadera preciosidad de río que transportaba en su seno, a través de la selva y de las tierras más bajas, la serenidad y la belleza de las montañas que lo habían visto nacer. Von Horst enterró su rostro en el agua y dejó que esta se arremolinase sobre sus brazos desnudos; ahuecó sus manos, las hundió en el agua y las sacó para verter el líquido elemento sobre su cabeza. Se deleitó en ella. Sintió que nunca antes había conocido una lujuria tan extraña, tan deseable. Sus problemas se habían desvanecido. Ahora todo estaba solucionado. ¡Tenía agua! ¡Se había salvado!

Al levantar la mirada, vio que sobre la orilla opuesta del pequeño río se hallaba agazapada una criatura como jamás había visto en ningún libro; una criatura cuyos huesos sin duda jamás habían visitado ningún museo. Parecía un gigantesco canguro alado con cabeza de reptil; una cabeza similar a la del pterodáctilo en su longitud y en su poderosa mandíbula repleta de colmillos. Observaba a von Horst de forma intensa, con sus fríos y reptilianos ojos carentes de párpados mirándole inexpresivamente. Había algo

terriblemente amenazador en aquella mirada fija. El hombre comenzó a levantarse lentamente y, en ese momento, la espantosa criatura cobró vida. Con un siseante chillido salvó el pequeño riachuelo de un único y poderoso salto. Von Horst se giró para correr mientras tiraba de la funda de su pistola; pero antes de que consiguiera desenfundarla, antes de que pudiera hacer cualquier intento por escapar, la criatura se abalanzó sobre él y le derribó al suelo. A continuación le agarró con sus zarpas, similares a garras, y le alzó en el aire, observándole. Sentado erecto sobre su amplia cola mediría unos quince pies de altura y, de cerca, sus fauces daban la sensación de ser lo suficientemente grandes como para engullir de un solo bocado a la diminuta cosa-hombre que miraba con pavor hacia ellas.

Von Horst creyó que había llegado su fin. Se hallaba indefenso ante la firme presa de aquellas poderosas garras, bajo una de las cuales, la mano que trataba de alcanzar su pistola permanecía pegada a su costado. La criatura parecía recrearse en la contemplación de von Horst, aparentemente planteándose donde lanzar el primer bocado; o al menos así se lo parecía a von Horst.

En el punto donde el arroyo se cruzaba con el sendero se distinguía una abertura en el dosel que formaban las hojas de la masa selvática. A través de ella, el eterno sol de mediodía vertía sus brillantes rayos sobre el ondulante río, sobre el verde césped, sobre la monstruosa criatura y sobre su, en comparación, diminuto cautivo. El reptil, si es que lo era, volvió sus fríos ojos hacia arriba, hacia la abertura. Luego dio un salto en el aire y, mientras lo hacía, desplegó sus alas y aleteó lúgubrementemente hacia el cielo.

Von Horst se quedó paralizado por la aprensión. Recordó las historias que había leído sobre determinadas aves del mundo exterior que transportaban a sus presas hacia lo alto y luego las mataban dejándolas caer al suelo. Se preguntó si aquel sería su destino y dio gracias a su Hacedor de que hubiera pocas personas que pudieran llorar su muerte: no tenía esposa ni hijos a los que dejar desvalidos y sin protección, ni tampoco nadie que llorase su pérdida y se lamentase por un amor que nunca regresaría.

Ahora sobrevolaban la selva. La extraña perspectiva sin horizonte se extendía en todas direcciones, desvaneciéndose gradualmente en la distancia a medida que desaparecía del alcance

de la visión humana. Más allá de la selva, en la dirección que seguía la criatura, se divisaba un terreno abierto con quebradas colinas y montañas. Von Horst podía distinguir ríos, lagos y, en la lejana, brumosa, distancia, lo que parecía ser una gran masa de agua, posiblemente algún mar interior o un vasto e inexplorado océano. En cualquier dirección que mirase yacía lo desconocido.

Su situación no era la más adecuada para rendirse a la contemplación del paisaje, pues no era un factor de vital importancia; pero, enseguida, cualquier interés que sintiera al respecto desapareció definitivamente. El monstruo que le transportaba aflojó repentinamente su presa. Von Horst pensó que iba a dejarle caer y creyó llegado su fin, musitando una pequeña plegaria. La criatura le alzó unos cuantos pies y luego le introdujo en una oscura y maloliente bolsa que abrió con su otra garra. Cuando liberó su presa, von Horst se vio envuelto en una total oscuridad. Durante un instante vaciló al tratar de explicarse su nueva situación. Después, empezó a comprender que se hallaba en la bolsa ventral de un marsupial. Era caliente y sofocante, y creyó que se iba a ahogar, pues el hedor del reptil casi le hacía perder el sentido. Cuando ya no pudo soportarlo más, se impulsó hacia arriba, hasta que su cabeza asomó por la abertura de la bolsa.

La criatura ahora volaba horizontalmente y la visión del hombre prácticamente se reducía a lo que quedaba por debajo de él. Aún sobrevolaban la selva. El follaje, asemejándose a onduladas nubes de color esmeralda, parecía apacible e inquietante. Von Horst empezó a preguntarse por qué le estaba transportando con vida y palideció. Sin duda, le llevaba a algún nido o guarida para servir de alimento; tal vez le destinaba a una camada de espantosas crías. Palpó su pistola. Con qué facilidad podría abrir fuego sobre aquel caliente y vibrante cuerpo. ¿Pero qué sacaría de ello? Significaría una muerte casi segura; probablemente de una manera lenta, si es que no moría instantáneamente, puesto que la única alternativa eran unas heridas fatales. Decidió abandonar aquella idea.

La criatura volaba a una velocidad sorprendente teniendo en cuenta su tamaño. La selva salió de su campo de visión y comenzaron a sobrevolar una llanura dotada de árboles, donde descubrió muchísimos animales pastando o descansando. Había grandes ciervos rojizos, enormes gamos y unas primitivas reses

recubiertas de peludas pieles. Cerca de unos matojos de bambú que bordeaban un río distinguió una manada de mamuts. También había otra serie de animales que von Horst fue incapaz de clasificar. En breve sobrevolaron una serie de bajas colinas, dejando atrás la llanura, y más tarde un áspero terreno volcánico formado por negras y yermas colinas en forma de cono. Entre aquellos conos y a su alrededor se alborotaba el inevitable verdor tropical de Pellucidar. Solo allí donde no crecían las raíces podía encontrarse un punto en el que hacer pie. Un rasgo peculiar de aquellos conos llamó la atención de von Horst: había una abertura en la cima de muchos de ellos, dándoles la apariencia de extintos volcanes en miniatura. Su tamaño variaba entre los cien y los varios cientos de pies de altura. Mientras los contemplaba, su captor comenzó a volar en círculos sobre una de las cimas de mayor tamaño; luego se dejó caer directamente en el abierto cráter y descendió hasta su fondo, que se hallaba iluminado por el haz de luz procedente del sol que permanecía eternamente en su cénit.

Cuando la criatura le sacó del interior de la bolsa, von Horst no pudo percibir con claridad el interior del cráter. Sin embargo, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad circundante, descubrió lo que parecían ser los cadáveres de muchos animales y hombres que yacían en un gran círculo alrededor del interior del cono; sus cabezas miraban hacia la parte exterior. El círculo no estaba totalmente completo, sino que se veía un hueco de varias yardas. Entre las cabezas de aquellos cuerpos y la pared del cono se hallaban alineadas varias esferas de color marfil de unos dos pies de diámetro.

Aquello fue todo lo que von Horst pudo percibir de un breve vistazo, puesto que en ese momento se vio interrumpido al verse bruscamente izado en el aire. La criatura le había levantado y situado frente a ella, hasta que su cabeza se encontró al mismo nivel que la suya; luego el hombre sintió un agudo y molesto dolor en la parte de atrás del cuello, en la base de su cerebro. Hubo un instante de dolor y de momentánea náusea, y después, una repentina pérdida de los sentidos. Era como si estuviera muerto de cuello para abajo. Fue consciente de ser transportado hacia la pared del cono y de ser depositado en el suelo. Todavía podía ver, y, al intentar girar su cabeza, comprobó que también esto era capaz de hacerlo. A

continuación, vio como la criatura que le había llevado hasta allí saltaba en el aire, desplegaba sus alas y salía volando lúgubrementemente a través de la boca del cráter.



Capítulo II

El pozo del horror

Cuando von Horst yació en aquella oscura caverna de muerte y contempló su situación, deseó haber muerto cuando tuvo la oportunidad y el poder de hacerlo. Ahora se hallaba indefenso. El horror de la situación comenzó a adueñarse de él hasta que temió volverse loco. Intentó mover una de sus manos, pero era como si no existieran. No podía sentir las, ni tampoco ninguna otra parte de su cuerpo por debajo del cuello. Hizo girar su cabeza hacia un lado. Había sido situado al final de la hilera de cuerpos, a un lado del hueco que faltaba para completar el círculo. Al otro lado de aquel hueco se hallaba el cuerpo de un ser humano. Moviendo la cabeza en dirección opuesta, vio que a su lado también yacía tendido otro hombre. En ese momento, algo llamó su atención: una serie de crujidos y golpes que procedían del lado contrario. Una vez más, movió su cabeza para poder descubrir qué era lo que se hallaba vivo en aquella cámara de muerte.

Sus ojos se posaron en una de las esferas de color marfil. Se hallaba situada prácticamente detrás del cuerpo que se encontraba en el otro extremo del hueco. La esfera se estaba sacudiendo de un lado a otro. Los sonidos parecían proceder de su interior y cada vez eran más fuertes e insistentes. Finalmente la esfera se balanceó y rodó a un lado. Entonces apareció en ella una grieta; un rasgado agujero se formó en su superficie y una cabeza surgió a través de él. Era una imitación en miniatura de la espantosa cabeza de la criatura que le había transportado hasta allí. Ahora el misterio de aquellas esferas estaba resuelto: se trataba de los huevos del gran reptil marsupial. ¿Pero cuál era el propósito de los cuerpos?

Von Horst, fascinado, observó cómo la pequeña y horrible criatura se abría camino desde el interior del huevo. Finalmente, rodó con éxito sobre el suelo del cráter, donde yació inerte durante algún tiempo intentando recuperarse de sus esfuerzos. A continuación, comenzó a mover sus miembros con tenacidad. En breve, se alzó sobre sus cuatro patas para después sentarse erguida sobre su cola y desplegar las alas. Al principio las agitó débilmente, pero tras unos momentos de incertidumbre lo hizo con más vigor. Luego cayó sobre su abandonado cascarón y lo devoró. Desaparecido el cascarón, se volvió sin vacilación hacia el cuerpo del hombre que se encontraba al otro lado del hueco. Al aproximarse a él, von Horst se quedó horrorizado al descubrir como su cabeza se giraba hacia la criatura con los ojos desorbitados por el pánico. Con un siseante rugido, la pequeña e inmundada criatura saltó sobre su presa. Simultáneamente, un agudo grito de terror brotó de los labios del hombre al que von Horst había tomado por muerto. Con ojos dilatados por el horror, los contraídos músculos de su rostro reflejaban los enloquecidos esfuerzos de su cerebro por reactivar sus paralizados centros nerviosos, intentando forzarles a reaccionar, a huir. Tan palpable era el esfuerzo que hacía por romper los invisibles lazos que lo retenían, que parecía inevitable el que pudiera conseguirlo. Pero la parálisis era demasiado intensa para poder vencerla.

La espantosa cría cayó sobre el cuerpo y comenzó a devorarlo. Aunque posiblemente la víctima no sintiera ningún dolor, sus gritos y gemidos reverberaron en el interior del horroroso cono; al instante, los otros seres, sin duda esperando un destino similar, también alzaron sus voces en una horripilante cacofonía de terror. En ese momento, von Horst se dio cuenta por primera vez de que todos aquellos seres estaban vivos, paralizados al igual que él. Cerró sus ojos para apartarlos de la espantosa escena, pero era imposible que sus oídos evitasen el sonido de la abominable y ensordecedora carnicería.

Giró su cabeza para apartarla del hambriento reptil hacia el hombre que se hallaba tendido a su derecha. Al abrir los ojos, vio que aquel individuo no participaba en el horrible coro y que le observaba con una mirada fija y valorativa. Se trataba de un hombre joven de larga cabellera negra, ojos hermosos y correctas

facciones. Poseía un aire de fuerza y de tranquila dignidad que llamó la atención de von Horst; este, además, se vio favorablemente impresionado por el hecho de que el otro no hubiera sucumbido a la histeria de terror que había hecho presa en los demás ocupantes de la cámara. El joven teniente sonrió y le hizo un gesto con la cabeza. Durante un instante, una débil expresión de sorpresa surcó el rostro del hombre; luego, también sonrió y se dirigió a él en una lengua que el europeo no pudo comprender.

—Lo siento —le dijo von Horst—, pero no puedo entender lo que dices.

Entonces fue el turno del desconocido de negar con la cabeza, indicando su falta de comprensión.

Ninguno de los dos podía entender el idioma del otro, pero ambos se sonrieron. Tenían un lazo en común ante la expectativa de un destino similar. Von Horst sintió que ya no se encontraba solo. Ahora tenía un amigo, lo que suponía una gran diferencia, marcada por el contacto de la camaradería, a pesar de lo desesperado de su situación. En comparación con lo que había sentido antes, ahora casi estaba contento.

Cuando volvió a dirigir su mirada hacia el reptil que acababa de nacer, el cuerpo de su víctima ya había sido completamente devorado. No había dejado ni un solo hueso y, con distendido estómago, se encaminaba hacia el brillante círculo de luz solar que había bajo la abertura del cráter. Luego, haciéndose un ovillo, se dispuso a dormir.

Las víctimas habían vuelto a quedarse en silencio y de nuevo yacían como muertas. Pasó el tiempo, aunque von Horst no fue capaz de calcular cuánto. No sentía hambre ni sed, lo que atribuyó a su parálisis, si bien, ocasionalmente, dormía. Le despertó un batir de alas. Al mirar hacia lo alto, vio como la hedionda cría volaba a través de la abertura del cráter, abandonando así el nido de horror en el que había nacido.

Después de algún tiempo, el adulto regresó con una nueva víctima, esta vez un antílope. Entonces von Horst descubrió como habían sido paralizados tanto él como las demás criaturas. Sosteniendo al antílope a la altura de sus enormes fauces, el reptil le clavó su puntiaguda lengua en la nuca, en la base del cerebro; luego depositó al indefenso animal a la izquierda de von Horst.

En aquella cavidad donde reinaba una muerte en vida y en la que no transcurría el tiempo, no había medios para saber si existía alguna regularidad o algún evento periódico. Las crías salían de sus cascarones, se los comían, devoraban a sus presas —siempre las del extremo más alejado del hueco situado a la izquierda de von Horst—, se dormían a la luz del sol y se alejaban volando, aparentemente para no volver jamás. El reptil adulto regresaba con nuevas víctimas, las paralizaba, las depositaba en el extremo del hueco, cerca de von Horst, y se marchaba. A medida que esto sucedía, von Horst se daba cuenta de que su inevitable destino se hallaba cada vez mucho más cerca.

El hombre situado a su derecha y él, intercambiaban ocasionalmente algunas sonrisas, y, de vez en cuando, cada uno hablaba en su propio idioma. El sonido de sus voces, a pesar de expresar pensamientos que el otro era incapaz de comprender, era amistoso y reconfortante. Von Horst deseó poder conversar. Cuantas eternidades de soledad se aliviarían si ello fuera posible. La misma idea debía pasar a menudo por la mente del otro hombre, y fue él el primero en intentar expresarse para superar el obstáculo que les impedía el pleno disfrute de su forzada camaradería.

—Dangar —dijo en una ocasión en que von Horst volvió su mirada hacia él, intentando indicarse a sí mismo y dirigiendo sus ojos hacia él; al mismo tiempo inclinaba la barbilla hacia su pecho, repitiendo varias veces el intento.

Finalmente von Horst creyó comprender lo que quería decirle.

—¿Dangar? —preguntó, mientras indicaba a su vez al otro.

El hombre sonrió y asintió. Luego pronunció una palabra que, evidentemente, expresaba una afirmación en su propia lengua. A continuación von Horst pronunció varias veces su propio nombre, indicándose a sí mismo del mismo modo en que lo había hecho Dangar. Aquello fue el comienzo. Después empezó a convertirse en un juego de intenso y absorbente interés. No hacían otra cosa y no parecía cansarles. En ocasiones dormían, pero ahora, en lugar de dormir cuando le apetecía a cada uno, ambos esperaban a que el otro deseara hacerlo. De ese modo, pudieron ocupar sus horas de vigilia en aquel nuevo y fascinante entretenimiento de aprender a intercambiar ideas.

Dangar comenzó a enseñar su lengua a von Horst, y dado que

este ya dominaba cuatro o cinco idiomas de la corteza exterior, su aptitud se vio notablemente incrementada, a pesar de que no había ninguna similitud entre aquella lengua y las otras que manejaba.

En circunstancias normales, el procedimiento hubiera sido lento y aparentemente inútil, pero con el apremiante incentivo de su camaradería, y la ausencia de otros elementos perturbadores que no fueran el nacimiento de las crías y su alimentación, progresaron con una rapidez asombrosa. Al menos así se lo pareció a von Horst hasta que este cayó en la cuenta de que, en un mundo sin tiempo, podían haber transcurrido semanas, meses, e incluso años de tiempo terrestre desde el inicio de su encarcelamiento.

Por fin llegó el momento en que Dangar y von Horst pudieron sostener una conversación con relativa fluidez y facilidad. Sin embargo, a medida que progresaban, también lo hacía el espantoso hueco situado en el círculo de muertos vivientes: cada vez se hallaba más cerca de ellos. Dangar sería el primero; von Horst le seguiría después.

Este último temía bastante más el evento de lo que lo hacía el pellucidaro, pues cuando Dangar desapareciera, volvería a quedarse solo, sin nada en que ocupar su tiempo o su mente salvo en el inevitable destino que le aguardaría cuando oyese la ruptura del cascarón y se desatase sobre él una muerte horrible.

Finalmente, solo quedaron tres víctimas entre Dangar y el espantoso hueco. Ya no les quedaba mucho tiempo.

—Sentiré abandonarte —dijo el pellucidaro.

—No estaré solo durante mucho tiempo —le recordó von Horst.

—No; es cierto. En fin, creo que es preferible morir a permanecer aquí, tan lejos de tu propio hogar. Me hubiera gustado que ambos nos hubiéramos podido salvar. Te hubiera llevado a Sari. Es una tierra hermosa, llena de colinas, árboles y fértiles valles. Hay mucha caza y no se encuentra lejos del gran Lural Az. Yo he estado en él, en la isla de Anoroc, que es la que gobierna Ja. A ti te gustaría Sari. Las chicas son muy bellas. Una de ellas me estará ahora esperando, pero nunca me verá regresar a su lado. Se quedará muy triste, aunque supongo que lo superará —suspiró—, y encontrará a otro guerrero que la tome como compañera.

—Me gustaría ver Sari —comentó von Horst.

De repente sus ojos se abrieron con estupor.

—¡Dangar! —exclamó—. ¡Dangar!

—¿Qué pasa? —preguntó el pellucidaro—. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Puedo sentir mis dedos! ¡Puedo moverlos! —exclamó von Horst—. ¡Y también los pies!

—No es posible, Von —exclamó Dangar incrédulo.

—Pues lo es ¡Lo es! Muy poco, pero puedo moverlos.

—¡Es inexplicable! Yo soy incapaz de sentir nada por debajo de mi cuello.

—Los efectos del veneno tienen que estar desapareciendo. Quizás la parálisis me acabe abandonando por completo.

Dangar negó con la cabeza.

—Desde que estoy aquí, nunca he visto que la parálisis abandonase a nadie al que el trodon hubiera clavado su lengua impregnada de veneno. De todas formas, ¿qué más daría? ¿Acaso crees que podrías salir de aquí?

—Creo que sería capaz de hacerlo —repuso von Horst sopesando sus palabras—. He pasado mucho tiempo soñando, planeando e imaginando situaciones desde que estoy atrapado aquí. A menudo he soñado con que me veía libre de la parálisis y lo que haría si eso llegaba a ocurrir. Lo he llegado a planear todo.

—Solo quedamos tres entre la muerte y tú —le recordó Dangar.

—Lo sé. Todo depende de lo rápido que suceda.

—Te deseo suerte, Von; aunque si lo consigues, me temo que no estaré aquí para verlo. A mí solo me separan dos de mi final. El hueco se halla cada vez más cerca.

A partir de ese momento, von Horst concentró todas sus facultades en vencer a la parálisis. Sentía como el aliento de la vida se arrastraba gradualmente sobre sus miembros, si bien, por el momento, tan solo era capaz de mover sus extremidades, y además muy ligeramente.

Otro trodon vio la luz, dejando tan solo una víctima entre Dangar y el espacio que le separaba de la muerte; y después de Dangar le llegaría el turno a él. Cuando la horrible criatura despertó de su sueño a la luz del sol y echó a volar a través de la abertura del cono, von Horst ya era capaz mover sus manos y flexionar sus muñecas. También había conseguido liberar sus pies; pero de qué manera tan lenta, tan espantosamente lenta, estaban regresando sus

facultades. ¿Podía ser tan cruel el destino como para ofrecerle una esperanza tan grande, y luego arrebatársela en el momento decisivo? Un sudor frío comenzó a recorrer su cuerpo mientras sopesaba sus posibilidades: las apuestas estaban terriblemente en su contra.

Si hubiera podido medir el transcurso del tiempo, podría haber sabido el intervalo existente entre la eclosión de los huevos, lo que le hubiera proporcionado una idea aproximada del tiempo que le restaba. Estaba convencido de que los huevos se abrían con un intervalo razonablemente regular, aunque no tenía modo de saber cuál era. Todavía llevaba su reloj de pulsera, pero hacía mucho tiempo que se había parado. En cualquier caso, no podría haberlo consultado, ya que era incapaz de alzar el brazo.

Lentamente, la parálisis fue desapareciendo de sus rodillas y codos. Ahora los podía doblar con toda normalidad y, por debajo de ellos, sentía perfectamente sus miembros. Sabía que si disponía del tiempo suficiente, volvería a encontrarse una vez más en plena posesión de todos los músculos de su cuerpo.

Mientras seguía pugnando por romper los invisibles lazos que le retenían, se abrió otro huevo. Poco tiempo después ya no quedaba ningún cuerpo a la derecha de Dangar; él sería el siguiente.

—Y a continuación iré yo. Creo que habré conseguido liberarme antes de que eso ocurra, pero hubiera deseado poder salvarte.

—Te lo agradezco, amigo —contestó el pellucidaro—, pero ya estoy resignado a morir. Lo prefiero a vivir en mi actual estado: una cabeza unida a un cuerpo muerto.

—Estoy seguro de que no permanecerías así mucho tiempo —comentó von Horst—. Mi propia experiencia me dice que los efectos del veneno al final deben acabar desapareciendo. Normalmente, debe tratarse de una cantidad suficiente como para mantener paralizada a la víctima el tiempo necesario para que sirva de alimento a todas las crías. Si tan solo pudiera liberarme a mí mismo, también podría salvarte a ti. Estoy convencido de ello.

—Hablemos de otra cosa —dijo Dangar—. No soy sino un cadáver viviente, y mantener otras esperanzas solo servirá para atormentarme y hacer que mi inevitable fin sea más amargo.

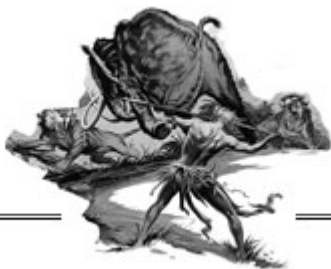
—Como quieras —dijo von Horst encogiéndose de hombros—, pero no podrás evitar que yo siga pensando en ello e intentándolo.

Y así comenzaron a hablar de Sari, de la tierra de Amoz, de dónde procedía Dian la Hermosa, de la Tierra de la Horrible Sombra y de las Islas Hostiles situadas en el Sojar Az. Von Horst comprobó que a Dangar le reconfortaba el recordar aquellos, para él, agradables lugares, aunque cuando el sari describió a los hombres y a las bestias salvajes que los poblaban, pensó que como lugares de residencia dejaban mucho que desear.

Mientras conversaban, von Horst descubrió que podía mover sus hombros y caderas. Un placentero soplo de vida empezaba a bañar todo su cuerpo. Estaba a punto de comunicar las nuevas noticias a Dangar, cuando el horrible sonido que anunciaba la ruptura de otro cascarón llegó simultáneamente a los oídos de ambos.

—Adiós, Von —dijo Dangar—. Las gentes de Pellucidar no solemos hacer muchos amigos fuera de nuestras propias tribus. Para nosotros todos los demás hombres son enemigos a los que matar sino queremos morir a sus manos, pero, sin embargo, yo estoy contento de poderte llamar amigo. Mira, mi fin se acerca.

El trodon recién nacido acababa de devorar su propio cascarón y estaba observando a Dangar. En un momento se abalanzaría sobre él. Von Horst forcejeaba, intentando levantarse, pero algo parecía retenerle todavía. Entonces, con sus horribles fauces entreabiertas, el reptil avanzó hacia su presa.



Capítulo III

La única esperanza

El trodon se hallaba prácticamente encima de Dangar cuando von Horst abrió fuego. Lanzando un agudo chillido, dio un salto en el aire y agitó inútilmente sus alas durante un instante; luego cayó pesadamente al suelo, muerto.

Dangar miró a von Horst con asombro y gratitud.

—Lo has conseguido y te estoy agradecido por ello —dijo—, pero no estamos mucho mejor que antes. ¿Cómo vamos a salir de este pozo? Aunque encontrásemos una manera, yo no podría sacar partido de ella. Ni siquiera puedo mover un dedo.

—Eso ya lo veremos —replicó von Horst—. Cuando la parálisis te abandone hallaremos un modo de salir de aquí, de la misma forma que hemos escapado de la situación en que nos encontrábamos. ¿Qué posibilidades tenías hace un momento de escapar del trodon? Ninguna, absolutamente ninguna. Sin embargo, tú estás vivo y el trodon muerto. ¿Cómo puedes decir todavía que no se puede lograr lo imposible?

—Tienes toda la razón —contestó Dangar—. No volveré a poner en duda lo que digas.

—Ahora hay que ganar tiempo —señaló von Horst.

A continuación, cogiendo a Dangar en brazos, le situó al lado de la última víctima que el trodon adulto había llevado hasta allí; luego se tendió a su lado.

—La próxima cría no nos devorará a ninguno de los dos; estaremos al otro lado de ese hueco —dijo.

—¿Pero qué pasará cuando el trodon regrese con una nueva presa? —preguntó Dangar—. ¿Acaso crees que no descubrirá que

nuestras posiciones han cambiado? Además, está el cuerpo de la cría. ¿Cómo supones que reaccionará cuando lo vea?

—Dudo mucho que el trodon se haya fijado en todos nosotros —contestó von Horst—, pero si lo ha hecho, estaré preparado. Todavía tengo mi pistola y una buena cantidad de munición; y en cuanto a ese pollo muerto, voy a disponer de él inmediatamente. Creo que nos va a ser útil.

Tras decir esto, von Horst se puso en pie y arrastró el cuerpo del pequeño monstruo hasta esconderlo detrás de los huevos. Después lo examinó detenidamente, palpando su piel. Aparentemente satisfecho, sacó su cuchillo de caza y comenzó a despellejar al animal.

Llevó a cabo su tarea rápidamente, aunque de manera cuidadosa, con toda su atención centrada en lo que hacía, por lo que se vio sorprendido cuando la luz del sol que penetraba a través de la boca del cráter fue momentáneamente interrumpida.

Al mirar de reojo, vio al trodon que regresaba con una nueva presa. Al instante se aplastó contra la pared del pozo, agachándose detrás de los huevos. Al mismo tiempo, desenfundó su pistola.

Únicamente los ojos y la parte superior de su cabeza sobresalían por encima de los huevos, así como el negro y frío cañón de su arma, mientras observaba al confiado reptil depositar a su víctima al lado de Dangar. Como había supuesto, la criatura no reparó en el pellucidaro; un momento más tarde, se desvanecía a través de la abertura en busca de una nueva presa.

Sin más interrupciones, von Horst concluyó su tarea. Después arrastró el cuerpo hasta el lugar que previamente había ocupado Dangar.

El sari sonrió.

—Una manera inteligente de deshacerte del cadáver, si es que funciona —dijo.

—Creo que lo hará —contestó von Horst—. Esos pequeños diablillos sin cerebro se guían fundamentalmente por el instinto. Siempre acuden al mismo sitio para obtener su comida. Apostaría cualquier cosa a que se comen todo lo que encuentren allí.

—¿Pero qué te propones hacer con su piel?

—Espera un poco y lo verás. Constituye la parte más importante de mi plan. Tengo que admitir que es un poco estúpido, pero es lo

único que se me ha ocurrido y que creo que puede tener alguna posibilidad de éxito. Ahora tengo que volver a ponerme de nuevo a la tarea.

Von Horst se puso a cortar la piel en alargadas tiras. Le llevó bastante tiempo, y cuando finalizó su tarea, tuvo que desbastar los ásperos bordes del corte exterior y raspar la cara interior de la larga y aplastada correa que había resultado de su labor. Mientras von Horst calculaba su longitud por el tosco método de ir midiéndola palmo a palmo, su atención se vio atraída por el nacimiento de otro trodon.

—Sesenta y seis, sesenta y siete, sesenta y ocho —llevaba a cabo la cuenta sin dejar de observar a la cría, que ahora devoraba el cascarón de su huevo—. Esto hace más de doscientos pies. Debería ser más que suficiente.

Tras acabar con los preliminares, el pequeño trodon se aproximó al despellejado cadáver de su hermano. Tanto von Horst como Dangar le observaban con interés. Sin un instante de vacilación, el reptil cayó sobre el cuerpo y lo devoró.

Después de que se hubiera alejado volando, von Horst cruzó el suelo del cráter y se tendió junto a Dangar.

—Tenías razón —admitió este último—. No notan ninguna diferencia.

—Supongo que su nivel de inteligencia es tan bajo que se guían exclusivamente por el instinto, incluso los adultos. Por eso el que nos trajo aquí no se dio cuenta de que yo había desaparecido ni tampoco de que tú te hallabas en un lugar diferente. Si estoy en lo cierto, mi plan tiene cada vez mayores posibilidades de éxito. ¿Notas algo? ¿Percibes alguna sensación de vida en tus miembros?

El sari negó con la cabeza.

—No —contestó abatido—. Me temo que no ocurrirá nunca. No logro entender como has conseguido recuperarte. De todas formas, eso me da alguna esperanza. ¿Cómo puedes explicártelo?

—No lo sé; aunque tengo una teoría. Como puedes ver, todas las víctimas del trodon son animales que tienen piel fina. Eso podría indicar que la aguda punta de su lengua, la que inocular el veneno, únicamente es capaz de atravesar las pieles más finas, o bien que tan solo puede penetrar en ellas superficialmente. Cuando despellejé a ese pollo, me quité la cazadora de cuero. Al hacerlo,

descubrí que la lengua del trodon se había visto obligada a atravesar las dos capas de tela y cuero que hay en el cuello de la cazadora antes de penetrar en mi carne. Mira, fíjate en esa mancha verde y redonda que hay alrededor del pinchazo. Es posible que no penetrase todo el veneno, o tal vez que no me clavase su lengua lo suficiente como para poder producir todo su efecto. De todos modos, estoy más que convencido de que no importa la cantidad de veneno que reciba la víctima: sea o no una dosis completa, al final se recobrará. Indudablemente, recibiste más cantidad que yo, pero también llevas aquí más tiempo. Creo que no debe faltar mucho para que empieces a notar síntomas de recuperación.

—Estoy empezando a tener esperanzas —sonrió Dangar.

—Habrá que hacer algo pronto —señaló von Horst—. Ahora que la parálisis me ha abandonado y que mi cuerpo empieza a funcionar con normalidad, estoy comenzando a sentir hambre y sed. Tendré que poner a prueba mi plan a la primera oportunidad que se me presente. En caso contrario, me veré demasiado débil para llevarlo a cabo.

—Sí —dijo Dangar—. Tienes que escapar de aquí si puedes hacerlo. No te preocupes por mí.

—Pienso llevarte conmigo.

—Eso va a ser imposible aunque consigas salir de este agujero, lo que no me parece probable.

—A pesar de todo, vendrás conmigo o no iré de aquí.

—No —opuso Dangar—. Eso sería estúpido. No permitiré algo semejante.

—¿Y cómo vas a impedirlo? —sonrió von Horst—. No te preocupes; déjame todo a mí. El plan siempre puede fallar, pero en cualquier caso pienso ponerlo en práctica de inmediato.

Cruzando el pozo, recogió su larga correa de piel de reptil de donde la había escondido; luego hizo un lazo corredizo en uno de sus extremos. Después la extendió en el suelo, situando el lazo cerca de donde el trodon depositaría a su siguiente víctima. Con cuidado, llevó la correa hasta su escondite, detrás de los huevos, dejando allí un rollo y llevando a continuación el resto hasta un punto situado bajo la boca del cráter, aunque fuera del círculo de brillante luz procedente del sol. Allí enrolló minuciosamente la mayor parte de lo que le restaba de la correa, de modo que pudiera desenrollarse

con facilidad. Lo llevó a cabo todo con sumo esmero. El extremo que le quedaba lo llevó de nuevo hasta su escondite y luego se sentó cómodamente a esperar.

Cuánto tiempo esperó, por supuesto que nunca lo llegó a saber; pero le pareció una eternidad. Le asaltaron el hambre y la sed, así como las dudas y temores sobre la efectividad de su plan. Intentó no dormirse, puesto que el sueño ahora podía ser fatal, pero no consiguió evitarlo.

Se despertó con un sobresalto para ver al trodon agazapado en el haz de luz, inoculando su paralizante veneno a una nueva víctima. Von Horst se sintió de repente muy inseguro. Había sido un despertar milagroso. Un momento más tarde y seguramente hubiera sido demasiado tarde para poner a prueba su plan, ya que dudaba de poder sostenerse en pie hasta que el reptil regresase de nuevo. Por tanto, su vida y la de Dangar iban a depender de que tuviera éxito en el primer intento. Rápidamente controló sus nervios. Una vez más estaba frío y calmado. Aflojó la pistola en su funda y aferró la correa.

El trodon cruzó el pozo, llevando con él a su paralizada víctima hasta su lugar en el letal círculo. Al hacerlo, situó una de sus patas traseras en el abierto lazo. Von Horst dio una ondulante sacudida a la correa a través del suelo de la cámara que levantó el nudo corredizo por encima de la pata de la criatura hasta la altura de su tobillo; luego dio un rápido tirón. El lazo se apretó un poco. ¿Sería suficiente? ¿Aguantaría? Como había supuesto, la criatura no prestó ninguna atención a la correa. No parecía haberla notado y, de hecho, von Horst estaba bastante seguro de que no lo había hecho. Suponía que su sistema nervioso se hallaba a un nivel tan bajo, que únicamente un fuerte golpe en una de sus patas le habría enviado alguna sensación a su cerebro.

Tras depositar a su última víctima, el reptil se giró hacia el centro del pozo, dio un salto en el aire y se elevó hacia lo alto. Von Horst contuvo la respiración. ¿Se soltaría el nudo con la sacudida? Ojalá Dios no lo quisiera. En efecto, aguantó. Von Horst se levantó de un salto y corrió hasta el centro del pozo, con la pistola montada y lista en su mano, y mientras el trodon se elevaba a través de la boca del cráter y ascendía sobre la cima del cono, hizo tres disparos en rápida sucesión.

No necesitó de los horribles gritos de la criatura para saber que su puntería había sido acertada, toda vez que vio como el reptil se ladeaba en el aire y desaparecía de su vista, dando tumbos más allá del borde del cráter. Entonces von Horst saltó hacia el extremo de la correa, la cogió y se la amarró a la cintura; luego esperó.

Existía el peligro de que el cuerpo de la criatura, al caer por la escarpada pared de aquella colina en forma de cono, pudiera no detenerse e hiciera que la correa se escapase de sus manos; por eso la había asegurado rápida y firmemente a su cuerpo. Aunque se enfrentase a una muerte segura, no soltaría aquella correa ni se arriesgaría a perderla; suponía su última oportunidad de salir del pozo. Durante un instante, la correa fue tirando rápidamente del rollo, pero luego se detuvo. ¿Qué había ocurrido? ¿Se había detenido el cuerpo del trodon o se habría soltado el nudo que retenía su pata trasera?

Von Horst tiró temerosamente de la correa. Al tensarse, supo que todavía estaba sujeta a la criatura. Una vaga duda le asaltó acerca de si el trodon estaba muerto o no. Era consciente de la tenacidad con la que aquellas criaturas se aferraban a la existencia. ¿Y si no hubiera muerto? Se estremeció al pensar en las horrendas posibilidades que se derivaban de algo semejante.

Volvió a tirar de la correa y esta no cedió. Después se colgó de ella con todo su peso. No ocurrió nada. Entonces, soltándose la correa, cruzó el pozo hasta donde se encontraba Dangar, que le miraba con los ojos llenos de asombro.

—Eres digno de ser un sari —dijo con admiración.

Von Horst sonrió.

—Vamos —dijo—. Ahora te toca a ti.

Alzando al pellucidaro del suelo, le transportó hasta el centro del pozo, justo bajo la boca del cráter. Luego aseguró el cabo suelto de la correa alrededor de su cuerpo, por debajo de sus brazos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dangar.

—Ahora mismo me propongo hacer del mundo interior un lugar un poco más seguro para los animales de piel fina —repuso von Horst.

Dirigiéndose hacia la pared del pozo, comenzó a destrozar los huevos del reptil con la culata de su pistola. En dos de ellos, los que estaban más próximos al final de su periodo de incubación,

descubrió dos jóvenes crías a punto de nacer. Tras acabar con ellas, regresó al lado de Dangar.

—Odio tener que dejar aquí a los demás —dijo señalando al resto de las desafortunadas víctimas del trodon—, pero no tengo más remedio. Me es imposible sacarles a todos.

—Serás afortunado si logras salir tú —señaló Dangar.

—Lo seremos ambos —dijo—. Este va a ser nuestro día de suerte.

Dado que no existía ninguna palabra para denominar al día en la lengua del mundo interior, puesto que allí no existía ni el día ni la noche, von Horst sustituyó aquella palabra por su equivalente en uno de los idiomas de la corteza exterior.

—Ten paciencia y pronto estarás fuera de aquí —dijo.

Aferrando la correa, empezó a subir a pulso por ella. Dangar yacía en el suelo, de espaldas, observándole con una renovada admiración brillando en sus ojos. Se trataba de una escalada larga y peligrosa, pero finalmente von Horst alcanzó la boca del cráter. Cuando llegó a la cumbre y miró hacia abajo, descubrió el cuerpo del trodon tendido sobre una pequeña cornisa por debajo de donde él se encontraba. Evidentemente, la criatura estaba muerta. Aquel era el único interés que von Horst sentía por ella, así que de inmediato volvió a su tarea, que no era otra sino izar a Dangar hasta la boca del cráter.

Von Horst era un hombre fuerte, pero su fortaleza ya había sido probada hasta el límite de su resistencia y, posiblemente, se había visto minada por el largo periodo de parálisis al que había sido sometido. A esto se añadía el precario apoyo que le ofrecía el borde de la abertura del cráter. Pero lo cierto es que ni por un momento perdió la esperanza en el buen éxito de su empresa. Así, a pesar de que fue una dura tarea, sus esfuerzos se vieron recompensados cuando vio la inerte figura del pellucidaro tendida a su lado sobre la cumbre de la colina.

Le hubiera gustado tenderse a descansar, pero su breve experiencia en Pellucidar le previno de que aquella desnuda cima no era el refugio más seguro. Tenía que descender al valle, en el que podía ver unos cuantos árboles y un pequeño arroyo, llevando a Dangar con él y buscar un lugar seguro. La pared de la colina era bastante escarpada, pero afortunadamente se veía cortada por

rocosas cornisas que, al menos, le ofrecían algunos puntos de apoyo. En cualquier caso, no había otro modo de descender, así que alzó a Dangar sobre sus hombros y comenzó la peligrosa bajada. Resbalando y tambaleándose, llevó a cabo su lento camino a través de la escarpada ladera, manteniéndose constantemente alerta ante cualquier posible peligro. En varias ocasiones se fue al suelo, pero siempre se las arregló para agarrarse a algún sitio antes de verse precipitado al vacío.

Se hallaba totalmente agotado cuando por fin llegó hasta la sombra de un grupo de árboles que crecían junto al pequeño arroyo que había divisado desde la colina. Tendiendo a Dangar sobre el césped, sació su sed con el agua clara del arroyuelo. Era la segunda vez que bebía desde que había abandonado el campamento en el que habían estacionado el gran dirigible, el O-220.

Era incapaz de saber el tiempo transcurrido; podían ser días, semanas e incluso meses. No obstante, la mayor parte de ese tiempo, el peculiar veneno del trodon no solo le había paralizado, sino que había preservado la humedad de su cuerpo, manteniéndole fresco y en buenas condiciones para así poder alimentar a las crías por las que se suponía iba a ser devorado.

Tras haber descansado y saciado su sed, se levantó y miró a su alrededor. Tenía que encontrar un lugar en el que poder levantar un campamento más o menos permanente, pues era bastante obvio que no podía seguir transportando a Dangar de un lado a otro. Se sentía desamparado, prácticamente solo en aquel mundo desconocido. ¿Hacia dónde se dirigiría? ¿Cómo iba a hacer para localizar al O-220

y a sus compañeros en un mundo en el que no existían puntos cardinales? Además, aunque hubieran existido, tan solo tenía una ligera idea de la dirección por la que había vagado anteriormente, y aún menos de la ruta en que le había llevado el trodon.

Tan pronto como los efectos del veneno desaparecieran y Dangar se viera libre de la parálisis, no solo tendría en él a un eficaz compañero y amigo, sino alguien que podría guiarle hacia un país amistoso en el que sería bien acogido y le proporcionaría una oportunidad de hacerse un sitio en aquel mundo salvaje, puesto que ya empezaba a pensar que pasaría en él el resto de su vida. Sin

embargo, no era solo esta consideración la que le impulsaba a permanecer junto al sari, sino más bien los sentimientos de lealtad y amistad que sentía hacia él.

Una detenida inspección del pequeño bosquecillo y del área contigua al mismo, le aseguró que aquel era un sitio tan bueno como cualquier otro para levantar un campamento. Había agua y la caza abundaba por los alrededores. Frutos y nueces crecían en varios de aquellos árboles, y a la pregunta de si eran comestibles, Dangar le respondió que se podían comer con toda tranquilidad.

—¿Piensas permanecer aquí? —le preguntó el sari.

—Sí; hasta que te recuperes de los efectos del veneno.

—Puede que nunca llegue a recuperarme. ¿Qué harás entonces?

Von Horst se encogió de hombros.

—Creo que en ese caso permaneceremos aquí bastante tiempo —sonrió.

—No esperaré algo así ni de un hermano —objetó Dangar—. Tienes que ir en busca de tu propia gente.

—Sería incapaz de encontrarles, y aunque pudiera hacerlo, no te dejaría aquí solo e indefenso.

—No tendrías porqué dejarme indefenso.

—No entiendo a qué te refieres —contestó von Horst.

—Podrías acabar con mi vida. Sería un acto de misericordia.

—Olvidalo —le respondió von Horst. La misma idea le causaba repulsión.

—Ninguno de los dos puede olvidar esa posibilidad —insistió Dangar—. Después de que hayamos dormido un número razonable de veces, si no me he recuperado, tendrás que acabar con mi vida.

El pellucidaro usaba la única medida de tiempo que conocía: las veces que se dormía. Cuánto tiempo transcurría entre ellas o cuánto tiempo duraba cada sueño, no había forma de saberlo.

—Eso queda para el futuro —contestó von Horst—. Ahora tan solo estoy interesado en levantar un campamento. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Las cuevas de los riscos son las que ofrecen mayor seguridad —respondió Dangar—. Después, la mejor opción sería buscar alguna cavidad subterránea, y, por último, construir un refugio en las ramas de algún árbol.

—Por aquí no hay riscos —señaló von Horst—, y tampoco veo

ninguna cavidad subterránea; pero sí hay árboles.

—Entonces lo mejor será que empieces a construir un refugio —le advirtió Dangar—. En Pellucidar hay muchos carnívoros y siempre están hambrientos.

Con los consejos y las sugerencias proporcionadas por Dangar, von Horst construyó una plataforma en uno de los árboles más altos, utilizando unas cañas similares al bambú que crecían a lo largo de las márgenes del arroyo. Después de cortarlas con su cuchillo de caza, las aseguró en su lugar con unas largas y resistentes hierbas que Dangar había visto crecer en gruesos matojos al pie de las colinas.

A indicación de este último, añadió paredes y tejado a la plataforma, como mayor protección contra los pequeños carnívoros arbóreos, las aves de presa y los reptiles voladores que se alimentaban de carne.

Nunca supo cuánto tiempo le llevó completar el refugio, ya que la tarea fue absorbente y el tiempo pareció pasar rápidamente. Comió frutos y nueces regularmente y bebió varias veces, pero hasta que no concluyó su trabajo no sintió deseos de dormir.

Con tremendas dificultades, y no sin peligro de caída, consiguió transportar a Dangar a través de la destartada escala que había construido para tener acceso a su primitiva guarida, pero finalmente logró depositarle a salvo en el suelo de la pequeña choza. Después se tendió a su lado y se durmió casi instantáneamente.



Capítulo IV

Skruf de Basti

Cuando se despertó, von Horst se sintió vorazmente hambriento. Mientras se alzaba sobre uno de sus codos, Dangar le miró y le sonrió.

—Has dormido mucho —dijo—, pero lo cierto es que lo necesitabas.

—¿Cuánto he dormido? —inquirió von Horst.

—Yo he dormido dos veces mientras lo hacías tú —contestó Dangar—, y ahora de nuevo vuelvo a sentir sueño.

—Y yo estoy hambriento —dijo von Horst—. Tengo un hambre voraz. Pero estoy cansado de nueces y frutas. Quiero algo de carne.

—Creo que encontrarás caza abundante arroyo abajo —comentó Dangar—. Cuando me bajabas de la colina, divisé un pequeño valle no muy lejos de aquí. Allí debe haber muchos animales.

—Iré y traeré algo de comer —dijo von Horst levantándose.

—Ten cuidado —le advirtió el pellucidaro—. Eres un extraño en este mundo y no sabes qué animales pueden ser peligrosos. Hay algunos que parecen bastante inofensivos, pero no lo son. El ciervo rojo y el thag pueden embestirte con sus cuernos o incluso pisotearte y matarte, a pesar de que no comen carne. Mantente prevenido contra las reses, los gamos de todas clases y las hembras cuando sean jóvenes. Mira siempre hacia el cielo en busca de aves y reptiles. Lo mejor es caminar siempre por donde haya árboles que puedan ocultarte de ellos, u ofrecerte un refugio al que subir si tienes que escapar.

—Al menos hay un peligro del que estoy a salvo —comentó von Horst.

—¿De cuál? —preguntó Dangar.

—En Pellucidar nunca me moriré de aburrimiento.

—No sé qué quieres decir. No entiendo lo que significa aburrimiento.

—No creo que lo sepa ningún pellucidaro —rio von Horst mientras abandonaba el refugio y descendía al suelo.

De acuerdo con las sugerencias de Dangar, se dirigió río abajo, hacia el valle del que le había hablado el sari, procurando mantenerse tan cerca de los árboles como le era posible y siempre alerta hacia las bestias de presa, aves y reptiles que en cualquier momento podían caer sobre las criaturas de menor tamaño.

No había ido muy lejos cuando se encontró en el extremo superior del valle, divisando un espléndido ejemplar de antílope que se erguía ante él como si se hallase de guardia. Ofrecía un magnífico blanco para un rifle, pero la distancia era excesiva para intentarlo con su pistola, así que empezó a aproximarse a él, aprovechándose de la cobertura que le proporcionaban los matojos de altas hierbas, las cañas de bambú y los gruesos árboles. Cautelosamente, se arrastró cada vez más cerca de su presa, hasta que estuvo convencido de poder abatirla al primer disparo. Aún disponía de un cinturón repleto de cartuchos, si bien era consciente de que, cuando se agotaran, su provisión jamás sería repuesta: debería contar cada cartucho.

Al estar centrada toda su atención en el antílope, descuidó por un momento la vigilancia de otros posibles peligros. Se acercó lentamente, hasta alcanzar un punto situado justo detrás de un alto matojo de hierbas que crecían a unos cuantos pasos del confiado animal. Alzó su pistola, tomando puntería cuidadosamente y, al hacerlo, una sombra pasó por encima de él. Fue una sensación fugaz, pero ante el brillante resplandor del sol pellucidaro aquella sombra pareció tener sustancia propia. Prácticamente fue como si alguien le hubiera puesto la mano encima del hombro. Al mirar hacia arriba, descubrió a una criatura espantosa precipitándose desde el cielo como una bala, aparentemente directa hacia él: un poderoso reptil al que inconscientemente reconoció como un pteranodonte del Cretáceo. Con un siseante rugido, similar al escape que hubiera producido una locomotora de vapor, el monstruo descendió a una velocidad asombrosa. De manera mecánica, von

Horst alzó su pistola, aunque era consciente de que ningún milagro podría detener o hacer retroceder a aquella terrorífica máquina de destrucción antes de alcanzar su objetivo. Pero en ese momento descubrió que ese objetivo no era él. Era el antílope. El animal se quedó inmóvil por un instante, como si se hubiera quedado paralizado por el pánico; luego intentó saltar hacia un lado, pero era demasiado tarde. El pteranodonte cayó sobre él, lo atrapó con sus poderosas garras y volvió a elevarse en el cielo.

Von Horst lanzó un suspiro de alivio mientras se secaba el sudor de la frente.

—¡Dónde me he metido! —murmuró, al tiempo que se preguntaba cómo había podido sobrevivir el hombre en semejante entorno salvaje.

En la parte inferior del pequeño valle descubrió a numerosos animales pastando. Había ciervos, antílopes y también el enorme y peludo bos, largo tiempo atrás extinguido en la corteza exterior. Entre ellos también se encontraban unas pequeñas criaturas, similares al caballo, aunque no mayores que un fox terrier, que se asemejaban al hyracotherio del Eoceno, el antiguo progenitor del caballo, lo que no hacía sino aumentar la asombrosa confusión de aves, mamíferos y reptiles de distintos periodos de la evolución de la vida en la corteza exterior.

El repentino ataque del pteranodonte sobre uno de los suyos, aterrorizó a los demás animales que se hallaban en los alrededores, alejándose al galope valle abajo, bufando, chillando o encabritándose, y dejando a von Horst contemplando como se alejaba su banquete. No había nada que hacer salvo seguirles si es que deseaba obtener carne, así que emprendió su persecución, manteniéndose lo más cerca posible del margen de los árboles que discurrían a lo largo del arroyo que hendía uno de los costados del valle.

Para aumentar el desconcierto, los que habían iniciado la estampida empujaron a los rebaños que se hallaban pastando por debajo de ellos, contagiándoles su terror y produciendo como resultado el que estos últimos se unieran a su enloquecida carrera. En poco tiempo, todos habían desaparecido de su vista.

La mayoría habían proseguido valle abajo, saliendo del campo de visión del hombre en el punto en que el valle se retorció por

detrás de las colinas; a pesar de todo, consiguió distinguir a unos cuantos carneros dirigiéndose hacia un cañón situado entre dos conos cercanos y decidió perseguirles.

Al penetrar en el cañón vio que este se estrechaba con rapidez, evidentemente como consecuencia de su formación por la erosión del agua, que había desgastado las quebradas rocas de lava procedentes de una emulsión previa. Apenas discurría un estrecho sendero entre los enormes bloques de roca, cientos de los cuales se hallaban esparcidos en la más absoluta confusión.

Los carneros se habían dado bastante prisa, y dado que habían emprendido su carrera considerablemente por delante de donde él se encontraba, ahora debían hallarse fuera del alcance de su oído, por lo que no hizo ningún esfuerzo por encubrir su persecución; por el contrario, se movió a un vivo paso por el abrupto sendero que discurría entre las rocas. Finalmente llegó a un punto en el que el sendero desembocaba en una zona más abierta del cañón. En el momento en que se disponía a introducirse en ella, percibió con claridad el sonido de unos pies que corrían hacia donde él se encontraba y que procedían de la parte superior del cañón, la cual todavía no podía alcanzar a ver. A continuación escuchó una desconcertante serie de gruñidos y rugidos procedentes de la misma dirección. Ya había visto lo suficiente de Pellucidar y de su sanguinaria fauna como para dar por sentado que prácticamente todo lo que se movía podía ser considerado una potencial amenaza. Rápidamente se ocultó detrás de un enorme bloque de lava y esperó.

Apenas se había ocultado, cuando un hombre llegó corriendo desde el extremo superior de la garganta. A von Horst le dio la sensación de que el recién llegado era tan veloz como un ciervo. Y la verdad es que más le valía que lo fuera, porque detrás de él venía el autor de los salvajes gruñidos y rugidos que había escuchado: una enorme bestia, parecida a un sabueso, tan grande y salvaje como un leopardo.

A pesar de la velocidad del hombre, la bestia le estaba ganando terreno. Para von Horst fue evidente que alcanzaría a su presa y la derribaría antes de que hubiera cruzado el espacio abierto.

El individuo tan solo estaba armado con un tosco cuchillo de piedra que sostenía en una de sus manos, como si estuviera

dispuesto a luchar por su vida cuando ya no le fuera posible distanciar más a su perseguidor, si bien debía de ser consciente, como lo era von Horst, de lo inútil que iba a ser su arma contra la poderosa bestia que se precipitaba hacia él.

No hubo dudas en la mente de von Horst sobre lo que tenía que hacer. No podía quedarse inmóvil viendo como un ser humano era despedazado por los crueles colmillos de un hienodonte, así que salió de detrás de la roca en que se había ocultado, se echó rápidamente a un lado para poder obtener un disparo claro sobre la criatura, y levantando su pistola, tomó puntería e hizo fuego. No fue un disparo afortunado. Fue magnífico, perfecto. Penetró directamente en el costado izquierdo del animal y se enterró en su corazón. Con un aullido de dolor y de rabia, el carnívoro rodó hasta donde se encontraba von Horst, encogiéndose sin vida a sus pies.

El hombre al que había estado persiguiendo, agotado y casi sin resuello, se detuvo. Tenía los ojos muy abiertos y temblaba visiblemente mientras miraba fijamente a von Horst, asombrado y maravillado. Cuando este avanzó hacia él, dio un paso atrás y aferró su cuchillo con más fuerza.

—¡Atrás o morirás! —gruñó.

Hablaba en la misma lengua que le había enseñado Dangar, la cual, como este le había explicado, constituía el idioma común a todo Pellucidar, una afirmación que el hombre del mundo exterior no había creído que fuera posible.

—¿A quién pretendes matar? —le preguntó von Horst.

—A ti.

—¿Por qué quieres matarme?

—Porque si no tú me matarás a mí.

—¿Y por qué iba a querer matarte? —señaló von Horst—. Acabó de salvar tu vida. Si hubiera deseado tu muerte, simplemente hubiera dejado que esa bestia acabase contigo.

El hombre parecía confundido.

—Es cierto —admitió tras reflexionar un poco—. Pero no puedo entender por qué lo que has hecho. No pertenezco a tu tribu y, por tanto, no hay ninguna razón por la que no desearas verme muerto. Jamás me había encontrado con alguien como tú. Todos los extranjeros con los que me he topado han intentado matarme. Además, cubres tu cuerpo con extrañas pieles. Debes proceder de

algún país lejano.

—Así es —le aseguró von Horst—. Pero ahora la cuestión es si somos amigos o enemigos.

De nuevo el hombre pareció indeciso.

—Es una situación extraña —respondió—. Nunca había oído hablar de algo semejante. ¿Por qué deberíamos ser amigos?

—¿Y por qué deberíamos ser enemigos? —repuso von Horst—. Ninguno de los dos ha hecho daño al otro. Yo procedo de un país muy lejano; aquí soy un extraño. Si fueras tú el que se hallara en mi país, serías tratado con corrección y nadie intentaría acabar con tu vida. Se te ofrecería refugio y comida. La gente sería amable contigo, simplemente por el hecho de que somos un pueblo benévolo por naturaleza; no porque nos fueras de alguna utilidad. En este momento, creo que es preferible que seamos amigos: estamos rodeados de peligrosas bestias y dos hombres pueden defenderse mejor que uno solo. No obstante, si prefieres que seamos enemigos, será tu elección. Yo seguiré mi camino y tú el tuyo. Si, por el contrario, intentas matarme, también será algo que tú decidas, pero será mejor que tengas en cuenta lo fácilmente que he acabado con esa bestia. Soy perfectamente capaz de hacer lo mismo contigo.

—Tus palabras dicen la verdad —dijo el hombre—. Seamos amigos. Me llamo Skruf. ¿Y tú?

En sus conversaciones con Dangar, von Horst se había dado cuenta de que los pellucidaros no utilizaban más que un solo nombre, al que en ocasiones añadían algún título descriptivo, como el Velludo, el Astuto, el Matador u otros similares. Toda vez que Dangar le llamaba habitualmente Von, había llegado a aceptar aquel nombre como suyo en el mundo interior; así, aquel fue el nombre que le dio a Skruf.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó el hombre—. Este es un territorio peligroso a causa de los tródonos.

—Ya me he dado cuenta —le contestó von Horst—. Fue uno de ellos el que me trajo aquí.

El otro le miró con escepticismo.

—Ya estarías muerto si te hubiera atrapado un trodon.

—No solo lo hizo, sino que me llevó a su nido para servir de alimento a sus crías. Sin embargo, otro hombre y yo conseguimos

escapar.

—¿Dónde está él?

—Postrado en el río, en nuestro campamento. Intentaba cazar algo para comer cuando te encontré. Llegué hasta este cañón siguiendo a unos carneros. ¿Y tú qué estabas haciendo aquí?

—Estaba huyendo de los hombres mamut —contestó Skruf—. Una de sus partidas de caza me capturó. Me llevaban a su país como esclavo cuando logré escapar. Venían persiguiéndome, pero una vez en este cañón, puedo considerarme a salvo. Aquí hay sitios demasiado estrechos para que pase un mamut.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Esperar hasta que crea que han desistido de la persecución; luego regresaré a mi pueblo.

Von Horst le sugirió a Skruf que regresase con él al campamento y esperase allí; después, los tres podrían continuar juntos mientras coincidieran sus respectivos caminos, si bien, antes deseaba obtener algo de caza. Skruf se ofreció a ayudarle y, gracias a su conocimiento de las presas, no pasó mucho tiempo antes de que encontrasen a los carneros y von Horst se hiciera con un joven ejemplar. Skruf se quedó vivamente impresionado, y no menos atemorizado, por el sonido de la pistola y los milagrosos resultados que von Horst obtenía con ella.

Tras desollar el carnero y dividir entre los dos el peso de la pieza, emprendieron el camino de vuelta al campamento, al que llegaron sin ninguna interrupción seria. En una ocasión un thag embistió contra ellos, pero lograron encaramarse a un árbol y después esperaron a que se fuera. También se toparon con un dientes de sable, pero su estómago estaba lleno y no les causó molestias. De esta forma, a través del primitivo salvajismo de Pellucidar, recorrieron su camino hasta el campamento.

Dangar se felicitó de que von Horst regresara sano y salvo, puesto que era consciente de los numerosos peligros que acechaban a un cazador solitario en aquel mundo salvaje y feroz. Se sorprendió al ver a Skruf, si bien, después de explicarle lo ocurrido, se mostró conforme en aceptarle como amigo, aunque semejante relación con un extranjero era tan extraña a sus costumbres como a las de Skruf.

Skruf procedía de un país llamado Basti, que se encontraba en la misma dirección en que se hallaba Sari, aunque mucho más cerca.

En consecuencia, se decidió que viajarían juntos hasta el país de Skruf tan pronto como se recobrara Dangar.

Von Horst no podía entender como aquellos hombres eran capaces de saber la dirección en que se encontraban sus respectivos países, toda vez que no tenían medios para determinar los puntos cardinales; tampoco ellos podían explicarle semejante fenómeno. Sencillamente señalaban a sus países y lo hacían en la misma dirección. Lo lejos que se hallaban de su hogar, ninguno de los dos era capaz de asegurarlo, aunque, intercambiando sus opiniones, llegaron a la conclusión de que Sari se encontraba mucho más lejos que Basti. Von Horst aún no había descubierto que todos los habitantes de Pellucidar poseían en común un bien desarrollado instinto del hogar, similar al que poseían la mayoría de las aves, y, en especial, las palomas mensajeras.

Durmieron muchas veces y fueron necesarias varias expediciones de caza para aprovisionar su despensa. En ese tiempo, Skruf fue impacientándose cada vez más por el retraso. Estaba ansioso por regresar a su tierra, aunque se daba cuenta de la mayor seguridad que proporcionaba el número y, especialmente, la protección que otorgaba la milagrosa arma que tenía von Horst, capaz de matar fácilmente y desde distancias considerables. A menudo se dirigía a Dangar intentando averiguar si había habido algún cambio en su condición, y no se molestaba en ocultar su malestar cuando el sari le indicaba que todavía no sentía nada por debajo de su cuello.

En una ocasión en que von Horst y Skruf salieron a cazar mucho más lejos de lo que solían hacerlo, este último hizo público el motivo que le impulsaba a desear regresar a su país. Por primera vez, el hombre de la corteza exterior descubrió cuál era la urgencia que apremiaba la impaciencia de su nuevo aliado.

—He elegido a una muchacha como compañera —le explicó Skruf—, pero ella me exigió que le llevara la cabeza de un tarag como prueba de que era un hombre valiente y un gran cazador. Fue mientras lo intentaba cazar cuando me capturaron los hombres mamut. Ya han pasado muchos sueños desde que me marché. Si no regreso pronto, puede que algún otro guerrero le lleve la cabeza del tarag y la sitúe ante su cueva. En ese caso, cuando regrese, me veré obligado a buscar otra compañera.

—No hay nada que te impida regresar a tu país cuando lo

consideres oportuno —le indicó von Horst.

—¿Serías capaz de matar un tarag con esa pequeña cosa que hace tanto ruido? —inquirió Skruf.

—Tal vez.

Von Horst no estaba demasiado seguro de ello. Al menos no estaba seguro de que pudiera acabar con uno de aquellos terribles tigres lo bastante rápido como para escapar de sus formidables colmillos y garras antes de que muriera.

—La ruta que estamos siguiendo hoy —indicó Skruf con insistencia—, lleva hasta mi país. Podríamos seguir adelante.

—¿Y abandonar a Dangar? —preguntó von Horst.

—Nunca se recuperará. No podemos permanecer eternamente a su lado. Si vinieras conmigo, matarías fácilmente a un tarag con esa cosa a la que llamas pistola. Entonces, podría poner su cabeza en la entrada de la cueva de la muchacha a la que deseo y ella pensaría que lo hice yo. Como agradecimiento, haría todo lo posible para que fueses aceptado en mi tribu. No sufrirías ningún daño y vivirías entre nosotros como un bastio. Incluso podrías tomar una compañera; y te aseguro que hay muchas mujeres hermosas en Basti.

—Gracias —respondió von Horst—, pero permaneceré junto a Dangar. Ya no creo que falte mucho para que se recupere. Estoy seguro de que los efectos del veneno acabarán desapareciendo, tal y como ocurrió en mi caso. La razón de que aún persistan, es porque debió recibir una dosis mayor que la mía.

—Si muriera, ¿me acompañarías? —preguntó Skruf.

A von Horst no le gustó la expresión que reflejaron los ojos del hombre al hacer aquella pregunta. Nunca había encontrado en Skruf tanta camaradería como en Dangar. Su comportamiento no era tan franco ni tan abierto. Ahora comenzaba a tener vagas sospechas sobre su honestidad e intenciones, aunque lo cierto es que no tenía nada tangible sobre lo que basar sus recelos y podría estar tratándole injustamente. En cualquier caso, contestó a la pregunta de Skruf intentando no comprometerse y sin que pudiera parecer que estaba situando un premio sobre la vida de Dangar.

—Si vive, ambos te acompañaremos cuando se recupere —dijo.

Luego se dio media vuelta en dirección al campamento.

Pasó el tiempo. Cuánto, von Horst no pudo ni siquiera

conjeturarlo. Intentó medirlo en cierta ocasión, arreglando su estropeado reloj y contando el transcurso de los días por el método de hacer muescas en un palo. Pero en un lugar en el que siempre es mediodía, no siempre es fácil acordarse de consultar el reloj o de que hay que darle cuerda. A menudo descubría que se había detenido y entonces, naturalmente, era incapaz de saber cuánto tiempo había estado parado antes de enterarse de que no funcionaba, ni tampoco, en las ocasiones en que dormía, sabía por cuánto tiempo lo había hecho. En breve, se sintió desalentado; o quizá perdió el interés. En cualquier caso, ¿qué importaba la duración del tiempo? ¿Acaso los habitantes de Pellucidar no gozaban de la existencia lo mismo sin él que con él? Sin duda, eran más felices. De hecho, al considerar la cuestión, se dio cuenta de que en el mundo exterior el tiempo era un amo severo: había hecho de los hombres unos verdaderos esclavos de sus relojes, despertadores, cornetas y silbatos.

Skruf manifestaba a menudo su impaciencia por marcharse y Dangar les urgía a que no pensarán en él, sino que le dejarán donde estaba, toda vez que no pensaban darle muerte. Y así los dos hombres durmieron, cazaron y comieron a través del infinito mediodía del eterno día pellucidaro. Pero si aquello duró horas, días o años, von Horst nunca lo averiguó.

Intentaba acostumbrarse a todo ello, sobre todo a aquel sol eternamente inmóvil en el mismo centro de la cavidad esférica en la que se encontraba Pellucidar y en cuya superficie externa se hallaba el mundo que siempre había conocido. Pero era un entorno demasiado nuevo para él como para poder aceptarlo como lo hacían Dangar y Skruf, que nunca habían conocido otro distinto.

Finalmente, un día se vio despertado repentinamente por los excitados gritos de Dangar.

—¡Puedo moverme! —exclamaba el sari—. ¡Mirad! ¡Puedo mover los dedos!

La parálisis retrocedió con rapidez, y cuando Dangar consiguió sostenerse vacilantemente sobre ambos pies, los tres hombres experimentaron un sentimiento de alivio, el mismo alivio que hubieran sentido unos condenados a muerte al recibir sus indultos. Para von Horst significó el amanecer de un nuevo día. Dangar y Skruf nada sabían de amaneceres, pero, en todo caso, se sintieron

tremendamente felices.

—Y ahora —exclamó Skruf—, partiremos hacia Basti. Venid conmigo y se os tratará como hermanos. Mi pueblo os dará la bienvenida y viviréis en Basti para siempre.



Capítulo V

Esclavitud

La ruta que siguió Skruf desde el país de los negros cráteres hasta la tierra de Basti fue verdaderamente tortuosa, pues discurrió a través de los recodos y revueltas de los ríos, en cuyas orillas crecían los árboles y matorrales capaces de ofrecer el necesario refugio en aquel mundo de amenazas constantes, y a través de oscuras selvas y estrechas y rocosas gargantas.

A veces era necesario desviarse considerablemente de la ruta fijada, toda vez que era imperativo encontrar un lugar seguro en el que los tres pudieran estar razonablemente a salvo de cualquier ataque mientras dormían.

Von Horst se sintió tan confundido y desconcertado durante las primeras etapas de aquel largo viaje que no tuvo la más remota idea de la dirección que estaban siguiendo, e incluso, con frecuencia, dudó de la capacidad de Skruf para encontrar el camino hasta su propio país, si bien ni él ni Dangar aparentaban tener el menor recelo.

La caza era abundante —de hecho, demasiado abundante y demasiado peligrosa— y von Horst no tuvo problemas para mantenerlos a todos bien provistos; no obstante, el constante gasto de munición le hacía temer por el futuro, por lo que decidió encontrar algún modo de conservar sus preciosos cartuchos. Era necesario que siempre pudiera tenerlos a su disposición en ocasiones de verdadera emergencia, cuando su pistola pudiera marcar una diferencia entre la vida y la muerte.

Sus compañeros, culturalmente, aún se hallaban en la edad de piedra. No tenían conocimiento de ninguna otra arma más

civilizada que los garrotes, los cuchillos de sílice y las lanzas con punta de piedra. En consecuencia, al observar la milagrosa facilidad y la relativa seguridad con la que von Horst, gracias a su extraña arma, abatía incluso a las mayores bestias, dejaban para él aquella tarea.

Von Horst tenía sus propios motivos, fundamentalmente inducidos por las sospechas que mantenía acerca de la lealtad de Skruf, para no desear que los otros descubrieran que su arma resultaría inútil una vez que se hubiera agotado su reserva de munición; de todos modos, ignoraban demasiadas cuestiones sobre las armas de fuego como para deducirlo por sí mismos. Era necesario, sin embargo, encontrar alguna excusa plausible para poder insistir en que cazasen con otras armas.

Skruf iba armado con una lanza y un cuchillo cuando emprendieron su viaje y, tan rápidamente como pudo encontrar los materiales apropiados, Dangar se fabricó unas armas similares para él. Con su ayuda, von Horst consiguió una lanza, y poco tiempo después, comenzó a hacerse un arco y unas flechas. No obstante, mucho antes de tenerlas en su poder, insistió en que cazaran con las primitivas armas de las que ya disponían, puesto que el ruido de la pistola podía atraer, con toda seguridad, demasiada atención sobre ellos. Dado que en ese momento atravesaban un territorio en el que Skruf les había indicado la posibilidad de toparse con partidas de caza o de saqueo procedentes de otras tribus hostiles, tanto él como Dangar apreciaron la sabiduría del consejo de von Horst. Algún tiempo después, los tres yacían tendidos con sus lanzas al acecho de nuevas presas.

La facilidad con la que von Horst se adaptó a la primitiva vida de sus compañeros, no dejó de asombrarle incluso a él. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que abandonara el mundo exterior, aunque estaba convencido de que no habían debido de transcurrir más que unos cuantos meses. En ese tiempo, prácticamente, se había desprendido de toda la capa de civilización que había llevado generaciones desarrollar. Había retrocedido miles de años hasta encontrarse en un estado similar al de aquellos hombres de la antigua edad de piedra. Cazaba como ellos cazaban, comía como ellos comían y, frecuentemente, se encontraba a sí mismo pensando en términos de la edad de piedra.

Gradualmente, su indumentaria de la civilizada corteza exterior fue desapareciendo, hasta convertirse en la propia de aquella era largo tiempo atrás extinguida. Primero desaparecieron sus botas, que se vieron reemplazadas por unas sandalias de piel de mamut. Luego, poco a poco, el resto de sus ropas, destrozadas y rotas, se fueron cayendo a pedazos hasta que, por fin, para cubrir su desnudez, se vio obligado a desecharlas y a adoptar los taparrabos de piel que usaban sus compañeros. Ahora, en efecto, salvo por el cinturón de cartuchos, su cuchillo de caza y la pistola, parecía un auténtico hombre del Pleistoceno.

Con la obtención de su arco y de algunas flechas sintió que daba un paso definitivo. La idea le pareció divertida. Quizás ahora se hallara diez o veinte mil años por delante de sus compañeros. Pero eso era algo que no iba a tardar mucho en cambiar. Tan pronto como se perfeccionó en el uso de sus nuevas armas, Dangar y Skruf estuvieron ansiosos por poseer unas similares. Estaban tan contentos con ellas como unos niños con juguetes nuevos. Dangar, fundamentalmente, demostraba una aptitud especial. Sin embargo, la pistola todavía despertaba la curiosidad de Skruf, que constantemente importunaba a von Horst para que le permitiera usarla, aunque el europeo no le dejaba ni siquiera tocarla.

—Nadie puede hacerlo, excepto yo —le explicó—. Podría matar fácilmente a cualquiera que lo intentase.

—No tengo miedo —replicó Skruf—. He visto como la usas. Yo podría hacerlo igual. Déjame demostrártelo.

Pero von Horst estaba decidido a mantener la ascendencia que le otorgaba el ser el único conocedor del uso de aquella arma. Más tarde comprobaría que su decisión había sido acertada. No obstante, la prueba que mejor vino a corroborar su aseveración a Skruf de que el arma podía ser peligrosa para cualquiera que no fuese von Horst, fue proporcionada por el propio Skruf.

Durante todo el viaje Skruf había estado manifestando su deseo de llevar con él la cabeza de un tarag para así poder ganar el consentimiento de su amada. Constantemente le sugería a von Horst que matase para él una de aquellas bestias. Por fin, se hizo evidente tanto para von Horst como para Dangar que estaba verdaderamente aterrorizado ante la idea de tenerla que matar él mismo. Von Horst no tenía ninguna intención de tentar al destino buscando un

enfrentamiento con semejante monstruo, una criatura de tan enormes proporciones, increíble fuerza y terrible ferocidad, que era capaz de acabar, sin ninguna ayuda, con un mastodóntico mamut.

Habían tenido la suerte de no cruzarse en el camino de ninguno de aquellos monstruos, y von Horst mantenía la esperanza de que no lo hicieran; pero las leyes de la probabilidad se hallaban en su contra. No se podía echar en cara a von Horst su reticencia a enfrentarse a semejante criatura de una era olvidada con las insuficientes armas de las que disponía. Incluso su pistola podía hacer poco más que enfurecer a la criatura. De acuerdo que siempre era posible alcanzarla en el corazón con cualquier clase de arma, pero no era probable que lo hiciera lo suficientemente rápido como para poder evitar unas heridas terribles o una muerte casi segura. En cualquier caso, siempre existía la posibilidad de poder abatir al gigantesco monstruo.

Entonces ocurrió. Y lo hizo tan repentina e inesperadamente que no hubo ninguna oportunidad de estar preparado para ello. Los tres hombres marchaban en fila por un sendero selvático. Von Horst iba en cabeza, seguido por Skruf. De repente, sin previo aviso, un tarag saltó frente a ellos desde la maleza, a menos de tres pasos de von Horst. A los ojos del europeo parecía tan grande como un búfalo, y quizás lo fuera. Se trataba de una criatura monstruosa, de entreabiertas fauces y ojos llameantes.

En el instante en que se vio frente a los tres hombres, saltó sobre von Horst. Skruf se dio media vuelta y echó a correr, tirando a Dangar en su precipitada huida. Von Horst se encontró con la criatura encima de una manera tan inesperada que no tuvo tiempo de desenfundar su pistola. En ese momento llevaba su lanza en la mano derecha, con la punta al frente. Nunca supo si lo que sucedió fue una reacción instintiva o si fue algo intencionado. Cayó sobre una rodilla, apoyando la parte trasera de su lanza en el suelo y enfilando su punta hacia la garganta del monstruo. Sin darse cuenta de lo que sucedía, la bestia se empaló a sí misma sobre el arma. Von Horst aguantó firme. El astil de la lanza no se quebró y, a pesar de toda su fuerza y su tamaño, la bestia se vio incapaz de alcanzar al hombre con sus garras.

Rugió, chilló y se sacudió violentamente de un lado a otro, desgarrándose cada vez más con la lanza en una agonía de dolor y

de rabia. Von Horst esperaba a cada instante que el astil se partiera, dejando caer sobre él a la bestia. Entonces Dangar se precipitó sobre ellos, desafiando el peligro que suponían aquellas afiladas garras, y atravesó con su lanza el costado del tarag. No una, sino dos, tres veces, la afilada punta de piedra se clavó en el corazón y en los pulmones del gigantesco tigre que, con un rugido final, se desplomó sin vida en el suelo. Cuando todo hubo terminado, Skruf descendió del árbol en el que había buscado refugio y cayó con su rudimentario cuchillo sobre el inerte cuerpo de la bestia. No prestó ninguna atención ni a Dangar ni a von Horst mientras hacía los cortes precisos para separar la cabeza del cuerpo. Llevó a cabo su propósito sin pedir ningún tipo de permiso; ni siquiera dio las gracias a aquellos dos hombres que habían logrado para él el trofeo con el que esperaba ganar el consentimiento de su compañera.

Dangar y von Horst se sentían cada vez más a disgusto, aunque quizás el europeo se hallase más divertido que enfadado. En cualquier caso, el resto de la marcha se hizo en silencio, sin que ninguno de ellos se volviera a referir en modo alguno al asunto, a pesar de que el hedor que despedía la cortada cabeza se hacía cada vez más y más insoportable a medida que avanzaban hacia el país de los bastios.

Tras el encuentro con el tarag, que había tenido lugar poco después de que Skruf hubiera hecho su último intento por lograr una oportunidad de demostrar que era capaz de manejar la pistola, los tres hombres se cobijaron para dormir en una desierta cueva que habían localizado en la pared de un risco. Fue entonces cuando von Horst y Dangar se vieron despertados por un disparo.

Al levantarse, vieron a Skruf tendido en el suelo de la caverna y arrojando la pistola lejos de él. Von Horst se precipitó al lado del hombre, que no cesaba de gemir y de retorcerse; pero un breve examen convenció al europeo de que el individuo estaba más aterrorizado que herido. Su rostro tenía señales de pólvora y una roja marca cruzaba su mejilla allí donde le había rozado la bala, pero lo único que había resultado dañado era su sistema nervioso. Había recibido un susto del que tardaría bastante en recuperarse. Von Horst se dio media vuelta y recogió su pistola. Introduciéndola en su funda, se dispuso de nuevo a dormir.

—La próxima vez morirás, Skruf —dijo.

Eso fue todo. Estaba seguro de que aquel hombre había aprendido la lección. Durante algún tiempo después de ese incidente, Skruf se mantuvo hosco y taciturno, e incluso, en varias ocasiones, von Horst se dio cuenta de que el hombre le observaba con una torva expresión en su semblante. Finalmente, su mal humor desapareció o fue bien disimulado, pues a medida que se aproximaron a Basti se mostró mucho más alegre.

—Pronto llegaremos —anunció tras un largo sueño—. Vais a conocer una gran tribu y os quedaréis sorprendidos con la recepción que se os dispensará. Basti es un hermoso país; nunca os marcharéis de él.

Tras reanudar su camino, dejaron atrás la llanura y el río que habían estado siguiendo para entrar en un país de suaves colinas, más allá del cual se divisaban unas montañas de considerable altura. Skruf les condujo a través de una estrecha garganta situada entre gredosos riscos. Se trataba de una serpenteante garganta, a lo largo de la cual apenas podía distinguirse nada de lo que se hallase por delante de ellos ni a su espalda. Un pequeño arroyo de agua clara discurría alegremente a la luz del sol en su camino hacia algún lejano y misterioso mar. Ondulantes hierbas crecían sobre las cumbres de los riscos, así como también en las márgenes del arroyo, en las que el terreno, descendiendo desde la parte superior, alojaba varios arbustos recubiertos de flores y diversos árboles de reducido tamaño.

Skruf marchaba en cabeza. Parecía excitado y no dejaba de repetir que casi habían llegado al poblado de los bastios.

—Después del siguiente recodo —dijo al poco—, el centinela nos verá y dará la voz de alarma.

La profecía resultó correcta, ya que poco después de rodear el escarpado borde del risco que discurría a su izquierda, una voz resonó por encima de sus cabezas, lanzando un aviso que reverberó a través de toda la garganta.

—¡Viene alguien! —gritó, para luego dirigirse a los que se encontraban debajo—: ¡Deteneos o moriréis! ¿Quiénes sois los que venís a la tierra de los bastios?

Von Horst miró hacia arriba y descubrió a un hombre de pie sobre una cornisa cortada en el gredoso risco. A su lado había varias rocas de gran tamaño que podían ser fácilmente arrojadas a

cualquiera que se hallase debajo.

Skruf se dirigió al hombre.

—Somos amigos —dijo—. Soy Skruf.

—A ti te conozco —respondió el centinela—, pero a los otros no. ¿Quiénes son?

—Les llevo ante Frug, nuestro jefe —contestó Skruf—. Este es Dangar y viene de un país que se llama Sari. El otro procede de un país mucho más lejano.

—¿No viene nadie más con vosotros?

—No —respondió Skruf—. Solo somos tres.

—Está bien, llévalos ante Frug —señaló el centinela.

Los tres continuaron adentrándose en la garganta hasta llegar a una gran cuenca circular. En las paredes que la circundaban, von Horst descubrió numerosas cavernas. Ante cada una de ellas se veía una cornisa, y cada cornisa se conectaba con las de los otros niveles a través de escalas. Grupos de mujeres y niños se apiñaban en ellas, frente a las bocas de las distintas cavernas, mirándoles con desconfianza, evidentemente tras haber sido advertidos por el grito del centinela. Una hilera de guerreros se hallaba entre ellos y los acantilados en los que se encontraban las cuevas. También ellos aparentaban estar esperando a la partida y parecían hallarse preparados para recibirles de cualquier forma en que se presentaran, ya fuera como amigos o como enemigos.

—Soy Skruf —gritó este—. Deseo ver a Frug. Todos sabéis quién soy.

—Skruf se fue hace muchos sueños —replicó uno—. Pensábamos que había muerto y que no volvería a regresar.

—Soy Skruf y he vuelto —insistió el hombre.

—Podéis continuar, pero antes dejad aquí vuestras armas.

Los tres hicieron lo que se les ordenaba, pero Skruf, que iba en cabeza, no se apercibió de que von Horst retenía su pistola. A medida que avanzaban se fueron viendo completamente rodeados por los guerreros de Basti, que ahora prácticamente les empujaban hacia delante.

—Es cierto; es Skruf —señalaron algunos al aproximarse. Pero no había ninguna cordialidad en su tono, ni tampoco el más leve indicio de amistad. En breve, se detuvieron ante un hombre enorme y peludo. Llevaba un collar hecho con garras de osos y tigres. Se

trataba de Frug.

—Eres Skruf —anunció—. Sí, en efecto, eres Skruf. ¿Quiénes son esos otros?

—Son prisioneros que traigo a Basti como esclavos —repuso Skruf—. También he matado un tarag y traigo su cabeza para ponerla ante la cueva de la mujer que deseo como compañera. Ahora soy un gran guerrero.

Von Horst y Dangar miraron boquiabiertos a Skruf.

—Eres un maldito traidor, Skruf —exclamó el sari—. Confiamos en ti. Dijiste que tu pueblo nos trataría como amigos.

—Nosotros no somos amigos de nuestros enemigos —gruñó Frug—, y todos aquellos que no son bastios, son nuestros enemigos.

—No somos vuestros enemigos —repuso von Horst—. Cazamos y dormimos junto a Skruf, como sus amigos, muchas veces. ¿Acaso todos los hombres de Basti son mentirosos y traidores?

—Skruf sí lo es —señaló Frug—. Yo no os prometí ser vuestro amigo, y el jefe soy yo. Skruf no puede hablar por Frug.

—Dejadnos seguir nuestro camino hasta mi país —dijo Dangar—. No tenéis ninguna disputa conmigo o con mi pueblo.

—No tenemos ninguna disputa con nuestros esclavos —contestó Frug, riendo—. O trabajan o les matamos. Lleváoslos y que se pongan a trabajar —ordenó a continuación, dirigiéndose a los guerreros que les rodeaban.

De inmediato varios bastios se acercaron y les sujetaron. Von Horst comprendió que toda resistencia resultaría inútil. Podía acabar con varios de ellos antes de vaciar su pistola, pero, con toda seguridad, le acabarían venciendo, o más posiblemente, le atravesarían con sus lanzas. Incluso aunque no lo hicieran y momentáneamente consiguieran escapar, el vigía de la garganta no tendría más que arrojarles unas cuantas rocas desde su cornisa para acabar con ellos de un modo eficaz.

—Supongo que estamos atrapados —le comentó a Dangar.

—Sí —contestó el sari—. Ahora entiendo lo que quería decir Skruf cuando comentó que nos sorprendería la recepción que se nos dispensaría y que nunca abandonaríamos Basti.

Los guerreros les empujaron hasta el pie del risco, haciéndoles subir por las escalas hasta la cornisa más elevada. Allí, varios hombres y mujeres trabajaban con toscas herramientas de piedra

excavando y horadando la pared del risco, construyendo una nueva cornisa y más cuevas adicionales. Aquellos eran los esclavos. Un guerrero bastio, agachado sobre sus talones a la sombra de la entrada a una nueva caverna que se estaba construyendo, dirigía el trabajo. Los que habían llevado a Dangar y a von Horst hasta la cornisa se volvieron hacia aquel hombre.

—¿Ha sido Skruf el que ha cogido a estos dos hombres? —preguntó el guardián de los esclavos—. Eso es lo que me ha parecido oír desde aquí, aunque no puedo creer que ese cobarde haya hecho algo semejante.

—Los engañó —le explicó uno—. Les dijo que les recibiríamos como amigos y que les trataríamos bien. Ha traído también la cabeza del tarag. Piensa ponerla a la entrada de la caverna en la que duerme

La-Ja,

la esclava. Cuando se la pidió a Frug, este le respondió que se la entregaría si traía la cabeza de un tarag. Frug pensó que era una buena broma, pues suponía tanto como decirle que no.

—Los hombres de Basti no se unen con esclavas —dijo el que estaba de guardia.

—Así es, pero Frug le dio su palabra —le recordó el otro—, y la mantendrá. De todos modos, tendría que haber visto con mis propios ojos a Skruf matando un tarag para poder creérmelo.

—No lo hizo él —apuntó Dangar.

Los dos hombres le miraron extrañados.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó el guardián.

—Porque yo estaba allí cuando este hombre acabó con el tarag —respondió Dangar—. Lo mató con su lanza mientras Skruf corría a un árbol. Después de que estuviera muerto, fue cuando bajó y cortó su cabeza.

—Eso me suena más propio de Skruf —dijo uno de los guerreros que les habían conducido hasta la cornisa. A continuación, los otros volvieron su atención hacia von Horst.

—¿Mataste a un tarag con una lanza tú solo? —preguntó uno de ellos, no sin mostrar un cierto respeto.

Von Horst negó con la cabeza.

—Lo hicimos juntos Dangar y yo —explicó—. En realidad, fue él quien lo hizo.

Entonces Dangar contó como von Horst había hecho frente él solo a la bestia y como la había empalado con su lanza. Al terminar la narración, se hizo evidente que el respeto hacia von Horst se había incrementado.

—Espero ser lo bastante afortunado para conseguir tu corazón —dijo el guardián. Luego les dio unas herramientas y les puso a trabajar junto a los demás esclavos.

—¿Qué crees que habrá querido decir con eso de que esperaba ser lo bastante afortunado para conseguir mi corazón? —preguntó von Horst después de que los guardias les hubieran dejado.

—Estos hombres se comen a otros hombres —le contestó Dangar—. He oído hablar de ellos.



Capítulo VI

La-Ja

La sombreada frescura de la caverna en la que von Horst y Dangar fueron puestos a trabajar, supuso un alivio al calor y al resplandor del sol que se filtraba a través de su entrada. Al principio solo fueron vagamente conscientes de la presencia de otras personas en su interior, pero a medida que sus ojos se acostumbraron a la débil claridad reinante, descubrieron a varios esclavos horadando la pared de la caverna. Algunos de ellos lo hacían subidos a toscas escalas que lentamente convergían hacia la parte superior de la cámara. La mayor parte de aquellos esclavos eran hombres, pero también había algunas mujeres. Una de ellas trabajaba cerca de donde se hallaba von Horst.

El guerrero bastio que dirigía los trabajos en aquella caverna observó a von Horst durante algún tiempo. Después le hizo detenerse.

—¿No sabes hacerlo mejor? —le preguntó—. Lo estás haciendo mal.

Entonces se dirigió a la mujer que se hallaba cerca del europeo.

—¡Ven aquí! Enséñale cómo se hace y procura que lo haga correctamente.

Von Horst se volvió hacia la mujer. Sus ojos ya se habían acostumbrado completamente a la tenue claridad de la cueva. Ella se había detenido y le estaba mirando. Observó que era joven y muy bien parecida. A diferencia de las mujeres bastias que había visto, era rubia.

—Mírame —dijo ella—. Hazlo igual que yo. No te golpearán por hacerlo despacio, pero lo harán si lo sigues haciendo tan mal.

Von Horst la observó con detenimiento. Se fijó en sus correctas facciones, en las largas pestañas que enmarcaban sus ojos, grandes e inteligentes, en los tentadores contornos de sus mejillas, en su cuello y en sus pequeños, aunque firmes, pechos. Decidió que era mucho más guapa de lo que su primera impresión le había sugerido.

De repente la joven se volvió hacia él.

—Si miras a mis manos, aprenderás más rápido —dijo.

Von Horst se echó a reír.

—Pero no será ni la mitad de agradable —le aseguró.

—Si lo que deseas es hacerlo mal y que te golpeen, es asunto tuyo.

—Mírame —le invitó—. Comprueba si no he aprendido ya algo, observándote.

Comenzó a excavar con su mazo y su cincel de piedra en el suave yeso; luego, un momento después, se giró de nuevo hacia ella.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Bien —admitió reacia—. Está bastante mejor; pero tendrás que hacerlo mucho mejor. Cuando lleves aquí tanto tiempo como yo, aprenderás lo que significa hacerlo bien.

—¿Llevas aquí mucho tiempo? —preguntó él.

—He dormido tantas veces que he perdido la cuenta. ¿Y tú?

—Acabo de llegar.

La muchacha se echó a reír.

—¿Acabas de llegar? Querrás decir que te han traído hasta aquí.

Von Horst negó con la cabeza.

—Vine como un idiota. Un tal Skruf nos dijo que seríamos bien recibidos y que su pueblo nos trataría como amigos. Nos engañó.

—¡Skruf! —repuso la muchacha estremeciéndose—. Skruf es un cobarde y un mentiroso; aunque, de todos modos, tengo que dar gracias de que lo sea. Si no, sería capaz de traer la cabeza de un tarag y ponerla a la entrada de la caverna en la que duermo.

Von Horst abrió los ojos con asombro.

—¿Tú eres La-Ja? —preguntó.

—Sí; yo soy La-Ja. ¿Cómo lo sabes?

La musical entonación con la que pronunció su nombre fue realmente adorable; la a abierta, la suave j, el acento en la última sílaba.

—Un guerrero me dijo que Frug le había prometido a Skruf que te entregaría a él si le traía la cabeza de un tarag. Me he acordado del nombre; tal vez haya sido porque es un nombre muy bonito.

La muchacha ignoró el cumplido.

—Entonces no tengo de que preocuparme —dijo—. Ese cobarde saldrá corriendo en cuanto vea un tarag.

—Sí, es lo que hizo —señaló von Horst—; pero se trajo a Basti la cabeza con él.

La joven le miró primero horrorizada y luego escéptica.

—¿Me estás intentando decir que Skruf mató a un tarag? —inquirió.

—No estoy diciendo eso. Lo hicimos Dangar y yo; pero Skruf le cortó la cabeza y se la trajo consigo, tomando para sí el crédito de haberlo matado.

—¡No me tendrá jamás! —exclamó La-Ja tensa—. Antes acabaré con mi vida.

—¿No puedes hacer nada por evitarlo? ¿No puedes rechazarle?

—Podría hacerlo si no fuera esclava de los bastios. Pero Frug me ha prometido a él y, al ser una esclava, no puedo decir nada al respecto.

De repente, von Horst sintió un interés personal en aquel asunto. El porqué, hubiera sido difícil para él explicarlo. Tal vez se tratase de la reacción natural de un hombre ante la apurada situación en que se encontraba una indefensa muchacha; quizá su gran belleza tuvo algo que ver con ello. El caso es que, cualquiera que fuera la causa, decidió ayudarla.

—¿No hay ninguna posibilidad de escapar? —preguntó—. Podríamos huir de aquí cuando oscurezca. Dangar y yo te ayudaríamos y estaríamos dispuestos a acompañarte.

—¿Cuándo oscurezca? —preguntó ella—. ¿Cuándo oscurezca el qué?

Von Horst hizo un gesto de desaliento.

—Lo había olvidado —dijo.

—¿Qué es lo que habías olvidado?

—Que aquí nunca oscurece.

—En las cuevas hay mucha oscuridad —dijo ella.

—En mi país hay oscuridad la mitad del tiempo. Cuando reina la oscuridad, aprovechamos para dormir. Cuando hay luz no

dormimos.

—¡Qué extraño! —exclamó ella—. ¿Dónde está tu país? ¿Cómo es posible que alguna vez esté oscuro? El sol siempre brilla. Nadie ha oído hablar jamás de que el sol deje de brillar.

—Mi país está muy lejos de aquí, en otro mundo. No tenemos el mismo sol que tenéis vosotros. Algún día intentaré explicártelo.

—Creo que no te pareces a ningún hombre que haya visto antes. ¿Cómo te llamas?

—Von —respondió él.

—Von... Sí, también es un nombre extraño.

—¿Más extraño que Skruf o Frug? —preguntó él con una mueca.

—Sí; no hay nada de raro en esos nombres.

—Si escucharas mi nombre completo, eso sí que te sonaría raro.

—¿Es más largo que Von?

—Bastante más.

—Dímelo.

—Mi nombre completo es Frederick Wilhelm Eric von Mendeldorf und von Horst.

—Creo que nunca sería capaz de pronunciar algo así... Prefiero llamarte Von.

Se preguntó el motivo por el que le había dicho su nombre: Frederick Wilhelm Eric von Mendeldorf und von Horst. Lógicamente, lo había usado durante tanto tiempo que para él era algo natural. Pero era posible que no regresase nunca a Alemania, y tal vez no tuviera ningún sentido el conservarlo. ¿Para qué servía en el mundo interior? Von era un nombre fácil de pronunciar y fácil de recordar; por tanto, decidió que continuaría siendo Von.

En ese momento, la muchacha bostezó.

—Tengo sueño —dijo—. Me voy a mi cueva a dormir. ¿Por qué no aprovechas tú también para hacerlo? Así nos despertaríamos al mismo tiempo y es posible que pudiera enseñarte algo sobre tu trabajo.

—Me parece una gran idea —exclamó él—. ¿Pero me permitirán dormir ahora? Acabo de empezar a trabajar.

—Nos dejan dormir cuando queramos; pero cuando despertemos tenemos que volver al trabajo. Las mujeres duermen en una cueva distinta a la de los hombres. Una mujer bastia nos vigila y cuida de que nos pongamos a trabajar en cuanto nos despertemos. Es una

vieja horrible.

—¿Dónde duermo yo? —preguntó von Horst.

—Ven, te lo enseñaré. Es la cueva que está al lado de la de las mujeres.

La muchacha le guio a través de la cornisa, atravesándola hasta llegar a la entrada de otra caverna.

—Los hombres duermen aquí —dijo—. En la siguiente cueva es donde duermo yo.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó uno de los guardias.

—Nos vamos a dormir —contestó La-Ja.

El hombre asintió y la muchacha se dirigió a su cueva, mientras von Horst se introducía en la reservada a los esclavos varones. Vio a varios de ellos durmiendo en el suelo y se tendió a su lado, siendo imitado por Dangar que les había seguido.

No supo cuánto durmió. Se despertó de manera repentina a causa de unos fuertes gritos procedentes del exterior. Al principio no fue capaz de comprender las palabras que oía, pero tras repetirse las mismas un par de veces, se despertó completamente, captando toda su importancia y reconociendo la voz del que gritaba.

Se trataba de Skruf, y sus gritos eran cada vez más fuertes.

—¡Sal, La-Ja! Skruf te ha traído la cabeza de un tarag. ¡Ahora perteneces a Skruf!

Von Horst se levantó de un salto y se dirigió a la cornisa. Allí, ante la entrada de la cueva contigua, yacía la corrompida cabeza de un tarag. Pero a Skruf no se le veía por ninguna parte.

En un primer momento, von Horst pensó que se había introducido en la caverna en busca de La-Ja; pero enseguida percibió que la voz procedía de abajo. Al mirar por encima del borde de la cornisa, descubrió a Skruf de pie sobre una de las escalas, unos cuantos pies más abajo. Entonces vio salir a La-Ja de la cueva. Su semblante era una máscara de trágica desesperación.

Von Horst se había adelantado hasta el extremo superior de la escala. A su lado se hallaba la cabeza del tarag. Estaba justo frente a la entrada de la caverna de la que había salido La-Ja. Algo en su comportamiento, en su expresión, le llenó de inquietud. La muchacha no pareció fijarse en él mientras le sobrepasaba y se dirigía hacia el borde del risco. Intuitivamente, von Horst supo lo que estaba pasando por su mente. Llegando a su lado, la cogió por

el brazo y tiró de ella hacia atrás.

—No lo hagas, La-Ja —dijo con tranquilidad.

Ella volvió en sí dando un respingo, como si saliera de un trance. Entonces se abrazó a él y comenzó a sollozar.

—No hay otra forma —dijo entre sollozos—. Nunca seré suya.

—No lo serás —dijo el hombre.

Luego miró hacia donde se encontraba Skruf.

—Lárgate de aquí —dijo—. ¡Y llévate tu podrida cabeza contigo!

Dándole una patada, arrojó la corrupta masa de carne por encima de la cornisa, yendo a caer sobre Skruf. Por un instante, este pareció a punto de caerse de la escala, pero finalmente, con la agilidad de un mono, consiguió recuperar el equilibrio.

—¡Márchate y no vuelvas por aquí! —le ordenó von Horst—. Esta muchacha jamás será tuya.

—¡Es mía! Frug me la prometió. ¡Te mataré por esto!

Skruf se hallaba tan enfurecido que prácticamente echaba espumarajos por la boca.

—Si no te marchas, soy capaz de bajar ahí y arrojarte al vacío —le amenazó von Horst.

En ese momento una mano se posó en su hombro. Al darse la vuelta vio que Dangar se hallaba a su lado.

—Viene uno de los guardianes —dijo—. Ahora estás metido en esto y yo estoy contigo. ¿Qué hacemos?

El guardián se acercaba por la cornisa. Era el mismo individuo gigantesco que les había recibido. Había otros en las distintas cuevas que estaban siendo horadadas, pero, por el momento, solo parecían haber llamado la atención de aquel.

—¿Qué estás haciendo, esclavo? —bramó—. ¡Ponte a trabajar! Me parece que lo que tú necesitas es un poco de esto.

En su peluda mano derecha agitaba un enorme garrote.

—No intentes golpearme con eso —replicó von Horst—. Si te acercas más a mí, te mato.

—Tu pistola, Von —le susurró Dangar.

—No puedo desperdiciar municiones —le contestó este.

El guardián permanecía inmóvil. Parecía estar intentando averiguar cómo pretendía matarle aquel esclavo y con qué. Todo indicaba a que aquel hombre se hallaba desarmado y, aunque era alto, estaba lejos de ser tan corpulento como él. Finalmente, debió

deducir que las palabras de von Horst eran pura bravuconería, así que volvió a avanzar.

—¿Qué tú me vas a matar? —rugió, abalanzándose hacia él con su garrote en alto.

Su juego de pies no era demasiado rápido y su cerebro funcionaba aún de manera más lenta. Sus reacciones eran lastimosamente tardías. Así, cuando von Horst saltó a su encuentro, no fue lo bastante ágil como para desviar su ataque a tiempo de evitar lo que sucedió. Von Horst se echó a un lado mientras el individuo se precipitaba sobre él. Entonces lanzó un golpe terrorífico a la mandíbula del bastio, un golpe que le envió hasta el mismo borde de la cornisa. Allí se tambaleó y von Horst le volvió a golpear. Esta vez no pudo mantener el equilibrio. Con un grito de terror, cayó al vacío desde más de cien pies de altura.

La muchacha y Dangar permanecían de pie sobre la cornisa, con los ojos abiertos por el estupor.

—¡Qué has hecho, Von! —exclamó ella—. Ahora te matarán. ¡Y todo ha sido por mi culpa!

Mientras hablaba, otro guardián había emergido de una de las cuevas más alejadas de la cornisa, y otros dos más estaban saliendo de las cavernas en las que dirigían el trabajo de los esclavos. El grito del individuo al que von Horst había arrojado por la cornisa, había llamado su atención.

—Poneros detrás de mí y retroceded hasta el extremo de la cornisa —ordenó von Horst a La-Ja y a Dangar—. No conseguirán atraparnos si son incapaces de atacarnos por la espalda.

—Pero nos arrinconarán y no habrá ninguna esperanza para nosotros —objetó la muchacha—. Es mejor introducirnos en una de esas cuevas en las que casi no hay luz. En ellas hay piedras que les podemos arrojar y quizá seamos capaces de contenerlos. De todas formas, todo es igual. Nos atraparán hagamos lo que hagamos.

—¡Haz lo que te digo! —estalló von Horst—. ¡Y hazlo rápido!

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes en ese tono? —le contestó La-Ja—. ¡Yo soy la hija de un jefe!

Von Horst se giró y la empujó a los brazos de Dangar.

—Llévatela al extremo de la cornisa —le ordenó al sari.

A continuación empezó a retroceder tras ellos, mientras Dangar prácticamente arrastraba a la enfurecida La-Ja a través de la

cornisa. Los guardianes seguían avanzando hacia los tres. No sabían exactamente qué es lo que había ocurrido, pero eran conscientes de que algo iba mal.

—¿Dónde está Julp? —preguntó uno de ellos.

—Donde vas a ir tú, si no haces lo que te digo —repuso von Horst.

—¿Qué quieres decir, esclavo? ¿Dónde está?

—Le tiré por la cornisa. Mira hacia abajo.

Los tres hombres se detuvieron y miraron por encima del borde del risco. Abajo se encontraba el cuerpo de Julp. Ahora, las furiosas voces de los que se habían congregado a su alrededor llegaban hasta ellos. Skruf también se encontraba allí. Solo él podía conjeturar lo que le había ocurrido a Julp, y se lo debía estar explicando a los que se hallaban allí, cuando Frug se unió al grupo.

—¡Traedme a ese esclavo! —gritó Frug a los guardianes de la cornisa.

Los tres hombres avanzaron de nuevo hacia von Horst con la intención de cogerle. Este desenfundó su pistola.

—¡Alto! —les advirtió—. Será mejor que me escuchéis si no queréis morir. Ahí hay una escala. Bajad por ella.

Los tres hombres contemplaban la pistola, pero no sabían lo que era. Para ellos solo era un trozo de piedra negra. Quizá pensaran que von Horst se proponía arrojársele, o tal vez usarla contra ellos como una maza. La idea les hizo sonreír mientras avanzaban hacia él despectivamente.

La mujer que vigilaba a las esclavas también había salido de la cueva, atraída por la conmoción originada en el exterior, y se había unido a los hombres. Se trataba de una mujer desaliñada y poco atractiva, de edad indeterminada y con un malvado semblante. Von Horst supuso que iba a ser un rival tan formidable como los hombres, pero trataría de evitar el tener que disparar contra una mujer. De hecho, no deseaba abrir fuego contra ninguno de aquellos pobres e ignorantes cavernícolas de la edad de piedra; pero se trataba de sus vidas o la suya, la de Dangar y la de La-Ja.

—¡Atrás! —exclamó—. He dicho que bajéis por la escala. No deseo mataros.

Por toda respuesta, los bastios se echaron a reír y siguieron avanzando. Von Horst abrió fuego. Uno de los hombres se hallaba

justo detrás del cabecilla y el disparo les hizo caer a ambos sobre la cornisa, gritando y retorciéndose. El otro hombre y la mujer se detuvieron. El sonido de la pistola ya hubiera bastado para detenerles, puesto que había resultado aterrador; pero, además, cuando vieron a sus compañeros tendidos sobre la cornisa, sus sencillas mentes se sintieron abrumadas.

—¡Abajo —les ordenó von Horst—, sino queréis morir también vosotros! No os daré una nueva oportunidad.

La mujer soltó un gruñido y pareció vacilar, pero el hombre no se hizo de rogar. Ya había visto suficiente. Saltó hacia la escala y se apresuró a descender por ella; un instante después, la mujer, pensándose mejor, le siguió. Von Horst les observó a ambos; cuando llegaron a la cornisa inferior, hizo un gesto a Dangar para que se acercara.

—Échame una mano con la escala —dijo, tras lo cual, los dos hombres la retiraron de su lugar, situándola sobre la cornisa en la que se encontraban.

—Esto les retendrá por un rato —señaló.

—Hasta que traigan otra escala —repuso Dangar.

—Eso les llevará algún tiempo —contestó von Horst—; de hecho, bastante tiempo si les disparo mientras lo hacen.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Dangar.

La-Ja observaba a von Horst con el ceño fruncido. Sus ojos eran dos pozos de ardiente rabia, pero, a pesar de ello, permanecía en silencio. Von Horst, que también la miraba a ella, se sintió aliviado de que lo hiciera. En aquel hermoso y furioso rostro —hermoso a pesar de su furia—, se podía leer que habría problemas.

Los demás esclavos comenzaban a salir tímidamente de las cuevas. Miraban a su alrededor buscando a sus guardianes, pero no veían ninguna señal de ellos; entonces se apercibieron de que la escala había sido retirada de la cornisa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de ellos.

—Este idiota ha matado a tres de los guardianes y ha hecho huir al resto —estalló La-Ja—. Ahora tendremos que elegir entre quedarnos aquí y morirnos de hambre, o dejarles que suban y que acaben con nosotros.

Von Horst no les prestaba atención. Miraba hacia lo alto, examinando la pared del risco, que se inclinaba ligeramente desde

la cumbre, a unos treinta pies por encima de donde se encontraban.

—¿Mató a tres guardianes y echó a los otros de la cornisa? —preguntó uno de los esclavos con incredulidad.

—Sí —respondió Dangar—. Y lo hizo él solo.

—Es un gran guerrero —dijo el esclavo sin ocultar su admiración.

—Tienes razón, Thorek —convino otro—. Pero La-Ja también la tiene. Para nosotros esto significa la muerte, ocurra lo que ocurra.

—La muerte solo nos llegara un poco antes; eso es todo —replicó Thorek—. Es preferible saber que han muerto tres de esos comedores de hombres. Me hubiera gustado ser yo el que acabase con ellos.

—¿Tenéis intención de quedaros aquí a morir de hambre o de esperar a que suban a mataros? —inquirió von Horst.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? —señaló un esclavo que procedía de Amdar.

—Somos unos cincuenta —dijo von Horst—. Me parece preferible bajar y luchar por nuestras vidas, que quedarnos aquí a morir de sed o a esperar a que nos maten como ratas, si es que no hay otra salida. No obstante, creo que sí la hay.

—Tus palabras son las de un hombre —dijo Thorek—. Yo bajaré contigo y lucharé.

—¿Cuál es la otra salida? —preguntó el hombre de Amdar.

—Tenemos esta escala —explicó von Horst—, y hay más en las cuevas. Si empalmásemos unas con otras, podríamos alcanzar la cumbre del risco. Habríamos recorrido un largo camino antes de que los bastios pudieran atraparnos, puesto que tendrían que salir y rodear la garganta hasta encontrar un punto por el que pudieran subir.

—Es cierto —dijo otro esclavo.

—Pero podrían alcanzarnos —sugirió otro tímidamente.

—¡Qué lo hagan! —exclamó Thorek—. Yo soy un hombre mamut. ¿Acaso iba a tener miedo de luchar con mis enemigos? Jamás. Toda mi vida he luchado contra ellos. Para eso me dio a luz mi madre y me enseñó a luchar mi padre.

—Estamos hablando demasiado —señaló von Horst—. Hablar no nos ayudará. Los que lo deseen que vengan conmigo. El resto que se quede aquí. Id a buscar las escalas. Preferid siempre aquellas que

puedan ser empalmadas con otras.

—¡Viene Frug! —gritó un esclavo—. ¡Viene con muchos guerreros!

Von Horst miró hacia abajo y distinguió al velludo jefe subiendo hacia la cornisa. Tras él, en efecto, venían muchos guerreros. El hombre de la corteza exterior dejó escapar una sonrisa, pues era consciente de que su posición era inexpugnable.

—Thorek —dijo—. Llévate unos cuantos hombres a las cuevas y traed todas las piedras que podáis. Pero, hasta que yo dé la orden, no las arrojéis sobre los bastios.

—Soy un hombre mamut —replicó Thorek altivamente—. No recibo órdenes de nadie, salvo del jefe de mi tribu.

—De acuerdo. Ahora yo soy tu jefe —repuso von Horst—. Haz lo que te he dicho. Si cada uno de nosotros pretende ser el jefe, si no me hacéis caso, nos quedaremos todos aquí hasta que nos pudramos.

—No recibiré órdenes de ningún hombre que no sea mejor que yo —insistió Thorek.

—¿Eso qué significa, Dangar? —le preguntó von Horst.

—Significa que tendrás que enfrentarte a él y vencerle, si quieres que te obedezca —le explicó el sari.

—¿Los demás sois también idiotas? —inquirió von Horst—. ¿Tendré que enfrentarme con todos para que me ayudéis a que escapemos?

—Si vences a Thorek, yo te obedeceré —contestó el hombre de Amdar.

—Muy bien —convino von Horst—. Dangar, si consigues que alguno de estos estúpidos te ayude, vete y tráete todas las piedras que puedas para contener a Frug hasta que este asunto esté solucionado. Intenta evitar que coloquen otra escala hasta esta cornisa. Thorek, tú y yo iremos a una de esas cuevas y veremos quién de los dos es el que manda. Si intentamos dilucidar la cuestión aquí afuera, probablemente ambos acabaremos en el fondo del risco.

—Me parece bien —dijo el hombre mamut—. Me gusta lo que dices. Si vences, serás un gran jefe. Pero no creo que lo hagas, porque yo soy Thorek y soy un hombre mamut.

Von Horst casi sentía ganas de reír ante las muestras de altivo

orgullo que revelaban poseer aquellas primitivas gentes. Lo había visto, de una manera harto exagerada, en La-Ja y ahora, de nuevo, en Thorek. Quizá les admirase un poco por ello, pero la paciencia tenía un límite y tal vez fuera necesario que con el orgullo se mezclase un poco de sentido común. No obstante, era consciente de que ello reflejaba un tremendo ego, semejante al que la raza humana debía haber tenido que poseer en sus primeros pasos para poder competir con unas fuerzas que constantemente la habían amenazado con la extinción.

—Vamos —dijo volviéndose hacia Thorek—. Acabemos con esto para que podamos hacer algo de provecho.

Mientras hablaba, se dirigió hacia una de las cavernas. Thorek le siguió.

—¿Con las manos desnudas? —preguntó von Horst.

—Con las manos desnudas —convino el hombre mamut.

Desde su niñez, von Horst había sido un aficionado a todo tipo de ejercicios de defensa y de ataque, tanto con armas como sin ellas. Había destacado como boxeador y luchador *amateur*. Hasta entonces no había sacado nada de provecho de ello, salvo un cierto orgullo y satisfacción por su propia habilidad; pero ahora sí que iba a suponer algo más. Iba a establecer su posición en la edad de piedra entre unas rudas gentes que no admitían más superioridad que la física.

A su señal, Thorek embistió contra él como un toro salvaje. En estatura estaban bastante igualados, pero Thorek era más corpulento y aventajaba a von Horst en diez o quince libras. Su fuerza también era bastante similar, aunque el pellucidaro parecía más temible debido a sus abultados músculos. Era la destreza lo que iba a decidir el resultado, y Thorek no era demasiado diestro. Su estrategia consistía en derrotar a su antagonista con su ímpetu y su peso, derribándole primero y golpeándole después hasta dejarle inconsciente. Si le mataba en el proceso... bueno, eso era algo que su contrincante debía confiar a la suerte.

Pero cuando se arrojó sobre von Horst, este ya no se encontraba allí. Se había escurrido por debajo de sus brazos y había esquivado su pesado cuerpo. Luego lanzó un potente puñetazo a la mandíbula de Thorek que hizo estallar su cabeza, dejándole aturdido. Pero el individuo aún se sostenía en pie y, dándose media vuelta, volvió a

por más. Y lo obtuvo. Esta vez se fue al suelo. No tuvo la menor oportunidad. Cada vez que se ponía en pie, era derribado de un golpe. Finalmente desistió de levantarse y permaneció caído en el suelo.

—¿Quién es el jefe? —le preguntó von Horst.

—Tú —respondió Thorek.



Capítulo VII

La fuga de los esclavos

Mientras von Horst se daba la vuelta y salía de la caverna, Thorek, tambaleándose, se levantó y le siguió. En la cornisa, varios esclavos se hallaban alineados junto a Dangar, preparados para arrojar las piedras a los bastios, que, como descubrió von Horst, ya habían alcanzado la segunda cornisa por debajo de la que ocupaban los esclavos.

Al mirar a su alrededor vio que también Thorek salía de la caverna.

—Coge algunos hombres y trae las escalas —ordenó von Horst a su antiguo oponente.

Los otros esclavos dirigieron sus miradas hacia el hombre mamut y vieron como este aceptaba su orden. Lo que veían sus ojos les llenaba de asombro. El rostro de Thorek había sido severamente castigado. Tenía un corte por encima del ojo y su nariz estaba sangrando. Todo el rostro y la mayor parte de su cuerpo aparecían cubiertos de sangre, lo que hacía que sus heridas parecieran más graves de lo que en realidad eran.

Thorek se volvió hacia los otros esclavos.

—Que algunos de vosotros vayan a las cuevas y traigan las escalas —ordenó—, y que las mujeres busquen cuerdas con las que atarlas.

—¿Quién es el jefe? —preguntó uno de los hombres a los que se había dirigido.

—Él —contestó Thorek, señalando a von Horst.

—Ese no es mi jefe; ni tú tampoco —replicó el hombre beligerantemente.

Von Horst empezó a desesperarse. ¿Cómo iba a hacer algo, cómo iba a conseguir hacer cualquier cosa, teniendo que enfrentarse a un egotismo tan estúpido? Sin embargo, Thorek no se desesperó. Sin pensárselo dos veces, saltó sobre el individuo, y antes de que este tuviera tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó por el risco. Después se volvió hacia los demás.

—¡Traed las escalas! —rugió, y, como un solo hombre, todos hicieron lo que se les ordenaba.

Ahora von Horst pudo centrar toda su atención en Frug y en los guerreros que venían con él. Ofrecían un blanco excelente. Podría haberles hecho retroceder con facilidad, si ese hubiera sido su propósito; pero tenía otros planes. Impartió en voz baja las órdenes precisas a sus compañeros, que se alinearon a lo largo de la cornisa mientras los bastios seguían ascendiendo por debajo de ellos. Entretanto, ya habían traído las escalas, y las mujeres se hallaban atareadas empalmando unas con otras a fin de obtener dos escalas largas.

La-Ja se mantenía apartada de un modo huraño. Miraba fijamente a von Horst y no hacía ningún intento por ayudar a las demás mujeres en su tarea; pero él no le prestaba ninguna atención, lo que probablemente añadió mayor ira a su resentimiento. Frug bramaba órdenes y amenazas desde la cornisa inferior y, desde el pie del risco, las mujeres y niños gritaban encorajinando a sus hombres.

—¡Si me entregáis al hombre llamado Von, ninguno de vosotros será castigado! —gritó Frug.

—Ven tú a cogerlo —le respondió Thorek.

—Si los hombres de Basti fueran algo más que mujeres viejas, harían otra cosa que no fuera quedarse ahí abajo y gritar —se mofó von Horst.

Luego arrojó un pequeño fragmento de roca suelta que golpeó a Frug en el hombro.

—¡Habéis visto con qué facilidad se espantan esas mujeres viejas! —exclamó— ¡Ni siquiera tienen la fuerza suficiente para llegar hasta aquí con sus lanzas!

Aquel insulto fue demasiado para los bastios. Al instante comenzaron a volar las lanzas. Sin embargo, eso era lo que estaban

esperando los esclavos. Al llegar a su altura, las atraparon y se hicieron con la mayoría de ellas. Las restantes cayeron hacia los bastios, que volvieron a arrojarlas. Poco después los esclavos se hallaban armados, tal y como había esperado von Horst.

—Ahora las piedras —dijo.

Entonces los esclavos comenzaron a apedrear a sus adversarios, hasta obligarles a buscar refugio en las cavernas de la cornisa inferior.

—No dejéis que salgan —ordenó von Horst—. Dangar, coge cinco hombres y procura que cada bastio que asome su cabeza se lleve una piedra con ella. El resto, alzas las escalas.

Oscilando, combándose hacia dentro, las escalas se apoyaron contra la pared del risco y lograron alcanzar la cumbre. Von Horst lanzó un suspiro de alivio al ver mucho más cerca el éxito de su plan. Entonces se volvió hacia Thorek.

—Coge a tres hombres y sube hasta la cima. Si el camino está libre, házmelo saber y enviaré a las mujeres y al resto de los hombres.

A medida que Thorek y sus hombres iban subiendo, las escalas no dejaban de crujir y doblarse; pero consiguieron aguantar, y poco después el hombre mamut les avisaba para decirles que todo estaba bien.

—Ahora las mujeres —dijo von Horst, y todas, salvo una, comenzaron a subir por las escalas. Se trataba de La-Ja. La joven ignoró las escalas del mismo modo que había ignorado a von Horst, y, de nuevo, el hombre no le prestó la menor atención.

En breve, todos excepto Dangar, sus cinco hombres, von Horst y La-Ja, habían llegado sanos y salvos hasta la cima del risco. Uno tras otro, von Horst hizo subir a los hombres de Dangar mientras este y von Horst mantenían a los bastios a raya en las cuevas. Estos seguían sin saber lo que estaba ocurriendo en la cornisa superior, pero von Horst era consciente de que finalmente traerían más escalas de las cavernas en las que se habían refugiado y de que muchos de ellos lograrían alcanzar la cornisa que Dangar y él defendían para luego derrotarles con facilidad.

Ahora su mayor problema era La-Ja. Si se hubiera tratado de un hombre la hubiera dejado allí, y aunque su buen juicio le decía que lo hiciera así, era incapaz de hacer algo semejante. Quizá fuera una

pequeña y obstinada idiota, pero se daba cuenta de que él desconocía cuáles eran los patrones de orgullo, costumbres, ambientes y herencia por los que se regía su cultura. ¿Cómo podía juzgarla? Su actitud podía ser para ella correcta y adecuada, aunque a él le pareciera insostenible.

—Tienes que irte con los demás, La-Ja —dijo él—. Si te quedas aquí, nos volverán a capturar a los tres.

—Vete tú si lo deseas —replicó ella—. La-Ja se queda aquí.

—Deberías pensar en Skruf —le recordó.

—Jamás perteneceré a Skruf. Antes pondré fin a mi vida —contestó ella.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —inquirió él.

—Prefiero quedarme aquí con Skruf antes que marcharme contigo.

Von Horst se encogió de hombros y se dio media vuelta. La muchacha le observaba intensamente para comprobar el efecto que su insulto había tenido sobre él, enrojeciendo de rabia al ver que el hombre no mostraba el menor indicio de resentimiento.

—Lánzales unas cuantas piedras más y luego sube al risco lo más rápido que puedas —ordenó von Horst a Dangar.

—¿Y tú? —le respondió el sari.

—Te seguiré enseguida.

—¿Vas a dejar a la chica?

—Insiste en no querer venir —repuso von Horst.

Dangar se encogió de hombros.

—Creo que necesita una buena zurra —dijo.

—Mataré a cualquier hombre que intente ponerme la mano encima —dijo La-Ja de manera beligerante.

—De todos modos necesitas una buena zurra —insistió Dangar —; así aprenderías algo de sentido común.

El sari hizo acopio de unas cuantas piedras más y las lanzó sobre todas las cabezas que asomaron de las cuevas la cornisa inferior; luego, dándose media vuelta, comenzó a ascender por una de las escalas.

Von Horst se dirigió hacia la otra escala, lo que le llevó cerca de donde se encontraba La-Ja. De repente, la cogió por el brazo.

—Voy a llevarte conmigo —dijo.

—No lo harás —gritó ella, comenzando a darle golpes y patadas.

No tuvo muchas dificultades para llevarla hasta la escala, pero, al intentar subir, la muchacha se aferró tenazmente a ella. Von Horst tiró de la muchacha hacia arriba y consiguió subir un par de peldaños, pero la joven se resistía con tanta obstinación y se agarraba a la escala con tanta desesperación, que enseguida se dio cuenta de que serían capturados sin remisión si los bastios lograban poner los pies en la cornisa.

Podía oír como las voces se alzaban cada vez más fuertes desde abajo, lo que indicaba que los bastios ya habían salido de las cavernas. Oía a Frug dando órdenes para que izasen una escala. En cuestión de momentos estarían encima de ellos. Miró al hermoso rostro de la enfurecida joven. Podía soltarla y dejarla allí, a merced de los tiernos cuidados de los bastios. Aún tenía tiempo de alcanzar la cumbre del risco si lo hacía en solitario. No obstante había otra salida, una salida que había tratado de evitar, pero que ya no le quedaba más remedio que intentar si deseaba salvar a ambos. Echando hacia atrás su puño, la golpeó con fuerza en la cabeza. Al instante la muchacha quedó inerte en sus brazos. A continuación, empezó a subir tan rápidamente como le fue posible, con el peso de la desvanecida joven dificultando todos sus movimientos. Casi había alcanzado la cima, cuando escuchó un grito de triunfo por debajo de él.

Al mirar de reojo hacia el suelo, vio a uno de los bastios que acababa de alcanzar la cornisa en la que descansaba la escala. Si aquel guerrero lograba poner sus manos en ella, la derribaría, haciéndoles caer a ambos a una muerte segura o, como mal menor, a una nueva captura. Von Horst se cambió de lado el peso de la muchacha, de manera que el cuerpo de esta descansó sobre su hombro izquierdo, lo que liberó su mano izquierda; así pudo seguir agarrándose a la escala mientras desenfundaba la pistola con su diestra. Se vio obligado a girar y a quedarse de espaldas para poder tener a tiro al bastio, y tuvo que hacerlo en menos tiempo del que se tarda en decirlo, toda vez que si bien aquel primer guerrero había logrado alcanzar la cornisa, ya se veía a otro más a su espalda, y un solo disparo no iba a ser capaz de detenerles a ambos.

Abrió fuego sobre el bastio justo cuando este estaba a punto de pisar la cornisa. El individuo cayó de espaldas. Hubo gritos y maldiciones procedentes de abajo. Aunque no pudo ver lo ocurrido,

von Horst supuso que, al caer, su cuerpo había arrastrado a los que se encontraban por detrás de él en la escala.

De nuevo, continuó subiendo tan rápidamente como le era posible; un momento después, Dangar y Thorek les izaban a la muchacha y a él hasta alcanzar la cima del risco.

—Tu suerte no te ha abandonado —le dijo Thorek—. Mira, los tenías prácticamente a tu espalda.

Von Horst miró hacia abajo. Los bastios habían izado más escalas y subían rápidamente hasta la cornisa inferior. Algunos de ellos ya ascendían por las escalas que los esclavos habían levantado hasta la cumbre del risco. Varios de los esclavos se hallaban junto a von Horst y miraban hacia los bastios.

—Haríamos mejor en darnos prisa en huir —dijo uno—. Pronto estarán aquí.

—¿Por qué hay que huir? —preguntó Thorek—. ¿Acaso no estamos mejor armados que ellos? Tenemos casi todas sus lanzas.

—Tengo una idea mejor —repuso von Horst—. Esperaremos hasta que las escalas estén repletas de bastios.

Tras llamar al resto de los esclavos, esperó unos segundos. En un instante, las escalas estuvieron abarrotadas por los guerreros que ascendían hacia ellos. Entonces, a la orden de von Horst, varias manos empujaron las escalas fuera del risco. Gritos de terror surgieron de las gargantas de los condenados guerreros bastios mientras los esclavos empujaban las escalas y docenas de cuerpos salían despedidos de la pared del risco para caer a los pies de las mujeres y los niños.

—Ahora, vayámonos de aquí —dijo von Horst.

Al mirar hacia la muchacha, vio que todavía yacía tendida en el césped, donde la había dejado. De repente se sintió aturdido ante la idea de que pudiera estar muerta, de que el golpe que la había dado pudiera haberla matado. Se arrodilló a su lado y puso un oído sobre su corazón. Latía, y lo hacía con fuerza. Con un suspiro de alivio, alzó de nuevo a la inerte figura sobre sus hombros.

—¿Y ahora hacia dónde? —preguntó, dirigiéndose a la multitud de esclavos fugados.

—Ante todo, lo primero es salir del país de los bastios —aconsejó Thorek—. Después ya veremos.

Su camino les llevó a través de diversas colinas y montañosas

gargantas hasta salir a un hermoso valle rebosante de salvaje vida; sin embargo, aunque a menudo se encontraron con feroces bestias, estas no llegaron a atacarles.

—Somos muchos —le explicó Dangar, cuando von Horst le preguntó acerca de su aparente inmunidad—. De vez en cuando, puedes toparte con alguna bestia que ataque a toda una tribu de hombres, pero, en circunstancias normales, nos temen cuando nuestro número es elevado.

Mucho antes de que alcanzaran el valle, La-Ja recobró el conocimiento.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido?

Von Horst la bajó de sus hombros y la sostuvo hasta que comprobó que podía tenerse en pie.

—Te saqué de Basti —le explicó—. Ahora somos libres.

La joven le miró estrechando sus pupilas, como si intentara recordar algo que la eludiese.

—¡Qué me sacaste! —exclamó—. Te dije que no quería ir contigo. ¿Cómo lo hiciste?

—Yo... esto... yo... hice que te durmieras —tartamudeó de modo vacilante. El solo pensamiento de haberla golpeado, le humillaba.

—Ah, ya me acuerdo —dijo ella—. Me golpeaste.

—Sí, lo hice —contestó él—. Lo siento mucho, pero no había otra solución. No podía dejarte allí, entre esas bestias.

—Pero me golpeaste.

—Sí, te golpeé.

—¿Por qué no querías dejarme allí? ¿A ti que te importaba si yo me quedaba o no con Skruf?

—Bueno, verás... yo... ¿Cómo iba a dejarte allí?

—Si piensas que ahora voy a ser tu compañera, estás muy equivocado —dijo ella con énfasis.

Von Horst se quedó boquiabierto. Aquella joven damisela parecía estar sacando conclusiones demasiado embarazosas. Lo cierto es que era bastante ingenua. Quizás fuese una característica de la edad de piedra.

—No —contestó él—. Después de todo lo que has dicho y has hecho, no tengo ninguna razón para creer que quieras ser mi compañera; ni yo para desear que lo fueras.

—Bien —respondió ella—. Ni yo tampoco. Antes preferiría a Skruf.

—Gracias —dijo von Horst—. Ahora nos entendemos a la perfección.

—Y además —dijo La-Ja—, harías mejor en meterte en tus propios asuntos y dejarme en paz.

—Así será —contestó firme von Horst—, siempre y cuando obedezcas mis órdenes.

—Yo no obedezco a nadie.

—Me obedecerás a mí —dijo inflexible— o tendré que volver a golpeararte.

Aquellas palabras le sorprendieron más a él de lo que parecieron sorprender a la muchacha. ¿Cómo podía haber dicho algo así a una mujer? ¿Acaso estaba revirtiendo a un estado primitivo? ¿Se estaba transformando, en efecto, en un hombre de la primitiva edad de piedra?

La muchacha se alejó de su lado y se fue junto a las demás mujeres. De sus labios surgía una extraña melodía, semejante, quizás, a la que las primitivas mujeres de la corteza exterior habían canturreado a la luz de las brillantes estrellas cuando el mundo aún era joven.

Cuando llegaron al valle, algunos hombres cazaron una presa y pudieron comer todos. Después celebraron un consejo, discutiendo los planes para el futuro.

Cada individuo deseaba seguir su propio camino hasta su país, y aunque juntos gozaban de la seguridad que les proporcionaba el número, también existía para cada uno de ellos el peligro de adentrarse en el país de los otros. Hubo algunos, como Dangar, que prometieron una acogida amistosa a todos aquellos que desearan acompañarle a su tierra, pero la mayoría no se atrevía a correr el riesgo. Tanto von Horst como el propio Dangar no podían dejar de recordar las dulces promesas de Skruf y la forma en que habían sido engañados.

Para von Horst aquel era un mundo extraño, si bien se daba cuenta de que también se lo hubiera parecido cualquier otro que fuese cincuenta mil o medio millón de años más joven que aquel con el que estaba familiarizado, con su correspondiente, y diferente, filosofía y código ético. No obstante, en algunos aspectos aquellas

gentes eran bastante similares a las del mundo exterior. Tal vez eran más sencillas, menos artificiales, y, ciertamente, tenían menos inhibiciones, pero revelaban, normalmente de un modo más exagerado, todas las características actuales de los hombres y mujeres de una humanidad con más años a sus espaldas.

Sus pensamientos se posaron sobre La-Ja. Vestida a la última moda hubiera podido pasar inadvertida, salvo por su enorme belleza, en cualquiera de las grandes capitales de Europa. Nadie se imaginaría al verla que acabase de salir del Pleistoceno. No obstante, no estaba tan seguro de lo que pudiera pensar el que se cruzase en su camino.

El resultado del consejo fue la decisión de regresar cada uno a su propio país. Había varios que procedían de Amdar y que se marcharían juntos. También había varios de Go-hal. Thorek procedía de Ja-ru, el país de los hombres mamut. La-Ja era de Lo-har. Dangar de Sari. Estos tres, junto a von Horst, continuarían juntos durante algún tiempo más, puesto que sus caminos iban en la misma dirección.

Tras el consejo, buscaron un lugar donde dormir, hallándolo en unas cavernas situadas entre los riscos. Al despertar, cada individuo o cada grupo partieron hacia su propio país con su instinto como único guía. Los países de la mayoría no se hallaban muy lejos. Sari era el más distante. En lo que von Horst podía conjeturar, tal vez se hallase a medio mundo de distancia a través de aquel territorio salvaje. Sin embargo, ¿qué importaban las distancias en un mundo en el que no existía el tiempo para medir la duración de un viaje?

No hubo despedidas. Cada grupo, cada individuo, salió de las vidas de aquellos otros con los que había compartido un largo confinamiento, de aquellos con los que había luchado y ganado su libertad, sin ningún síntoma de pesar al partir; únicamente, la certeza de que la próxima vez que se encontraran lo harían como enemigos mortales, cada uno de ellos deseoso de acabar con el otro. Así ocurría en la mayoría de ellos; pero no en todos. Existía una verdadera amistad entre Dangar y von Horst, y algo que se aproximaba bastante entre ellos y Thorek. Y en cuanto a La-Ja, ¿quién lo sabía? Ella siempre se mantenía apartada. Tal vez porque era la hija de un jefe; tal vez porque era una muchacha muy joven y hermosa cuyo orgullo había sido herido; o quizás fuera porque

albergaba un conocimiento que su intuición de mujer la había otorgado; o quizás, simplemente, porque era de naturaleza reservada. Cualquiera que fuese la razón, ella solo seguía sus propios consejos.

Tras dormir varias veces después de que la partida de esclavos se hubiera dispersado, Thorek anunció que sus caminos se separaban.

—Me hubiera gustado que vinieras conmigo a Ja-ru —le dijo a von Horst—. Habrías sido un gran hombre mamut. Nosotros somos todos grandes guerreros. Si alguna vez nos volvemos a encontrar, que sea como amigos.

—Me parece perfecto —contestó von Horst—. Creo que nos lo parece a todos.

Al decir esto, miró a Dangar y a La-Ja.

—Un sari siempre puede ser amigo de un guerrero valiente —dijo el primero—. Para mí, eres un amigo.

—Y yo seré amiga de Thorek y de Dangar —dijo La-Ja.

—¿Y de Von? —inquirió el sari.

—No; de él no —contestó ella.

Von Horst sonrió y se encogió de hombros.

—Pues yo sí me considero amigo tuyo, La-Ja —dijo.

—No quiero que seas mi amigo —repuso ella—. ¿No te lo acabo de decir?

—Me temo que no podrás evitarlo.

—Ya lo veremos —respondió ella enigmáticamente.

Después de separarse de Thorek, los tres continuaron su camino. A von Horst aquello le parecía un vagar sin rumbo ni sentido. En el fondo, no creía que ni Dangar ni La-Ja tuvieran la menor idea de adónde se dirigían. Al no poseer aquel instinto del hogar, era incapaz de concebir que algo semejante pudiera existir en un hombre o una mujer.

Cuando tenían que afrontar elevadas montañas, las rodeaban. Seguían el curso de misteriosos ríos hasta que lograban encontrar un vado que les permitía cruzarlos, envueltos entonces en constantes peligros a causa de los extraños reptiles que largo tiempo atrás se habían extinguido en la corteza exterior. Los vados eran bastante precarios. Nunca se atrevían a cruzar a nado un río. Nunca sabían lo que había por delante de ellos, ya que aquel territorio era tan desconocido para los dos pellucidaros como para von Horst.

A través de una serie de colinas bajas, llegaron a un estrecho valle en cuyo extremo más alejado se extendía un denso bosque, un bosque como jamás había visto von Horst en su propio mundo. Incluso desde tan gran distancia parecía oscuro y amenazador. A medida que empezaron a descender por el valle, von Horst sintió un cierto alivio de que su camino no cruzara por aquel bosque, pues era consciente de lo deprimente que podía llegar a ser la eterna oscuridad de una extensa masa forestal.

De pronto, La-Ja se detuvo.

—¿Hacia dónde se encuentra tu país, Dangar? —preguntó.

—Hacia allí —contestó este, señalando valle abajo—, hasta llegar al final de aquellas elevadas colinas. Luego, tendremos que desviarnos a la derecha.

—Eso se aparta de mi camino. Lo-har se encuentra por allí —dijo La-Ja, señalando en dirección al bosque—. Debo dejaros aquí y dirigirme hacia mi propio país.

—No me gusta el aspecto que tiene ese bosque —dijo Dangar—. Es posible que nunca salgas de él con vida. Ven a Sari conmigo y con Von. Serás bien tratada.

La muchacha denegó con la cabeza.

—Soy la hija de un jefe —respondió—. Debo regresar a Lo-har y tener hijos varones ya que mi padre no tiene ninguno. En caso contrario, no habrá un buen jefe para gobernar el pueblo de mi padre cuando él muera.

—Pero no puedes marcharte sola —dijo von Horst—. Nunca llegarías allí con vida. Simplemente, te estarías suicidando; jamás tendrías ningún hijo.

—He de volver —insistió ella—. ¿Para qué sino soy la hija de un jefe?

—¿No tienes miedo? —preguntó von Horst.

—Soy la hija de un jefe —respondió, alzando su barbilla de modo desafiante.

Sin embargo, a von Horst le dio la impresión de que la pequeña barbilla temblaba ligeramente. Aunque tal vez fuera un efecto de la luz.

—Adiós, Dangar —dijo apartándose de ellos y dirigiéndose hacia el bosque.

No se despidió de von Horst; ni siquiera le dirigió una mirada. El

hombre del mundo exterior observó la elegante y bien definida figura de la muchacha mientras se alejaba hacia el bosque. Por enésima vez apreció la dignidad de su rubia cabeza, su porte casi regio, sus suaves y agraciados pasos de pantera.

No supo lo que le motivó, ni tampoco pudo interpretar la urgencia que pareció poseerle. Algo más allá de la razón, algo que le invadió como si fuera una inspiración, se apoderó de él. No quiso razonar aquel impulso, solo obedecerlo.

—Adiós —dijo, volviéndose hacia Dangar.

—¿Adiós? —exclamó Dangar—. ¿Adónde vas?

—Me voy a Lo-har con La-Ja —respondió von Horst.



Capítulo VIII

El bosque de la muerte

Dangar miró sorprendido a von Horst cuando este le anunció que se marchaba con La-Ja.

—¿Por qué? —le preguntó.

Von Horst movió la cabeza.

—No lo sé —contestó—. Tengo una excelente razón, y es que no puedo dejar sola a una muchacha en este país salvaje adentrándose en ese bosque de apariencia monstruosa. Pero también hay algo más, algo mucho más profundo que me impulsa a hacerlo. Algo tan inexplicable y tan ineludible como el propio instinto.

—Iré contigo —dijo Dangar.

Von Horst negó con la cabeza.

—No. Regresa a Sari. Si sigo con vida, te seguiré más tarde.

—Tú solo nunca podrás encontrar Sari.

—Podré hacerlo con tu ayuda.

—¿Cómo puedo ayudarte si no voy contigo? —preguntó Dangar.

—Puedes señalarme el camino. Haz marcas en los árboles. Coloca piedras en el suelo, de este modo, señalando la dirección en la que vas.

Colocó varias piedras en fila, señalando la dirección que en ese momento llevaban, formando una flecha.

—Sigue fundamentalmente los senderos hechos por los animales; así solo tendrás que indicarme los puntos en los que te desvíes del sendero principal. Si lo haces de este modo, podré seguirte. Yo también señalaré mi camino desde aquí a dondequiera que vaya. De esa forma, siempre podré encontrar el camino de vuelta.

—No me gusta abandonarte —dijo Dangar.

—Es lo mejor —contestó von Horst—. Tienes una chica esperándote en Sari. A mí nadie me espera en ningún sitio. No sabemos lo lejos que se encuentra el país de La-Ja. Es posible que nunca llegásemos hasta él, y también es posible que, aunque llegásemos, nunca pudiéramos regresar. Es mejor que tú te vayas a Sari.

—Está bien —dijo Dangar—. Te estaré esperando allí. Adiós.

Luego, dándose media vuelta, comenzó a descender por el valle. Von Horst le observó durante un momento, pensando en las extrañas circunstancias que les habían reunido a través de quinientos mil años de diferencia entre sus respectivas eras, pensando en el hecho, más destacable incluso, de lo mucho que habían encontrado en común sobre lo que construir una sólida amistad. Suspiró y se giró en la dirección en la que se había marchado La-Ja.

La joven se hallaba a medio camino del bosque, dejándose ir con su barbilla alzada y sin mirar atrás. Parecía muy pequeña y valiente al perfilarse contra el espesor del gigantesco bosque. Algo parecido a unas lágrimas nubló momentáneamente la mirada del hombre mientras la observaba; luego, partió tras ella.

Comprendía algo de lo que estaba haciendo, pero no todo. Sabía que era bastante probable que estuviera siguiendo a aquella muchacha hacia un yermo inexplorado del que posiblemente ninguno de los dos saldría con vida, y también era consciente de que estaba alejándose, sin duda para siempre, del único amigo que tenía en aquel mundo salvaje, de la posibilidad de llegar hasta un país en el que poder vivir con una relativa seguridad y en el que hacer nuevos amigos. Y todo por una muchacha que le rechazaba y le hacía constantes desplantes.

Lo que no sabía era que Jason Gridley había decidido permanecer en el mundo interior y dirigirse hacia Sari para organizar su búsqueda, mientras el resto de los expedicionarios zarpaba en dirección a la abertura polar y a la corteza exterior. No era consciente de que posiblemente estuviera arrojando por la borda su única posibilidad de socorro, aunque, si lo hubiera sabido, es probable que ello no hubiera alterado su decisión.

Alcanzó a La-Ja justo en el borde de la masa boscosa. Ella había percibido las pisadas a su espalda y se había girado para ver quién

la estaba siguiendo. No pareció muy sorprendida. De hecho, a von Horst le pareció que nada podía sorprender a La-Ja.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Me voy contigo a Lo-har —contestó él.

—Los guerreros de Lo-har probablemente te matarán cuando llegues allí —profetizó ella, no sin cierta alegría.

—Iré contigo de todas formas —insistió von Horst.

—No te he pedido que me acompañes. Harías mejor en dar media vuelta y marcharte a Sari con Dangar.

—Escúchame, La-Ja —le rogó—. No puedo dejar que te marches sola sabiendo los peligros a los que te tendrás que enfrentar, tanto por parte de hombres como de bestias salvajes. Estoy obligado a acompañarte mientras no tengas a nadie más que lo haga, así que ¿por qué no somos amigos? ¿Por qué te disgusto tanto? ¿Qué es lo que te he hecho?

—Si vienes conmigo, tendrá que ser como si fuéramos amigos. Solo amigos, lo seamos o no —contestó ella ignorando sus dos últimas preguntas—. ¿Lo entiendes? Solo como amigos.

—Lo entiendo —respondió él—. ¿Acaso te he pedido algo más?

—No —contestó ella de modo brusco.

—Ni lo haré. Mi única preocupación es por tu seguridad. Cuando estés a salvo entre los tuyos, me marcharé.

—Si ellos no acaban contigo antes de que consigas escapar —le indicó ella.

—¿Por qué iban a querer matarme? —preguntó él.

—Porque eres un extranjero, y nosotros siempre matamos a todos los extranjeros. O casi siempre. Así ellos no nos matan a nosotros. Algunas veces, si por cualquier razón nos agradan, les dejamos vivir. Pero no creo que le gustes a Gaz. Él te matará si no lo hacen los otros.

—¿Quién es Gaz? ¿Por qué iba a querer matarme?

—Gaz es un gran guerrero, un poderoso cazador. Mató a un ryth él solo, sin ninguna ayuda.

—Yo no soy un ryth, y todavía no veo el porqué iba a querer matarme —insistió von Horst.

—Porque no le va a gustar nada enterarse de que hemos estado juntos durante tantos sueños. Es un hombre muy celoso.

—¿Tiene algún derecho sobre ti? —preguntó von Horst.

—Quería hacerme su compañera antes de que me capturaran los bastios. Si no ha tomado otra compañera, aún querrá hacerlo. Gaz tiene un temperamento feroz y ha matado a muchos hombres. Normalmente les mata primero y les pregunta después. Por ese motivo ha acabado con muchos a los que no debería haber matado si antes se hubiera preocupado de averiguar que no le querían causar mal alguno.

—¿Y tú deseas unirme a ese individuo? —preguntó von Horst.

La muchacha encogió sus bien formados hombros.

—Debo hacerlo con alguien. Estoy obligada a tener hijos para que Lo-har pueda tener un jefe cuando mi padre muera. Y La-Ja solo tendrá por compañero a un hombre poderoso. Gaz lo es.

—Te he preguntado si deseabas unirme a él, La-Ja; si le quieres.

—Yo no quiero a nadie —contestó—, y, además, eso no es asunto tuyo. Siempre estás preguntando y entrometiéndote en cosas que no te conciernen. Si vas a venir conmigo, vámonos ya. No llegaremos nunca a Lo-har si seguimos aquí hablando sin sentido.

—Tendrás que mostrarme el camino —dijo él—. No sé dónde se encuentra Lo-har.

—¿Dónde está tu país? —le preguntó ella cuando se pusieron en marcha—. Quizá se encuentre en la misma dirección que Lo-har. Eso te vendría bien, siempre y cuando, naturalmente, que salgas de Lo-har con vida.

—No sé dónde está —admitió él.

La joven estrechó sus pupilas y le miró con asombro.

—¿Quieres decir que no eres capaz de encontrar el camino hasta tu hogar? —preguntó ella.

—Exactamente. No tengo ni la menor idea de por dónde empezar a buscar.

—Qué raro —comentó ella—. Jamás había oído nada tan estúpido salvo en aquellos que tienen algo mal en su cabeza. No saben absolutamente nada de nada. He conocido a algunos. Se quedaron así a consecuencia de un golpe. Una vez, un muchacho al que conocía se cayó de un árbol y dio con su cabeza contra el suelo. Nunca volvió a recuperarse. Se creía un tarag e iba a cuatro patas, gruñendo y rugiendo, hasta que un día su padre se cansó de oírle y lo mató.

—¿Me estás comparando con ese muchacho? —preguntó von

Horst.

—Nunca te he visto actuar como un tarag —admitió la muchacha—, pero tienes una manera muy rara de hacer las cosas, y, en muchos aspectos, eres bastante estúpido.

Von Horst no pudo reprimir una sonrisa que la muchacha percibió, lo que pareció irritarla.

—¿Crees que hay algo de lo que reírse? —preguntó ella—. ¿Es que no ves las cosas que haces? ¿Por qué cortas a tantos árboles con tu cuchillo? Solo con eso basta para darse cuenta de que algo no va bien en tu cabeza.

—Estoy señalando el camino por el que vamos —le explicó él—. Así podré encontrar el camino de vuelta cuando nos separemos.

—Tal vez tu cabeza no esté tan enferma después de todo —dijo ella pareciendo ahora más interesada—. Ni siquiera mi padre habría pensado en una cosa así.

—Lo habría hecho si no pudiera encontrar su camino tan fácilmente como lo hacéis los pellucidaros —le indicó von Horst.

—No siempre lo hacemos con tanta facilidad, salvo cuando nos hallamos en nuestro propio territorio —le explicó ella—. Si nos dejas en cualquier punto de Pellucidar, podemos saber la dirección en la que se encuentra nuestro hogar, pero puede que no seamos capaces de hallar el mismo camino por el que hemos venido. Con tu método, sí que podríamos hacerlo. Tendré que contárselo a mi padre.

A medida que se iban internando en el bosque, von Horst se sentía cada vez más impresionado por su atmósfera, extrañamente sombría y oscura. El denso follaje de las copas de los árboles formaba un techo cerrado sobre sus cabezas que no dejaba penetrar los rayos del sol. El resultado era un eterno crepúsculo y una temperatura considerablemente más baja de la que habían experimentado anteriormente. La combinación de ambos factores impedía el crecimiento de la maleza, de manera que el espacio situado entre los árboles aparecía cubierto por una capa de hojas muertas. Las escasas plantas que habían tenido la osadía de crecer en semejantes condiciones eran insanas y prácticamente incoloras, formas grotescas que no hacían sino aumentar el melancólico aspecto de aquel repelente bosque.

Desde el momento que habían penetrado en él, el suelo se había

ido elevando continuamente, de forma que constantemente marchaban en un marcado ascenso. Luego, repentinamente, tras subir una loma, descendieron a una cañada, pero el bosque continuaba ininterrumpidamente hasta donde podían ver.

Cuando La-Ja atravesó la cañada y comenzó a ascender al otro lado, von Horst la preguntó por qué no intentaba encontrar un camino más fácil, siguiendo por la cañada hasta alcanzar el extremo de las colinas.

—Estoy siguiendo la ruta más directa hasta Lo-har —contestó ella.

—¿Y si nos encontramos con un mar? —preguntó él.

—Lo rodearemos, por supuesto —respondió la muchacha—. Pero, siempre que sea posible, seguiré en línea recta.

—Espero que no nos encontremos con los Alpes en nuestro camino —señaló a media voz.

—No sé lo que son los Alpes —dijo La-Ja—, pero nos encontraremos con muchísimos otros animales.

—Tendrá que haber muchísimos más de los que hemos visto hasta ahora, si queremos comer algo —comentó von Horst—. Desde que hemos entrado en este bosque no he visto ni siquiera un pájaro.

—Ya me he dado cuenta —respondió La-Ja—. También he comprobado que no hay nueces ni frutos, ni ninguna otra cosa comestible. No me gusta este bosque. Quizá sea el bosque de la muerte.

—¿Qué es el bosque de la muerte?

—Solo he oído hablar de él. Mi gente dice que se encuentra a cierta distancia de Lo-har. En él vive una raza de horribles seres que no son como ningún otro pueblo. Es posible que nos hallemos en él.

—Bueno, aún no hemos visto nada que pueda causarnos algún daño —razonó von Horst.

Habían salido de la cañada y se hallaban en un nivel más alto del terreno. El bosque parecía todavía más denso de lo que les había parecido anteriormente. Apenas una tenue y difusa claridad mitigaba la oscuridad.

De repente, La-Ja se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en un susurro—. ¿Lo has visto?

—He visto moverse algo, pero no sé lo que era —contestó el hombre—. Desapareció entre los árboles que hay frente a nosotros,

a nuestra derecha. ¿Ha sido eso lo que has visto?

—Sí, estaba justo allí —indicó—. No me gusta este bosque. No sé por qué, pero es como si hubiera algo vil, malsano.

Von Horst asintió.

—Parece algo sobrenatural. Me sentiré más a gusto cuando hayamos salido de aquí.

—¡Allí! —exclamó La-Ja—. ¡Allí está otra vez! Es totalmente blanco. ¿Qué puede ser?

—No lo sé. Solo lo he podido echar un breve vistazo, pero creo... creo que era algo humano. Esto está tan oscuro que es difícil discernir los objetos a menos que estés muy cerca de ellos.

Caminaban en silencio, expectantes. Von Horst notó como la muchacha se mantenía pegada a él. A menudo, el hombro de ella rozaba su pecho, como si buscara la seguridad del contacto personal. Ahora se sentía doblemente contento de haber insistido en acompañarla. Sabía que ella no iba a admitir que se encontraba aterrorizada, y él ni siquiera se lo sugirió, pero sabía que lo estaba. Por alguna inexplicable razón —inexplicable para él— se hallaba contento de que lo estuviera. Quizá satisfacía su instinto de protección; o quizá la hacía parecer más femenina, y a von Horst le gustaban las mujeres femeninas.

Apenas habían recorrido una corta distancia desde el lugar en el que habían visto moverse a la misteriosa criatura entre los árboles, sin volver a percibir ninguna otra sensación de vida en el bosque, cuando de repente fueron asaltados por una serie de chillidos, mezclados con lo que parecían ser rugidos y un extraño sonido siseante.

Ambos se detuvieron. La-Ja se acercó más a von Horst. Sintió como temblaba ligeramente y puso su brazo alrededor de ella en ademán tranquilizador. Los sonidos se acercaban rápidamente. Los gritos, que sonaban extrañamente humanos, estaban llenos de terror y desesperación, alzándose en un agudo crescendo de pánico. Entonces su autor apareció ante su vista: un hombre desnudo, con el rostro distorsionado por el miedo. ¡Y que hombre! Su piel era de un blanco mortecino, sin vida ni belleza, y su cabello era también blanco. Dos enormes colmillos se curvaban hacia abajo desde su mandíbula y los rosados iris de sus ojos rodeaban unas pupilas de un rojo sanguinolento, haciendo una faz, ya de por sí repelente, aún

más espantosa.

A su espalda, rugiendo y siseando, galopaba un pequeño dinosaurio. No era mayor que un *pony* de Shetland, pero su aspecto fácilmente habría infundido pavor incluso al más bravo de los hombres debido a lo similar que era en todo, salvo en el tamaño, al poderoso Tiranosaurio Rex, el rey de los tiránicos reptiles del Cretáceo.

Al ver a La-Ja y a von Horst, el dinosaurio viró repentinamente en su dirección y cayó sobre ellos rugiendo y siseando como una locomotora fuera de control. Se hallaba tan cerca de donde se encontraban que no hubo tiempo de buscar la seguridad de ningún árbol. La reacción de von Horst fue la normal e instintiva en un hombre bien entrenado. Desenfundó su pistola y abrió fuego. A continuación, saltó a un lado, apartándose del camino de la bestia que embestía hacia ellos y arrastrando a La-Ja con él.

El dinosaurio, malherido, rugió con rabia, casi abatido. Mientras se tambaleaba delante de él, el hombre volvió a abrir fuego, situando una pesada bala del 45 bajo su brazuelo izquierdo. Esta vez la bestia cayó al suelo; pero conocedor de la increíble tenacidad con que aquellos reptiles se aferraban a la vida, von Horst no quiso confiarse hasta que el peligro hubiera pasado. Cogiendo a La-Ja de la mano, corrió velozmente hacia el árbol más próximo, ocultándose detrás de su tronco. Por encima de ellos, fuera de su alcance, se distinguían las ramas más cercanas, un refugio perfecto al que no podían llegar. Si las dos balas no habían conseguido detener permanentemente al dinosaurio, su única esperanza radicaba en que, después de que se levantara, si no les descubría de una manera inmediata, saliera en su persecución en una dirección equivocada.

Desde detrás del árbol, von Horst vio como la bestia pateaba la vegetación, como si intentara ponerse en pie. Pudo apreciar que se hallaba lejos de estar muerta aunque, sin duda, sí se hallaba malherida. La-Ja se apretó más a él. Ahora podía oír como su corazón latía contra su costado. Fueron unos instantes tensos hasta que el dinosaurio finalmente se irguió. Durante un momento se tambaleó como si estuviera a punto de volverse a caer; luego se movió lentamente en círculo, con su hocico levantado, olfateando el aire. De repente avanzó en su dirección, lenta, cautelosamente. Su aspecto ahora le parecía a von Horst más amenazador que cuando

había cargado enloquecidamente. Daba la impresión de ser una fría, calculadora y eficiente máquina de destrucción, un instrumento viviente de venganza, que exigiría un ojo por ojo y que no entregaría su vida hasta haber obtenido su venganza. Avanzaba directamente hacia el árbol en que se hallaban escondidos. No era posible saber si había conseguido descubrir la pequeña porción de la cabeza de von Horst que sobresalía del tronco del árbol, pero con toda seguridad se aproximaba hacia ellos, ya fuera guiado por la vista o por el olfato.

Era un momento difícil para von Horst. Por un momento permaneció indeciso sobre lo qué hacer a continuación. Finalmente se decidió.

—La bestia se está acercando —susurró a La-Ja, acercándose más a ella—. Corre hasta el árbol que está a nuestra espalda, manteniendo siempre el árbol entre la bestia y tú para que no pueda verte; luego sigue de un árbol a otro hasta que estés a salvo. Cuando haya acabado con ella, te llamaré.

—¿Y qué vas a hacer tú? ¿Vendrás conmigo?

—Esperaré aquí hasta que me asegure de que ha muerto —contestó él—. Le dispararé unas cuantas veces más si es necesario.

—No —respondió ella, moviendo su cabeza negativamente.

—¡Aprisa! —le urgió él—. Está muy cerca y nos está buscando.

—Me quedo aquí contigo —dijo La-Ja con determinación.

Por su tono de voz supo que no había nada que hacer. A causa de su experiencia anterior, ya conocía bastante bien a La-Ja. Con un encogimiento de hombros, desistió de seguir discutiendo; luego volvió a mirar en dirección al dinosaurio, que ya se encontraba a pocos pasos de ellos.

De repente saltó de detrás del árbol y comenzó a correr paralelamente a la bestia. Su acción fue tan rápida que sorprendió a La-Ja. Pero no al dinosaurio. Este hizo exactamente lo que von Horst había esperado que hiciera. Con un bramido de rabia, partió en su persecución. De esa forma lo alejaba de la muchacha. Conseguido esto, se giró e hizo frente al monstruo. De pie sobre el suelo, hizo fuego rápidamente con su revólver, dirigiendo sus balas al amplio pecho de la criatura. A pesar de ello, esta seguía acercándose.

Von Horst vació su arma. El dinosaurio estaba prácticamente

encima. Vio a La-Ja corriendo rápidamente hacia él, como si intentara desviar la carga del enfurecido reptil con su lanza, diminuta en comparación con aquel monstruo. Von Horst intentó echarse a un lado para apartarse del camino de la bestia que embestía contra él, pero ya estaba demasiado cerca. La criatura se levantó sobre las patas traseras y le golpeó en la cabeza con una de sus garras delanteras, haciéndole caer inconsciente al suelo.



Capítulo IX

Las cavernas de los huesos

Von Horst experimentó una sensación de paz y de bienestar. Era vagamente consciente de que estaba despertando de un largo y refrescante sueño. No quería abrir los ojos. Se sentía tan a gusto que no parecía haber ninguna razón para hacerlo, sino más bien para continuar prolongando aquel despreocupado deleite del que estaba disfrutando.

Aquel pasivo arrebató fue bruscamente interrumpido por la creciente comprensión de que le dolía la cabeza. A medida que retornaba su consciencia, su sistema nervioso fue consciente del hecho de que estaba lejos de sentirse bien. La sensación de paz y de bienestar se desvaneció como el sueño que era. Abrió los ojos y vio el rostro de La-Ja, inclinado solícitamente muy cerca del suyo. Su cabeza se hallaba recostada en su regazo y ella le acariciaba la frente con la suave palma de su mano.

—¿Te encuentras bien, Von? —susurró—. ¿No te vas a morir?

Él la sonrió irónicamente.

—¡Oh, muerte! ¿Dónde está tu aguijón? —apostrofó.

—No te ha clavado ningún aguijón —le aseguró La-Ja—. Te golpeó con una de sus patas.

Von Horst hizo una mueca.

—La cabeza me duele como si me hubiera golpeado con un martillo. ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de esa cosa?

Al volver dolorosamente la cabeza hacia un lado, vio al dinosaurio tendido cerca de donde estaban.

—Murió en el momento en que te golpeó —le explicó la muchacha—. Eres un hombre muy valiente, Von.

—Tú también eres una chica muy valiente —dijo von Horst devolviéndole el cumplido—. Te vi correr en mi ayuda. No deberías haberlo hecho.

—¿Tenía que haberme quedado mirando mientras te mataba, cuando tú habías atraído deliberadamente la carga del zarith para salvarme?

—¿Así que eso es un zarith?

—Sí; una cría de zarith —respondió la muchacha—. Hemos tenido suerte de que no se tratase de un adulto. Claro que uno nunca se encontraría un zarith adulto en un bosque.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque son demasiado grandes y aquí no encontrarían nada que comer. Un zarith adulto es ocho veces mayor que un hombre. No podría moverse con facilidad entre los árboles y, al erguirse sobre sus patas traseras, se golpearía la cabeza con las ramas. Se alimenta de tandors, de thags y de otros animales de gran tamaño que difícilmente se encuentran en los bosques, al menos no en bosques como este.

Von Horst dejó escapar un leve silbido al intentar visualizar a un reptil de casi cincuenta pies de longitud capaz de comerse a un enorme bos, el antepasado de los modernos toros, o a un gigantesco mamut.

—Sí —dijo von Horst para sí mismo—, me imagino que echaría a correr hacia Junior en vez de hacia su papá. Dime, La-Ja, ¿qué ha sido de ese hombre-cosa al que perseguía el zarith?

—Siguió corriendo. Le vi mirar hacia atrás cuando hiciste esos fuertes ruidos con esa cosa a la que llamas *piztola*, pero no se detuvo. Creo que debió haber dado media vuelta y tratar de ayudarte, pero supongo que debió pensar que estabas mal de la cabeza para no echar a correr. Se necesita ser un hombre muy valiente para no huir de un zarith.

—No había ningún sitio adónde huir. Si lo hubiera habido, todavía estaría corriendo.

—No lo creo —dijo La-Ja—. Gaz habría corrido, pero tú no.

—¿Ya te caigo un poco mejor, La-Ja? —preguntó.

Von Horst ansiaba hacer amigos, aún cuando se tratase de la amistad de aquella salvaje hija de la edad de piedra.

—No —respondió La-Ja categóricamente—. No me gustas nada,

pero reconozco a un hombre valiente cuando lo veo.

—¿Por qué no te caigo bien, La-Ja? —preguntó con cierta tristeza—. A mí tú me gustas. Me gustas... mucho.

Vaciló al decir aquello. ¿Cuánto le gustaba ella?

—No me caes bien, primero, porque estás mal de la cabeza; segundo, porque no eres de mi tribu; y tercero, porque siempre quieres darme órdenes, como si te perteneciera.

—Seguro que mi cabeza ahora no está muy bien —admitió él—, pero eso no afecta ni a mi buena disposición ni a mis otras cualidades genuinas. Y no puedo evitar el no ser miembro de tu tribu. Eso no puedes echármelo en cara. El no haber nacido en Pellucidar se debe tan solo a un error de mi padre y de mi madre, y, por cierto, tampoco puedes culparles de ello, especialmente si tienes en cuenta que jamás oyeron hablar de este sitio. En lo que se refiere a darte órdenes, La-Ja, nunca lo hago si no es por tu propio bien.

—Tampoco me gusta la forma en que hablas a veces, con esa risa que no se oye detrás de tus palabras. Sé que te estás riendo de mí. Te ríes porque crees que ese mundo del que vienes es mucho mejor que Pellucidar, que su gente es más inteligente.

—¿No crees que podrías aprender algo fijándote en mí? —preguntó von Horst, ahora muy serio.

—No —respondió ella—. Estarás muerto antes de que tenga tiempo de hacerlo.

—Supongo que te refieres a Gaz —inquirió él.

—A Gaz o a cualquier otro miembro de mi tribu. ¿Crees que puedes levantarte?

—Estoy muy cómodo —dijo él—. Nunca he tenido una almohada mejor.

La muchacha le apartó la cabeza, bastante gentilmente, y la dejó caer al suelo. Luego se levantó.

—Siempre te ríes de mí con tus palabras —dijo.

Él se puso en pie.

—Me río contigo, La-Ja. Nunca de ti —respondió él.

La joven le miró fijamente, como si estuviera reflexionando en sus palabras. Von Horst estaba seguro de que intentaba deducir algún doble sentido desfavorable de ellas; pero, finalmente, la muchacha no hizo comentario alguno.

—¿Crees que puedes andar? —fue todo lo que dijo.

—No me siento capaz de bailar una zarabanda —contestó él—, pero creo que puedo caminar. Vámonos; muéstrame el camino hacia Lo-har y el alegre Gaz.

Continuaron su viaje, adentrándose cada vez más en el sombrío bosque, hablando pocas veces mientras ascendían trabajosamente las pesadas cuestas que constantemente tenían que afrontar. Finalmente, llegaron ante un escarpado risco que interrumpió definitivamente su avance en línea recta. La-Ja se giró a la izquierda y empezó a rodear su base. Como la muchacha no vaciló en hacerlo, ni tampoco pareció mostrar la menor duda, von Horst la preguntó por qué se giraba a la izquierda en lugar de hacerlo a la derecha.

—¿Cómo sabes cuál es el camino más corto cuando no puedes ir en línea recta? —le preguntó.

—No lo sé —admitió ella—, pero cuando uno no lo sabe y no puede consultárselo a su cabeza, es mejor que gire a la izquierda y siga lo que le dice su corazón.

Von Horst asintió en señal de comprensión.

—No es mala ida —dijo—. Al menos le salva a uno de mayores especulaciones.

Von Horst miró hacia la pared del risco, calculando a ojo su altura aproximada. Vio que los enormes árboles del bosque seguían creciendo hasta su mismo borde, indicando que todavía se extendían mucho más allá. Y también vio algo más: una fugaz visión de algo que se movía; pero estuvo seguro de haberlo reconocido.

—Nos están observando —dijo.

La-Ja miró hacia lo alto.

—¿Has visto algo? —preguntó.

Von Horst asintió.

—Me ha parecido nuestro amigo del pelo blanco, u otro igual que él.

—No era nuestro amigo —objetó la literal La-Ja.

—Me estaba riendo con palabras, como tú dices —explicó él.

—Me gusta que lo hagas —dijo ella.

El hombre la miró sorprendido.

—Me parece muy bien, pero ¿por qué ahora dices que te gusta?

—Porque me gusta que un hombre se ría ante el peligro —

contestó ella.

—Ya; muy lista. ¿En serio crees que ese individuo es peligroso? No me lo parecía mucho cuando le vimos correr en el bosque perseguido por el zarith.

Ella frunció el ceño y le miró con una expresión de desconcierto.

—Algunas veces pareces bastante normal —dijo—, pero luego dices cosas que me hacen pensar que tu cabeza no está bien.

Von Horst se echó a reír.

—Me parece que el sentido del humor del siglo veinte no es muy adecuado para el Pleistoceno.

—¡Ya estás otra vez! —estalló ella—. Ni siquiera mi padre, pese a ser muy sabio, sabría la mitad de las veces lo que estás diciendo.

Se estaban moviendo alrededor de la base del risco, manteniéndose constantemente alerta ante cualquier posible señal de que estuvieran siendo seguidos u observados.

—¿Qué te hace pensar que ese hombre de pelo blanco es peligroso? —preguntó von Horst.

—Él solo puede que no sea peligroso. Pero donde hay uno, tiene que haber toda una tribu, y cualquier tribu extraña es peligrosa. Nos hallamos en su territorio. Conocen los sitios en los que pueden caer con más facilidad sobre nosotros y acabar con nuestras vidas. No sabemos qué es lo que hay más allá de nuestra vista. Si este es el bosque de la muerte, la gente que aquí habita es peligrosa porque no son como los demás hombres. He oído lo que se cuenta de ellos. Nadie de mi pueblo, que aún se halle con vida, ha estado aquí jamás; pero las historias que pasan de padres a hijos cuentan extrañas cosas que han ocurrido en este bosque. Mi pueblo es un pueblo valiente, pero nadie se introduciría en este sitio. Hay cosas en Pellucidar a las que los guerreros no pueden enfrentarse con sus armas. Es sabido que tales cosas existen en el bosque de la muerte. Si de verdad nos hallamos en él, no viviremos para llegar a Lo-har.

—¡Pobre Gaz! —exclamó von Horst.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo siento por él. Se va a perder el placer de matarme y el de tomarte como su compañera.

La muchacha le miró disgustada y luego permaneció en silencio. Ambos se mantenían atentos ante cualquier señal de los posibles perseguidores que estaban convencidos que les seguían, pero

ningún sonido rompía el mortal silencio que reinaba en el bosque ni tampoco veían nada que confirmara sus sospechas. Finalmente, decidieron que cualquier cosa que fuese lo que habían visto en la cima del risco, se había marchado y ya no les molestaría.

Llegaron ante la boca de una caverna situada en el risco y, dado que no habían dormido desde hacía bastante tiempo, von Horst sugirió que entrasen en ella a descansar. La cabeza aún le dolía y sentía la necesidad de dormir. La entrada a la caverna no era muy grande, lo que hizo que von Horst tuviera que ponerse de rodillas para poder inspeccionarla. Movi6 un poco su lanza por delante de 6l, tanteando con ella para asegurarse de que no había ningún animal en su interior, así como para averiguar si era lo bastante amplia como para alojarlos.

Tras comprobar ambas cuestiones se introdujo en la caverna, siendo seguido al instante por La-Ja. Un rápido examen les indic6 que la cueva se internaba en el risco, pero dado que únicamente estaban interesados en el espacio necesario para dormir, se tendieron junto a la entrada. Von Horst situ6 su cabeza cerca de la abertura, con su lanza preparada para arrojarla contra cualquier intruso que pudiera despertarles. La-Ja se tendió a unos cuantos pies de 6l, más hacia el interior de la caverna. La cueva era oscura y tranquila. Un suave soplo de aire fresco les llegaba desde su entrada, disipando la humedad y el olor a cerrado que von Horst habría esperado encontrar en cualquier cueva. Al poco rato se durmieron.

Cuando von Horst se despert6, descubrió que ya no le dolía la cabeza y que se sentía mucho más descansado. Volviéndose sobre su espalda, se estir6 y bostez6.

—¿Estás despierto? —le pregunt6 La-Ja.

—Sí. ¿Has descansado bien?

—Perfectamente. Me acabo de despertar.

—¿Hambrienta?

—Sí, y también sedienta —admitió la muchacha.

—Entonces, pongámonos en marcha —sugirió 6l—. Parece que tendremos que salir de este bosque si queremos encontrar algo de comer.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Pero por qué está tan oscuro ahí afuera?

Von Horst se puso de rodillas y miró hacia la entrada de la caverna. No se veía nada. Ni siquiera era capaz de distinguir la penumbra del bosque. Se le ocurrió que, tal vez, mientras dormía, se hubiera dado la vuelta y se encontrase ahora mirando en una dirección equivocada. Pero daba igual la dirección en que mirase: siempre contemplaba la misma e impenetrable negrura. Comenzó a arrastrarse hacia delante, tanteando con sus manos. Al llegar donde creía que se encontraba la entrada, descubrió la redondeada superficie de una gran roca. Al palpar sus bordes, encontró tierra suelta.

—Han bloqueado la entrada, La-Ja —dijo.

—¿Pero cómo han podido hacerlo sin despertarnos? —preguntó ella.

—No lo sé —admitió él—, pero de alguna forma han conseguido taponar la boca de la cueva con una roca y con tierra suelta. Ni siquiera penetra la brisa que había cuando entramos en ella.

Intentó empujar la roca, pero no consiguió moverla. Entonces comenzó a escarbar la tierra suelta, pero la que sacaba se veía reemplazada por la que caía del exterior. La-Ja se situó a su lado y ejercieron toda su fuerza en un intento por desplazar la roca, pero sin lograr nada positivo.

—Estamos atrapados como ratas —señaló von Horst con profundo disgusto.

—Y con nuestra provisión de aire cortada, nos asfixiaremos si no encontramos una manera de salir de aquí.

—Tiene que haber otra salida —dijo von Horst.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó la muchacha.

—¿No recuerdas que cuando entramos había una corriente de aire procedente del exterior? —le preguntó él.

—Sí, es cierto; la había.

—Bien, si había una corriente de aire desde la entrada, tiene que existir otra abertura, y si logramos encontrar esa abertura, quizá también consigamos salir de aquí.

—¿Crees que han sido el hombre del pelo blanco y su pueblo los que han bloqueado la entrada? —preguntó La-Ja.

—Creo que sí —contestó von Horst—. Tienen que haber sido hombres de alguna especie. Ningún animal lo habría hecho sin hacer algún ruido que nos despertara, y, lógicamente, está fuera de

toda duda que haya sido un movimiento de tierra.

—Me pregunto por qué lo han hecho —musitó la muchacha.

—Probablemente porque es una forma fácil y segura de acabar con los extranjeros que penetran en su territorio —sugirió von Horst.

—Dejándolos morir de hambre o de asfixia —dijo la muchacha apesadumbrada—. Solo unos cobardes harían algo así.

—Seguro que Gaz nunca habría hecho nada parecido —dijo von Horst.

—¿Gaz? Gaz ha acabado con muchos hombres con las manos desnudas. Algunas veces ha llegado a morder la gran vena que hay en su cuello, haciéndoles desangrarse hasta morir. Y en una ocasión retorció la cabeza de un hombre hasta romper su cuello.

—¡Vaya juegos a los que se dedica el muchacho!

—Gaz nunca juega. Le gusta matar; ese es su juego.

—Bien, si voy a tener que enfrentarme a él, tendré que salir de aquí. Vamos a explorar la cueva, a ver si podemos encontrar otra salida. No te separes de mí.

Von Horst se levantó lentamente para comprobar la altura de la caverna y averiguar si podía permanecer de pie. Luego tanteó con sus manos por detrás de él hasta tocar una pared. Empezó a moverse muy despacio, comprobando el suelo con sus pies antes de dar un paso. No había avanzado mucho cuando notó lo que parecían ser pequeñas ramas y hojas secas bajo sus pies. Se detuvo y las tocó. En efecto, se trataba de ramas y de hojas secas, todavía unidas, y de largas y gruesas hierbas. El suelo de la caverna estaba completamente cubierto de ellas.

—Debe de haber sido el sitio donde dormía algún animal, o tal vez hombres —sugirió—. Me gustaría disponer de una luz. No me agrada tener que ir a ciegas con esta oscuridad.

—Yo tengo mis piedras de fuego —dijo La-Ja—. Si tuviéramos algo que hiciera de yesca, podría encender un manojo de esas hierbas.

—Creo que puedo conseguirte algo —dijo von Horst.

Se detuvo y despejó una parte del suelo. Luego recogió un puñado de hojas secas y las pulverizó con las palmas de sus manos, haciendo un pequeño montón sobre el suelo.

—Inténtalo ahora, aquí —dijo guiando su mano hasta el montón

de yesca.

La-Ja se arrodilló a su lado y entrechocó sus piedras de fuego sobre el pequeño montón, que empezó a humear. Luego se inclinó sobre él y sopló suavemente. De inmediato apareció una llama. Von Horst ya estaba preparado con un manojo de hierbas que había recogido con tal propósito, y, un momento después, sostenía en su mano una humeante antorcha.

A la luz de la antorcha miraron a su alrededor. Se hallaban en una amplia cámara formada al ensancharse la caverna. El suelo estaba cubierto de pequeñas ramas y hierbas, entre las cuales se veían huesos roídos. Si aquello era el refugio de bestias o de hombres, von Horst no hubiera sido capaz de decirlo, si bien, por la presencia de toscos lechos, se inclinaba por esto último. No obstante, allí no había ningún rastro de vestimentas desechadas, ni de armas rotas o descartadas. Tampoco se veía ningún tipo de herramientas o recipientes. Si aquel lugar había sido habitado por hombres, tenían que haberse hallado en un nivel muy bajo.

Antes de que se consumiese su antorcha, reunieron más hierbas secas hasta hacer acopio de una cierta cantidad. Así aprovisionados, con la seguridad de disponer de luz durante un tiempo considerable, avanzaron por la amplia cámara hasta llegar a un estrecho corredor que se adentraba y se retorció hacia el corazón del risco. De repente salieron a otra cámara, aún más grande que la anterior. También mostraba evidencias de haber sido habitada, solo que esta vez los restos eran de una naturaleza más macabra. El suelo estaba sembrado con los cráneos y los huesos de seres humanos. Un fétido olor a carne podrida impregnaba la atmósfera de aquel osario subterráneo.

—Salgamos de aquí —dijo von Horst.

—Hay tres aberturas junto a la que hemos entrado —dijo La-Ja—. ¿Por cuál de ellas salimos?

Von Horst movió la cabeza en señal de duda.

—Tendremos que probar con las tres —dijo—. Comenzaremos por la que está a nuestra derecha. Supongo que es tan buena una como otra. Podríamos decidirnos por cualquiera.

Al aproximarse a la abertura, casi se vieron abrumados por el hedor que emanaba de su interior. Sin embargo, von Horst estaba decidido a investigar cualquier posible vía de escape, así que se

introdujo en ella, saliendo a otra cámara más pequeña. La visión con la que se toparon sus ojos le hizo detenerse bruscamente. Una docena de cuerpos humanos se hallaban apilados contra el extremo más alejado de la cámara. Un simple vistazo le mostró a von Horst que no había ninguna otra salida de la estancia, por lo que salió apresuradamente de allí.

Una de las otras dos aberturas se hallaba ennegrecida por el humo y el suelo frente a la misma mostraba las cenizas y los restos de numerosas hogueras. Su presencia le sugirió una idea a von Horst. Dirigiéndose hacia la otra abertura, sostuvo su humeante antorcha frente a ella: el humo ascendía regularmente hacia el techo. Después se dirigió hacia la que presentaba los restos de las hogueras, y, ahora, el humo de la antorcha sí se vio bruscamente arrastrado hacia la abertura.

—Esto debe conducir al exterior —dijo—. Debe de servir como chimenea cuando cocinan sus festines. Simpático grupo, quienesquiera que sean los que habitan estas cavernas. Creo que prefiero a Gaz. Vamos, intentémoslo por aquí, La-Ja.

El estrecho corredor se elevaba bruscamente. Estaba ennegrecido por el hollín y la corriente de aire que ascendía por él se hallaba impregnada con el hedor procedente de las espantosas cámaras de abajo.

—No podemos estar muy lejos de la cima —dijo von Horst—. El risco no parecía tener más de cincuenta pies de altura, y hemos estado ascendiendo desde que entramos en la cueva.

—Hay luz adelante —dijo La-Ja.

—¡Sí, es una salida! —exclamó von Horst.

A apenas diez pies de la superficie cruzaron ante las salidas de otros dos corredores, o quizá de otras cámaras, una a cada lado del pozo por el que estaban ascendiendo. Pero se hallaban tan concentrados en escapar del pestilente hedor que les rodeaba que apenas las percibieron. Ni tampoco se dieron cuenta de las figuras que les acechaban desde su oscuro interior.

La-Ja se encontraba justo detrás de von Horst. Fue ella la primera en percibir el peligro, pero lo hizo demasiado tarde. Vio como varias manos surgían desde una de las aberturas en el momento en que von Horst pasaba a través de ellas, agarrándole y arrastrándole hacia su interior. Lanzó un grito de alarma, pero en el

mismo instante se vio atrapada y arrastrada hacia la otra abertura.



Capítulo X

Gorbus

Von Horst forcejeó e intentó escapar. Gritó a La-Ja que corriera hacia la salida que habían divisado por delante de ellos y que intentara huir. No sabía que también había sido capturada. Le dio la impresión de que una docena de manos se colgaban de cada uno de sus brazos, y aunque era un hombre fuerte, no logró escapar ni liberar su brazo lo suficiente como para desenfundar su pistola. Su lanza le había sido arrebatada en el momento de la captura.

El corredor al que estaba siendo arrastrado descendía en un profundo declive y se hallaba muy oscuro, por lo que no podía distinguir si eran hombres o bestias los que le habían apresado. No obstante, a pesar de que no pronunciaban palabra alguna, estaba seguro de que se trataba de hombres. De pronto, tras una brusca revuelta del corredor, salieron a una cámara iluminada: una vasta estancia subterránea alumbrada por numerosas antorchas. Entonces pudo descubrir von Horst la naturaleza de las criaturas en cuyas manos había caído. Se trataba de la misma raza a la que pertenecía el hombre al que habían visto huir del zarith. En su mayoría eran hombres, aunque había unas cuantas mujeres entre ellos y, tal vez, una docena de niños. Todos tenían la piel blanca, el cabello lechoso y los ojos rojizos y rosados de los albinos, lo cual, en sí mismo, no era demasiado perturbador. Eran sus rostros, bestiales y brutales, lo que les hacía parecer tan horribles.

La mayor parte de aquella congregación, que debía estar compuesta por varios cientos de seres, se hallaba sentada, acucillada o tendida cerca del muro de la abrupta cámara circular, dejando un amplio espacio abierto en el centro. Von Horst fue

arrastrado hacia aquel espacio. Luego fue arrojado al suelo, sus manos atadas a la espalda y sus tobillos fuertemente asegurados.

Mientras se hallaba tendido sobre su costado, observando todo lo que se podía ver de aquella repulsiva asamblea, su corazón recibió una brusca sacudida. Desde la boca del corredor opuesto a aquel por el que le habían introducido en la cámara, vio como arrastraban a La-Ja. La muchacha fue llevada hasta el espacio abierto en el que él se encontraba y la ataron del mismo modo en que lo habían hecho con él. Los dos quedaron uno frente al otro. Von Horst intentó sonreír, pero esta vez le faltó valor para hacerlo. Por lo que había observado de aquellos seres, y lo que suponía de sus costumbres, no podía atisbar el más mínimo rayo de esperanza de que lograran escapar de un destino similar al de los lúgubres restos que habían encontrado en las otras cámaras de la caverna.

—Me parece que va a ser un invierno bastante duro —dijo.

—¿Invierno? ¿Qué es un invierno? —preguntó la muchacha.

—Es una estación del año... Ah, me olvidaba que no sabes lo que es un año. ¿Qué más da? Hablemos de cualquier otra cosa.

—¿Por qué tenemos que hablar?

—No sé por qué tenemos que hablar, pero quiero hacerlo. Normalmente no soy una persona muy locuaz, pero en este momento necesito hablar o me volveré loco.

—Entonces ten cuidado con lo que dices —susurró ella—, si es que estás pensando en alguna forma de escapar de aquí.

—¿Crees que estas cosas pueden entendernos? —preguntó él.

—Sí, podemos entenderos —dijo una de las criaturas que se hallaba cerca de ellos en un tono sepulcral y profundo.

—Entonces dínos por qué nos habéis capturado. ¿Qué pensáis hacer con nosotros?

El individuo mostró sus amarillentos dientes en una silenciosa sonrisa.

—¡Pregunta qué vamos a hacer con ellos! —anunció en un tono de voz que ni siquiera el miembro menos interesado de aquel sepulcro pudo dejar de oír a causa de su estrépito.

La audiencia se agitó con silencioso regocijo.

—¿Qué que vamos a hacer con ellos? —repitieron varios, para luego estallar en una algarabía de risas siseantes y carentes de alegría, tan silenciosas como las que hubieran surgido de una

tumba.

—Si quieren saberlo, vamos a mostrárselo ahora —sugirió uno.

—Sí, Torp —repuso otro—. Ahora; muéstraselo ahora.

—No —respondió aquel al que habían llamado Torp, el mismo individuo que se había dirigido en primer lugar a von Horst—. Ya tenemos muchos y la mayoría de ellos ya llevan demasiado tiempo aquí.

Se acercó a los prisioneros y, deteniéndose ante ellos, pellizcó su carne, clavando un sucio dedo entre sus costillas.

Frotándose las manos, se enjugó sus flácidos labios.

—Que algunos de vosotros los cojan y se los lleven a la cámara de arriba. Darles nueces y frutas y dejarles allí hasta que engorden más.

Cuando terminaba de hablar, otro de aquellos seres penetró en la estancia procedente de uno de los pasadizos que conducían a la parte superior. Se le veía muy excitado mientras corría hacia el centro de la caverna.

—¿Qué ocurre, Durg? —preguntó Torp.

—Fui perseguido por un zarith —exclamó Durg—; pero eso no es todo. Un extraño gilak, que iba acompañado de una mujer, hizo unos ruidos muy fuertes con un pequeño palo negro y el zarith cayó al suelo y murió. Ese extraño gilak salvó la vida de Durg, pero no sé por qué lo hizo.

Los hombres que se habían reunido alrededor de von Horst y de La-Ja para llevarles hasta la cámara en la que iban a ser cebados, les habían quitado las correas de los tobillos y les arrastraban por los pies en el momento en que Durg acababa su historia, de modo que este, al pasar a su lado, los vio por primera vez.

—¡Son estos! —exclamó excitadamente—. Este es el gilak que salvó a Durg. ¿Qué vais a hacer con ellos, Torp?

—Les vamos a engordar —contestó Torp—. Están demasiado delgados.

—Deberías dejar que se marcharan —le urgió Durg—. Ellos salvaron mi vida.

—¿Debería dejarles marchar porque ese hombre es idiota? —inquirió Torp—. Si hubiera tenido algo de sentido común te habría matado y luego te habría comido. ¡Lleváoslos!

—¡Salvó la vida de un gorbus! —exclamó Durg, dirigiéndose a la

tribu—. ¿Deberíamos dejarle morir por eso? Yo digo que les dejemos libres.

—¡Dejad que se vayan! —gritaron algunos; pero eran más los que gruñían que se les engordase.

Mientras les arrastraban hacia la entrada de la cámara en la que iban a ser confinados, von Horst vio que Durg encaraba enfurecido a Torp.

—¡Algún día te mataré! —amenazó Durg—. Necesitamos un buen jefe y tú no lo eres.

—¡Yo soy el jefe! —aulló Torp—. Seré yo el que te mate a ti.

—¿Tú? —inquirió Durg con ironía—. Tú solo eres un asesino de mujeres. Mataste a siete, pero nunca a ningún hombre. Yo sí maté a cuatro.

—Les envenenarías —dijo Torp con una mueca.

—¡No lo hice! —protestó Durg—. A tres de ellos los maté con un hacha y al otro lo apuñalé con una daga.

—¿Por la espalda? —preguntó Torp.

—No, no fue por la espalda, asesino de mujeres.

Mientras von Horst era llevado desde la enorme caverna hasta la oscuridad de otra mucho más reducida, situada cerca de aquella en la que los dos gorbus todavía discutían, el europeo meditaba sobre lo que había escuchado, no tanto en lo horroroso de sus palabras, como en el uso por parte de Durg de dos vocablos ingleses: daga y hacha.

Aquello era suficientemente destacable por sí mismo, y más viniendo de labios del miembro de una tribu que, aparentemente, se hallaba en un nivel tan bajo de evolución que ni siquiera tenían armas de ningún tipo. ¿Cómo podía saber Durg lo que era una daga? ¿Cómo podía haber oído hablar de lo que era un hacha? ¿Y dónde había aprendido su denominación inglesa? Von Horst no encontraba ninguna explicación a aquel misterio.

Los gorbus les dejaron en la pequeña cueva sin preocuparse de volver a asegurar sus tobillos aunque tampoco desataron sus manos. El suelo estaba lleno de hojas y hierbas y los dos prisioneros se pusieron tan cómodos como pudieron. La luz de las antorchas de la caverna principal aliviaba la oscuridad de su celda, permitiéndoles verse vagamente cuando se recostaron sobre la mohosa capa que cubría el suelo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó La-Ja.

—No se me ocurre que podamos hacer nada —contestó el hombre—. Lo que parece es que al final nos devorarán cuando estemos un poco más gordos. Bueno, ya que se proponen comernos, tendremos que procurar engordar. Siempre es mejor dejar una buena impresión detrás de nosotros al abandonar este mundo.

—Eso que dices es estúpido —exclamó la muchacha—. Tu cabeza tiene que estar completamente enferma para pensar en algo tan estúpido.

—Quizás obtusa sea un término más adecuado —sonrió él—. ¿Sabes, La-Ja, lo que es una lástima?

—¿El qué es una lástima?

—Que no tengas sentido del humor —contestó él—. Nos lo pasaríamos mejor si lo tuvieras.

—Nunca sé cuando hablas en serio y cuando te estás riendo con palabras —dijo ella—. Si me dices cuáles de las cosas que dices son graciosas, tal vez pueda reírme de ellas.

—Vale, tú ganas —dijo el hombre.

—¿Qué es lo que he ganado? —preguntó la muchacha.

—Mis disculpas y mi consideración. Tienes sentido del humor, aunque no lo sepas.

—Hace un momento dijiste que no sabías qué podíamos hacer —dijo La-Ja—. ¿Tú prefieres escapar o quedarte aquí para que te devoren?

—Por supuesto que prefiero escapar —contestó von Horst—, pero, de momento, no veo ninguna posibilidad de hacerlo mientras todas esas criaturas se encuentren en la otra caverna.

—¿Y qué hay de esa cosa a la que llamas piztola? —preguntó La-Ja, no sin cierta nota de sarcasmo en su voz—. Con ella mataste un zarith. Con mayor facilidad podrías acabar con esos gorbos. Escaparíamos fácilmente.

—Son demasiados, La-Ja —contestó él—. Si emplease con ellos todas mis municiones, probablemente no conseguiría matar a los suficientes como para poder escapar. Además, tengo las manos atadas a la espalda. De todas formas, aunque las tuviera libres, esperaría hasta el último momento para intentarlo. No tienes por qué saberlo, pero cuando se acaben todas estas pequeñas cosas brillantes que llevo en el cinturón, la pistola será inútil y no podré

volverla a usar. Por tanto, debo tener mucho cuidado en no desperdiciarlas inútilmente. A pesar de todo, puedes estar segura de que antes de dejar que nos devoren a cualquiera de los dos, montaré un buen tiroteo. Mi única esperanza es que se queden tan sorprendidos y aterrados a causa de los disparos que caigan unos sobre otros en su intento por escapar.

Cuando terminó de hablar, un gorbis entró en la reducida cueva. Se trataba de Durg. Portaba una pequeña antorcha con la que iluminó su interior, revelando las ásperas paredes, la capa de hojas y hierbas y las dos figuras incómodamente tendidas y maniatadas.

Durg les miró en silencio durante un instante. Luego se agachó a su lado.

—Torp es un obstinado imbécil —dijo con su voz gutural—. Tendría que haberos dejado en libertad, pero no ha querido hacerlo. Se le ha metido en la cabeza que os comeremos y supongo que así será. Creo que es una lástima. Que se sepa, nadie había salvado antes la vida de un gorbis. Si yo hubiera sido el jefe, os habría dejado marchar.

—De todas formas, tal vez puedas ayudarnos —sugirió von Horst.

—¿Cómo? —preguntó Durg.

—Mostrándonos cómo escapar.

—No podéis escapar —le aseguró Durg categóricamente.

—Esa gente no permanecerá eternamente en la otra cueva, ¿verdad? —preguntó el europeo.

—Si se fueran, Torp dejaría aquí a alguien de guardia para asegurarse de que no os escapáis.

Von Horst reflexionó durante un momento. Finalmente, se dirigió a su grotesco visitante.

—A ti te gustaría ser jefe, ¿no es así? —le preguntó.

—¡Sssh! —le advirtió Durg—. Nadie debe oírte decir eso. ¿Cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas —contestó von Horst en un susurro, con un tono misterioso.

Durg le observó con cierto temor.

—Sabía que no eras como los demás gilaks —dijo—. Tú eres diferente. Quizá procedes de la otra vida, del otro mundo, de aquel

del que los gorbus conservan algunos retazos de confusos orígenes y de recuerdos casi olvidados. Sí, ahora lo hemos olvidado, pero, sin embargo, sus insinuaciones no dejan de atormentarnos constantemente. Dime, ¿quién eres? ¿De dónde vienes?

—Me llamo Von, y vengo del mundo exterior, un mundo muy diferente a este.

—¡Lo sabía! —exclamó Durg—. Tenía que existir otro mundo. Una vez los gorbus vivieron en él. Era un mundo feliz; pero debido a lo que hicimos nos enviaron a vivir aquí, a este bosque oscuro, miserable y desgraciado.

—No puede ser —dijo von Horst—. No podéis venir de mi mundo. Allí no existe nadie parecido a vosotros.

—Allí éramos distintos —dijo Durg—. Todos sentimos que éramos diferentes. Para algunos los recuerdos son más claros que para otros, aunque nunca lo son del todo. Tenemos breves retazos, borrosos y confusos, que se desvanecen rápidamente, antes de que podamos descifrarlos o fijarlos definitivamente en nuestras memorias. Lo único que vemos con claridad es el rostro de aquellos a quienes matamos; les vemos a ellos y la manera en que acabamos con su vida, pero no nos vemos a nosotros mismos como éramos entonces, salvo de una forma confusa. Además, las visiones son apenas vagas insinuaciones. Pero sabemos que no éramos como ahora somos aquí. Es exasperante. Nos lleva casi a la locura. Nunca vemos bastante, nunca recordamos lo suficiente. Yo puedo ver a los tres individuos que maté con mi hacha: mi padre y mis dos hermanos mayores. Lo hice para conseguir algo que ellos tenían, pero no sé qué era. Ellos se interponían en mi camino y les maté. Ahora soy un gorbus desnudo que se alimenta de carne humana. Algunos de los nuestros piensan que estamos siendo castigados.

—¿Qué sabes de las hachas? —preguntó von Horst, ahora completamente interesado en la extraña narración y en sus diversas implicaciones.

—No sé lo que es un hacha, salvo que con ella maté a mi padre y a mis dos hermanos. Con una daga apuñalé a otro hombre. No sé el porqué. Puedo ver con mucha claridad sus rasgos distorsionándose por el dolor. Pero todo lo demás lo veo de forma muy vaga. Tiene unas ropas azules y unos botones brillantes. Ah, ahora se desvanece... todo excepto su rostro. Me está mirando

fijamente. Casi he podido ver algo... ¡ropas, botones! ¿Quiénes son? Casi lo sé... pero ya se ha desvanecido. ¿Qué palabras eran esas? ¿Qué palabras acabo de decir? También se han desvanecido. Siempre es así. Nos vemos atormentados por escenas incompletas que se desvanecen inmediatamente.

—¿Os ocurre a todos lo mismo? —preguntó von Horst.

—Sí —respondió Durg—. Todos vemos a aquellos a los que hemos asesinado. Son los únicos recuerdos que podemos retener de una manera permanente.

—¿Sois todos asesinos?

—Sí. Yo era uno de los peores. Las siete mujeres de Torp no son nada. A algunas las mató mientras le abrazaban enamoradamente; las ahogó o las estranguló. A una la estranguló con su propio cabello. Siempre se jacta de eso.

—¿Por qué las mató? —preguntó La-Ja.

—Deseaba algo que ellas tenían. Así pasó con todos nosotros. No puedo imaginarme qué es lo que deseaba cuando maté a mi padre y a mis dos hermanos, ni tampoco lo que deseaban los demás. Cualquier cosa que fuera no la conseguimos, porque aquí no tenemos nada. Lo único que siempre ansiamos es comida, y eso lo tenemos en abundancia. De todas formas, ninguno mataría por comer. No da satisfacción. Es algo nauseabundo. Comemos, porque si no lo hiciéramos, creemos que moriríamos e iríamos a un sitio peor que este. Eso nos aterra.

—¿No os proporciona ninguna satisfacción comer? —preguntó von Horst—. ¿Qué os satisface entonces?

—Nada. No existe la felicidad en el bosque de la muerte. Solo hay frío, desesperación, náusea y terror. Oh, sí; también existe el odio. Nos odiamos unos a otros. Tal vez sí saquemos alguna satisfacción de ello, pero no mucha. Todos nos odiamos y no se puede obtener satisfacción haciendo lo mismo que hacen los demás. Obtuve algo de placer deseando vuestra libertad. Ha sido diferente. Ha sido algo único. Es la primera satisfacción que he sentido en mi vida. No estoy muy seguro de lo que es el placer, pero creí reconocer esa sensación como placer, pues mientras la experimentaba me olvidé del frío, de la desesperación, de la náusea, del temor. Cualquier cosa que me haga olvidar eso, tiene que ser placer.

—¿Todos sois asesinos? —preguntó La-Ja.

—Todos hemos asesinado algo —contestó Durg—. ¿Veis a esa mujer mayor que está sentada con el rostro cubierto con las manos? Ella mató la felicidad de dos personas. Lo recuerda con bastante claridad. Un hombre y una mujer. Ellos se querían mucho. Todo lo que querían era que les dejaran solos y les permitieran ser felices. El hombre que está a su lado mató algo más hermoso que la vida: el amor de su mujer. Sí, cada uno de nosotros ha matado algo, y yo estoy contento por haber matado hombres y no la felicidad o el amor.

—Puede que tengas razón —dijo von Horst—. Hay demasiadas personas en el mundo, pero no hay ni la mitad de amor o de felicidad.

Una repentina conmoción en el exterior interrumpió la conversación. Durg se levantó de un salto y les abandonó. Al mirar La-Ja y von Horst lo que ocurría, vieron como otros dos prisioneros eran arrastrados hacia el interior de la caverna.

—Más comida para la despensa —señaló él.

—Y eso que no les gusta comer —dijo La-Ja—. Me pregunto si lo que nos ha contado Durg es verdad; me refiero a lo de los asesinos y a esa otra vida que recuerda a medias.

Von Horst movió la cabeza.

—No lo sé, pero si lo fuera, respondería una pregunta que se han estado haciendo los hombres del mundo exterior durante generaciones.

—Mira —señaló La-Ja—. Traen a los prisioneros hacia aquí.

—Hacia el corral de engorde —comentó von Horst con una mueca.

—Uno es un hombre enorme —dijo La-Ja—. Se necesitan muchos gorbos para obligarle a avanzar.

—Ese individuo me resulta familiar —dijo von Horst—. El grande no; el otro. De todas formas, hay demasiados gorbos a su alrededor para poderles ver bien a cualquiera de los dos.

Los nuevos prisioneros fueron llevados hasta la pequeña caverna y arrojados bruscamente a su interior, cayendo prácticamente encima de ellos. El individuo más grande no dejaba de maldecir y de amenazar. El otro gemía y se lamentaba. En la semioscuridad del interior era imposible distinguir los rasgos de ninguno de los dos.

No parecieron prestar ninguna atención ni a La-Ja ni a von Horst aunque debían de ser conscientes de su presencia. El europeo estaba convencido de que las fuertes imprecaciones del mayor de los dos tenían el propósito de impresionarles a ellos, toda vez que los gorbus ya se habían marchado. Su compañero no parecía ser del tipo de los que quisieran impresionar a nadie. Era, con toda seguridad, un cobarde que se hallaba en un estado de puro terror. Prácticamente farfullaba a causa del miedo, al tiempo que no dejaba de lamentarse del destino que le había llevado hasta el bosque de la muerte. El otro no le prestaba atención; por el contrario, cada uno de ellos parecía desentenderse bastante del otro.

Mientras von Horst se entretenía escuchándoles, llegaron varios gorbus llevándoles frutos y nueces. Uno de ellos portaba una antorcha, cuya luz iluminó el interior al penetrar en la cueva. A su vacilante luminosidad, los rostros de cada uno de los prisioneros se desvelaron a los demás.

—¿Tú? —casi gritó el enorme individuo cuando sus ojos se posaron sobre von Horst.

Se trataba de Frug; y su compañero era Skruf.



Capítulo XI

Engordados para la matanza

Cuando toda la trascendencia de la situación se le reveló a von Horst, no supo si echarse a reír o a llorar. Su situación ya era antes bastante mala, pero con la presencia allí de aquellos dos hombres podía llegar a ser infinitamente peor. La reacción de Frug al reconocerle no auguraba nada bueno. No obstante, si bien el trance era complicado, también tenía su lado divertido, y von Horst no pudo dejar de sonreír al contemplar la expresión del fornido cavernícola.

—¡La muchacha también está aquí! —exclamó Skruf.

—Sí —dijo von Horst—, en efecto, somos nosotros. ¿A qué debemos el placer de esta inesperada visita? Os creíamos a salvo, junto a los fuegos de vuestros hogares en Basti, preparando vuestra comida. Y, sin embargo, aquí estáis, esperando a que os preparen como comida de otros. Ah, ¿no está la vida llena de sorpresas? Algunas agradables, otras... esto... no tanto.

—¡Cómo consiga romper estas cuerdas y ponerte las manos encima...! —gritó Frug.

—¿Sí? ¿Qué harás entonces, amigo mío? —inquirió von Horst.

—Te romperé el cuello. Reduciré tu cara a pulpa. Te...

—Espera —le pidió von Horst—. Permíteme que te sugiera un orden distinto de proceder. Si primero rompes mi cuello, como manifiestas que es tu intención, no sacarás mucha satisfacción de reducir mi cara a pulpa, porque entonces yo estaré muerto y, por tanto, seré incapaz de apreciar lo que me estés haciendo. La verdad, Frug, no eres muy brillante. No puedo concebir como una persona de una inteligencia tan limitada como la tuya ha podido ser elegida

jefe de Basti, aunque quizá se haya debido más al perímetro de tus bíceps que al de tu cráneo.

Los gorbus dejaron una cierta cantidad de frutos y nueces en el suelo y se marcharon, dejando de nuevo la caverna envuelta en una semipenumbra. Frug aún forcejeaba con sus ligaduras. Skruf no dejaba de quejarse y de lamentarse. Von Horst contemplaba la comida.

—Podemos apañarnos con la fruta, aunque tengamos las manos atadas a la espalda —le señaló a La-Ja—, ¿pero cómo esperan que rompamos la cáscara de esas nueces?

—Tal vez podamos desatarnos las manos —sugirió la muchacha—. Gírate hacia mí, de modo que tu espalda quede contra la mía; luego, intenta desatarme las muñecas. Si consigues liberarme, después yo podré hacer fácilmente lo mismo contigo.

La muchacha hablaba en susurros, a fin de que ni Frug ni Skruf pudieran oírla y obrasen del mismo modo antes de que ellos estuvieran libres. El europeo retorció su cuerpo hasta situarse detrás de la muchacha; luego empezó a trabajar en los nudos de sus muñecas. Fue un proceso lento, en parte porque no veía lo que estaba haciendo y en parte por la limitada movilidad de sus manos; sin embargo, después de lo que le pareció una eternidad, sintió aflojarse uno de los nudos. La práctica le hizo más hábil, y, en breve, el segundo nudo se rindió ante su perseverancia. Había varios más, pero finalmente cayó el último y las manos de La-Ja se vieron libres. De inmediato, ella se volvió sobre su espalda y él pudo sentir como sus ágiles dedos trataban de averiguar el secreto de aquellos nudos. Cuando sus manos o sus brazos se rozaban experimentaba una emoción totalmente nueva en él. Ya había sentido anteriormente el contacto de su carne, pero en aquellas ocasiones ella había estado furiosa o resentida, incluso violenta, y no había experimentado ninguna sensación placentera. Ahora era diferente, pues por primera vez la muchacha estaba contribuyendo a que ambos obtuvieran su libertad.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos? —preguntó Frug—. Estáis muy callados. Si pensáis que os vais a comer toda la comida que nos han traído, tengo que advertiros que es mejor que no lo hagáis. Os mataré si intentáis algo parecido.

—¿Antes o después de romperme el cuello? —preguntó von

Horst.

—Antes, por supuesto —exclamó Frug—. No, después. No... ¿Qué más da? Hablas como un idiota.

—Y después de que me hayas matado y me rompas el cuello, o después de romperme el cuello y matarme, cualquiera que sea el orden en el que finalmente decidas proceder, Skruf y tú indudablemente os comeréis toda la comida. ¿Tengo razón?

—Sí, la tienes —gruñó Frug.

—¿Sabes el motivo por el que nos han traído esa comida? —inquirió von Horst.

—Para que comamos, naturalmente.

—¿Y por qué se iban a preocupar de si comemos o no? —preguntó el europeo—. ¿Acaso tienes la sensación de que se preocupan por nuestra felicidad o nuestro bienestar?

—¿Entonces por qué nos la han traído? —preguntó Skruf.

—Para que engordemos —le contestó von Horst—. Al parecer les gusta la carne bien cebada, o quizá debiera decir que les parece menos nauseabunda si está fresca y bien cebada.

—¿Engordar? ¿Quieren comernos? —se atragantó Skruf.

Frug no hizo ningún comentario, pero von Horst pudo apreciar como redoblaba sus esfuerzos por librarse de sus ligaduras. Un momento después, La-Ja lograba desatar el último nudo y von Horst sintió deslizarse las correas por sus muñecas. Se sentó y cogió un poco de fruta, pasándosela a La-Ja. Luego se volvió hacia Frug.

—Mis manos están libres —dijo—. Voy a desatarte y luego podrás soltar a Skruf. No vas a matarme. Si lo intentas, acabaré contigo. Todavía tengo el arma con la que Skruf me vio matar a muchas bestias y con la que tú me viste acabar con tus guerreros. Te voy a liberar por dos razones. Una es para que puedas comer. La otra razón no es muy convincente, a no ser que tengas más cerebro del que te he supuesto. Siempre espero lo mejor de la gente, pero esta vez soy algo escéptico.

—Tengo el cerebro suficiente —gruñó Frug—. ¿Cuál es la otra razón por la que quieres liberarnos?

—Estamos todos metidos en el mismo lío —le recordó von Horst—. Si no conseguimos escapar de aquí, nos matarán y nos devorarán. Trabajando en común, existe la posibilidad de que podamos huir. Si perdemos el tiempo intentando matarnos unos a

otros, o intentando evitar que nos matemos, ninguno de nosotros saldrá vivo de aquí. Ahora, ¿qué pensáis hacer tú y Skruf? Tú eliges. Yo voy a desatarte en cualquier caso, pero te mataré antes de que puedas ponerme las manos encima, si es que decides intentarlo.

Frug parecía indeciso.

—He jurado darte muerte —dijo—. Tú me metiste en este problema. Si no hubieras escapado de Basti, yo no estaría aquí. Fue mientras os estábamos siguiendo cuando fuimos capturados. Tú mataste a muchos de mis guerreros. Tú liberaste a todos nuestros esclavos; y ahora me pides que no acabe contigo.

Von Horst se encogió de hombros.

—Estás confundiendo los hechos, Frug —dijo—. No te estoy pidiendo que no acabes conmigo. Te estoy pidiendo que no me hagas matarte. Mientras yo tenga esta arma, tienes pocas posibilidades de matarme; o mejor dicho, no tienes ninguna.

—Prométeselo, Frug —suplicó Skruf—. Él tiene razón. No conseguiremos escapar de aquí si nos peleamos entre nosotros. Al menos tú y yo no lo haremos, porque puede matarnos a ambos. Le he visto matar con ese pequeño palo negro. No necesita acercarse a las cosas que quiere matar.

—De acuerdo —convino finalmente Frug—. No intentaremos matarnos unos a otros hasta que hayamos escapado de esta gente.

Von Horst se acercó al jefe de los bastios y le desató las manos. Luego Frug liberó a Skruf, y después, todos, salvo este último, se pusieron a comer. Skruf se sentó aparte, con el rostro completamente apartado de la comida.

—¿Por qué no comes? —le preguntó Frug.

—¿Para engordar? —repuso Skruf—. Si ese es vuestro propósito, podéis engordar para que os devoren, pero yo me quedaré tan flaco que a nadie le apetecerá comerme.

El tiempo pasó, como así debe ocurrir incluso en un mundo donde no existe la noción del tiempo. Todos comieron y durmieron, si bien von Horst y La-Ja nunca lo hacían al mismo tiempo, ya que Frug y Skruf habían mostrado demasiado interés en la pistola. Cuando von Horst dormía, La-Ja vigilaba. Durg se acercó en alguna ocasión a hablar con ellos. Siempre parecía amistoso, aunque nunca les proporcionaba ninguna esperanza de pudieran escapar del destino que Torp había decretado para ellos.

Von Horst se preguntaba a menudo de dónde procedían las nueces y los frutos con que les alimentaban, ya que no había visto ningún rastro de ellas en el lúgubre bosque que La-Ja y él habían atravesado. Tenía la teoría de que tal vez el final del bosque no se hallase muy lejos y deseaba averiguarlo. De ninguna manera iba a renunciar a la posibilidad de escapar. Cuando le preguntó a Durg de dónde obtenían los gorbus la fruta que les proporcionaban, este le explicó que crecía no muy lejos de allí, cerca del final del bosque de la muerte. Aquello era lo que ansiaba oír von Horst. También averiguó la dirección de la que venían cuando recogían la fruta. Pero cuando intentó persuadir a Durg de que les ayudara en su intento de fuga, se encontró con una rotunda negativa, por lo que desistió de hacer nuevos comentarios, aunque teniendo mucho cuidado de dar a Durg la impresión de que había abandonado totalmente la idea.

Las nutritivas nueces y la falta de ejercicio pronto se tradujeron en capas de grasa. Únicamente Skruf se mantenía notablemente delgado, rehusando firmemente a comer más de lo necesario para mantenerse con vida. Frug engordó mucho más que von Horst o La-Ja. Skruf llamó su atención hacia aquel hecho.

—Serás el primero al que se coman —profetizó—. Estás demasiado gordo.

—¿Tú crees? —preguntó el jefe, palpando con preocupación la capa de grasa que rodeaba su cintura.

—Creo que deberíamos intentar escapar —le dijo a von Horst.

—Estoy aguardando a que los gorbus se vayan de ahí —replicó el europeo—, pero tan solo unos cuantos lo hacen al mismo tiempo.

—Ahora hay muchos de ellos dormidos —señaló La-Ja—. Han apagado la mayoría de las antorchas.

—Tienes razón —dijo von Horst mirando hacia la otra cámara—. Nunca había visto dormirse a tantos a la vez.

—Me parece que han estado comiendo —dijo La-Ja—. Han estado saliendo en pequeños grupos desde la última vez que dormí. Quizá sea por eso por lo que están soñolientos.

—Se están apagando más antorchas —susurró von Horst—. Ahora tan solo arden unas cuantas.

—Y los gorbus que quedan están empezando a dar cabezadas —comentó La-Ja, que no podía ocultar su excitación—. Si se duermen

todos, podemos escapar.

Pero no todos dormían. Uno de ellos aún permanecía despierto, cuidando de que su antorcha no se apagara. Se trataba de Torp. Finalmente se levantó y se acercó a la cueva en que se hallaban confinados los prisioneros. Al ver que se acercaba se tendieron en el suelo, de manera que siguiese permaneciendo oculto el hecho de que sus manos estaban libres, como habían hecho anteriormente cada vez que un gorbis penetraba en la caverna. Torp se introdujo en su celda portando su antorcha y les miró a todos con detenimiento; luego, golpeó a Skruf con el pie.

—No perderemos más tiempo contigo esperando a que engordes —gruñó—. Te mataremos al despertar y así no tendremos que alimentarte más.

—Matad primero a los otros —gimió Skruf—. Están mucho más gordos que yo. Si me das otra oportunidad, engordaré todo lo que quieras.

—Os mataremos a todos al mismo tiempo —dijo entre bostezos; luego se dio media vuelta, disponiéndose a salir de la cueva.

Von Horst miró hacia el exterior y vio que todas las antorchas de la caverna se habían extinguido. El lugar yacía envuelto en una completa oscuridad. Entonces se levantó silenciosamente, desenfundando su pistola mientras lo hacía. Levantando el arma, golpeó fuertemente con ella a Torp en el cráneo. Sin pronunciar un solo gemido, el individuo cayó pesadamente al suelo. Von Horst recogió su antorcha.

—¡Vamos! —susurró.

En silencio, los cuatro cruzaron la enorme caverna dirigiéndose hacia una de las salidas. Luego ascendieron por el inclinado pozo hasta el corredor que conducía al mundo exterior. Cuando salieron del lúgubre recinto de la caverna, incluso el sombrío y oscuro bosque les pareció luminoso y acogedor.

Von Horst no sabía durante cuánto tiempo habían estado apresados, pero, sin duda, debía haber sido mucho. Habían dormido tantas veces que habían perdido la cuenta. Todos ellos, salvo Skruf, habían ganado mucho peso, lo que indicaba la larga duración de su encarcelamiento. Avanzaron con rapidez en la dirección en que pensaban que se encontraba el margen más cercano del bosque de la muerte, pues estaban decididos a poner la mayor distancia

posible entre ellos y las cavernas de los gorbos antes de que estos descubriesen su fuga.

Cuando se hallan en buena forma, los pellucidaros son capaces de mantener un vivo ritmo durante grandes distancias; pero en aquella ocasión no pasó mucho tiempo antes de que todos, excepto Skruf, estuvieran jadeando de cansancio, una prueba más del largo tiempo que habían pasado confinados. Por fin se vieron obligados a reducir su marcha a un paso más normal.

—¿Cuándo vamos a empezar a intentar matarnos el uno al otro, Frug? —preguntó von Horst—. La tregua era solo hasta que escapásemos y ya lo hemos hecho.

Frug observó la pistola a su costado y se mesó la barba pensativamente.

—Esperaremos hasta que hayamos salido del bosque y nos hayamos separado —sugirió—. Después, si volvemos a encontrarnos, te mataré.

—Por tu bien, espero que no nos volvamos a ver —sonrió von Horst—. ¿Pero qué seguridad tengo de que, mientras tanto, Skruf y tú mantendréis el acuerdo? La verdad, no tengo motivos para confiar en Skruf.

—Nadie puede confiar en Skruf —repuso Frug—. Pero tienes mi palabra de que no intentaré mataros a ninguno de los dos hasta después de que nos hayamos separado, y también prometo a Skruf que le mataré si lo hace.

Von Horst tuvo que conformarse con aquel vago entendimiento. No obstante, sí sentía cierta confianza en la palabra de Frug, ya que la misma naturaleza de aquel hombre parecía excluir cualquier posibilidad de duplicidad por su parte. Era salvaje y brutal, pero también simple y directo. Si Frug quisiera matarle, se subiría al tejado de una casa y lo proclamaría a los cuatro vientos. No era de los que se arrastraban para apuñalarte por la espalda. Ese era más el estilo de Skruf.

Y así siguieron avanzando hasta que, por fin, mucho antes de lo que habían esperado, el bosque empezó a menguar, el tipo de árboles fue variando y salieron a lo que les pareció un mundo distinto. De nuevo el eterno sol de mediodía caía sobre la exuberante vegetación que crecía entre los troncos de una selva abierta. Las flores se abrían y los pájaros cantaban. En breve se

apareció ante ellos una abierta llanura, al otro lado del terreno selvático, en la que se detuvieron. No habían observado ninguna señal de persecución y los pellucidaros estaban convencidos de que los gorbis jamás se aventurarían fuera de su sombrío bosque saliendo a la luz del sol.

—No nos seguirán hasta aquí —dijo Frug—. Ningún hombre ha visto jamás a un gorbis fuera del bosque de la muerte.

—Entonces busquemos un sitio para dormir —sugirió von Horst—. Necesitamos descansar. Después podremos continuar hasta que decidamos separarnos.

—¿Qué camino seguiréis? —preguntó Frug.

Von Horst miró interrogativamente a La-Ja.

—¿Hacia dónde? —preguntó.

La muchacha indicó un punto más allá de la llanura.

—Yo también iré en esa dirección —dijo von Horst.

—Nosotros iremos hacia allí —dijo Frug señalando hacia su izquierda—. Borearemos el bosque hasta rodearlo. Nunca volveré a entrar en él.

—Entonces, cuando nos despertemos, nos separaremos —dijo von Horst.

—Sí —repuso Frug—. Espero que no tardemos mucho en volver a encontrarnos. Así podré acabar con tu vida.

—Cuando se os mete una idea en esa cabeza dura que tenéis, no la soltáis —comentó von Horst con una mueca.

—Buscaremos un sitio en el que dormir —anunció el bastio—. Puede que haya alguna cueva en este risco.

Encontraron un lugar por el que descender del escarpado risco en el que se encontraban. En una repisa natural, descubrieron un saliente bajo el cual la erosión había horadado un amplio nicho en el que una docena de hombres se hubiera podido cobijar perfectamente del calor de los rayos del sol.

—Mejor que duermas tú primero, La-Ja —dijo von Horst—. Yo vigilaré.

—No tengo sueño —contestó la muchacha—. Duerme tú. Yo lo haré después.

Fue en la roca desnuda sobre lo que se tendió von Horst, algo que tal vez algún distante antepasado hubiera encontrado cómodo como lecho, pero que se hallaba demasiado alejado de los somieres

y de los colchones de plumas que el europeo había conocido. Sin embargo, se había desprendido tan completamente de los últimos vestigios de civilización, había revertido con tanta rapidez a aquel estado primitivo, que pareció sentirse bastante satisfecho con la roca desnuda. Un momento después se había dormido.

Cuando se despertó se hallaba tan fresco y descansado que tuvo la sensación de haber dormido durante mucho tiempo. Se estiró perezosamente antes de darse la vuelta para saludar a La-Ja y ver si se habían despertado los demás. Al hacerlo, descubrió que estaba solo. Frug y Skruf se habían marchado y La-Ja también.

Avanzó desde la cavidad hasta el borde de la cornisa y recorrió con su mirada toda la llanura, de izquierda a derecha. No había nadie a la vista. Al principio pensó que La-Ja había huido de su lado, pero luego se le ocurrió que tal vez la hubieran secuestrado. Sintió como la ira y el resentimiento crecían en su pecho ante la duplicidad del jefe de los bastios en cuya palabra había confiado. Entonces, repentinamente, surgió en su mente una nueva idea. Al fin y al cabo, ¿había roto Frug su juramento? Únicamente había prometido que no la mataría, pero no se había referido a la posibilidad de secuestrarla.



Capítulo XII

Los hombres mamut

Desde la base del risco en el que se encontraba la cueva, la llanura se extendía en todas direcciones. Una tupida hierba alcanzaba por encima de las rodillas. Desde su privilegiada posición, von Horst distinguió a su izquierda un sendero recientemente creado por las pisadas del hombre. Aquella era la dirección que Frug había indicado que seguirían Skruf y él en su regreso a Basti para no atravesar el bosque de la muerte. La hierba no se veía hollada en la dirección en que se hallaba Lo-har. Solo una senda aparecía marcada con claridad: la que conducía a la izquierda; un camino que podía seguirse con claridad mientras discurriera a través de la alta hierba.

Von Horst hubiera deseado saber cuánto había dormido para tener una idea de la ventaja que le llevaban los secuestradores, pues ahora estaba plenamente convencido de que La-Ja había sido secuestrada. Era imposible que la muchacha les hubiera acompañado voluntariamente a Basti.

El sendero se distinguía claramente desde lo alto, pero cuando descendió al suelo descubrió que desde allí ya no era tan evidente. Un examen más próximo le mostró que únicamente la hierba que había sido rota y aplastada por el paso del trío, seguía indicando el rastro a seguir. El resto había vuelto a su posición normal. Aquel descubrimiento aumentó todavía más la preocupación de von Horst, puesto que parecía indicar que los dos hombres y la muchacha le llevaban una ventaja considerable.

En la base del risco se veían señales de lucha. La hierba aparecía rota y aplastada en un área bien delimitada. Von Horst era

perfectamente capaz de deducir lo ocurrido. La-Ja había intentado fugarse de sus captores y, probablemente, les había ofrecido una buena pelea, pero finalmente la habían vencido y se la habían llevado con ellos.

Permaneció de pie observando aquel rastro que conducía a lo desconocido. Si se alejaba del camino a Sari, tendría que enfrentarse a ignorados peligros que ni tan siquiera podía llegar a imaginar. ¿Debía seguir aquel rastro? ¿Y luego qué? No había muchas posibilidades de que pudiera alcanzarles. Además, si lograban llegar a Basti, entonces sí que le sería imposible rescatar a la muchacha. ¿Por qué tenía que arriesgar su vida intentando salvarla, un intento que prácticamente estaba condenado al fracaso? A ella, él no le gustaba. Ni siquiera había intentado ocultar aquel hecho. Además, si conseguía rescatarla, la única recompensa que merecería su esfuerzo sería la muerte a manos de sus compañeros de tribu. Pensó en Gaz, aquel terrible individuo que segaba vidas con sus manos desnudas.

Si daba media vuelta, podría rodear el bosque de la muerte hasta encontrar el rastro de Dangar. El pensamiento de Dangar y la placentera anticipación de la amistosa acogida que le dispensarían en Sari, le llenó de anhelos. Deseaba volver a tener amigos. Ansiaba volver a sentir el calor de una mano amiga, ansiaba volver a ver la luz de una sonrisa amistosa. Estaba cansado de la indiferencia, de la enemistad, del odio.

Con un suspiro, se volvió y siguió el débil rastro que conducía a su izquierda. En algún lugar, en la distancia, había una pequeña figura de largos cabellos dorados, quizás un fuego fatuo que le llevaba hacia su perdición.

—Me pregunto por qué lo hago —dijo para sí.

Luego se encogió de hombros y se lanzó a lo desconocido.

Recordando sus anteriores experiencias y el tutelaje recibido de Dangar, mantuvo constantemente en mente la prioridad de no hallarse nunca demasiado lejos de algún posible refugio: siempre existía la posibilidad verse amenazado por alguna de las salvajes criaturas que vagaban por el paisaje pellucidaro. Los árboles eran un factor primordial en su estrategia defensiva. Nunca antes habían ocupado un lugar tan preponderante en su mente y, con frecuencia, se vio obligado a buscar refugio entre sus ramas. A veces era un

enorme león de las cavernas el que le hacía buscar refugio; en otras, la causa era un poderoso tarag o algún espantoso reptil de una era olvidada.

A lo largo de aquella ruta fue descubriendo los lugares en los que habían dormido Frug, Skruf y La-Ja, y en ellos también durmió él. Como alimento se procuró los huevos de las aves y los reptiles, las frutas que crecían en algunos de los árboles y matas que encontraba en su camino y diversos tubérculos comestibles que Dangar y La-Ja le habían enseñado a localizar y a distinguir. Encendió hogueras del mismo modo en que lo habían hecho sus primitivos ancestros, aquellos que habían poblado la corteza exterior junto al bos y al oso de las cavernas, y le llevó algún tiempo fabricarse un nuevo arco y flechas con los que poder proveerse de carne sin desperdiciar sus preciosas municiones. También se hizo una lanza, cuya punta endureció al fuego, al igual que la punta de sus flechas.

Intentó recuperar el terreno que llevaba perdido avanzando durante todo el eterno día pellucidaro hasta que el cansancio le obligaba a detenerse para dormir. A menudo, entre las ocasiones en que se entregaba al sueño, atravesaba uno, y a veces dos, de los lugares en los que habían dormido aquellos a quienes perseguía. Eso le convencía de que les estaba ganando terreno, espoleándole y alentándole a continuar hacia delante, aún cuando también había momentos en que su búsqueda se le hacía completamente desesperada y el abatimiento caía pesadamente sobre él. El inmenso bosque parecía extenderse de una manera interminable, pero por fin concluyó al pie de una cordillera de ásperas colinas. En aquel terreno abrupto encontró serias dificultades para seguir el rastro, puesto que el suelo ya no aparecía cubierto por la alta hierba sino que con frecuencia era duro y pedregoso.

Al otro lado de las colinas se extendía otra ondulada llanura, a través de la cual discurría un gran río. Lo divisó por primera vez desde la cima del paso que había seguido para cruzar las montañosas colinas, una antigua y profunda senda hecha por las pisadas de hombres y bestias durante edades sin cuento. Un pequeño bosque bordeaba el río y diversos bosquecillos salpicaban la llanura, que se extendía hacia la derecha para fundirse en la distancia con lo que parecía ser un océano. Por delante de él, muy a

lo lejos, otro bosque limitaba la llanura por aquel lado, mientras, a su izquierda, las colinas se curvaban hacia lo alto para encontrarse con el bosque en la lejanía.

La caza poblaba la campiña en lo que se podía alcanzar con la vista. Cerca de él distinguió al bos y al rojizo ciervo, a los antílopes, tapires y carneros, así como a distintas especies de dinosaurios herbívoros. En el extremo del bosque que bordeaba el río, descubrió las enormes figuras de los mamuts y de los gigantescos gamos. Era una escena de tal primitiva belleza y fascinación, que von Horst permaneció inmóvil durante un rato, hechizado por su encanto. Durante unos instantes se olvidó de todo, salvo de la escena que se desarrollaba por debajo de él; pero, en breve, su vacío estómago le devolvió a la realidad de su existencia. No fue ningún contemplativo soñador el que se arrastró sigilosamente hacia la llanura sino un primitivo cazador de la edad de piedra. Cuando llegó al pie de las colinas empezó a seguir el curso del río, aprovechando la cobertura que le proporcionaban los árboles de la ribera. Su idea era la de cazar algún carnero, varios de los cuales pastaban cerca de los árboles de la orilla, aunque era consciente de lo cautos que eran aquellos animales y lo difícil que resultaba acecharlos.

El río se retorció en abiertos meandros. Le llevó cierto tiempo salvarlos a través de las lomas que bordeaban sus amplias revueltas mientras se deslizaba tan sinuosamente como una serpiente en su camino hacia el mar. En el momento en que empezó a avanzar por el pie de las lomas dejó de ver a los carneros, si bien tampoco ellos podían verle a él. A pesar de todo, no dejó de moverse con precaución, pues era consciente de los peligros que podían acecharle al otro lado de cada loma, toda vez que aquella zona estaba repleta de caza, y donde abundaban los herbívoros, también existía la posibilidad de encontrarse con los devoradores de carne.

Entonces, al remontar un pequeño montículo, vio algo que le hizo detenerse repentinamente: un enorme y peludo mamut se hallaba tendido sobre su costado, gimiendo. Estaba recostado sobre un pequeño saliente situado a un lado del río, que, evidentemente, constituía una especie de vado o abrevadero. No solo era su lamento lo que proclamaba su sufrimiento, sino también el agonizante temblor de su enorme masa. A pesar de que von Horst

era consciente de lo extremadamente peligrosas que podían llegar a ser aquellas poderosas bestias, la gentil serenidad de su aspecto, la sensación de confianza e inteligencia que inspiraba su gigantesca mole y la dignidad de su porte hicieron surgir en él un sentimiento de seguridad ante su presencia. En su interior comenzó a despertarse un considerable cariño y admiración por aquellos peludos progenitores de los elefantes modernos.

Ver sufrir a una de aquellas criaturas hizo surgir su compasión, y, a pesar de que su mejor juicio le prevenía contra ello, no pudo resistir la urgencia de acercarse más a investigar, si bien, lo que podía obtener de semejante acción, apenas constituía una nebulosa conjetura en su mente. Al aproximarse, los pequeños ojos del paquidermo se posaron en él, alzando su cabeza y barritando furiosamente, pero sin hacer ningún esfuerzo por levantarse. Convencido de que se hallaba indefenso, se acercó y lo examinó. Al hacerlo, descubrió varias puntiagudas y afiladas astillas de bambú que sobresalían más de una pulgada de la superficie del cieno sobre el que la bestia se encontraba tendida en la orilla del río. Tuvo que moverse con gran precaución para evitar clavárselas.

De inmediato descubrió la causa de la indefensión y el sufrimiento que experimentaba la bestia: varias de aquellas astillas se habían clavado en las plantas de sus enormes patas y no podía levantarse sin sufrir una agonía extrema. Era evidente que aquellas afiladas agujas habían sido plantadas por el hombre. Su propósito era claro. ¿Había otra forma más sencilla de que los hombres de la antigua edad de piedra, con las primitivas armas de que disponían, pudieran abatir a un gigantesco mamut, le dejaran indefenso y acabaran con él sin correr mayores riesgos?

La presencia de aquellas afiladas astillas sugería la proximidad de hombres, y von Horst ya tenía las suficientes evidencias para considerar a todos los hombres de aquel mundo salvaje como sus enemigos. No obstante, a pesar de que miró cautelosamente en todas direcciones, no descubrió ninguna señal de ellos en los alrededores. De nuevo volvió su atención hacia la bestia y al apuro en que se encontraba. Si quitaba las astillas y permitía así que el mamut se levantara, ¿qué haría después la atormentada criatura? Von Horst dejó correr dubitativamente los dedos por su pelaje. Entonces la bestia volvió a gemir, y lo hizo de un modo tan

lastimero, que el hombre, arrojando toda precaución al viento, decidió hacer lo que estuviera en su mano para aliviar su sufrimiento.

Cuando comenzó a moverse entre las astillas que se hallaban más próximas a las enormes patas, se dio cuenta de que la bestia se empalaría en ellas al levantarse, apenas hubiera logrado extraerle las que ya tenía clavadas. Por tanto, empezó a arrancar las afiladas astillas de todo el terreno circundante, una franja de más de veinte pies a través del sendero que conducía hasta el río. Mientras lo hacía, los ojos del mamut le miraban constantemente, observando todos sus movimientos.

Mientras realizaba su tarea junto a la enorme cabeza de la bestia, percibió por primera vez un gran mechón de blanco pelaje, aproximadamente de la anchura de la mano de un hombre, que se extendía por una de las quijadas del animal. Había visto muchos mamuts, pero nunca se había encontrado con uno que tuviera una marca tan singular. Le daba a la bestia una expresión patriarcal, como si se tratara de una enorme patilla blanca. Von Horst descubrió aquella extraña marca de manera casual mientras se hallaba enfrascado en la tarea que tenía entre manos, si bien su principal interés seguía centrado en la especulación acerca de lo que haría la enorme bestia en el momento en que fuera capaz de levantarse. Algunas de las astillas se hallaban plantadas al alcance de la poderosa trompa y el hombre las arrancó del mismo modo que había hecho con las demás, aparentemente indiferente al riesgo que corría. Los pequeños ojos no dejaban de observar todos sus movimientos, pero si lo hacían con adusto odio o con precavida curiosidad, von Horst era incapaz de saberlo.

Finalmente, llegó el momento en que hubo arrancado todas las astillas que había sido capaz de localizar. Lo siguiente era extraer las que tenía clavadas en las patas. Sin un instante de vacilación, von Horst se encaminó hacia las patas traseras del paquidermo y una a una arrancó aquellas atormentadoras agujas. Luego se dirigió hacia las patas delanteras, situándose al alcance de la sinuosa trompa y los grandes colmillos curvos. Metódicamente, comenzó a extraer las astillas, con la poderosa trompa ondulando a su alrededor como si se tratara de una enorme serpiente. Sintió como le tocaba; su húmedo extremo empezó a deslizarse sobre su cuerpo

desnudo. Le rodeó, pero no le prestó atención. Había desafiado a la muerte por llevar a cabo un gesto de humanidad y ahora estaba metido de lleno en el juego. La trompa se envolvió sobre su torso, gentilmente, casi de manera cariñosa. Ni le apretaba ni interfería en su tarea, aunque sentía que en cualquier momento podía cerrarse sobre él, al menor movimiento en falso por su parte. La muerte parecía hallarse cada vez más cerca.

Cuando acabó de extraer la última astilla se irguió lentamente. Esperó durante un momento y, luego, muy suavemente, agarró la trompa con su mano y empezó a apartarla de él. No hubo ninguna resistencia. Se movió sin prisas, sin ningún movimiento deliberado, aunque se hallaba bajo una gran tensión nerviosa. Por fin se vio completamente libre y empezó a separarse lentamente del animal. No se detuvo, sino que continuó caminando por la orilla del río, en la misma dirección que llevaba cuando descubrió al mamut. Durante un instante sintió una poderosa necesidad de echar a correr, de poner la mayor distancia posible entre la bestia y él antes de que esta se pusiera en pie; pero no lo hizo. En su lugar continuó caminando muy despacio, con indiferencia, aunque echando ocasionalmente una mirada a su espalda.

La bestia permaneció tranquila durante unos instantes; luego, lentamente, comenzó a alzar su mole del suelo. Dubitativamente, intentó apoyar su peso en las patas delanteras, sosteniéndose en ellas durante un momento, para a continuación levantarse y erguirse sobre sus cuatro patas. Dio unos cuantos pasos. Evidentemente, las heridas no le dolían demasiado. Alzó su trompa y lanzó un poderoso bramido; luego empezó a moverse siguiendo el rastro del hombre.

Al principio von Horst se dijo que no le estaba siguiendo, que enseguida se daría media vuelta y se marcharía para seguir su propio camino. Pero no lo hizo, sino que avanzó pesadamente tras él, a una velocidad considerable en comparación con la que llevaba von Horst. El hombre se encogió de hombros con resignación. ¡Cómo podía haber sido tan estúpido y sentimental! Debería haber sabido que aquella bestia salvaje era incapaz de sentir gratitud. Debería haberla dejado en paz o haber puesto fin a sus sufrimientos con una compasiva bala. Ahora era demasiado tarde. En pocos instantes le alcanzaría y le lanzaría por los aires. Tales eran los

pensamientos que cruzaban por su mente mientras caminaba lentamente por la orilla del río. En ese momento le alcanzó. La sinuosa trompa se enroscó repentinamente a su alrededor y se vio izado del suelo.

—Esto es el fin —musitó von Horst.

El mamut se detuvo y le alzó por encima de su espalda hasta su costado derecho, volviéndole luego a dejar en suelo. Sin embargo, siguió posando suavemente su trompa a su alrededor, situándole frente a su lomo. Lo que von Horst descubrió allí le hizo asombrarse ante la inteligencia del animal: en aquel costado, sobre el que había estado tendido, se hallaban profundamente clavadas varias astillas de bambú, semejantes a las que había extraído de sus patas. El animal quería que se las quitase, como había hecho con las otras.

Von Horst lanzó un suspiro de alivio y se puso a la tarea. Cuando terminó volvió a encaminar sus pasos hacia el sendero que había estado siguiendo, observando por el rabillo del ojo como el mamut daba media vuelta y partía en dirección opuesta. En apenas unos momentos se perdió de vista. El hombre sintió que había salido bien librado de la comprometida situación en la que le había metido su estúpido y sensiblero sentimentalismo, como él mismo lo había denominado. Pero ahora que todo había llegado a su fin, y había visto por última vez a aquella gigantesca bestia, estaba contento de haberla podido ayudar.

Su hambre, momentáneamente olvidada, volvió a manifestarse mientras se arrastraba de nuevo hacia los carneros. Los había vuelto a descubrir desde la parte superior de una pequeña loma y, una vez más, se había convertido en un cazador del Pleistoceno. Tan solo el cinturón de cartuchos y el cuarenta y cinco diferenciaban su aspecto del de sus progenitores de la edad de piedra. Volvió a verlos desde la siguiente elevación que alcanzó, solo que esta vez se hallaba mucho más cerca. Pero también descubrió algo más a lo lejos, a la derecha de donde se encontraba, al otro lado del río. A primera vista creyó que se trataba de un rebaño de mamuts que descendía mansamente por la inclinada llanura, procedente de las colinas y en dirección al río. Pero al instante comprendió la verdad: sobre el cuello de cada una de aquellas enormes bestias cabalgaba un hombre.

Semejante visión trajo a su memoria a Thorek, el hombre mamut

de Ja-ru. Aquellos debían ser, sin duda, los hombres mamut; quizás el país por el que estaba vagando en ese momento era Ja-ru. No obstante, el hecho de que hubiera trabado amistad con Thorek, no le inducía a hacerse ilusiones acerca de la recepción que podía esperar de los salvajes compañeros de tribu de su antiguo camarada de esclavitud. La discreción le aconsejaba mantenerse apartado de su vista, así que descendió cautelosamente de la loma en que se encontraba en dirección a un grupo de árboles que crecían junto al río, donde, oculto a sus miradas, podía seguir vigilando la aproximación de la partida.

Cuando alcanzó los árboles descubrió las cenizas de un fuego todavía humeante. El corazón le dio un salto en el pecho. Debía hallarse muy cerca del rastro de La-Ja y sus secuestradores. ¿Hacia dónde se habrían dirigido desde allí? No podían estar muy lejos, pues aun cuando la ausencia de tiempo de Pellucidar podía confundir la mente del hombre, no podía, sin embargo, desafiar las leyes de la combustión: el fuego tardaba en consumir la madera y las cenizas permanecían calientes el mismo tiempo allí que en la corteza exterior.

Examinó apresuradamente los alrededores del campamento. La proximidad de La-Ja y el renacimiento de la rabia que sentía contra Frug y Skruf, ahora al alcance de su venganza, hicieron que momentáneamente quedasen olvidados los hombres mamut. Aflojó la pistola en su funda. No les daría ningún cuartel. Les dispararía como a dos perros rabiosos. No tenía ninguna duda sobre la justicia del acto que se disponía a llevar a cabo, pues el hombre se desprende con facilidad de las tenues capas de inhibiciones con las que la civilización oculta, que no erradica, los instintos primarios y característicos de la humanidad. Allí no había más leyes que las que se pudiera imponer él mismo.

Su examen descubrió las huellas del trío en la húmeda tierra del río. Reconoció todas: las de los hombres, amplias y grandes; las de La-Ja, pequeñas y delicadas. Se dirigían hacia el río y no regresaban, lo que indicaba que lo habían cruzado. Miró en la dirección en la que había visto a los hombres mamut. Ahora se hallaban mucho más cerca; los grandes pasos de los mamuts cubrían las distancias rápidamente.

Árboles y matorrales crecían en aislados grupos en la ribera

opuesta del río, como si hubieran sido plantados por un jardinero experto. A través de dos de aquellos matorrales todavía podía distinguir a los hombres mamut, pero le era imposible ver nada de lo que ocurría a cierta distancia a su derecha o a su izquierda. Deseaba cruzar el río en persecución de los que buscaba, pero no quería atraer hacia él la atención de los hombres mamut. Se movió río abajo, con cautela, hasta que un matojo de arbustos que había en la otra orilla le ocultaron de la vista de los cada vez más cercanos guerreros. Luego, con precaución ante la posible presencia de poderosos reptiles, se zambulló en el río, que no era excesivamente ancho ni rápido. Varias brazadas le llevaron hasta la otra orilla, donde de nuevo buscó el rastro del fugitivo trío. No tuvo que buscar mucho. Lo encontró casi inmediatamente, conduciéndole hacia la llanura en la que se encontraban los hombres mamut.

Seguirlo en aquel momento desvelaría su presencia a los cercanos guerreros, que ahora no podían dejar de verle si se exponía ante su vista, toda vez que no se hallaban ni a un cuarto de milla de distancia. Habían variado ligeramente su rumbo y ahora se movían corriente arriba, prácticamente en paralelo con el curso del río. En breve sobrepasarían su posición y sería libre para continuar la búsqueda de La-Ja. Mientras aguardaba, parcialmente oculto detrás de un arbusto, apenas se veía su rostro al acechar a los hombres mamut. Estos continuaban moviéndose invariablemente en la misma dirección, como soldados en un desfile. Su monotonía podía conducir incluso al más exaltado de los espíritus a una relajada quietud. Pero de repente se produjo un cambio. Uno de los jinetes miró hacia el río y detuvo bruscamente su montura, llamando la atención de sus compañeros, a la vez que señalaba río abajo hacia algo que, evidentemente, se hallaba a cierta distancia del punto en el que estaba escondido von Horst. Simultáneamente, comenzó a avanzar en la dirección que había indicado, apremiando a su pesada montura a alcanzar un paso más rápido. Tras él, empezó a moverse el resto de la partida.

Sumamente salvaje y primitiva fue la visión de aquel extraño ejército para von Horst: hombres ya desaparecidos sobre sus extinguidas monturas, monumentos vivientes de un poderoso salvajismo. El europeo estaba vivamente emocionado; pero también

intrigado. ¿Qué había visto el guerrero? ¿Qué era lo que perseguían? Arriesgándose a ser descubierto, se deslizó sigilosamente hacia el otro lado del arbusto que le ocultaba hasta ver la parte del valle hacia la que avanzaban los hombres mamut.

Al principio no percibió nada. Una pequeña elevación, apenas un montón de tierra, obstaculizaba su visión. Tras asegurarse de que la atención de los jinetes se hallaba centrada en cualquiera que fuese la presa que perseguían, y de que no habían advertido su presencia, von Horst se arrastró hacia la loma y subió por ella hasta lograr ver lo que había al otro lado de la cima. Lo que percibieron sus ojos hizo que el corazón se le encogiera en el pecho.



Capítulo XIII

Capturado

Von Horst salió de un salto de su escondite y corrió hacia la llanura. Mientras lo hacía, trató de alcanzar su arma; pero la funda estaba vacía. Ahora no había tiempo de retroceder y de tratar de buscar la pistola. Recordó haberla aflojado en su funda antes de zambullirse en el río y supuso que se le había caído en ese momento. Era una trágica pérdida, pero ya no se podía hacer nada, pues lo que había visto le hacía arrojar a un lado cualquier otra consideración. Corriendo hacia el río desde la llanura y perseguidos por los hombres mamut, había distinguido tres figuras a las que automáticamente había reconocido como La-Ja y sus secuestradores.

Los árboles que salpicaban ambas orillas del río crecían muy juntos por delante de los fugitivos, formando un bosquecillo hacia el que corrían. Skruf llevaba agarrada a La-Ja de una mano y prácticamente la arrastraba en su huida mientras Frug cubría la retaguardia. Aunque La-Ja también corría, era evidente que estaba intentando desembarazarse de Skruf; pero Frug no dejaba de golpearla con una vara en un intento por obligarla a correr más deprisa. Parecía probable el que pudieran llegar hasta el pequeño bosque por delante de los hombres mamut si nada se lo impedía, aunque por un escaso margen. Quizás entonces lograrían escapar, si bien lo cierto es que La-Ja estaba intentando retrasarles. Su única razón, al menos en lo que podía conjeturar von Horst, es que la muchacha prefería ser cautiva de los hombres mamut a seguir siendo prisionera de los bastios.

Por encima de cualquier otra consideración, en la mente de von

Horst estaba el deseo de alcanzar a aquel animal que golpeaba a la muchacha. Nunca antes en su vida se había adueñado de él, de un modo tan irresistible, el ansia de matar a un enemigo. En el calor de su odio, en la sed de sangre que se apoderó de él, se olvidó incluso de la amenaza que suponían los cada vez más próximos hombres mamut.

Se acercó oblicuamente hacia el trío desde uno de los costados del valle con el fin de caer sobre su retaguardia, pero tan absortos estaban los fugitivos en su huida y con lo que pasaba entre ellos, que no descubrieron a von Horst hasta que estuvo prácticamente encima y gritó a Frug que dejase de golpear a la muchacha.

Un nuevo temor se sumó al pánico que se reflejaba en los ojos de Skruf. Una nueva esperanza asaltó a La-Ja en el momento en que con un grito de alegría sus labios formaron una sola palabra:

—¡Von!

¡Cuánto alivio y confianza se expresaban en aquel simple monosílabo! La rabia y la sorpresa se reflejaron en el gruñido que lanzó Frug al reconocer a von Horst, al tiempo que le respondía, demostrándole su desprecio, volviendo a golpear a la muchacha. Entonces, ya en el mismo margen del bosque, von Horst saltó sobre él buscando su garganta. Los dos hombres cayeron al suelo, rodando sobre el césped cubierto de flores en lo que ambos esperaban que fuera un duelo a muerte.

Los dos eran poderosos adversarios, aunque Frug sacaba más de veinte libras a su oponente, una ventaja que, no obstante, se veía compensada por la agilidad y la destreza de von Horst. Solo existía una cosa en las mentes de ambos: matar a su adversario. Todo lo demás había sido olvidado. Cada uno de ellos pugnaba por aferrar la garganta del otro, al tiempo que se propinaban terroríficos golpes en el rostro. El cavernícola gruñía y maldecía; von Horst luchaba en silencio. Pero en aquel momento los hombres mamut llegaron y les rodearon. Una docena de ellos saltaron de sus gigantescas monturas y cayeron sobre los dos contendientes. También los recién llegados eran hombres poderosos. No sin grandes esfuerzos, consiguieron separarles y les hicieron prisioneros.

Von Horst tuvo entonces por primera vez la oportunidad de mirar a su alrededor en busca de La-Ja. No se la veía por ninguna parte, ni tampoco a Skruf. El jefe de los hombres mamut también

les estaba buscando. Al comprobar que habían desaparecido, envió una partida para que cruzase el río en su busca. El resto volvió a montar en sus mamuts, haciendo que dos de las grandes bestias izasen a von Horst y a Frug hacia sus enormes cabezas, situándoles frente a sus jinetes. Luego, sin esperar a la partida que había salido en busca de La-Ja y Skruf, partieron de nuevo en la dirección en que marchaban antes de que el descubrimiento de los fugitivos interrumpiera su camino.

Los hombres mamut parecían muy seguros de sí mismos, tanto que ni siquiera maniataron a sus prisioneros, lo que equivalía a decir que su fuga era totalmente imposible, algo que von Horst no puso en duda. Tanto el jefe de la partida como varios de sus guerreros le hicieron diversas preguntas. Le preguntaron su nombre, de qué país procedía y adónde se dirigía. Se trataba de hombres bruscos y hostiles, y era evidente que odiaban a todos los extranjeros. Tan acostumbrado estaba von Horst a aquella característica de los pellucidaros que no hizo ningún esfuerzo por convencerles de que era su amigo, deduciendo, de manera correcta, que sería un gasto inútil de aliento y energía.

Después de avanzar río arriba, descubrieron a un enorme mamut por delante de ellos. Se hallaba en la llanura, por lo que no iba a ser fácil su captura, aunque era evidente que deseaban llevarla a cabo.

—Es él —dijo uno de ellos—. Lo he reconocido nada más verlo.

—La trampa ha resultado inútil —señaló el jefe—. Es demasiado astuto para caer en nuestras trampas.

—¿Y qué ganaríamos si le atrapásemos? —preguntó otro—. Es un temible adversario. Que nosotros sepamos, ya ha matado a diez hombres que han intentado darle caza. Jamás podrá ser entrenado. Es demasiado viejo.

—Mamth quiere que lo capturemos —dijo el que mandaba la partida—, y eso es suficiente porque él es el jefe. Quiere llevarlo al pequeño cañón. Creé que nos proporcionará un buen espectáculo.

La enorme bestia estaba alejándose de la llanura cuando les vio. Al hacerlo, se giró y les hizo frente. Se trataba de una criatura gigantesca, mucho más grande que cualquiera de las que montaban los hombres mamut.

—En efecto, es él —dijo el guerrero que conducía la montura en la que iba von Horst—. Es Ah Ara, Ma Rahna.

En ese momento, von Horst percibió por primera vez el gran mechón de blanco pelaje que el animal poseía en su quijada izquierda.

—Ah Ara, Ma Rahna: el Gran Blanco, el Asesino —musitó.

¡El Asesino! Ahora comprendía lo mucho que se había arriesgado al acercarse a aquella bestia. La circunstancia de que no hubiera acabado con su vida, sugería que la enorme criatura no solo estaba dotada de una gran inteligencia, sino también de un sentido de la gratitud muy desarrollado. Eso era lo único que podía explicar que todavía se hallase en el mundo de los vivos.

El jefe del grupo impartió algunas instrucciones y la partida empezó a desplegarse y a rodear al Gran Blanco, que continuaba haciéndoles frente, sin hacer ningún intento por escapar.

—Trog va a intentar conducirle —señaló el guerrero con el que iba von Horst—. Si es capaz de hacerlo con Ah Ara, se convertirá en un hombre muy importante en la tribu.

—¿Lo conseguirá? —preguntó von Horst.

El guerrero se encogió de hombros.

—Los huesos de diez de nuestros guerreros blanqueándose al sol son la mejor respuesta que cualquiera de nosotros podría darte.

Lentamente, los guerreros empezaron a moverse en semicírculo por detrás de Ah Ara, para luego avanzar hacia él. Entretanto, el animal se había girado para seguir haciéndoles frente. Sus pequeños ojos relampagueaban, su trompa oscilaba lentamente de un lado a otro y su cabeza se movía de izquierda a derecha. Los guerreros comenzaron a gritar y a agitar sus lanzas. Se acercaron aún más. Parecía increíble que el animal no diera media vuelta y huyera en busca de la libertad; pero seguía sin hacerlo: Ah Ara permanecía firme en su puesto.

De repente, alzó su trompa y, con un fuerte bramido, cargó contra ellos. Embistió por el mismo centro de su línea; una línea compacta, puesto que los mamuts prácticamente se tocaban entre sí. Agachó su cabeza al embestir y dos mamuts cayeron derribados al suelo. Mientras pasaba a su lado, atrapó a uno de sus jinetes y le lanzó a más de cincuenta pies de donde se hallaba; luego, al llegar hasta él, le aplastó. Después no pareció prestar más atención a la partida, sino que se alejó majestuosamente en la misma dirección que llevaba antes de la interrupción. A von Horst le dio la

impresión de que con semejante actitud clamaba su desprecio hacia aquellas cosas-hombres que habían osado retrasarle.

Trog movió tristemente la cabeza y reemprendió su camino hacia el río. Los dos mamuts que habían caído se levantaron —uno de ellos sin jinete— y siguieron a los demás. Nadie prestó atención al destrozado guerrero que había quedado tendido en la llanura. Posiblemente se hallase muerto, pero también existía la posibilidad de que aún no lo estuviera. Para von Horst quedó patente lo poco que aquellos hombres valoraban la vida humana, así como el hecho de que carecían por completo de compasión. Se preguntó si Thorek recordaría su afirmación de que si volvían a encontrarse sería como amigos, pues ahora, al ser prisionero de sus compañeros de tribu, existía la posibilidad de que ocurriera. Inspirado por el recuerdo de aquel hombre que había escapado con él de los bastios, se volvió hacia el guerrero que iba montado a su lado.

—¿Conocéis a Thorek? —le preguntó.

—Sí. ¿Qué es lo que sabes de él?

—Él y yo somos amigos.

El guerrero se echó a reír.

—Ningún extranjero es amigo de un hombre mamut —respondió.

—¿Regresó Thorek de Basti? —inquirió von Horst.

—No —contestó el otro—. ¿Cómo te llamas?

—Von. Si Thorek estuviera aquí, te confirmaría que somos amigos.

—Es posible que seas amigo de Thorek, pero ten por seguro que no lo serás de ningún otro hombre mamut. La amistad con extranjeros es síntoma de debilidad en un guerrero. Los extranjeros tienen que morir por ser extranjeros. Si no hubiera extranjeros no habría nadie a quien poder matar, salvo que nos matásemos unos a otros, y eso no sería bueno para la tribu. Los hombres tienen que luchar y matar: en eso consiste la sangrienta vida del guerrero.

En breve llegaron al río y lo cruzaron, manteniéndose ligeramente por encima del vado. A continuación, Trog y varios guerreros desmontaron y examinaron el terreno alrededor del sendero que conducía al río. Von Horst les observó risueño, puesto que había reconocido el lugar. El asombro y la furia se reflejaban en los rostros de los hombres mamut ante lo que allí habían

descubierto.

—Ah Ara estuvo tendido aquí —exclamó Trog—. Aquí hay rastros de sangre, pero las puntas han desaparecido. Las han arrancado.

—Yo vi sangre en el costado derecho de Ah Ara cuando pasó junto a mí al cargar contra nuestra línea —apuntó un guerrero.

—Sí, cayó en la trampa —gruñó Trog—. Le teníamos. ¿Pero cómo logró escapar?

—Es muy viejo y astuto —señaló otro.

—Nunca podría llegar a ser lo bastante viejo ni lo bastante astuto como para quitarse las astillas que tenía clavadas en las patas y en el costado, ni tampoco para arrancar las que había en el suelo —objetó Trog—. Eso solo puede hacerlo un hombre.

—Aquí hay huellas de hombre —exclamó un guerrero.

—¿Quién se atrevería a acercarse a Ah Ara lo suficiente como para quitárselas? Si hubiera sido un hombre, su cuerpo tendría que estar por aquí —comentó Trog moviendo su cabeza—. No lo entiendo.

Encontraron las astillas donde las había arrojado von Horst. Con gran cuidado y bien disimuladas, las volvieron a colocar en la orilla opuesta del río. Luego volvieron a montar y se dirigieron hacia las colinas de las que procedían cuando von Horst les vio por primera vez.

—A pesar de todo, le acabaremos cogiendo —señaló el guerrero que iba con von Horst.

—¿Cómo lo haréis? —preguntó el europeo.

—Cuando las astillas se claven en sus patas, el dolor será tan terrible que no podrá sostenerse en pie. Las patas del tandro son gruesas, pero muy sensibles. Cuando regresemos y le encontremos ahí tendido, le pondremos recias correas de piel de mamut alrededor del cuello. Las aseguraremos a tres mamuts situados a cada uno de sus costados, mamuts específicamente entrenados para esa tarea. Luego quitaremos las astillas que haya a su alrededor y las que tenga clavadas en las patas, y le dejaremos levantarse. Lo siguiente será sencillo. Los seis mamuts tirarán de él, hasta que se canse de verse estrangulado. Después nos seguirá dócilmente.

—¿Seriáis capaces de domar a Ah Ara, en el caso de que consiguierais atraparlo? —preguntó von Horst.

El guerrero movió la cabeza.

—Nunca se sabe. Lo que sí es seguro es que Mamth le llevará al pequeño cañón y nos proporcionará diversión.

—¿En qué sentido?

El guerrero miró a von Horst e hizo una mueca.

—Creo que lo averiguarás dentro de poco —dijo.

Después de que la partida llegase a las colinas, siguió un sendero bien marcado que conducía hasta una amplia meseta en la que desembocaban varios cañones procedentes de las montañas que había al otro lado. La meseta estaba cubierta de una abundante vegetación y era surcada por varios arroyos que surgían de las bocas de los cañones circundantes. Hacia uno de ellos condujo Trog a su salvaje tropa. La grandiosidad del paisaje que su interior mostró a von Horst, le causó tal impresión que por un instante se olvidó de lo desesperado de su situación. En el interior de la estrecha boca del cañón se abría un hermoso valle rodeado de escarpados acantilados, que, ocasionalmente, se veían cortados por las angostas bocas de otros cañones más reducidos. Un arroyo fluía a través del lecho del cañón, los árboles y los matorrales de flores crecían por todas partes, los peces saltaban en las aguas del riachuelo y aves de extrañas y prehistóricas formas y colores volaban de un árbol a otro. Von Horst dejó escapar un suspiro.

—Qué lugar más hermoso, si La-Ja y yo pudiéramos estar solos aquí —pensó.

¡La-Ja! ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría conseguido escapar de Skruf o todavía sería su cautiva? Sin duda, se habría encontrado mejor entre los hombres mamut, o, cuanto menos, no habría estado peor, ya que para ella nadie era más repugnante que Skruf. Al menos, si se hubiera hallado allí, habría tenido un amigo en el que confiar, aunque fuera incapaz de hacer nada por ella.

Von Horst volvió a suspirar. Tenía la sensación de que nunca volvería a ver a La-Ja. Entonces se le ocurrió que, sin ella, aquel salvaje mundo iba a ser un lugar más horrible en el que vivir. Se daba cuenta de que en su vida había desaparecido algo que nunca podría reemplazar. Quizás hería su orgullo el tener que admitirlo, ya que la muchacha, en numerosas ocasiones, le había dado pruebas suficientes de que él no significaba nada para ella, pero, a pesar de todo, era incapaz de olvidar el conmovedor anhelo que había

expresado su voz al reconocerle y llamarle por su nombre antes de que los hombres mamut les separasen para siempre.

Deprimido por aquella triste ensoñación, su futuro destino no parecía importarle mucho. No le preocupaba lo que los hombres mamut hicieran con él. Cuanto antes acabase todo, mucho mejor. Sin un solo amigo que se preocupase por él, estaba tan bien vivo como muerto: no había ninguna posibilidad de que consiguiera regresar al mundo exterior, y muy pocas más de que lograra encontrar Sari, en el caso de que pudiera escapar de su actual situación.

Mientras su mente se hallaba centrada en tan sombríos pensamientos, la partida se introdujo en uno de los cañones y, poco tiempo después, distinguieron las cavernas de los hombres mamut sobre la pared del elevado risco que apareció frente a ellos. Un número considerable de hombres, mujeres y niños se hallaban en el suelo, en la base del risco, donde una pequeña arboleda ofrecía refugio del sol de mediodía. Algunas de las mujeres se hallaban atareadas alrededor de los fuegos de cocina; otras fabricaban sandalias o prendas de piel. Los hombres astillaban laboriosamente las piedras destinadas a convertirse en armas, trabajaban los astiles de las lanzas para darles una forma adecuada o, simplemente, se dedicaban a holgazanear con total tranquilidad. Al ver llegar a la partida, dejaron todo aquello en lo que se hallaban ocupados y se congregaron a su alrededor para echar un vistazo a los prisioneros e intercambiar sus saludos con los guerreros que acababan de llegar. Trog parecía darse mucha importancia.

—¿Dónde está Mamth? —preguntó.

—En su cueva; está durmiendo —contestó una mujer.

—Ve y despiértale —le ordenó Trog.

—Hazlo tú —replicó la mujer—. Yo tengo ganas de seguir viva.

Trog, que, al igual que los demás guerreros de la partida, había desmontado, se hallaba de pie frente a la mujer. Ante su negativa, hizo girar su lanza con rapidez y la derribó al golpearla con el astil, sumiéndola en la inconsciencia. Luego se volvió hacia otra de las mujeres.

—Ve a despertar a Mamth —dijo.

La mujer empezó a reírse.

—Guva no tiene aún compañero —dijo—; pero yo sí. A mí no te

atreverás a golpearme con tu lanza. No te habrías atrevido a hacerlo con ella si lo hubiera tenido. Si tanto deseas despertar a Mamth, hazlo tú mismo.

—No le tengo miedo a ningún hombre —bramó Trog.

—¿Entonces por qué no me golpeas? —le provocó la mujer—. Yo ya te he dicho que no pienso ir a despertar a Mamth.

La multitud que se congregaba a su alrededor empezó a reírse de la situación en que se hallaba Trog, lo que se sumó a la frustración y rabia que este sentía. Permanecía de pie, con el rostro congestionado, haciendo oscilar su lanza arriba y abajo, pasando la mirada de uno a otro de los allí reunidos.

—¿A quién buscas? —preguntó la mujer—. ¿A alguien al que cargarle el muerto?

—Pagarás por esto —gruñó Trog.

En ese momento sus ojos se posaron en von Horst.

—Ve a despertar a Mamth —le ordenó.

El europeo se encogió de hombros.

—¿Dónde está? —preguntó.

Trog señaló hacia una caverna que se hallaba en lo alto del risco.

—En esa cueva —gruñó—. ¡Date prisa!

Blandiendo su lanza, intentó golpear con ella a von Horst, pero este esquivó el arma y, agarrándola, se la arrebató de las manos; luego la rompió contra su rodilla y la arrojó al suelo, a los pies del hombre mamut.

—No soy ni una mujer ni un niño —dijo, y, dándose media vuelta, comenzó a caminar en dirección al risco, hacia la cueva de Mamth. En sus oídos resonaban las risas y los gritos de los miembros de la tribu.

—¡Te mataré! —rugió Trog, que echó a correr tras él, desenvainando su cuchillo de piedra.

Von Horst se giró y esperó la rabiosa acometida del hombre mamut. Trog se aproximaba con rapidez, blandiendo su cuchillo por encima del hombro. Cuando se disponía a golpear, von Horst le cogió por la muñeca y, girándose rápidamente, se agachó, tirando del brazo del hombre hacia su hombro y arrojándole pesadamente al suelo por encima de su cabeza. Luego continuó su camino hacia el pie del risco y subió por las toscas escalas que conducían a la

cueva de Mamth. Echando una mirada por encima de su hombro, vio a Trog tendido allí donde había caído, al parecer inconsciente, mientras la multitud reía aparatosamente, evidenciando a von Horst que su acción no le había perjudicado y, también, que Trog no parecía ser demasiado popular.

Se preguntó lo popular que sería él para Mamth cuando lo despertase. Por lo que se deducía de lo escuchado, a Mamth no le gustaba que lo despertasen, y ya había comprobado lo primitivas que eran aquellas gentes y el escaso control que tenían sobre su temperamento.

Cuando llegó ante la boca de la caverna, echó una mirada a su interior, pero no consiguió ver nada a causa de la oscuridad reinante. Llamó a Mamth en voz alta y esperó. No hubo ninguna respuesta. Las risas de abajo habían cesado. Los espectadores ahora aguardaban, con tensa expectación, el resultado de su temeridad.

Von Horst volvió a llamarle, esta vez mucho más fuerte. En esta ocasión sí hubo respuesta: un mugido semejante al de un toro y el ruido de algo que se movía en el interior. A continuación, una auténtica montaña humana emergió de la caverna con el cabello desgredado, la barba revuelta y los soñolientos ojos turbios e inyectados en sangre. Al ver a von Horst se detuvo, mirándole con asombro.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. ¿Por qué despiertas a Mamth? ¿Es que acaso te has cansado de vivir?

—Soy un prisionero —contestó von Horst—. Trog me ha enviado a que te despertase porque tenía miedo de hacerlo él mismo, y en lo referente a morir, no creo que me hayáis capturado para mantenerme con vida.

—¿Te ha enviado Trog? —preguntó Mamth—. ¿Dónde está?

Von Horst le señaló el pie del risco, donde Trog todavía permanecía tendido. Mamth miró hacia donde le indicaba von Horst.

—¿Qué le ha pasado?

—Intentó matarme con su cuchillo —le explicó el prisionero.

—¿Lo has matado?

—Creo que no. Probablemente solo esté inconsciente.

—¿Qué es lo que quería?

—Quería enseñarte a dos prisioneros que había traído con él. Yo

soy uno de ellos.

—¡Me despierta por eso! —bramó Mamth—. Ahora me costará volver a conciliar el sueño.

—¡Baja! —rugió a continuación, indicando la escala.

Von Horst hizo lo que se le ordenaba y Mamth descendió tras él. Cuando llegaron abajo, Trog estaba recuperando la consciencia. Mamth se situó de pie junto a él.

—¡Quédate ahí! —exclamó—. Así que tenías miedo de despertarme y por eso enviaste un prisionero, alguien que podía haberse arrastrado hasta mí y matarme mientras dormía. Eres un estúpido. Además has dejado que el prisionero te deje inconsciente. Eres muy delicado para ser un subjefe. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha debido de golpearme con una piedra en la cabeza cuando no le miraba —respondió Trog.

—No ha ocurrido nada parecido —gritó una mujer—. Trog iba a golpear al prisionero con su lanza, pero él consiguió quitársela y la partió en dos. Está ahí tirada. Luego Trog intentó matarle con su cuchillo y el prisionero le cogió y lo lanzó por encima de su cabeza.

Varios de los presentes comenzaron a reír mientras la mujer narraba los hechos, aunque no se reían con tanta fuerza en presencia de Mamth. El jefe de los hombres mamut buscó con la mirada a von Horst.

—Así que rompiste la lanza de Trog y luego le lanzaste por encima de tu cabeza —dijo—. ¿Dónde está el otro prisionero?

—Aquí —respondió uno de los guerreros que vigilaban a Frug. Mamth examinó al bastio.

—Es incluso más grande que el otro —dijo—. Nos proporcionarán un buen espectáculo en el pequeño cañón. Llevaoslos. Gorph, llévate a este a tu cueva y cuida de que no escape —dijo, señalando con el pulgar a von Horst—. Turth, llévate al otro. Tenedles listos para cuando Mamth les mande llamar. Trog, ya no eres un subjefe. Mamth elegirá a otro hombre más apto para ese puesto.



Capítulo XIV

¡Morirá!

Gorph era un hombre pequeño, rechoncho y de mediana edad, con abundante vello y unos ojos pequeños y semicerrados. Von Horst le juzgó como un verdadero canalla incluso antes de que el individuo le diera muestras de su verdadera personalidad. Tan pronto como Mamth le indicó que se hiciera cargo del prisionero, avanzó hacia von Horst y, agarrándole bruscamente de un hombro, le empujó hacia el risco, hacia la escala más cercana.

—¡Vamos! —gruñó—. ¡Date prisa!

Luego, sin más razón que la pura brutalidad, pinchó al prisionero en la espalda con su lanza; una malvada punzada que hizo sangrar a von Horst. La rabia y el resentimiento irrumpieron en el corazón del hombre de la corteza exterior. El repentino dolor le empujó a una acción instantánea, girándose y agachándose. Gorph, previniendo el ataque, intentó ensartarle con su lanza, pero von Horst desvió el arma hacia un lado y saltó sobre él, atrapando la cabeza del hombre mamut bajo su brazo derecho; luego, comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, cada vez más rápido. Los pies de Gorph abandonaron el suelo y su cuerpo empezó a girar, prácticamente en posición horizontal, hasta que von Horst finalmente le soltó y le envió volando por los aires aterrizando en el suelo.

Mamth estalló en una fuerte carcajada que fue coreada por los demás espectadores. Gorph se puso en pie, tambaleándose, pero antes de que se irguiera completamente, von Horst le volvió a coger de la misma forma, le hizo girar otra vez y le soltó. Cuando Gorph se puso nuevamente en pie, aturdido y ofuscado, su adversario ya estaba sobre él. Von Horst apretó los puños; su brazo derecho ya

estaba dispuesto para soltar el golpe al barbudo mentón, lo que habría puesto fuera de combate para su bien al hombre mamut. Pero, en ese momento, tan rápidamente como había aparecido, su rabia se desvaneció.

—La próxima vez que intentes algo parecido conmigo, Gorph, te mataré —dijo—. Recoge tu lanza y echa a andar. Yo iré detrás de ti.

No le había dedicado el más mínimo pensamiento a cuál sería la reacción de los hombres mamut ante aquel ataque a uno de los suyos, aunque tampoco le causaba ninguna preocupación. Sin embargo, sus risas le aseguraban que habían disfrutado de la derrota de Gorph, tanto como probablemente disfrutaban con la incomodidad de cualquier otra criatura. Gorph permanecía de pie, confuso. Oía las risas y las burlas de los suyos, temblaba de rabia; pero al mirar al hombre que le había derrotado, de pie, esperando para volver a derribarle, su coraje resultó ser inferior a su cólera.

Avanzó para recoger su lanza. Al pasar junto a von Horst, se dirigió a él en voz baja.

—Algún día te mataré —dijo.

El europeo se encogió de hombros y le siguió. Gorph se dirigió a una de las escalas y comenzó a subir por ella.

—Procura que no le ocurra nada, Gorph —gritó Mamth—. Será interesante ver cómo lo hace en el pequeño cañón.

—Como ves —le indicó von Horst—, tanto por parte de Mamth como por la mía, lo más conveniente para tu salud será que te preocupes de mi bienestar.

Gorph masculló algo entre dientes mientras subía hasta la tercera hilera de cuevas y von Horst le seguía. Allí, el hombre mamut continuó a lo largo de la amplia cornisa y se giró a la derecha, deteniéndose ante la entrada de una caverna en la que había tres mujeres agachadas. Una era de mediana edad y las otras dos mucho más jóvenes que ella. Una de estas, la que parecía ser la mayor, era pequeña y rechoncha, al igual que Gorph; una muchacha de gesto antipático y de semblante siniestro. La más joven era esbelta, bien formada y bastante bonita. Su única vestimenta eran dos insuficientes prendas de piel.

—¿Quién es? —preguntó la mujer.

—Otra boca a la que alimentar —gruñó Gorph—. Es uno de los prisioneros que ha traído Trog. Le tendremos con nosotros y le

vigilaremos, aunque si se cae por el risco nadie nos culpará por ello.

La mayor de las dos muchachas hizo una mueca.

—Es posible que acabe cayéndose —dijo.

Gorph caminó hasta la muchacha más joven y le dio una patada.

—Tráeme algo de comer —gruñó—. Y date prisa.

La muchacha dio un respingo y se escurrió precipitadamente hacia la cueva. Gorph se agachó al lado de las otras dos mujeres. La mayor estaba trabajando en un par de sandalias con suelas de piel de mamut; la otra simplemente se hallaba sentada mirando ociosamente el vacío.

Gorph la miró con el ceño fruncido.

—¿Cuánto tiempo más tendré que cazar para ti, Grum? —preguntó Gorph—. ¿Por qué no te consigues un hombre? ¿No hay ninguno al que le gustes?

—Cállate —gruñó Grum—. Si no le gusto a ninguno es porque me parezco a ti; porque soy igual que tú. Si tú hubieras sido una mujer, nadie te habría querido tener como compañera. Te odio.

Gorph se acercó hasta ella y le dio un golpe en la cara.

—¡Fuera de aquí! —exclamó—. ¡Vete a conseguir un hombre!

—Déjala en paz —dijo la mujer más mayor con voz cansada.

—Mantente al margen de esto —le advirtió Gorph—, o te patearé las costillas.

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Eso es lo único que sabes hacer, Mumal —se burló Grum—. Te sientas y suspiras, igual que esa cara de mono de Lotai. Algún día os mataré a las dos.

—Eres una mala hija —le dijo Mumal—. El día en que te tuve fue en verdad un día desafortunado.

—¡Fuera! —exclamó Gorph, señalando con un mugriento dedo a Grum—. Te he dicho que te vayas.

—Intenta echarme —le respondió la muchacha—. Te arrancaré los ojos. Consígueme un hombre. Si valieras para algo conseguirías hombres para tus hijas. Eres un cobarde. Tienes miedo de enfrentarte a otros guerreros por nosotras.

—Si alguna vez consigo que un hombre te tome por compañera, a la primera ocasión que tenga se deslizará a mi espalda en el bosque y me quitará la vida.

—Yo le ayudaré a que lo haga —afirmó Grum.

—¡Lotai! —bramó Gorph—. ¿Dónde está esa comida?

—¡Ya voy! —respondió la muchacha desde el interior de la cueva. Un momento más tarde, regresó con un puñado de carne seca. Luego se agachó frente a Gorph y retrocedió hasta la esquina más alejada de la entrada de la cueva donde se sentó, encogida y miserable.

Gorph cayó sobre la comida como un lobo hambriento, desgarrándola en grandes pedazos con sus dientes y tragándosela casi entera.

—¡Trae agua! —exclamó cuando hubo terminado.

La muchacha llamada Lotai se levantó y corrió hacia la cueva. Un instante después, regresó con una calabaza que tendió a Gorph.

—Es toda la que queda —dijo—. No hay más.

Gorph se la bebió y se levantó.

—Me voy a dormir —dijo—. Mataré a cualquiera que me despierte. Mumal, Grum y tú iréis a por agua. Lotai, tú vigilarás al prisionero. Si intenta escapar, grita y yo iré y...

—¿Y qué? —inquirió von Horst.

—Haced lo que os he dicho —dijo Gorph a las mujeres, ignorando el comentario de von Horst. Luego se introdujo pesadamente en la cueva.

Las dos mujeres entraron tras él, regresando poco después portando cada una de ellas una calabaza de gran tamaño; luego, descendieron por las escalas en busca de agua. Von Horst miró a la joven que se había quedado para vigilarle. Ahora que los otros se habían marchado, la tensa expresión que ensombrecía su rostro se había desvanecido y parecía mucho más hermosa que antes.

—Una familia feliz —comentó von Horst.

Ella le miró interrogativamente.

—¿Lo crees así? —le preguntó—. Tal vez los demás sean felices aunque a mí no me lo parecen. Yo, al menos, estoy bastante segura de que no lo soy.

Una vez más, von Horst tuvo que afrontar la literal mentalidad de la edad de piedra. Aquello le recordó a La-Ja.

—Solo me reía con palabras —le explicó.

—¡Oh! —exclamó la muchacha—. Ya te entiendo. En realidad, no crees que seamos felices.

—¿Siempre es así? —preguntó él.

—A veces es peor. No obstante, cuando Mumal y yo estamos solas, sí somos felices. Grum me odia porque soy bonita y ella no lo es. Gorph odia a todo el mundo. Creo que incluso se odia a sí mismo.

—Me parece extraño que no tengas compañero —comentó von Horst—. Eres muy bonita.

—Ningún hombre se atrevería a tomarme como compañera, porque entonces también tendría que hacerse cargo de Grum si Gorph insistiera en que así fuera. Esa es la ley de los hombres mamut. Como has visto, ella es mayor que yo y debe tomar compañero en primer lugar.

—¿Qué quiso decir Grum con eso de que Gorph tenía miedo de luchar con otros hombres por vosotras?

—Si nosotras eligiésemos a dos hombres que nos gustasen, ellos estarían obligados a aceptarnos como compañeras si Gorph luchase contra ellos y les venciese. Pero yo no quiero conseguir a ningún hombre de ese modo. A mí me gustaría que mi hombre me quisiera tanto que luchase por conseguirme.

—¿Y esa es la única forma en que Grum puede conseguir un compañero? —preguntó von Horst.

—Sí, pues no tiene ningún hermano que luche por ella ni tampoco amigos que lo hagan.

—¿Quieres decir que cualquier hombre podría luchar por ella para que consiguiera un compañero?

—Sí; ¿pero quién querría hacerlo?

—Un amigo tuyo podría hacerlo —dijo él—, o cualquier hombre que te quisiera a ti lo suficiente.

Ella negó con la cabeza.

—No es tan fácil. Si un hombre que no fuera ni su padre ni su hermano luchase por ella y perdiese, tendría que tomarla como compañera. Y Grum ha complicado más las cosas al escoger a Horg como el hombre de su corazón. Nadie podrá vencer a Horg. Es el hombre más grande y más fuerte de la tribu.

—Un método bastante precario de conseguir un esposo —musitó von Horst—. Si tu hombre es vencido, lo consigues. Sin embargo, puede que lo que obtengas sea un cadáver.

—No —le explicó ella—. Se lucha con las manos desnudas hasta que uno de los combatientes se rinde. En ocasiones alguno sale

malherido, pero rara vez muere alguien.

Permanecieron en silencio durante un rato. La muchacha observaba al hombre intensamente. Von Horst pensaba en La-Ja y se preguntaba qué es lo que la habría ocurrido. Se entristecía al pensar en la posibilidad de que hubiera salido de su vida para siempre; aquella pequeña esclava arrogante y altiva que tanto le odiaba. Había veces en que había dudado que en realidad lo hiciera. Después movió su cabeza. ¿Quién podía entender a una mujer?

Lotai rompió el silencio.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Von —contestó él.

—Me pareces un hombre muy apuesto —dijo ella.

—Gracias. Yo también creo que tú eres una muchacha muy guapa.

—No te pareces a ningún otro hombre al que haya visto antes. Creo que eres alguien en quien podría llegar a confiar. Tú nunca me pegarías. Siempre serías amable conmigo y me hablarías como los hombres hablan a los otros hombres, algo que los miembros de mi tribu no hacen jamás. Al principio, quizá, son más agradables; pero, al cabo de cierto tiempo, solo se dirigen a nosotras para darnos órdenes o para reprendernos. No obstante, es cierto que algunos no son tan desagradables como los demás. Creo que Gorph, aunque es mi padre, es el peor de todos. Es realmente malvado. Nunca nos ha dicho una palabra amable a ninguna de nosotras y es mucho peor conmigo que con mi madre y mi hermana. A mí me golpea y suele darme patadas. Estoy segura de que me odia, pero no me importa mucho porque yo también le odio a él. Antes había un hombre muy amable. Yo le gustaba, pero se marchó y nunca regresó. Posiblemente esté muerto. Era un hombre muy fuerte y un gran guerrero, pero, al mismo tiempo, era bueno con las mujeres y los niños; siempre se reía y era muy agradable. A todas las mujeres de la tribu nos hubiera gustado tenerle como compañero, pero él nunca llegó a elegir a ninguna para llevarla a vivir a su cueva. Thorek era diferente a los demás.

—¿Thorek? —exclamó von Horst—. ¿No ha regresado aún a Jarú?

—¿Le conoces? —inquirió Lotai.

—Ambos fuimos prisioneros de los bastios y conseguimos

escapar juntos. Éramos amigos. Ya debería haber regresado. He viajado mucho y he dormido muchas veces desde que nos separamos. Debe haberle ocurrido algo.

La muchacha suspiró.

—Era un buen hombre; ¿pero qué importa ya? Él no será para mí. Tendré un compañero que será igual que Gorph y seré golpeada y maltratada durante el resto de mi vida.

—La vida no debe ser fácil para las mujeres de Ja-ru —comentó von Horst.

—No para todas. Solo para las que son como Mumal y como yo. Algunas son grandes y fuertes y les gusta pelear. Si les dan patadas, las devuelven. Son felices aquí. Sin embargo, Mumal y yo somos diferentes. Mumal no es de Ja-ru. Gorph se la llevó de otra tribu. Yo soy igual que ella y Grum es igual que Gorph. Nos gustaría escapar y regresar al país de mi madre, pero se halla muy lejos de aquí y tendríamos que afrontar demasiados peligros. Ninguna de las dos llegaría a Sari con vida.

—Sari —musitó von Horst—. Ese es el país del que procedía Dangar. Allí es donde a mí me gustaría ir cuando logre escapar de este lugar.

—Nunca escaparás de aquí —señaló Lotai—. Te van a llevar al pequeño cañón, y nadie sale de allí con vida.

—¿Qué es ese pequeño cañón del que tanto he oído hablar? —preguntó el hombre.

—Pronto lo averiguarás. Ahí vienen Mumal y Grum con el agua. No debemos hablar mucho en presencia de Grum y de Gorph. Si sospechan que he hecho amistad con un prisionero me golpearán y me darán muchas más patadas.

Las dos mujeres aparecieron ante su vista mientras subían por la escala, cada una de ellas con una pesada calabaza de agua balanceándose sobre su cabeza. Mumal parecía cansada y abatida. Grum, enfadada e irritada, fruncía su malvado semblante en un gesto ceñudo, deteniéndose antes de entrar en la caverna.

—Me voy a dormir. Procura no hacer ningún ruido —dijo, introduciéndose a continuación en la cueva.

Mumal también se detuvo y acarició el cabello de Lotai al pasar.

—Yo también me voy a dormir, pequeña —dijo.

—A mí también me gustaría dormir un poco —comentó Lotai

cuando las dos hubieron desaparecido en el interior.

—¿Y por qué no lo haces? —le preguntó von Horst.

—Porque tengo que vigilarte.

—Te prometo que no escaparé mientras seas tú la que me vigile —le aseguró von Horst—. Vete a dormir si quieres. A mí también me apetece hacerlo.

Ella le miró intensamente durante unos instantes antes de volver a hablar.

—Te creo cuando dices que no intentarás huir —dijo—, pero si Gorph te encuentra aquí afuera mientras yo estoy durmiendo en el interior, lo pasaré igual de mal que si te hubieras escapado. Sin embargo, si me acompañas adentro y no sales mientras yo esté durmiendo, no ocurrirá nada. Podemos quedarnos en el rincón más alejado de la cueva. Allí nadie nos molestará mientras dormimos.

Von Horst estaba muy cansado y debió dormir mucho tiempo. Cuando despertó, Lotai ya no se hallaba allí. La encontró junto a los demás, en la cornisa situada ante la caverna. Comían carne de venado acompañada con grandes tragos de agua. Gorph y Grum devoraban la comida ruidosamente, como bestias.

Ninguno le ofreció nada de comer. La comida se hallaba amontonada sobre un trozo de piel en el que había estado envuelta. Tenía un aspecto asqueroso y olía bastante mal, pero era comida y von Horst estaba hambriento. Se dirigió hacia donde se encontraba el montón, al lado de Gorph, y se detuvo para coger un poco. Al intentar hacerlo, Gorph le dio un golpe en la mano.

—Esto es demasiado bueno para un esclavo —gruñó—. Ve al fondo de la cueva y coge los huesos y las sobras que hay allí.

Por el nauseabundo olor que había percibido en la caverna, von Horst podía suponer cuál era la naturaleza de la comida que querían proporcionarle, algo que ni el voraz hambre que sentía podía impulsarle a comer. Era consciente que su futuro entre aquellas gentes, ya fuera muy corto o muy largo, dependería mucho de la actitud que adoptase en aquel momento. De nuevo intentó coger un poco de comida y, una vez más, Gorph le golpeó en la mano, pero en esta ocasión von Horst le cogió por la muñeca y tiró de ella hacia abajo, propinándole un fuerte puñetazo en la mandíbula. Gorph cayó redondo al suelo. Von Horst cogió un poco del venado, alcanzó una calabaza con agua y se dirigió hasta el lado

opuesto de la entrada de la cueva, donde Mumal y Lotai se hallaban sentadas con los ojos abiertos y temblando. Allí se sentó y empezó a comer.

Grum no había dicho nada. Ahora se hallaba sentada con la mirada fija en von Horst, pero lo que pasaba por las circunvalaciones de su salvaje cerebro nadie podía ser capaz de saberlo. ¿Se sentiría rabiosa porque un extranjero hubiera golpeado a su padre? ¿Estaría egoístamente resentida porque hubiera cogido comida? ¿O, tal vez, admiraría en secreto su valor, su fuerza y su destreza?

Al poco tiempo, Gorph volvió en sí. Abrió los ojos y se levantó apoyándose en uno de sus codos. Miraba confuso a su alrededor, evidentemente intentando recordar lo que había sucedido. Posó la mirada en von Horst y en el venado que este se estaba comiendo. Luego se frotó la mandíbula, palpándosela con precaución, como si intentara averiguar si se hallaba rota. Después se puso a comer. Durante todo lo que había tenido lugar, nadie había dicho nada, de lo que von Horst se sintió muy satisfecho: ahora sabía que no se le volvería a negar la comida y no necesitaba ninguna confirmación verbal de aquel hecho.

El eterno día pellucidaro siguió transcurriendo con lentitud. Von Horst comió y durmió. Gorph salió a cazar, a veces regresando con una pieza y a veces con parte de las que había cazado junto a otros compañeros. En ocasiones, sin nada. Von Horst divisó partidas de hombres mamut yendo y viniendo con sus enormes monturas. Conversó con Lotai y con Mumal. De vez en cuando, Grum participaba en las conversaciones que mantenían, pero la mayor parte de las veces permanecía en silencio, mirando fijamente a von Horst.

Se preguntó cuál sería su destino y cuándo lo averiguaría. La ausencia de tiempo de Pellucidar no le ofrecía ninguna posibilidad de medir su duración. Juzgaba que era esta circunstancia la que hacía que los pellucidaros parecieran tan a menudo una gente tan perezosa. El término «inmediatamente», allí podía abarcar tanto el transcurso de una hora como el de un día de tiempo solar en la corteza exterior, o, presumiblemente, un periodo mucho más largo. Quizás Mamth pensara que estaba atendiendo el destino de sus dos prisioneros con prontitud, pero a von Horst se le hacía una

eternidad. No había vuelto a ver a Frug desde que les habían separado al pie del risco y, de hecho, si no le volvía a ver jamás, incluso eso le hubiera parecido demasiado poco tiempo.

En una ocasión, von Horst se hallaba sentado sobre la cornisa, junto a la entrada de la caverna, pensando en La-Ja, como solía hacer a menudo, y preguntándose si aún estaría viva. Se hallaba solo, puesto que Gorph estaba de caza, Mumal y Lotai habían salido del cañón en busca de unos tubérculos similares a las patatas y Grum permanecía dormida en la cueva. Disfrutaba de aquella soledad, libre de las peleas y de la crueldad que asolaban a aquella familia cuando Grum o Gorph se hallaban presentes. Se pasaba el tiempo soñando, rememorando recuerdos agradables, conjurando los rostros y las figuras de los amigos de antaño, amigos a los que ya no volvería a ver jamás; pero aquellos pensamientos no le ponían particularmente triste. Era bueno recordar los momentos felices del pasado. Sus ensoñaciones se vieron repentinamente interrumpidas por el sonido de unos pies calzados con sandalias procedentes del interior de la cueva. Grum se había despertado. Enseguida llegó hasta la cornisa. Durante un momento permaneció mirándole con insistencia.

—Serías un buen compañero —dijo—. Creo que me gustas.

Von Horst se echó a reír.

—¿Qué te hace pensar que sería un buen compañero para ti? —le preguntó.

—Vi como manejaste a Gorph —contestó ella—, y también me han contado lo que le hiciste a Trog. Quiero que seas mi compañero.

—Soy un extranjero y un prisionero. Creo haber oído decir que vuestras mujeres no se unen con hombres de otras tribus.

—Hablaré con Mamth sobre eso. Quizás esta vez lo consienta. Tú serías un buen guerrero para él.

Von Horst se estiró perezosamente e hizo una mueca. Se sentía bastante confiado.

—Mamth nunca te dará su consentimiento —respondió.

—Entonces nos escaparemos —apuntó Grum—. Estoy cansada de vivir aquí. Les odio a todos ellos.

—Todo esto son solo conjeturas, ¿verdad?

—No lo son. Tengo todo pensado —contestó Grum.

—Pero supón que yo no te desee a ti como compañera —inquirió él.

—Sería preferible a la muerte —le recordó la muchacha—. Si te quedas aquí, acabarás en el pequeño cañón.

—Es imposible la huida. Si fuera posible, me habría fugado hace bastante tiempo. Desde que estoy aquí, no he dejado de buscar una manera de escapar.

—Se puede hacer —dijo Grum—. Yo conozco un camino que tú no conoces.

—¿Y qué pasa con Horg? —preguntó von Horst—. Pensaba que era a él a quién querías.

—Le quiero, pero jamás será mío.

—¿Si yo te ayudase a conseguir a Horg, tú me ayudarías a escapar? —le preguntó, al tiempo que una idea comenzaba a formarse en su mente.

—¿Cómo puedes ayudarme a conseguir a Horg?

—Tengo una idea que podría funcionar. Si los dos fuéramos ante Mamth y le pidieras que me permitiese ser tu compañero, él se negaría; pero entonces yo le explicaría el plan que tengo en mente para conseguir que Horg fuera tu compañero. Tengo la sensación de que le parecería bien.

—¿Podrías llevarlo a cabo? —inquirió ella.

—¿Me ayudarías tú a escapar?

—Sí —prometió la muchacha.

Mientras hablaban, von Horst había observado que una partida de hombres mamut regresaba al poblado sobre sus gigantescas monturas. Reían y gritaban como conquistadores. Uno de ellos traía montado con él a otro guerrero que fue rodeado por una gran multitud de excitados y gesticulantes nativos tan pronto como desmontó. El hombre de la corteza exterior les observó sin demasiado interés y únicamente con una curiosidad casual, pues no tenía manera de saber cuál era la causa de su exaltación.

Al poco del regreso de los guerreros, von Horst percibió una actividad considerable en la arboleda que había junto al risco. Se hicieron fuegos de cocina en todo el terreno, algo bastante inusual, puesto que la comida era preparada por cada familia en las cornisas, frente a la entrada de sus respectivas cavernas.

—Va a haber un karoo —señaló Grum—. Bajaremos y habrá

comida y bebida en abundancia para todos.

—¿Qué es un karoo? —preguntó von Horst. Se trataba de una palabra que nunca había oído antes.

Grum le explicó que se trataba de una especie de festín, una celebración en honor de algún evento digno de consideración, en el que participaban todos los miembros de la tribu. No sabía cuál era el motivo de ese karoo, pero suponía que era para celebrar algo importante que había llevado a cabo la partida que acababa de regresar.

—No nos está permitido bajar hasta que regrese Gorph o hasta que nos mande llamar Mamth —dijo la muchacha—. Mis órdenes son quedarme aquí y vigilarte; pero cuando regrese Gorph, te llevará abajo. De lo contrario, una de nosotras tendría que permanecer aquí contigo y perderse el festejo. Eres una carga. A veces creo que sería preferible que murieses.

—Entonces nunca tendrías a Horg —le recordó él.

—¿Y quién dice que lo vaya a tener alguna vez? No hay nada que tú puedas hacer por mí. Quizá te podría conseguir a ti en su lugar, pero tú no eres ni la mitad de hombre que Horg. Espera a que lo veas. Compararle a él contigo es como comparar a un tador con un thag. Además, él tiene una hermosa barba. Su cara no es como la tuya, lisa como la de una mujer. Siempre te estás quitando la barba con ese extraño y brillante cuchillo que tienes.

Poco tiempo después, Lotai y Mumal regresaron a la cueva, siendo seguidas más tarde por Gorph. Este traía consigo un antílope que había conseguido cazar. Las mujeres, por su parte, habían traído una buena provisión de tubérculos. Después que hubieron depositado todo aquello en la caverna, Gorph les permitió a todos que descendieran del risco. Allí se había congregado un gran número de gente —varios cientos de hombres, mujeres y niños—, por lo que von Horst concluyó que debía hallarse reunida la totalidad de la tribu. Todos charlaban y reían. Un espíritu festivo parecía haberse adueñado de toda la congregación, lo que contrastaba de manera peculiar con su comportamiento habitual. El extraño guerrero todavía se hallaba rodeado por una multitud tan enorme, que, en un primer momento, von Horst no pudo distinguirlo bien. Nadie prestaba mucha atención a los prisioneros. Frug estaba agachado, apesadumbradamente, con la espalda

apoyada en el tronco de un árbol, mientras que von Horst permanecía de pie, observando con interés la mayor reunión de gente verdaderamente primitiva que había visto en su vida. Enseguida fue descubierto por Mamth.

—¡Acércate! —le gritó, para luego volverse hacia el guerrero que parecía ser el centro de atención—. Aquí tenemos un prisionero como nadie había visto antes. Ven a verlo. Tiene el cabello amarillo y el rostro tan liso como el de una mujer. Venció a Trog y a Gorph con tanta facilidad que les hizo parecer unos niños. ¡Ven aquí! —volvió a ordenar a von Horst.

Cuando el prisionero se aproximó, el guerrero empujó a un lado a la multitud para poderle ver mejor; un instante después, ambos se hallaban frente a frente.

—¡Thorek! —exclamó von Horst.

—¡Vaya, vaya! —rugió el hombre mamut—. Si tú no eres Von, es que yo soy un jalok. ¿Así que este es el hombre que ha vencido a Trog y a Gorph? No me sorprende. Yo también sería capaz de vencer a cualquiera de esos dos, y lo cierto es que Von consiguió derrotarme a mí.

—¿Le conoces? —preguntó Mamth.

—¿Qué si le conozco? Somos buenos amigos. Logramos escapar juntos de Basti llevándonos a todos los esclavos de los bastios con nosotros.

—¡Amigos! —bramó Mamth—. ¡Es un extranjero! Los hombres mamut no son amigos de ningún extranjero.

—Pues yo sí lo soy de este, y, además, le considero un buen amigo —respondió Thorek—. Debería gozar de la amistad de todos los hombres mamut. Es un gran guerrero y se le debería permitir vivir con nosotros y tomar por compañera a una de nuestras mujeres o, en caso contrario, deberíamos dejarle seguir su camino en paz.

El tenso semblante de Mamth se había surcado con una expresión hostil.

—¡No! —exclamó—. Es un extranjero y un enemigo y morirá como deben morir todos los enemigos de los hombres mamut. Mamth le ha reservado para el pequeño cañón y cuando Mamth lo ordene, irá allí. He dicho.



Capítulo XV

El novio

La sentencia de muerte había sido pronunciada; pero von Horst no la acusó en absoluto. No le sorprendía. Ya sabía que su cautividad acabaría en alguna forma de muerte si no lograba escapar. El momento en que llegase, en aquel mundo en el que no existía el tiempo, no era sino un motivo de conjetura. Thorek estaba furioso, pero no podía hacer nada para salvar a su amigo porque el jefe era Mamth y su palabra era ley. Gruñó y juró en voz baja, pero cuando comenzó el festín se unió a los demás y, aparentemente, tardó poco tiempo en olvidar su malestar, disfrutando de la comida y de la bebida.

A von Horst y a Frug se les permitió unirse al festejo y, tras probar un poco del brebaje que se servía, el europeo descubrió que no se necesitaba mucho de aquella mezcla para hacer que un hombre olvidase más de una pena. Se fermentaba por las mujeres — una mezcla de maíz silvestre, diversas hierbas y miel—, y aunque estaba lejos de ser desagradable, sentaba como la coza de un ejército de mulas. Un trago fue más que suficiente para von Horst. Tanto los hombres como las mujeres lo bebían con total libertad y con resultados diversos. Algunos se volvían más risueños y locuaces; otros broncos y pendencieros, motivo por el cual constantemente se producían peleas a lo largo del terreno. Había algunos que no bebían nada, y von Horst se dio cuenta de que Lotai y Mumal se encontraban entre estos últimos. Grum, por el contrario, era una consumada bebedora y cuanto más bebía, más se acentuaban los rasgos que dominaban su personalidad, volviéndose más belicosa, dominante y asertiva.

Von Horst la observó, no sin cierta diversión, mientras se aproximaba a un hombre gigantesco y le echaba los brazos al cuello, revelando un rasgo de su personalidad que había necesitado de varios tragos de más para salir a la superficie. Grum mostraba una afectividad que rozaba lo ridículo. Evidentemente, al enorme sujeto le producía la misma impresión, puesto que se desprendió con brusquedad de los brazos que le rodeaban el cuello y la propinó un violento empujón que la envió rodando por el suelo. Grum se levantó al instante, hecha una verdadera furia, con el rostro distorsionado por la rabia. Von Horst creyó que iba a atacar a aquel individuo tan poco cortés, pero, en su lugar, se volvió hacia Mamth.

—¡Quiero tener un compañero! —gritó—. ¡Quiero a Horg!

Mamth se dirigió al enorme individuo.

—¿Qué tiene que decir Horg al respecto? —preguntó.

Así que aquel era Horg. Von Horst contempló con una mirada valorativa al sujeto y se alegró de no haber sido elegido para pelear con él en nombre de la deliciosa Grum. Se trataba de un verdadero gigante. Debía de pesar cerca de las trescientas libras y era poseedor de unos abultados músculos.

Horg estalló en violentas carcajadas.

—¿Tomar a esta tarag por compañera? —mugió—. Antes me uniría a un mahar.

—Ya has oído la respuesta —dijo Mamth—. Vuelve al karoo y deja en paz a este hombre. No te pertenece.

—Me pertenecerá —exclamó Grum—. Tengo un guerrero que va a luchar con Horg en mi nombre.

Todas las miradas recayeron en Gorph, a lo que siguió una carcajada colectiva.

—¡Vamos Gorph! —gritó un guerrero—. Demuestra como derrotas a Horg; ¡pero no le hagas mucho daño!

Horg empezó a reír estruendosamente.

—Vamos Gorph —exclamó—. Si me vences, te quitaré de encima a Grum y no te reprocharé el quererte librar de ella.

—Ha bebido demasiado tumal —gruñó Gorph—. Nunca le he prometido que lucharía con Horg en su nombre. Además, Horg es mi amigo; no deseo causarle ningún daño.

Aquello desató otro rugido de carcajadas. A Horg le parecía una situación tan jocosa que echó a rodar por el suelo, soltando

bramidos de risa. Grum no decía nada. Simplemente, permaneció mirando a Horg y a Gorph en silencio durante un rato; luego se volvió hacia Mamth.

—No he dicho que sea Gorph el que vaya a luchar por mí. Gorph no es más que un cobarde. Solo lucharía si sacase algo con ello. Tengo un hombre que peleará contra Horg; y lo hará ahora mismo.

—¿Quién? —preguntó Mamth.

Von Horst empezó a notar una sensación de vacío en el estómago. Sabía lo que iba a pasar a continuación.

Grum le señaló con un mugriento y rechoncho dedo.

—Ese —exclamó en voz alta.

—No es un hombre mamut —objetó Mamth—. ¿Cómo va a luchar por ti?

—Porque si no lo hace él, no lo hará nadie —admitió Grum.

Mamth negó con la cabeza, pero no tuvo tiempo de expresar su negativa en voz alta antes de que hablara Horg.

—Déjale que luche conmigo —rio—. Esto es un karoo, y tenemos que divertirnos un poco.

—Promete antes no acabar con él —le exigió Mamth—. Está destinado a ir al pequeño cañón.

—No le mataré —prometió Horg.

Von Horst se aproximó a los dos.

—¿Si venzo tomarás a Grum como compañera? —preguntó.

—Esa es la ley de los hombres mamut —respondió Mamth—. Tendrá que hacerlo; pero no vas a vencer.

—¿Vencerme? —bramó Horg—. Espera a que te ponga la mano encima.

—¿Cómo hay que luchar? —preguntó von Horst—. ¿Hay alguna regla?

—Pelearéis como lo hacen las bestias —explicó Mamth—. No puedes usar ningún tipo de arma, ni tampoco piedras o palos. Lucharás hasta que no te puedas sostener en pie o hasta que te rindas.

—Estoy listo —dijo von Horst.

—¿Y tú, Horg? —preguntó Mamth.

Horg sonrió, indiferente y despectivo.

—Estoy preparado —respondió.

—¡Entonces luchad! —ordenó Mamth.

Los espectadores formaron un círculo alrededor de los contendientes mientras cada uno de ellos se aproximaba al otro. Horg estaba exultante. El tumal que había ingerido tenía buena parte de culpa, y la seguridad en una victoria cómoda hacía el resto. No dejaba de gastar bromas a sus amigos a expensas de Grum y de von Horst. Eran bromas de bastante mal gusto, no muy apropiadas para una reunión de salón, pero a todos parecían divertirles mucho; esto es, a todos excepto a Grum. Esta estaba cada vez más furiosa.

—Espera a que caigas en mis manos —le gritó—. Desearás no haber nacido.

Von Horst no pudo contener una mueca al imaginarse la vida que le esperaba a Horg si el hombre mamut caía derrotado. La muerte sería mucho más piadosa.

De repente, Horg se abalanzó sobre von Horst. Sus musculosos brazos, sus enormes manazas, intentaron cerrarse sobre él, pero von Horst se detuvo y se escurrió por debajo de ellas; luego se giró rápidamente y golpeó a Horg en la mandíbula, un golpe tremendo que le hizo tambalearse. Antes de que el hombre mamut tuviera tiempo de recuperarse, volvió a golpearle, y de nuevo su cabeza se estremeció. Ahora estaba furioso. Ya no gastaba bromas. Bramó como un elefante enfurecido y embistió. Von Horst volvió a esquivarle y su enorme corpachón se desplazó más de una docena de pasos antes de poderse frenar.

Cuando Horg se dio media vuelta, vio a von Horst abalanzándose sobre él. Eso era lo que quería. Ahora podría agarrarle, y una vez que le pusiera la mano encima, le aplastaría, le rompería los huesos; a no ser que se rindiera antes.

Le esperó de pie, con las piernas separadas y los brazos abiertos. Von Horst corría velozmente, directo hacia él. Pero justo antes de llegar a su alcance, dio un salto en el aire, flexionó sus rodillas llevando los pies hacia el cuerpo y, entonces, con toda la fuerza arrastrada por el ímpetu de su carga, golpeó a Horg con ambos pies en el rostro. El resultado fue asombroso, especialmente para Horg, que dio una vuelta completa sobre sí mismo, cayendo de cabeza y dando con su rostro en el sucio suelo.

Mareado, semiconsciente, se levantó lenta y tambaleantemente. Von Horst le esperaba en pie.

—¿Has tenido bastante? —le preguntó.

No quería seguir castigando a aquel hombre. La multitud rugía animándole, al tiempo que, con la volubilidad y la crueldad que caracteriza a las masas, escarnecía a su campeón caído. Grum, viendo sus esperanzas a punto de materializarse, gritaba más que nadie, urgiendo a von Horst a acabar con aquel hombre casi indefenso. Pero Horg no quiso rendirse. Quizás al oír a Grum prefería la muerte, por lo que se precipitó sobre su ágil adversario gruñendo como una bestia herida.

—¡Vas a morir! —rugió.

Von Horst se vio obligado a continuar, pues era consciente de que Horg no había pronunciado aquella amenaza en vano. Si lograba ponerle sus grandes manos encima y conseguía una buena presa, le mataría. Con ambas manos, atrapó una de las muñecas que se extendían hacia él, se giró sobre sí mismo, inclinándose repentinamente hacia delante, y lanzó al gigantesco individuo por encima de su cabeza, una sencilla maniobra de jiu-jitsu, pero que pareció asombrar a los espectadores. Horg cayó pesadamente al suelo y se quedó tendido. Von Horst se acercó y permaneció en pie sobre él. A su alrededor no cesaban los gritos de «¡Mátale! ¡Mátale!», pues ahora se había despertado la primitiva sed de sangre de aquellos salvajes, sin duda a causa del tumal que habían bebido.

Von Horst se volvió hacia Mamth.

—¿He ganado? —preguntó.

El jefe asintió con la cabeza.

—Lo has hecho —dijo.

El vencedor miró a Grum.

—Ahí tienes a tu compañero —dijo—. Llévatele.

La muchacha corrió hacia el postrado Horg y cayó sobre él, golpeándole y propinándole varias patadas. Von Horst se dio media vuelta disgustado por el espectáculo y se alejó. Los demás, sin dejar de reír, volvieron a la comida y al tumal.

Thorek se acercó a von Horst y le palmeó en la espalda.

—Ya les advertí que eras un gran guerrero —dijo exultante.

—Tú deberías saberlo —respondió von Horst con una sonrisa.

—Ven a unirme al karoo —dijo Thorek—. No has comido ni bebido nada. Esa no es forma de pasar un karoo.

—¿Por qué debería unirme al karoo? —preguntó von Horst—. Ni siquiera sé lo que se está celebrando.

—Han conseguido capturar al Gran Blanco, el Asesino. Eso es algo que hay que celebrar. Nunca ha existido un mamut más astuto ni de mayor tamaño. Después de dormir empezaremos a entrenarle y cuando esté entrenado Mamth cabalgará sobre él. Es un mamut adecuado para un jefe.

—Me gustaría ver cómo le entrenáis —comentó von Horst, pensando que sería una excelente ocasión para ver si el Gran Blanco mostraba alguna resistencia, algo que estaba convencido que iba a suceder.

—Le preguntaré a Mamth si puedes venir —dijo Thorek—. Probablemente lo haré después de que despertemos. A todo el mundo le gusta dormir después de un karoo.

Los dos hombres hablaron durante bastante rato, intercambiando las experiencias que les habían acontecido desde que se habían separado. Más tarde, Thorek se alejó para beber junto a sus compañeros de tribu y von Horst buscó a Lotai. Ambos contemplaron juntos la celebración, que a esas alturas ya era tumultuosa y ruidosa. Las peleas aumentaban y las risas eran ensordecedoras. Los que de ordinario eran dignos y veteranos guerreros se comportaban como estúpidos bufones y se reían estrepitosamente de ellos mismos. A la mayoría de las mujeres se les trababa la lengua y tenían la mirada turbia. Mientras les observaba, von Horst no pudo dejar de pensar lo poco que había cambiado la naturaleza humana, o quizás no lo hubiera hecho en absoluto, desde la edad de piedra hasta la época actual. Exceptuando las diferencias en el lenguaje y en la vestimenta, aquella podía ser gente de cualquier país civilizado de la corteza exterior.

De repente descubrió a Grum acercándose de modo tambaleante. Por un momento había relajado la vigilancia sobre su recién adquirido esposo. Von Horst llamó su atención, haciéndole una seña con la mano.

—¿Qué quieres? —le preguntó ella.

—¿Has olvidado nuestro acuerdo? —inquirió von Horst.

—¿Qué acuerdo? —preguntó ella.

—Si te ayudaba a conseguir a Horg, tú me ayudarías a escapar.

—Cuando todos duermen, al finalizar el karoo, te mostraré un camino para escapar de aquí, pero ahora no puedes utilizarlo. Los tarags acabarían contigo. Después de que se lleven a los prisioneros

al pequeño cañón, los tarags ya no estarán allí. Entonces será el momento de huir.

—Entonces será demasiado tarde —respondió él—. Yo soy uno de los que irán al pequeño cañón, y si he entendido correctamente todo lo que he oído, no regresaré de allí.

—No, no lo harás —admitió ella con un encogimiento de hombros—. Pero solo te prometí que te mostraría la forma de escapar, y esa la única que conozco. Si no consigues aprovecharla, no será culpa mía.

Dicho eso, se marchó tambaleante en busca de Horg y von Horst regresó junto a Lotai. La celebración continuó interminablemente, o así se lo pareció a von Horst. Pero, al fin, todos aquellos que aún eran capaces de sostenerse en pie se fueron a sus cavernas a dormir. Horg se había emborrachado hasta perder el sentido y Grum le golpeaba en la cabeza con una piedra en un intento de castigarle o de despertarle, o tal vez, incluso, de matarle. Von Horst no tenía muy claro el motivo.

Lotai, Mumal y Gorph se encaminaron hacia su caverna. Este último subía por la escala que conducía a la cornisa tan borracho que a von Horst le dio la impresión de que intentaba suicidarse.

El europeo pasó cerca de donde se hallaba Grum.

—Todos se marchan a dormir a sus cuevas —susurró—. Ahora es una buena ocasión para decirme lo que sepas.

—Ve a la cornisa que hay frente a la cueva de Gorph y espérame allí.

Mientras subía por la escala, pudo oír como Grum reprendía y golpeaba a Horg. No pudo evitar sonreírse al especular acerca de la similitud entre aquellos pueblos de la vieja edad de piedra y los de la moderna civilización. La principal diferencia parecía ser una cuestión de inhibiciones. En el mundo exterior había conocido a muchas mujeres parecidas a Grum.

Se sentó en la cornisa a esperar. Estaba prácticamente solo. Casi todo el mundo se había dirigido a sus cavernas a dormir. Pensó en Lotai y en la triste vida que ella y Mumal llevaban allí. También pensó en La-Ja y aquel recuerdo sí que le entristeció. Le parecía sorprendente que aquella pequeña salvaje hubiera ocupado un lugar tan importante en su vida, que un futuro sin ella se vislumbrara tan frío y tan gris. ¿Sería posible que se hubiera enamorado de aquella

muchacha? Intentó analizar sus sentimientos para poder refutar aquella teoría, pero lo único que consiguió fue comprender que no importaba lo que le dijera la lógica; el hecho que persistía es que al salir de su vida, había dejado un doloroso vacío.

En ese momento llegó Grum. Sus pequeños ojuelos estaban inyectados en sangre y su cabello más desgreñado que nunca. Parecía la personificación de una verdadera condena, tanto moral como físicamente.

—Bueno —comentó—, supongo que Horg ya se ha enterado de que ahora tiene una compañera ante la que responder.

—¿Por qué le pegas? —le preguntó von Horst.

—Al principio hay que ser dura con ellos —explicó la muchacha—. Si les dejas el más mínimo resquicio estás perdida, como le ocurrió a Mumal.

Von Horst asintió comprendiendo su filosofía, pues, en efecto, conocía a muchas mujeres del mundo exterior que pensaban del mismo modo que Grum. Quizá su técnica fuera más refinada, pero su objetivo era el mismo. Para ellas, el matrimonio era una lucha por la supremacía. Era una propiedad al cincuenta por ciento: ellas poseían el cincuenta y exigían también el otro cincuenta.

—Dime cómo puedo escapar de aquí —dijo.

—En la parte trasera de la cueva de Gorph hay un agujero —señaló Grum—. Desciende unos cuantos pies hasta llegar a un túnel. Cuando era pequeña, Gorph solía pegarme. En una ocasión me escapé y me escondí en ese agujero. Sabía que él no se atrevería a seguirme, porque siempre nos había dicho que aquel túnel conducía al Molop Az. Gorph me perseguía e intentaba cogerme, así que estiró el brazo para agarrarme y yo me vi obligada a adentrarme en el túnel para escapar de él. Amenazó con matarme cuando saliera, si es que antes no caía al Molop Az y me abrasaba. De pequeña, le tenía mucho miedo a Gorph. Cuando ocurrió esto había bebido mucho tumal y sabía que si salía de allí, en efecto, me mataría. Decidí, por tanto, quedarme allí hasta que me pareciera que se había dormido. Entonces comencé a pensar en el Molop Az. Tal vez pudiera adentrarme lo suficiente en el túnel como para verlo y luego regresar a salvo. De todas formas, me daba igual si me caía a él. Gorph era muy cruel y, más pronto o más tarde, estaba convencida de que me mataría. Estaba segura de ello, así que pensé

que merecía la pena correr el riesgo con el Molop Az. Al ser joven, sentía mucha curiosidad. Cuanto más pensaba en él, más deseaba averiguar cómo era. Finalmente, decidí seguir adelante y ver el Molop Az.

—¿Qué es el Molop Az? —preguntó von Horst.

—Es un mar de fuego. Pellucidar flota en él. Lo sabemos porque hay lugares en Pellucidar en los que el humo y el fuego surgen a través de la tierra desde el Molop Az. En algunas montañas hay agujeros por los que fluye la roca fundida. A los muertos que enterramos en el suelo, unos pequeños demonios se los van llevando pedazo a pedazo para quemarlos en el Molop Az. Esto sí que no ofrece duda, pues cuando descubrimos un cuerpo que ha permanecido enterrado un cierto tiempo, siempre observamos que se han llevado parte de él, si es que no se lo han llevado todo.

—¿Y encontraste el Molop Az?

La muchacha negó con la cabeza.

—No. El túnel no llevaba al Molop Az; llevaba al pequeño cañón. Desde allí, en condiciones normales, puedes escapar fácilmente de Ja-ru. Solo tienes que ascender por el cañón y escalar el risco hasta su otro extremo. Cuando estés al otro lado, tendrás que descender por otro cañón que conduce desde nuestro territorio a otro distinto en el que los hombres mamut raras veces se aventuran.

—Gracias —dijo von Horst.

—Sin embargo, ahora te será imposible escapar por ahí. Serías presa de los tarags. El lugar donde los guardan se halla al final de ese túnel y permanecerán allí hasta que se lleven a los prisioneros al pequeño cañón.

—¿Qué es el pequeño cañón? —preguntó él.

Ella le miró sorprendida.

—¿Qué es un pequeño cañón, sino un pequeño cañón? —preguntó a su vez.

—¿Y qué es lo que ocurre allí?

—Lo averiguarás dentro de poco. Ahora tengo que regresar con Horg. Tú me ayudaste a conseguirlo y yo he cumplido mi promesa. No sé si todo esto merecerá la pena, pero al menos tengo mi propia cueva.

Luego se dio media vuelta y se alejó.

—«Al menos tengo mi propia cueva» —se sonrió von Horst. Evidentemente, constituía una costumbre inmemorial el que las muchachas se casasen para escapar de sus familias.



Capítulo XVI

El Gran Blanco

Cuando von Horst salió de la caverna en la que había dormido, las hojas de los árboles se mecían por debajo de él como consecuencia de la suave brisa. El aire era fresco y puro; la brisa que atemperaba el calor del sol era bastante fría, como si procediese de algunas lejanas montañas cubiertas de nieve. Al mirar a su alrededor, vio que la actividad regresaba al poblado de los hombres mamut. Escuchó como le llamaban desde abajo y, al mirar, vio a Thorek haciéndole señas para que bajase. Gorph todavía no había salido de la cueva, así que von Horst descendió y se reunió con Thorek al pie del risco. Había muchos guerreros reunidos. Mamth también se encontraba allí, pero, aunque vio a von Horst, no le prestó atención.

—Vamos a entrenar al Gran Blanco —dijo Thorek—. Mamth ha dicho que puedes venir con nosotros. Puedes montar conmigo en mi mamut.

Enseguida apareció la manada, dirigida por varios conductores montados sobre sus enormes bestias. Aquellos mamuts estaban bien entrenados y avanzaban de una manera mansa y dócil. Cuando todos los guerreros estuvieron montados, Mamth condujo la marcha hacia el cañón principal. Las gargantas que conducían a él eran, en su mayoría, escarpadas y rocosas. Mamth se detuvo ante la entrada de una de ellas. La entrada a aquella garganta era muy estrecha y se hallaba cruzada por una serie de barras que no eran sino troncos de árboles de gran tamaño. La barra superior estaba asegurada en su lugar por una recia cuerda hecha a base de largas hierbas trenzadas. Varios de los guerreros desataron la cuerda y dos de los mamuts,

por orden de sus jinetes, alzaron las barras y las apartaron; a continuación, la partida enfiló hacia la garganta. Al otro lado de la barrera la entrada se ensanchaba y el suelo aparecía más nivelado. Apenas habían recorrido una corta distancia, cuando von Horst distinguió a un gigantesco mamut cobijado bajo la sombra de un árbol. Se balanceaba de un lado a otro sobre sus enormes patas, ondulando su cabeza y su trompa al ritmo de su oscilante corpachón. En su quijada izquierda aparecía un mechón de blanco pelaje. Era el Gran Blanco, el Asesino. Von Horst habría reconocido a aquella inmensa bestia entre centenares de las de su especie.

Al ver la partida, el animal alzó su trompa y lanzó un fuerte bramido. Las rocosas colinas temblaron ante aquel grito de advertencia. Comenzó a avanzar hacia ellos y fue entonces cuando von Horst descubrió que una de sus patas arrastraba un pesado leño al que había sido atada. Podía moverse de un lado a otro, pero el leño le impedía hacerlo rápidamente. Dos mamuts se situaron a cada lado del Gran Blanco. Intentó levantar su trompa y atrapar a sus jinetes, pero los otros mamuts se lo impidieron, reteniéndola con las suyas. Se necesitó la fuerza combinada de dos de ellos para conseguirlo.

Entonces un tercer guerrero se acercó a él y, subiendo por la espalda de uno de los domesticados mamuts, se sentó a horcajadas sobre el cuello del Gran Blanco. El contacto con el hombre hizo que el cautivo bramase y barritase de furia, intentando escapar de las bestias que le presionaban a cada costado. Forcejeó por liberar su trompa y quitarse de encima a aquella cosa-hombre mientras daba bandazos erráticamente de un lado a otro arrastrando el pesado leño tras él.

El Gran Blanco, el Asesino, se había hecho sabio con la edad. Al comprender que no iba a conseguir nada por la fuerza, se volvió de repente, y en apariencia, tan tranquilo y dócil como un cordero. Entonces comenzó su entrenamiento. El jinete le dio un golpe en el lomo con la palma de su mano, justo detrás de donde se hallaba sentado, y, simultáneamente, el mamut que estaba en su retaguardia y los de los costados le empujaron hacia delante. Un golpe en la cabeza, frente a su jinete, era la señal de que se detuviese, por lo que los tres mamuts que ayudaban a su entrenamiento le hacían pararse. Una y otra vez le hicieron repetir

aquellos movimientos. A continuación, le enseñaron a girarse a derecha e izquierda mediante una suave patada en la quijada opuesta. El Gran Blanco aprendía rápidamente y Mamth estaba encantado por ello. Aquella era, en verdad, una bestia poderosa e inteligente, digna de un jefe. Los cuidadores no dejaban de vigilar estrechamente al Gran Blanco, principalmente sus orejas, cola, trompa y ojos, pues estos eran los que indicaban su temperamento a cada momento; sin embargo, todos los indicios proclamaban resignación y docilidad.

—Nunca había visto que un mamut salvaje se amansase con tanta facilidad ni que se dejase domar de una manera tan rápida —exclamó Mamth—. Ya está prácticamente entrenado. Dejadle que lo monten solo, sin los otros mamuts. Más tarde le quitaremos el leño.

Los jinetes se llevaron a los otros tres mamuts a cierta distancia de donde se hallaba el Gran Blanco. La gigantesca bestia movía tranquilamente su trompa de un lado a otro en un verdadero retrato de docilidad y mansedumbre. El joven guerrero que lo montaba le palmeó la espalda, instándole a que avanzara. Con la rapidez con la que ataca una serpiente, el Gran Blanco levantó su trompa y atrapó a su jinete, transformándose simultáneamente en un rabioso demonio cargado de odio y de furia.

Bramando de rabia, alzó al forcejeante guerrero por encima de su cabeza, para luego lanzarle pesadamente al suelo, frente a él. Los tres guerreros que habían ayudado a su entrenamiento urgieron a sus monturas a precipitarse en auxilio de su compañero, pero era demasiado tarde. El Gran Blanco levantó una de sus enormes patas sobre el caído y lo aplastó contra el suelo. Luego agarró con su trompa al guerrero que se hallaba sobre la montura más cercana y lo lanzó a través de la garganta, todo ello sin dejar de bramar y barritar. Mientras se abalanzaba para intentar coger a otro guerrero, los dos que quedaban hicieron dar media vuelta a sus mamuts y retrocedieron, aunque el Gran Blanco intentó perseguirles arrastrando el pesado tronco tras él. Aquello significaba el final del entrenamiento del poderoso cautivo. Mamth, furioso y contrariado, ordenó a todos abandonar la garganta. Después de volver a colocar las barras que obstruían la entrada, regresaron cañón abajo en dirección al poblado.

Von Horst había contemplado lo ocurrido con un gran interés,

notablemente incrementado a causa de su anterior experiencia con el Gran Blanco. Todas sus simpatías estaban del lado del mamut y, en secreto, había gozado con la forma en que la astuta bestia había tratado a sus captores y logrado, al menos, una venganza parcial por las indignidades y penalidades de las que había sido objeto.

Von Horst también había estado interesado en aprender el método utilizado por los hombres mamut para controlar a sus pesadas monturas. Por ello, cuando abandonaban la garganta, le preguntó a Thorek si le dejaba conducir al animal en que ambos montaban. Thorek, divertido, aceptó, y de esta forma von Horst adquirió una habilidad que en aquel momento le pareció la cosa más inútil que había aprendido en su vida.

—¿Volveréis a intentar domar al Gran Blanco? —preguntó después.

Thorek negó con la cabeza.

—No, a menos que Mamth esté loco —contestó—. No merece la pena arriesgar la vida de más guerreros con esa bestia. Es un asesino nato. Los que son como él, nunca llegan a ser domados. Ya ha acabado con muchos guerreros y ha aprendido lo fácil que resulta matar. Nunca estaríamos seguros de él.

—¿Qué le ocurrirá?

—Le mataremos, pero no antes de que haya proporcionado un buen entretenimiento a toda la tribu.

Continuaron avanzando en silencio. Los pensamientos de von Horst empezaron a hurgar en lo más recóndito de su memoria, redescubriendo muchos recuerdos semiolvidados. De manera clara, reciente y muy acentuada, apareció entre ellos la figura de La-Ja. Von Horst volvió su rostro hacia Thorek.

—Lotai es una chica preciosa —dijo.

Thorek le miró sorprendido y con cara de pocos amigos.

—¿Qué sabes de Lotai? —preguntó.

—Me tienen confinado en la cueva de Gorph.

Thorek dejó escapar un gruñido.

—Lotai será una buena compañera para cualquier guerrero —aventuró von Horst.

—Antes tendrá que enfrentarse conmigo —respondió Thorek.

Von Horst sonrió.

—Grum ya tiene compañero —dijo—. Quien quiera a Lotai ya

no tendrá que cargar también con Grum. Solo tendrá que enfrentarse a ti. Pero no hace falta que te preocupes, Lotai no sospecha que la quieres.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo ella.

—¿La quieres tú? —preguntó Thorek.

—Es una muchacha adorable, pero me temo que quiere a otro.

—¿Y tú tienes miedo de enfrentarte a él?

—No —contestó von Horst—. No le tengo ningún miedo. De hecho, ya luché con él y le vencí.

—¿Pero te propones tomarla como compañera?

La voz de Thorek empezaba a sonar como el gruñido de una fiera.

—No. Sé que ella le quiere a él.

—¿Quién es? Jamás será suya. Antes le mataré. ¿Quién es? ¡Dímelo!

—Tú —respondió von Horst con una sonrisa.

Thorek le miró con la boca abierta.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Completamente. Me lo dijo ella misma.

—Antes del próximo sueño se la pediré a Mamth y la llevaré a mi cueva.

—¿Tienes que pedírsela a Mamth?

—Sí; el jefe es él.

—¿Por qué no se la pides ahora? —sugirió von Horst.

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro —convino Thorek, apremiando su montura hasta situarla junto a la de Mamth.

—Quiero tomar a Lotai, la hija de Gorph, como mi compañera —le dijo al jefe.

Mamth frunció el ceño.

—No —respondió.

—¿No? ¿Por qué? —inquirió Thorek—. Soy un gran guerrero; no tengo compañera y quiero a Lotai.

—Y yo también —respondió Mamth.

Thorek enrojeció de rabia. Estaba a punto de responderle cuando von Horst se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio. El mamut empezó a retroceder, hasta volver a ocupar su lugar en la columna.

—Tengo una idea —dijo von Horst.

—¿Qué clase de idea? —le preguntó Thorek.

—Una idea con la que podrás conseguir a Lotai y, al mismo tiempo, hacer algo que la hará muy feliz.

—¿De qué se trata?

—Tanto ella como su madre, Mumal, se sienten muy desgraciadas aquí. Mumal desea regresar a Sari, el país del que la raptó Gorph, y Lotai quiere regresar con ella.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer yo a ese respecto? —preguntó Thorek.

—Puedes sacarlas de aquí. Es la única manera de que puedas tener a Lotai como compañera.

—Eso es imposible —dijo Thorek—. Jamás conseguiría sacarlas del poblado.

—¿Te las llevarías a Sari, si pudieras hacerlo?

—Lo haría, pero sería solo para morir a manos de los hombres de Sari.

—Los saris no te matarían. Mumal pertenece a su tribu, y, además, mi amigo Dangar haría todo lo posible porque te admitieran entre los suyos. Haría cualquier cosa que yo le pidiera.

—Es inútil —insistió Thorek—. Nunca conseguiría abandonar el poblado con dos mujeres.

—¿Si pudieras, lo harías?

—Sí; si Lotai viniera conmigo, iría a cualquier sitio.

—En la parte trasera de la caverna de Gorph, hay una abertura que conduce a un túnel.

—Lo sé; lleva al Molop Az.

—Lleva al pequeño cañón. Si aprovechas el momento en que se hallen ausentes los tarags que se encuentran al final de ese túnel, podrás escapar a través de él con Lotai y con Mumal.

—¿Cómo sabes que lleva al pequeño cañón? —preguntó Thorek.

—Me lo dijo alguien que llegó por él hasta el lugar donde se encontraban los tarags.

Thorek continuó en silencio durante un rato antes de volver a hablar. La partida llegó al poblado y desmontó. Los conductores de la manada se llevaron a los mamuts. Mamth, que se hallaba hosco e irritado, se volvió hacia von Horst.

—Llevalle a la cueva de Gorph y que se quede allí —ordenó—.

Tal vez antes del próximo sueño le llevemos al pequeño cañón.

—Esto significa tu fin, amigo —dijo Thorek cuando se hubieron alejado—. Lo siento mucho. Quizás hubiéramos podido encontrar una forma de que pudieras venir con nosotros a Sari. Pero el camino no estará libre y los tarags no se alejarán de allí, hasta que te lleven al pequeño cañón y entonces será demasiado tarde para ti.

Von Horst se encogió de hombros.

—No podemos hacer mucho al respecto —dijo.

—No podemos hacer nada —afirmó Thorek.

Juntos se dirigieron hacia la escala que conducía a la caverna de Gorph.

—Posiblemente esta sea la última vez que tengamos la oportunidad de hablar —señaló Thorek.

—Es posible —convino von Horst.

—¿Puedes decirle algo a Lotai de mi parte?

—Por supuesto. ¿Qué quieres que la diga?

—Pregúntale si ella y Mumal quieren venir conmigo a Sari. Si te responde que sí, alza tu brazo derecho al sol la próxima vez que me veas. Si te dice que no, levanta el izquierdo. Yo estaré atento. Si quieren venir, diles que se escondan en el momento en que la gente del poblado se dirija al pequeño cañón. Yo también lo haré; cuando todos se encuentren allí, nos dirigiremos al túnel y lo atravesaremos. Cuando la tribu haya abandonado el pequeño cañón, saldremos y partiremos hacia Sari.

—Adiós —dijo von Horst al llegar junto a la escala—. Adiós y buena suerte. Hablaré con Lotai tan pronto como me sea posible.

Von Horst encontró a Lotai y Mumal, solas, a la entrada de la caverna, e inmediatamente procedió a explicarles el plan que Thorek y él habían discutido. Ambas se sintieron entusiasmadas y se sentaron durante largo rato haciendo planes para el futuro. Al poco tiempo regresó Gorph y exigió comida. Como siempre, lo hizo de forma ruda y brutal. Miró hoscamente a von Horst y le dirigió un gruñido.

—Ya no tendré que alimentarte más —dijo—. Mamth por fin se ha decidido y dentro de muy poco te llevarán al pequeño cañón. Serás llevado allí con los demás prisioneros y no regresarás nunca.

—Te echaré de menos, Gorph —dijo von Horst.

El hombre mamut le miró con expresión estúpida.

—Yo no te voy a echar de menos —respondió.

—Yo echaré de menos tus educadas maneras y tu hospitalidad.

—Eres imbécil —dijo Gorph, terminando de engullir su comida y levantándose—. Me voy a dormir a la cueva. Si dan la orden de que vayamos al pequeño cañón, despertadme.

Mientras se dirigía al interior de la caverna, intentó dar una violenta patada a Lotai, pero esta consiguió esquivarla, apartándose rápidamente de su camino.

—¿Por qué no consigues un hombre? —le preguntó—. Estoy harto de verte a mi alrededor y de tener que alimentarte.

Después se introdujo en la caverna y los tres se sentaron en silencio. No se atrevieron a hablar de sus planes por temor a ser oídos. Los pensamientos de las dos mujeres rebosaban de felicidad. Eran pensamientos relativos a su huida, a Sari y al deleite que les producía todo aquello. El hombre, por el contrario, no pensaba en el futuro, sino en el pasado: en el mundo en el que había nacido, en sus amigos, en su familia, en una muchacha que había entrado brevemente en su vida y, sin embargo, la había colmado. Para él no había futuro, solo un breve lapso de incertidumbre y, después, la muerte.

En ese momento, un joven subió ágilmente por la escala hasta la cornisa en la que se encontraba la caverna de Gorph. Se detuvo y dirigió su mirada hacia los tres, posando sus ojos finalmente sobre Lotai.

—Tienes que ir a la cueva de Mamth —dijo—. Te ha elegido para ser su compañera.

Lotai se puso muy pálida; sus ojos se abrieron henchidos por el horror. Intentó decir algo, pero únicamente consiguió balbucear, llevándose los dedos a su garganta.

Von Horst se dirigió al mensajero.

—Dile a Mamth que Lotai ha estado enferma —dijo—, pero que irá dentro de poco.

—Será mejor que no tarde mucho, si es que no quiere recibir luego una buena paliza —le advirtió el hombre.

Después de que se hubiera marchado, los tres permanecieron sentados, hablando en susurros durante un buen rato; luego, Lotai se levantó y se introdujo en la cueva. Von Horst y Mumal se quedaron allí un poco más; después, cuando sintieron la necesidad

de dormir, también se introdujeron en la caverna.

Von Horst fue despertado por unas voces procedentes del exterior. A continuación, Gorph penetró en la caverna, llamando a Lotai a gritos, pero no obtuvo ninguna respuesta. Von Horst se sentó.

—Lotai no está aquí —dijo—. No hagas tanto ruido; quiero dormir.

—¿Dónde está? —preguntó Gorph—. Tenía que estar aquí.

—Es posible, pero no está. Mamth la mandó llamar a su cueva. Vete a preguntarle a Mamth dónde está.

Dos guerreros entraron en la caverna.

—No ha ido allí —dijo uno de ellos—. Mamth nos ha enviado a buscarla.

—Quizás le haya ocurrido algo —sugirió von Horst.

Los dos guerreros, junto con Gorph, registraron la caverna. Preguntaron a Mumal pero, al igual que von Horst, lo único que respondió es que Mamth la había llamado a su cueva. Finalmente se marcharon, siendo seguidos por los demás hasta la cornisa. Poco tiempo después, von Horst vio como varios guerreros comenzaban a registrar el poblado. Buscaron en todas partes, pero no hallaron ni rastro de Lotai. Pudo ver a Mamth de pie entre los árboles que había al pie del risco y, por sus gestos, supuso que estaba bastante furioso. No se había equivocado. En breve, el mismo jefe fue hasta la caverna de Gorph a buscarla. Preguntó a Gorph, a Mumal y a von Horst. Quería acusarles a todos ellos, pero no tenía pruebas para hacerlo. Se detuvo frente a von Horst con el ceño fruncido.

—Eres un hombre con suerte —le dijo—, pero no lo seguirás siendo por mucho tiempo. Nos iremos ahora mismo al pequeño cañón.

¡El pequeño cañón! El fin de su aventura en Pellucidar estaba próximo. Bueno, ¿y qué más daba? Nadie vivía para siempre. A unos les llegaba la hora antes que a otros. Incluso los más ancianos y desesperados se aferraban tenazmente a la vida. Puede que no desearan la muerte, pero no había forma de evitarla. Era una de las leyes inmutables de la naturaleza.

Descendió por las escalas, siguiendo a los guerreros, hasta la base del risco. Allí estaba reunido todo el clan: hombres, mujeres y niños. Una manada de mamuts fue llevada hasta el poblado y tanto

los hombres como las mujeres y los niños fueron izados a sus espaldas. Von Horst miró a su alrededor en busca de Thorek, pero no logró verle. Luego le hicieron subir a lomos de un mamut, sentándose detrás del guerrero que lo conducía. Vio a Frug sobre otra bestia, así como a otros prisioneros montados de modo similar. Había tres hombres procedentes de Amdar, de Go-hal y de Lo-har. Von Horst nunca se había encontrado con ellos, excepto con Frug, aunque había oído hablar de ellos a Mumal, Grum y Lotai. Le hubiera gustado poder hablar con el hombre de Lo-har por ser este el país de La-Ja. Por ese motivo se sentía más próximo a él que a los demás. Su corazón se hubiera sentido predispuesto incluso hacia el temible Gaz.

De repente distinguió a Thorek. Se hallaba de pie a un lado, entre los árboles, y miraba fijamente a von Horst. Al instante, el hombre de la corteza exterior captó su mirada y levantó su brazo derecho hacia el sol. Thorek asintió y se dio media vuelta. Inmediatamente después, Mamth hizo avanzar a su montura y los demás le siguieron. Los velludos guerreros, junto con sus mujeres e hijos y las monstruosas monturas que les transportaban, presentaban un retrato de primitivo salvajismo que emocionó vivamente a von Horst a pesar de sus siniestras connotaciones. Lo cierto es que era un estimulante prelude para morir. Miró a su alrededor. Avanzando junto a él, prácticamente a su lado, descubrió a Gorph, montado solo a espaldas de su mamut.

—¿Dónde está Mumal? —le preguntó von Horst.

Gorph le miró con el ceño fruncido.

—Está enferma —dijo—. Espero que se muera; así podré hacerme con una buena compañera. No tendría que verme obligado a cazar para dos de ellas y sus mocosos.

De repente, el sendero empezó a ascender por uno de los lados del cañón hacia una elevación que corría en paralelo al acantilado que formaba su pared. Allí desmontó la tribu, entregando los mamuts a sus cuidadores. A continuación, los hombres, las mujeres y los niños empezaron a alinearse a lo largo del borde del cañón, el cual formaba un anfiteatro por debajo de ellos.

—Aquí tienes el pequeño cañón —dijo el guerrero con el que iba montado von Horst.



Capítulo XVII

El pequeño cañón

El borde del cañón era recorrido por una cornisa, a lo largo de la cual, los miembros de la tribu se empujaban unos a otros para obtener una mejor visibilidad del fondo, que se hallaba a unos treinta pies por debajo de ellos. En el extremo superior del cañón se había construido un enorme corral que albergaba a varios mamuts. En la pared opuesta a los espectadores, la entrada a una caverna se veía cerrada con troncos de madera. Mientras von Horst miraba hacia el interior del pequeño cañón, Horg se acercó a él, llevando una cuerda con un lazo hecho en su extremo.

—Introduce la pierna por aquí —le dijo a von Horst—, y agárrate bien a la cuerda.

Otros dos guerreros se acercaron y ayudaron al primero a sujetar la cuerda.

—Acércate al borde —le ordenó Horg—. Tus problemas se habrán acabado dentro de poco. Casi me gustaría cambiar el puesto contigo.

Von Horst hizo una mueca.

—No, gracias —contestó—. Sé cuando hay alguien que se encuentra todavía peor que yo.

—Cuando llegues al suelo, quítate la cuerda —le instruyó Horg.

A continuación, los tres hombres empezaron a descenderle al fondo del cañón. Después de volver a izar la cuerda, le arrojaron un cuchillo y una lanza de piedra; luego descendieron a otro prisionero. Se trataba de Frug. El jefe de Basti le lanzó una mirada cargada de odio.

—Tú me metiste en este lío —gruñó.

—No busques excusas, amigo mío —replicó von Horst—. Me estás cargando a mí el muerto, como dirían mis amigos americanos; lo que me confirma una opinión que he sostenido durante mucho tiempo: el llevar bigote o sombrero es una moda que puede cambiar, pero la naturaleza humana es inmutable.

—No sé de qué estás hablando.

—De algo sin importancia. Si me permites emitir un juicio, nada de lo que podamos decir o pensar aquí abajo tiene la menor importancia, ni siquiera para nosotros mismos.

Desde arriba arrojaron armas a Frug. A continuación, uno tras otro, los demás prisioneros fueron bajados y armados del mismo modo. Los cinco condenados permanecieron de pie, agrupados, aguardando la muerte, quizá preguntándose de qué forma se les presentaría el siniestro segador. Todos eran hombres fuertes y, sin duda, en la mente de todos ellos era firme el propósito de vender su vida tan cara como fuera posible. El hecho de que les hubieran proporcionado armas, les daba una débil esperanza de que, tal vez, tuvieran una oportunidad, por mínima que fuera, de conservar la vida y ganar la libertad.

Von Horst examinó a los otros prisioneros que no había visto anteriormente.

—¿Quién de vosotros es de Lo-har? —preguntó.

—Yo soy de Lo-har —respondió el más joven—. ¿Por qué lo quieres saber?

—Acompañé durante mucho tiempo a una muchacha de Lo-har —contestó von Horst—. Escapamos juntos de Basti, donde nos retenían como esclavos. Nos dirigíamos hacia Lo-har cuando dos hombres de Basti la robaron de mi lado mientras dormía.

—¿Cómo se llamaba esa muchacha? —preguntó el hombre de Lo-har.

—La-Ja.

El joven guerrero lanzó una exclamación.

—La hija de Brun, el jefe —dijo—. De todas formas, en lo que a ti respecta, las consecuencias habrían sido las mismas.

—¿Por qué? —inquirió von Horst—. ¿Qué quieres decir?

—De aquí lo único que sacarás es la muerte, y si hubieras logrado llegar a Lo-har con ella, Gaz te habría matado igualmente. No ha dejado de buscar pelea con toda la tribu desde que La-Ja

desapareció. Los bastios han tenido suerte de que no averiguara que fueron ellos quienes se la llevaron. Hubiera sido capaz de barrer con una sola mano a toda su tribu.

¡De nuevo Gaz! Von Horst casi empezaba a sentir que jamás tuviera la oportunidad de ver a aquel formidable guerrero.

—El hombre de Lo-har no os tiene en mucha estima a los bastios —dijo volviéndose hacia Frug.

—¿Eres un bastio? —preguntó el Lo-hariano.

—Es su jefe —dijo von Horst.

—¡Yo soy Daj de Lo-har! —exclamó el joven guerrero—. Y tú, maldito comedor de hombres, te llevaste a la hija de mi jefe. ¡Vas a morir por ello!

Sin más palabras, se abalanzó sobre Frug, sosteniendo su lanza como si se tratara de la bayoneta de un rifle. Frug se apartó de un salto, evitando la primera acometida. Un rugido de aprobación surgió de la salvaje audiencia que llenaba la cornisa superior. Entonces los dos hombres se enzarzaron en un duro e implacable duelo a muerte. Frug aventajaba a su oponente en casi cincuenta libras; sin embargo, el otro tenía la ventaja que le proporcionaba su juventud y agilidad. Frug intentaba caer sobre Daj y precipitarle al suelo a base de pura fuerza física, pero el Lo-hariano era demasiado rápido para él. Cada vez que se abalanzaba sobre él, el otro saltaba a un lado. Al tercer intento de Frug, Daj le eludió una vez más, pero, al girarse, le clavó la lanza en el costado.

Los hombres mamut clamaron su aprobación. «¡Mátalo! ¡Mátalo!», gritaban. Frug rugió de dolor y de rabia, girándose de nuevo y precipitándose sobre Daj. Esta vez el Lo-hariano aguantó en su puesto hasta que Frug prácticamente estuvo encima de él; entonces, repentinamente, se agachó bajo el arma extendida de su adversario y se lanzó violentamente contra el vientre del bastio. Mientras Frug se retorció de dolor en el suelo, Daj extrajo su arma del cuerpo de su oponente y la alojó en su corazón. Así murió Frug, el jefe de Basti, y de esa forma La-Ja de Lo-har fue vengada por uno de su propio clan.

Por encima de los gritos y los rugidos de los hombres mamut, el hombre de Amdar, señalando hacia el otro lado del cañón, gritó:

—¡Mirad allí! ¡Tarags!

Von Horst y los demás miraron en la dirección indicada. La

barrera de madera que antes había estado colocada ante la entrada de la caverna había sido izada desde lo alto por los hombres mamut. Ahora, cinco enormes tarags se precipitaban hacia el fondo del pequeño cañón; cinco monstruosos tigres de dientes de sable.

—¡Tandors! —exclamó a continuación el hombre de Go-hal—. Están soltando los tandors sobre nosotros. ¡Nos dan una lanza y un cuchillo para luchar contra tarags y tandors!

—Deben tenernos en gran consideración como guerreros —dijo von Horst con una mueca, mientras miraba de reojo hacia el extremo opuesto del cañón y comprobaba que habían soltado a los mamuts de la empalizada.

Había cinco mamuts, bestias de poderosos colmillos con aspecto de implacables asesinos. Uno de ellos se alzaba sobre el resto de sus compañeros, un enorme monstruo que bramó enfurecido al percibir el olor de los tarags y de los humanos. Los cinco se movieron pesadamente hacia el centro del cañón, mientras los poderosos felinos continuaban avanzando hacia los cuatro hombres que aguardaban su destino. Por su trayectoria, las bestias parecían destinadas a encontrarse entre ellas antes de que los tarags llegasen hasta los humanos. Sin embargo, uno de los carnívoros emprendió un rápido trote hacia ellos, dando la impresión de que iba a lograr pasar por delante de los mamuts y alcanzar a los cuatro prisioneros antes de ser detenido.

Von Horst estaba ya lo suficientemente familiarizado con el temperamento de tigres y mamuts como para saber que, al ser enemigos hereditarios, se atacarían unos a otros si llegaban a verse frente a frente. Lo que eso supondría para él y sus compañeros de infortunio, solo era motivo de conjetura. Tal vez se matasen entre ellos en un número suficiente como para permitirles intentar dar muerte a los restantes. Si entonces estarían o no en mejor posición, era imposible de saber, pero, al menos, existía la posibilidad de que los supervivientes fueran liberados. Preguntó a Daj su opinión al respecto.

—Los hombres mamut no dejan escapar a un prisionero si pueden evitarlo —respondió este—. Si no nos matan esas bestias, buscarán otra forma de acabar con nosotros.

—Si pudiéramos llegar al extremo superior del cañón, tal vez conseguiríamos escapar —señaló von Horst—. Desde aquí veo un

pequeño sendero que va desde la empalizada hasta la cima. Alguien me comentó que si lográbamos escapar por allí, los hombres mamut no se aventurarían a perseguirnos. Al parecer, conduce a un territorio en el que por alguna razón no quieren adentrarse.

—Los tarags y los tandors no nos permitirán alcanzar el extremo superior del cañón —repuso Daj.

El tarag que se había adelantado a los demás estaba preparándose para cargar. En ese momento se hallaba agazapado y empezaba a arrastrarse hacia delante. Su sinuosa cola se agitaba nerviosamente. Sus llameantes ojos estaban fijos en von Horst, que estaba un poco más adelantado que sus compañeros. Por detrás del tarag, los otros tigres se habían encontrado con los tandors. El pequeño cañón retumbaba con los rugidos, bramidos y chillidos de las bestias al desafiarse.

—Corred hacia el extremo superior del cañón —dijo von Horst a sus compañeros—. Puede que alguno consigáis escapar.

Entonces el tarag cargó. Sus fauces se distendieron en una espantosa mueca que mostró sus enormes dientes de sable hasta las encías al abrir sus poderosas mandíbulas. Rugiendo, se abalanzó sobre la diminuta cosa-hombre. En otra ocasión anterior, von Horst ya había detenido la embestida de un tarag con una lanza de piedra. Aquella vez le había sonreído la suerte. Parecía increíble que tanta fortuna pudiera volver a repetirse. Y sin embargo, ¿se había debido todo a la suerte? La destreza, la fuerza y los nervios de acero también habían contribuido decisivamente en aquella victoria. ¿Surtirían otra vez efecto contra aquel malcarado demonio?

Cuando el tarag se alzó en su salto definitivo, von Horst se agachó, rodilla en tierra, y asentó la parte trasera de su lanza contra el suelo. Su mente estaba fría y era plenamente consciente de lo que hacía, aunque también sabía que tendría que hacerlo a la velocidad del rayo. Sostenía en alto la punta de su lanza, dirigiéndola hacia el amplio y blanco pecho del dientes de sable. Entonces, cuando la bestia se precipitó sobre él, el hombre rodó hacia un lado y se levantó rápidamente de un salto.

La lanza se hundió profundamente en el pecho del tarag. Con un rugido espantoso, la bestia se retorció en el polvo que cubría el suelo del pequeño cañón. Pero al instante volvió a levantarse, buscando con feroces gruñidos y terroríficos rugidos al autor del

daño que había sufrido. Giró sus llameantes ojos hacia von Horst e intentó alcanzarle; pero el extremo de la lanza, al golpear contra el suelo, introducía cada vez más la punta de piedra en su cuerpo, haciéndole detenerse para intentar destrozar con sus garras aquel hiriente objeto. Sus rugidos eran ahora mucho más amortiguados y von Horst, al comprobar que su amenaza se reducía a poco más que el ruido que producía, echó un vistazo a su alrededor para ver las posibilidades que tenía de llegar al extremo superior del cañón. Sus compañeros corrían en esa dirección. A su derecha, los tarags y los mamuts estaban enzarzados en un titánico combate. Tres de los tarags habían centrado su ataque sobre el más pequeño de los mamuts. Los otros cuatro permanecían agrupados, cola con cola, mientras el tarag restante, el mayor de los cinco, daba vueltas a su alrededor.

Von Horst empezó a dirigirse hacia el extremo superior del cañón. Esperaba conseguir pasar inadvertido para las bestias, pero el gigantesco tarag que rodeaba a los cuatro mamuts percibió su presencia. Se detuvo instantáneamente, observándole, y luego avanzó hacia él. Ya no disponía de ninguna lanza con la que hacer frente a aquella bestia armada de colmillos y garras, un enfrentamiento que ahora parecía inevitable.

El hombre midió la distancia que le restaba hasta el extremo del cañón. ¿Conseguiría llegar hasta él antes de que el poderoso carnívoro le alcanzase? Lo dudaba. Entonces, vio al enorme mamut que había distinguido al principio romper el grupo y comenzar a avanzar hacia adelante, como si se propusiera interceptar al tarag. Von Horst pensó que el tander posiblemente creía que el gigantesco felino estaba intentando escapar de él y por eso se había animado a perseguirle y a atacarle.

Ahora podía existir una posibilidad de huida, si es que el mamut conseguía llegar hasta el dientes de sable antes de que este alcanzase a von Horst o si el felino invertía su carga al verse amenazado por el mamut. Si eso ocurría, era factible alcanzar la salvación mientras el resto de los animales combatían entre sí. Con aquella débil esperanza dándole alas, echó a correr. Pero el tarag no estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente a su presa. Sin prestar atención al mamut, emprendió la persecución del hombre. Von Horst, mirando de reojo por encima del hombro, se quedó

asombrado ante la terrorífica velocidad del gigantesco mamut. Como un purasangre, volaba directamente hacia el carnívoro. Este ganaba terreno rápidamente a von Horst. La cuestión era quién le alcanzaría primero, y para el hombre, simplemente, de cuál sería la forma en que hallaría la muerte. Si moriría con aquellas terribles garras desgarrando sus órganos vitales o si sería izado en el aire y después aplastado por toneladas de carne prehistórica.

Sobre el borde del cañón, los salvajes cavernícolas aullaban de gozo y de satisfacción ante aquella excitante carrera contra la muerte. Mamth se había dado cuenta de que tres de los prisioneros habían descubierto el sendero del otro extremo del cañón y se encaminaban hacia la libertad. El que aquel camino no estuviera vigilado se debía únicamente al hecho de que los hombres mamut pensaban que nadie, salvo ellos mismos, lo conocía, pues estaba tan tenuemente marcado en la pared del cañón que nadie que no supiera de su existencia habría reparado en él.

Pero ahora que Mamth veía que los tres fugitivos llegaban hasta el extremo del cañón y comenzaban a ascender por él, se apresuró a enviar varios guerreros para que los interceptaran. Que lograran alcanzar la cima del cañón a tiempo de conseguirlo, parecía bastante problemático.

Abajo, en el fondo del pequeño cañón, el tarag se disponía a abalanzarse sobre von Horst. La salvaje criatura se sentía, al parecer, bastante indiferente a la cercana proximidad del mamut, que ahora corría en paralelo a ella, posiblemente intentando arrebatar la presa a su competidor. Entonces sucedió algo extraño. La trompa del mamut se extendió con la velocidad del rayo y rodeó el cuerpo del tarag, interrumpiendo su salto en el aire a mitad de camino. En el acto, el poderoso titán balanceó a la rugiente y aullante criatura de un lado a otro y la lanzó por los aires.

Ya fuera intencionadamente o por casualidad, la lanzó hacia el borde del cañón, entre los espectadores, dispersándoles en todas direcciones. Enfurecido y apenas levemente herido, el tarag cargó contra los miembros de la tribu que ahora huían, golpeando con sus garras a izquierda y derecha.

Sin embargo, nada de todo aquello fue visto por von Horst. Se hallaba demasiado atareado con el apurado lance en el que se encontraba. Tan pronto como se deshizo del tarag, el mamut rodeó

al hombre con su trompa y lo levantó en el aire. Para von Horst aquello era el fin. Musitó una silenciosa plegaria para que todo acabase rápidamente y sin sufrimiento. Mientras la bestia se giraba, tuvo una fugaz visión de la refriega que se desarrollaba por encima de él, sobre la cornisa: el enloquecido tarag, la veintena de guerreros que se replegaban valientemente para hacerle frente con sus lanzas. También divisó a los otros tres tarags y a los cuatro mamuts enzarzados en una terrorífica batalla que era acompañada por bramidos, gruñidos y rugidos casi ensordecedores.

La bestia que le transportaba avanzaba directamente a través del cañón a un vivo trote. Von Horst empezó a preguntarse por qué no le aplastaba o le arrojaba por los aires. ¿Qué pretendía prolongando su tortura? ¿Qué pasaba por el astuto cerebro de aquel gigantesco monstruo? Entonces la bestia hizo girar su trompa y, para asombro de von Horst, le colocó suavemente sobre su amplio cuello. Por un instante, le sostuvo con ella para ayudarle a mantener el equilibrio; luego, la retiró.

Mientras pasaba cerca de las enfurecidas y combativas bestias, von Horst comprobó que el mamut le llevaba hacia el extremo inferior del pequeño cañón. Ahora se había asentado con más firmeza detrás de las enormes orejas, a las que no dejaba de agarrarse buscando un soporte adicional, y, al hacerlo, pudo por primera vez mirar hacia abajo. ¡En la quijada izquierda del mamut crecía un mechón de pelaje blanco!

Ah Ara, Ma Rahna: ¡el Gran Blanco, el Asesino! ¿Sería posible que la gigantesca bestia le hubiera reconocido, que estuviera recompensando el servicio que le había prestado? ¿Qué otra cosa estaba haciendo, sino intentar salvarle?

Von Horst era consciente de la gran sagacidad que poseían aquellas bestias y de la inusual sabiduría que los hombres mamut atribuían al Gran Blanco. Semejante idea, unida a la esperanza, que siempre es infinita, fue lo que le hizo convencerse, contra su mejor juicio, de que contaba con un leal amigo y un poderoso aliado. ¿Pero qué partido podía sacar de ello? Aún estaban atrapados en el pequeño cañón, donde unas bestias enloquecidas por la sangre seguían combatiendo a muerte. Si al menos se dirigiera hacia el extremo superior del cañón, podía intentar escapar por el sendero; pero no lo estaba haciendo. Avanzaba directamente hacia el

extremo opuesto, que aparecía cortado por una sólida barrera de troncos.

Que el Gran Blanco pretendía escapar del cañón por aquel punto, era cada vez más evidente. Se dirigía rápidamente hacia la barrera, incrementando su velocidad a medida que se aproximaba a ella. Cuando se halló a apenas cincuenta pies de ella, agachó su cabeza y se dispuso a embestirla.

Von Horst se quedó petrificado. Frente a ellos estaba la muerte, aguardando el instante en que se produjera el impacto contra los troncos de la barrera. Pensó en la posibilidad de saltar del lomo de la bestia, pero ¿para qué? La muerte bajo las garras y los colmillos de los grandes felinos, podía ser incluso más espantosa que la que se encontraba frente a ellos: un choque terrorífico y después el olvido, sin ningún tipo de sufrimiento.

El mamut da la impresión de ser un animal lento y de paso torpe, pero, en realidad, está lejos de serlo. Ahora, en pleno ímpetu de su embestida, el Gran Blanco se aproximaba a la barrera de troncos con la velocidad de un tren expreso, como un ariete viviente de incalculable poder. Von Horst se aplastó contra la espalda de la bestia, agarrándose con los brazos por debajo de sus enormes orejas. Se preparó para el final. Había hecho frente a tantos peligros en el salvaje Pellucidar desde que había desembarcado en el O-220, que no le dio excesiva importancia a la inminencia de la muerte. Tal vez, ahora que había perdido a La-Ja, sería bienvenido el cesar en aquella constante batalla por la supervivencia. Después de todo, ¿merecía la pena vivir en aquella lucha continua?

Todo acabó en apenas unos segundos. El poderoso cráneo impactó contra la recia barrera. Los troncos saltaron hechos astillas y volaron en todas direcciones. La enorme bestia se trastabilló al tropezar con las barras inferiores, haciendo que casi se cayera el hombre, pero consiguió mantenerse en pie y se precipitó fuera del pequeño cañón, hacia la libertad.



Capítulo XVIII

Los hombres bisonte

Avon Horst le parecía increíble verse en libertad. Un auténtico milagro, recompensa al humano tratamiento dispensado hacia su gigantesco salvador, le había logrado sacar de un atolladero del que solo la divina providencia podía haberle salvado. ¿Pero qué le depararía el futuro? Sí, tenía una montura, pero ¿qué iba a hacer con ella? ¿Adónde le llevaba? ¿Sería capaz de controlarla? ¿Sería capaz de escapar de ella? Y si lo hacía, ¿adónde se dirigiría? Era consciente de que ahora prácticamente no había ninguna esperanza de que pudiera saber dónde se encontraba Sari. Incluso aunque pudiera retroceder sobre sus pasos hasta el bosque de la muerte, el cual debería atravesar para encontrar el rastro de Dangar, sabía que sería un suicidio entrar en aquel oscuro y prohibido bosque.

Entonces pensó en la posibilidad de dirigirse a Lo-har, por ser ese el país de La-Ja. Desde el punto en el que había abandonado el bosque de la muerte, sí sabía cuál era la dirección en que se encontraba Lo-har, así que decidió que cuando volviera a ser capaz de moverse libremente emprendería su búsqueda. Al fin y al cabo, siempre existía la posibilidad de que la muchacha lograra encontrar el camino hasta allí. Desde luego era perfectamente capaz de hacerlo, aunque en aquella espantosa tierra de grotescos y terribles peligros parecía una posibilidad tan remota que casi rozaba lo imposible.

Sin embargo, aunque el azar le pusiera en el camino correcto, ¿cómo iba a hacer para llegar hasta allí? Estaba desarmado, salvo el tosco cuchillo de piedra que le habían proporcionado los hombres mamut y el ahora inútil cinturón de cartuchos, que, por alguna

inexplicable razón, sus captores no le habían quitado y aún conservaba.

Lo cierto es que el tiempo pasado en Pellucidar y su mayor conocimiento del medio en el que se desenvolvía le habían dado una mayor confianza en sus posibilidades para cuidar de sí mismo, pero también le habían proporcionado un profundo respeto hacia los peligros a los que era consciente que tendría que enfrentarse. No obstante, eso quedaba para el futuro. Ahora lo que importaba era el presente.

El Gran Blanco había aminorado su velocidad y ahora marchaba a un paso más lento, alejándose a través del cañón principal del poblado de los hombres mamut y del pequeño cañón. No había señales de persecución, así que pensó que lo más probable era que los hombres de la tribu se hallasen tan ocupados con el tigre de dientes de sable desatado entre ellos que no se habían percatado de la repentina huida del Gran Blanco y de su jinete.

Al poco tiempo, el mamut salió de las colinas y empezó a dirigirse hacia el río en cuyas orillas le había encontrado von Horst por primera vez y donde más tarde le habían capturado los hombres mamut. Las suaves lomas de la llanura que había frente a ellos se veían copadas por animales que se alimentaban. Su visión hizo surgir en la mente de von Horst la cuestión de cómo iba a hacer para procurarse comida con tan solo un cuchillo de piedra como arma. También le preocupaba saber cuál era el destino hacia el que le llevaba el Gran Blanco. Si el animal le dejaba en la abierta llanura, nunca podría pasar a través de aquellos enormes rebaños para alcanzar los árboles y el río, y era imperativo llegar hasta el santuario que le ofrecían los árboles si quería tener una oportunidad de sobrevivir. Allí podría encontrar un relativo refugio y los materiales necesarios para fabricarse un arco, flechas y la lanza con la que tendría que hacer frente a la eterna batalla por la vida que constituía la existencia del hombre en aquel mundo salvaje.

Sin embargo, en ese momento, el Gran Blanco estaba virando hacia la izquierda siguiendo un curso paralelo al río. Von Horst no quería ir en aquella dirección, ya que el terreno parecía excesivamente abierto y con pocos y dispersos árboles en lo que alcanzaba la vista. Lo que buscaba eran árboles; muchos árboles y cerca de donde hubiera agua.

Había sido testigo del infructuoso intento de domar al Gran Blanco. Le había visto obedecer las indicaciones de su jinete antes de acabar con él. Se preguntó si la gigantesca bestia recordaría lo que había aprendido y, en ese caso, si le obedecería. Quizás, al intentar guiarle, el mamut recordase las indignidades a las que había sido sometido por sus captores y la forma en que se había desembarazado de su último jinete.

Von Horst vaciló durante un momento; luego se encogió de hombros y dio una suave patada al Gran Blanco con su pie izquierdo. No ocurrió nada. Repitió el intento varias veces. Entonces la bestia giró hacia la derecha y von Horst siguió dándola suaves patadas hasta que enfiló directamente hacia el río. Después de eso, mantuvo a la bestia en esa dirección mediante las señales que había aprendido de los hombres mamut; esto es, que ambos habían aprendido.

Al llegar al río, von Horst dio una palmada en la cabeza del Gran Blanco y la bestia se detuvo; luego el hombre se deslizó hasta el suelo. Se preguntó qué haría el animal a continuación; pero no hizo nada, simplemente permanecer plácidamente en pie, ondulando su trompa de un lado a otro. Von Horst se puso frente a él y le acarició la trompa.

—Buen chico —dijo en un tono tranquilo, como habría hecho cualquier hombre con su caballo.

El Gran Blanco enroscó suavemente su trompa alrededor del hombre; luego le soltó y von Horst se alejó en dirección a los árboles y al río. Se tendió sobre su vientre y sació su sed. El mamut se acercó y se puso a beber a su lado.

Von Horst no supo cuánto tiempo permaneció allí, en aquella arboleda situada junto al río. Cogió unos cuantos peces e hizo acopio de nueces y frutas. Comió y durmió varias veces. Se fabricó un arco, flechas y una sólida y resistente lanza. La lanza la hizo pensando en los tarags. Era más larga que cualquiera que él se hubiera fabricado antes, aunque tampoco era excesivamente larga; y era pesada. La madera de la que estaba hecha era recia y flexible. No se quebraría fácilmente.

Mientras permaneció allí vio a menudo al Gran Blanco. La gigantesca bestia se alimentaba en unos grandes matojos de bambú que crecían junto al río, apenas a una corta distancia del árbol en el

que von Horst se había construido un tosco refugio. Con frecuencia, cuando no estaba comiendo, se acercaba y se situaba bajo el árbol que albergaba al hombre. En tales ocasiones, von Horst no dejaba de acariciar a la bestia y de hablarla, pues aquella era la única camaradería de la que había disfrutado hasta entonces. Después de algún tiempo, ya aguardaba sus visitas con agrado, e incluso se preocupaba un poco si estas tardaban demasiado en producirse. Aquella era una extraña amistad entre un hombre y un mamut y von Horst creyó reconocer un cierto paralelismo con las incidencias que habían debido producirse durante eones en los inicios de la domesticación animal en la corteza exterior.

Terminadas sus armas, von Horst decidió partir en busca de Lo-har. No esperaba encontrarlo pero al menos ahora tenía un objetivo. Es cierto que tenía las mismas posibilidades de tropezarse con Sari que de encontrar Lo-har, pero no podía quedarse allí eternamente, esperando a que le llegase la muerte como consecuencia de algún accidente o simplemente a causa de la edad. Además, su peculiar sentido del humor, y también la curiosidad, le hacían desear conocer al afamado Gaz.

El Gran Blanco se hallaba bajo un árbol cercano cobijándose del calor del sol de mediodía, balanceándose tranquilamente de un lado a otro. Von Horst caminó hasta él para despedirse, pues había llegado a encariñarse de verdad con aquel gigantesco amigo y compañero.

—Te echaré de menos, camarada —le dijo—. Hemos estado juntos en los momentos difíciles y hemos hecho cosas que ambos tardaremos en olvidar. ¡Te deseo buena suerte!

Y tras palmear la áspera trompa, se dio media vuelta y empezó a alejarse hacia lo desconocido, en una búsqueda que se le antojaba sin esperanzas.

Mientras sus ojos se posaban en aquella extraña perspectiva sin horizonte —perspectiva que se acababa fundiendo en una hermosa estampa más allá del alcance de la vista humana—, a von Horst se le hacía difícil reconciliar el completo primitivismo de aquel mundo virgen con el hecho de que a quinientas millas bajo sus pies pudiera encontrarse una ciudad rebosante por el tráfico y por las diversas ocupaciones de incontables seres humanos que iban de un lado a otro y que vivían sus vidas sin tener que hacer frente a mayores

amenazas que las que podían suponer un conductor temerario o una cáscara de plátano arrojada despreocupadamente sobre el pavimento.

Le divertía especular sobre lo que sus amigos pudieran decir si le vieran ahora, el elegante y sofisticado teniente Frederick Wilhelm Eric von Mendeldorf und von Horst, desnudo salvo por un taparrabos; un verdadero hombre del Pleistoceno, si es que alguna vez hubo alguno. A continuación, sus pensamientos regresaron a Pellucidar y a La-Ja. Se preguntó por qué no le caería bien y entonces se sorprendió ante la insistente comprensión de lo que conjuraba aquella ensoñación. Intentó negarla y apartarla del umbral de su consciencia, pero seguía apareciendo ante él con la persistente determinación de todo descubrimiento repentino: la amaba; amaba a aquella pequeña salvaje que ignoraba tanto la existencia de un alfabeto como la de los utensilios propios para lavarse las manos.

Caminar envuelto en profundas meditaciones no es modo de moverse por Pellucidar; allí, o uno permanece atento o muere al instante. Von Horst no se percató del ser que caminaba a su lado porque lo hacía sobre acolchadas patas y porque estaba pensando en La-Ja de Lo-har. En ese momento, repentinamente, fue consciente de lo que pasaba a su alrededor y de la necesidad de mantener una vigilancia constante; pero ya era demasiado tarde. Algo le cogió por la cintura y le hizo perder el contacto con el suelo. Al verse izado en el aire, se giró y se quedó frente al salvaje y peludo semblante del Gran Blanco, que le alzó suavemente hasta su amplio cuello. No pudo contener la risa ante el alivio que le embargó. Al instante, empezó a sentir como crecía una nueva esperanza en el futuro: la que le proporcionaba la amistad, incluso aunque se tratara de la amistad de una silenciosa y callada bestia.

—¡Maldito sinvergüenza! —exclamó—. ¡Casi haces que se me caigan los pantalones! ¡Pero cómo me alegro de verte, muchacho! Así que tú también te sientes solo, ¿eh? Ninguno de los dos tiene demasiados amigos. Está bien; seguiremos juntos durante tanto tiempo como quieras.

A través de peligros que de otro modo hubieran resultado fatales, el Gran Blanco transportó a aquella cosa-hombre por la que sentía tan extraña atracción. Incluso el poderoso tarag se apartaba a

un lado para dejar paso al mamut; ninguno de los toros de las grandes manadas con las que se toparon se atrevió a embestirles. En una ocasión, un thipdar voló en círculos por encima de ellos, el monstruoso pteranodonte de las lías, perfectamente capaz de transportar entre sus garras a un bos adulto. Avanzaron bajo la enorme sombra que desplegaban sus alas, unas alas de casi veinte pies de longitud, el mamut indiferente, el hombre con aprensión; pero no se atrevió a atacarles.

De vez en cuando se detenían para comer, beber o dormir; pero toda vez que el tiempo carecía de significado en aquel mundo sin tiempo, von Horst no hizo ningún esfuerzo por computarlo. Lo único que sabía era que debían de haber recorrido un largo camino desde Ja-ru. A menudo caminaba para que se relajasen sus músculos y entonces el Gran Blanco solía aproximarse a él, hasta que su peluda trompa rozaba el desnudo cuerpo del hombre.

Para distraer su mente, von Horst se preocupó de enseñar distintas cosas a la bestia: a alzarle hasta su cabeza cuando se lo ordenaba, a descenderle al suelo, a arrodillarse y a tenderse, a avanzar al trote o a paso de carga ante la señal adecuada, a levantar y a transportar objetos, a situar su cabeza contra un árbol y empujarlo o a rodear uno con su trompa y arrancarlo.

El Gran Blanco parecía divertirse aprendiendo y, al parecer, estaba orgulloso de sus logros. Que era extremadamente inteligente, von Horst lo sabía desde hacía mucho tiempo; pero, además, poseía otra cualidad que la bestia le demostró más allá de toda duda: tenía sentido del humor. Lo tenía tan bien desarrollado que no podía haber ninguna confusión al respecto. Había ocasiones, incluso, en las que von Horst hubiera jurado que el mamut se reía de sus propias bromas, una de las cuales era coger al hombre, desde atrás, por uno de sus tobillos y lanzarle al aire; pero nunca le dejaba caer ni le hacía daño alguno, sino que, por el contrario, le descendía suavemente al suelo. Otras veces, si creía que von Horst dormía demasiado, situaba una de sus patas sobre su cuerpo y simulaba querer aplastarlo, presionándole contra el suelo, o bien llenaba su trompa de agua y se la arrojaba. El hombre nunca sabía ni qué esperar ni cuándo esperar, pero desde el primer momento descubrió que el Gran Blanco jamás le causaría ningún daño.

Von Horst no tenía idea de cuánto había viajado, aunque era

consciente de que había cubierto una distancia considerable, a pesar de no haberse cruzado con ningún poblado ni con otros seres humanos. Se maravillaba de las vastas extensiones de territorio deshabitado y abandonado a los animales salvajes. Así debía haber ocurrido en otro tiempo en la corteza exterior. Sin embargo, al pensar en las condiciones que ahora existían en ella, aquello le parecía algo increíble.

Si se hallaba o no más cerca de Lo-har que antes, no tenía modo alguno de saberlo. Con cierta frecuencia aquella expedición le parecía inútil y desesperada. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Igual podía estar dirigiéndose en una dirección correcta que en otra errónea. Si hubiera tenido un compañero humano —si La-Ja hubiera estado con él—, podría haber considerado el asentarse definitivamente en uno de los muchos y hermosos valles que había atravesado, pero vivir eternamente solo en uno de ellos era algo impensable. En consecuencia, continuó hacia delante, explorando un nuevo mundo que nadie, salvo él, había pisado con anterioridad.

Cada nueva elevación del terreno a la que se acercaba, despertaba su entusiasmo por lo desconocido. ¿Qué habría más allá? ¿Qué nuevas escenas le iban a ser reveladas? Así, en una ocasión, mientras el Gran Blanco ascendía pesadamente un ligero declive, la mente del hombre conjeturaba sobre lo que se encontraría al otro lado a medida que se iba aproximando. Su deseo de ver nuevos paisajes y su entusiasmo no habían disminuido en absoluto. En ese momento escuchó un profundo mugido al que le siguieron otros. Mezcladas con ellos, le pareció oír voces humanas.

Para von Horst hombres equivalía a enemigos, dada la definida manera en que se había habituado a las reacciones propias de la edad de piedra; sin embargo, decidió echar un vistazo a aquella gente. Quizá se tratara de Lo-harianos. ¡Tal vez hubiera llegado a Lo-har! Los sonidos que percibía le recordaban a hombres conduciendo una manada de ganado; el profundo tono de aquellos mugidos parecía sugerir que había muchos toros al otro lado de la loma.

Deslizándose de la espalda del Gran Blanco, von Horst ordenó a la gigantesca bestia que permaneciera donde estaba; luego, se arrastró sigilosamente, intentando llegar a la cima de la loma sin ser detectado. Tuvo éxito en su propósito, y un momento después,

contemplaba una escena que bien pudiera haberle hecho dudar de la credibilidad de lo que veían sus ojos.

Se hallaba tendido sobre el borde de un peñasco; por debajo de él se encontraban cuatro criaturas que solo podían haber surgido de una pesadilla. Poseían cuerpos humanos y eran fuertes y fornidos. Sus rostros, sus hombros y sus pechos aparecían cubiertos de un largo pelaje pardusco. A ambos lados de sus frentes surgían unos cortos y recios cuernos, similares a los que hubiera poseído un bisonte, y tenían colas con espesos penachos de pelo en sus extremos. Era de sus gargantas de donde procedían los mugidos que había escuchado; pero también surgían de ellas las voces humanas.

No llevaban armas y era evidente que estaban siendo mantenidos a raya por alguna otra criatura o criaturas que se hallaban escondidas de la vista de von Horst por la protuberancia del peñasco sobre el que se encontraba tendido, ya que, cada vez que intentaban aproximarse al risco, volaban fragmentos de roca que les hacían retroceder. Esto era lo que les hacía mugir enfurecidamente y, en ocasiones, algunos de ellos pateaban el suelo o lo escarbaban con sus pies, al igual que lo haría un toro bravo, motivo por el cual von Horst pensó en ellos, desde entonces y para siempre, como los hombres bisonte.

Toda vez que los proyectiles les eran lanzados a aquellas criaturas por sus presas, von Horst asumió que estas eran seres humanos, si bien, naturalmente, al hallarse en Pellucidar, también podía tratarse de cualquier extraña variedad de hombres o bestias. Dudaba que también fueran hombres bisonte, pues se dio cuenta de que ninguna de las cuatro criaturas que distinguía devolvía las piedras que les arrojaban, algo que estaba razonablemente seguro que habrían hecho de tener la inteligencia suficiente.

Ocasionalmente captaba alguna que otra palabra de las que los cuatro seres intercambiaban entre sí, por lo que descubrió que hablaban en el lenguaje común a todos los seres humanos de Pellucidar. De repente uno de ellos alzó su voz, dirigiéndose a gritos a quienquiera que fuese que les estaba manteniendo a raya desde la base del peñasco.

—Deja de arrojarnos piedras, gilak —dijo—. Solo empeorarás las cosas cuando te atrapemos, y te atraparemos, no lo dudes. No tenéis agua ni comida, así que tendréis que salir o moriros de hambre.

—¿Qué es lo que queréis de nosotros? —preguntó una voz desde las profundidades del risco.

—Queremos a la mujer —contestó el hombre bisonte que había hablado previamente.

—¿Y a mí no me queréis? —preguntó la voz.

—Solo para matarte; pero si nos entregas a la mujer, perdonaremos tu vida.

—¿Cómo sé que mantendréis vuestra palabra?

—Nosotros no mentimos —replicó el hombre bisonte—. Tráela aquí y te dejaremos marchar.

—Está bien, os la entregaré —anunció la voz que se oía debajo.

—¡Maldito cerdo! —exclamó von Horst en voz baja.

Un momento después, vio a un hombre emerger de debajo del saliente del risco arrastrando a una mujer por el cabello. Al instante, se levantó de un salto lleno de horror y de rabia, puesto que les había reconocido nada más ponerles la vista encima: Skruf y La-Ja.

Una escarpada pendiente de treinta o cuarenta pies de altura le impedía intervenir de inmediato y, por un momento, tan solo pudo permanecer de pie y observar la tragedia. Entonces introdujo una flecha en su arco, pero Skruf estaba parcialmente escudado por el cuerpo de la muchacha. Von Horst no podía dispararle sin ponerla en peligro a ella.

—¡La-Ja! —gritó. La muchacha intentó girar la cabeza en dirección a aquella voz. Skruf y los hombres bisonte miraron hacia la figura que se erguía sobre la cumbre del peñasco—. ¡A un lado, La-Ja! ¡Échate a un lado!

Al instante, La-Ja saltó hacia su derecha, empujando a un lado a Skruf, de modo que este quedó totalmente expuesto ante el arquero, cuya arma ya estaba dispuesta. La cuerda vibró. Skruf dio un grito y cayó agarrando con su mano el emplumado dardo que se había clavado profundamente en su cuerpo. Al hacerlo, soltó su presa del cabello de La-Ja.

—¡Corre! —le ordenó von Horst—. ¡Corre en paralelo al risco! Te seguiré tan pronto como encuentre una forma de bajar de aquí.

Recobrados de su sorpresa, los hombres bisonte ya estaban corriendo en pos de la muchacha. Sin embargo, les sacaba una ligera ventaja y con algo de suerte conseguiría distanciarles. Sus

compactas y fornidas figuras no parecían haber sido hechas para la velocidad.

Von Horst se giró y llamó al Gran Blanco para que le siguiera; luego echó a correr a través de la cima del peñasco en persecución de La-Ja. Casi enseguida se dio cuenta de que el aspecto de los hombres bisonte mentía sobre su agilidad: estaban alcanzando a la muchacha. De nuevo colocó una flecha en su arco. Se detuvo un instante, lo suficiente para tomar puntería sobre el hombre bisonte que iba en cabeza y disparar el dardo. Después echó nuevamente a correr; pero había perdido un terreno que no iba a poder recuperar. No obstante, al menos de momento, había conseguido aumentar la distancia entre La-Ja y sus perseguidores, puesto que el primero de los hombres bisonte se retorció en el suelo con una flecha clavada en la espalda.

Pero los otros tres seguían acercándose y, una vez más, von Horst se vio obligado a detenerse y a disparar. Al igual que antes, el perseguidor más cercano a la muchacha mordió el polvo. El individuo cayó rodando por el suelo para no volver a levantarse cuando dejó de dar vueltas. Ahora solo quedaban dos, pero de nuevo von Horst había perdido terreno. Intentó recuperarlo sin conseguirlo. Finalmente se detuvo y lanzó otras dos flechas contra los restantes hombres bisonte. El más próximo cayó; pero no el otro. Volvió a disparar dos nuevas flechas; la última se le quedó corta. Supo entonces que el hombre bisonte ya estaba fuera de su alcance; fuera de su alcance y ganando terreno rápidamente a su perseguida. Por delante de la joven se veía un bosque de gigantescos árboles. Si lograba alcanzarlo, es posible que consiguiera eludir a su perseguidor, pues los pies de la muchacha eran veloces.

Los tres corrían en silencio. Von Horst apenas conseguía mantenerse en pie sobre la cumbre del risco; entonces la muchacha desapareció entre los enormes troncos de los árboles y, un momento más tarde, la siguió el hombre bisonte. Von Horst estaba frenético. El interminable peñasco no ofrecía ningún punto por el que descender. No podía hacer nada sino continuar hacia delante hasta encontrar un lugar que le permitiera hacerlo, pero, entretanto, ¿qué iba a ser de La-Ja?

La había encontrado de manera tan inesperada, había estado tan cerca de ella, que la posibilidad de perderla le rompía el corazón y

le desesperaba. A pesar de todo, sabía que estaba viva y eso ya era algo. Entonces, cerca de él, oyó el barritar del Gran Blanco. Un instante después, una peluda trompa le rodeaba y le izaba hasta su ya familiar asiento sobre la parte trasera del enorme cráneo.

Cerca de donde comenzaba el bosque encontraron una hendidura en la escarpada. Por allí, a través de un precario apoyo, el mamut empezó a descender cautelosamente. Von Horst le guio hasta el punto en el que había desaparecido La-Ja, pero se vio obligado a desmontar, pues los árboles crecían tan juntos que no permitían que la bestia penetrase en la masa boscosa, ni tampoco parecía posible arrancarlos ni empujarlos a un lado.

A medida que von Horst se separaba del Gran Blanco y se introducía en el bosque tuvo el presentimiento de que aquella era la última vez que iba a ver a su fiel amigo y aliado. Con el corazón encogido, se adentró en el adusto y oscuro bosque.

Su mente tan solo se ocupó unos instantes del Gran Blanco, pues a través de la distancia percibió un débil grito. A continuación, escuchó una voz que pronunciaba su nombre.

—¡Von! ¡Von!

Era la voz de la mujer que amaba.



Capítulo XIX

Kru

Guiado únicamente por el débil grito que había oído en la distancia, von Horst avanzó rápidamente a través del bosque. Nunca había visto árboles de semejante tamaño crecer tan próximos unos de otros. A menudo se hallaban tan juntos que no había espacio para pasar entre ellos. No había ningún sendero, y debido al rumbo en zigzag que se había visto obligado a seguir, al poco tiempo perdió todo sentido de la dirección. Llamó un par de veces a La-Ja esperando que ella le respondiera y de esa forma le proporcionase una pista de su paradero, pero no obtuvo ninguna respuesta. Comprendió que lo único que había conseguido era advertir a su captor de que le estaba persiguiendo y, por tanto, le había puesto en guardia. En consecuencia, aunque seguía avanzando tan rápido como le era posible, en ningún momento dejó de estar alerta.

A medida que se internaba en el bosque, se vio cada vez más imbuido por un sentimiento de frustración ante la futilidad de su búsqueda. Empezaba a comprender que era bastante probable que se estuviera moviendo en círculos y que no estuviera consiguiendo nada. Le preocupaba que existiera la posibilidad de que nunca encontrase la salida de aquel laberinto de sombríos árboles, o incluso de no encontrar a La-Ja a tiempo de poder ayudarla. En tan lóbregos pensamientos se hallaba imbuida su mente cuando, de repente, llegó al final del bosque. Ante él se encontraba la boca de un cañón que llevaba hacia unas bajas, aunque rocosas, colinas. Allí, por fin, se veía un sendero. Estaba bien trazado y se introducía en el cañón.

Con renovadas esperanzas, sin ningún temor, von Horst se

dispuso a seguir aquel sendero adondequiera que le llevase, puesto que un breve examen reveló a su mirada, ahora mucho más experta, que alguien se había introducido recientemente en el cañón por aquel punto: en el polvo aparecía claramente marcada la huella de un pequeño pie. El cañón era poco más que una estrecha y rocosa garganta, que se retorció como una serpiente en dirección a las colinas. A medida que avanzaba, pasó frente a las bocas de otras gargantas similares que, a intervalos, se cruzaban con el cañón principal. No obstante, el sendero por el que caminaba era llano y nivelado, así que continuó adelante, seguro ahora de que en breve alcanzaría a La-Ja y su captor.

Acababa de adentrarse en la garganta, cuando empezó a sentir crecer su impaciencia ante el revés que experimentó al doblar un recodo y no ver por delante de él a aquellos a los que buscaba. En ese momento percibió un ruido a su espalda. Girándose rápidamente, vio a un hombre bisonte que se arrastraba sigilosamente hacia él. En el momento en que el individuo se vio descubierto, lanzó un mugido que bien pudo haber surgido de la garganta de un toro furioso. Fue respondido desde la parte inferior del cañón y desde la cornisa superior. Al instante, varios hombres bisonte aparecieron ante él, cerrándole el paso.

Estaba rodeado. A ambos lados se encontraban las paredes del cañón, que si bien no eran muy altas, eran imposibles de escalar; a su espalda, los hombres bisonte le cortaban la retirada y, frente a él, le impedían avanzar. Ahora mugían todos. Las rocosas paredes de la garganta reverberaban con aquel bestial coro de amenaza y desafío. Le habían estado esperando. Von Horst lo comprendió en ese momento. Le habían oído llamar a La-Ja. Sabían que les estaba siguiendo y le habían estado esperando, ocultos, en las gargantas que había atravesado. Con qué facilidad le habían atrapado. ¿Pero qué podía haber hecho para evitarlo? ¿Cómo iba a haber buscado a La-Ja sin saber hacia dónde se dirigía?

¿Qué iba a hacer ahora? Los hombres bisonte se acercaban lentamente. Parecían tenerle un gran respeto. Se preguntó si el secuestrador de La-Ja habría tenido el tiempo suficiente para explicarles el caos que aquel extraño gilak había desatado entre sus cuatro camaradas, con los que antes se había topado. Aquella era una de las exasperantes características del mundo interior: uno

nunca podía saber el tiempo que había transcurrido, lo que fácilmente podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

—¿Qué estás haciendo en nuestra tierra? —preguntó el hombre bisonte más cercano.

—Vengo a por la mujer —contestó von Horst—. Es mía. ¿Dónde está?

—¿Quién eres? Jamás habíamos visto a un gilak como tú, ni a nadie que pudiera enviar la muerte desde tan lejos con unos palos tan pequeños.

—Si no me entregáis a la mujer, haré que la muerte os llegue a todos vosotros —demandó von Horst, extrayendo una flecha y situándola en su arco.

—Es imposible que acabes con todos —dijo la criatura—. No tienes tantos de esos palos como para acabar con todos los ganaks.

—¿Quiénes son los ganaks? —preguntó von Horst.

—Somos nosotros. Te llevaremos ante Drovan. Si él dice que no te matemos, podrás vivir.

—¿La mujer está allí?

—Sí.

—Entonces iré con vosotros. ¿Dónde está?

—Sigue a los ganaks que se encuentran frente a ti y sube por la garganta.

Todos partieron en la dirección que von Horst había llevado hasta entonces y, enseguida, salieron a un amplio y abierto valle en el que se veían numerosos árboles pintorescamente esparcidos alrededor de un terreno suave y ondulado. Por encima de la llanura, a no mucha distancia, se hallaba lo que parecía ser un poblado cercado por una empalizada circular. Hacia él se encaminaron los hombres bisonte.

Cuando se encontraron más cerca, von Horst se fijó en la existencia de varios campos de cultivo en el exterior del poblado. También vio que en esos campos había hombres y mujeres trabajando, seres humanos como él, no como los ganaks, aunque sí había muchos de ellos vagando por los alrededores. Estos no hacían ninguna labor.

Un pequeño pórtico conducía al poblado, que consistía en un círculo de chozas de barro, unas junto a otras, salvo en el lugar en que se hallaba el pórtico. Los árboles crecían alrededor de todo el

círculo y frente a las chozas, desplegando su sombra sobre ellas. En el centro de aquel cercado había un grupo de chozas y, junto a ellas, también había varios árboles.

Hacia aquellas chozas condujeron a von Horst. Allí descubrió a un hombre bisonte gigantesco tendido a la sombra. Espantaba las moscas de sus piernas con su tupida cola. De pie, junto a él, se hallaban La-Ja y su captor, y, rodeándoles, en un amplio semicírculo, una curiosa caterva de ganaks.

Cuando la partida se aproximó, el enorme individuo posó en ellos su mirada. Poseía unos macizos cuernos y el pelo de su rostro, hombros y pecho era recio y grueso. Sus pequeños y redondeados ojos, muy separados entre sí, se mostraban feroces y ribeteados de rojo mientras observaban a von Horst. Al hacerlo, mantenía inclinada su cabeza, como lo hubiera hecho una bestia.

—¿Quién es ese? —preguntó, indicando a von Horst.

—Es el gilak que acabó con mis tres compañeros —dijo el secuestrador de La-Ja.

—Repítame de nuevo cómo lo hizo —ordenó el gigantesco toro.

—Envió unos pequeños palos para que les mataran —dijo el otro.

—Unos palos pequeños son incapaces de matar a nadie, Trun. O mientes o eres idiota.

—Esos pequeños palos mataron a los tres ganaks que venían conmigo y a un gilak que también se encontraba allí. Yo vi como morían, Drovan. Míralos; son esos que están en esa cosa que lleva a la espalda.

—Traed una esclava —ordenó Drovan—. Que sea vieja y que no esté bien de salud.

Von Horst permanecía de pie, observando a La-Ja. Apenas se había enterado lo que pasaba a su alrededor. La-Ja también le miraba a él. Su rostro era prácticamente inexpresivo.

—Así que todavía estás vivo —dijo la muchacha.

—Oí como me llamabas, La-Ja —respondió él—, y vine tan pronto como pude.

La joven alzó su barbilla.

—Yo no te llamé —dijo altivamente.

Von Horst se quedó sin habla. Había oído claramente como le llamaba; dos veces, de hecho. De pronto se sintió furioso. Su rostro

enrojació de rabia.

—Eres una pequeña idiota —dijo—. Careces de toda sensibilidad o gratitud. No merecía la pena intentar salvarte.

Después de decir aquello le dio la espalda. Al instante lamentó sus palabras; pero estaba herido, herido como nunca antes se había sentido en su vida, y era demasiado orgulloso para retractarse de lo que había dicho.

Un hombre bisonte se aproximó trayendo con él a una anciana esclava. La llevó hasta Drovan. El jefe le propinó un brusco empujón.

—Ponte allí y quédate de pie —le ordenó.

La anciana se alejó lentamente. Se trataba de una criatura torpe e indefensa.

—¡Ahí vale! —exclamó Drovan—. Quédate donde estás.

—¡Tú! —mugió, señalando a von Horst—. ¿Cómo te llamas?

El hombre miró con insolencia a aquella semibestia. Estaba como loco a causa de lo ocurrido, rabioso contra sí mismo y contra el mundo.

—Cuando te dirijas a mí, no sueltes esos mugidos —replicó.

Drovan se fustigó furiosamente las piernas con la cola e inclinó su cabeza, como si fuera un toro enloquecido a punto de embestir. Dio unos cuantos pasos hacia von Horst; luego se detuvo, pateó el suelo con uno de sus pies y soltó un mugido. Pero el hombre no retrocedió ni mostró ningún temor.

Entonces el jefe observó a la anciana esclava que se hallaba de pie en la parte exterior, como le había ordenado; de nuevo se volvió hacia von Horst, señalando a la anciana.

—Si tus palos pueden matar, haz que muera —dijo—, aunque no creo que puedas hacerlo.

—Mis palos pueden matar —le respondió von Horst— Los ganaks lo comprobarán.

Dio unos cuantos pasos hacia el exterior del círculo de chozas, hacia el lugar donde se encontraba la anciana, y colocó una flecha en su arco. Después se volvió hacia Drovan y señaló a La-Ja.

—¿Nos liberarás a la muchacha y a mí, si te demuestro como matan mis pequeños palos? —le preguntó.

—No —gruñó el jefe.

Von Horst se encogió de hombros.

—Será como deseas —dijo, haciendo retroceder la emplumada flecha sobre la tensa cuerda del arco, y antes de que nadie pudiera adivinar su intención, o impedirla, disparó contra el corazón de Drovan.

Al instante, aquella zona fue un torbellino de mugientes toros. Cayeron sobre von Horst antes de que este pudiera introducir otra flecha en su arco, derribándole al suelo por la fuerza de su número, golpeándole con sus puños e intentando alcanzarle con sus cuernos; había tantos que se estorbaban unos a otros.

Estaban a punto de acabar con él, cuando una voz autoritaria hizo detenerse a sus atacantes.

—¡Alto! No le matéis —ordenó—. Dejad que se levante. Os lo ordena Kru, vuestro nuevo jefe.

De inmediato, los hombres bisonte se apartaron de von Horst y se volvieron hacia el que había hablado.

—¿Quién dice que Kru es el jefe? —preguntó uno—. Soy yo, Tant, el que debe ser el jefe ahora que Drovan ha muerto.

Durante la discusión von Horst se había puesto en pie. Permaneció aturdido durante unos instantes, pero enseguida se recobró. Rápidamente buscó su arco y lo encontró. También recogió algunas de las flechas que se le habían caído del carcaj durante la refriega. Ahora sus sentidos estaban alerta. Miró a su alrededor. Todos los toros atendían a los dos aspirantes a la jefatura. Algunos se alineaban más cerca de Kru que de Tant. Otros lo hacían de modo vacilante al lado de Tant. A von Horst le pareció preferible Kru. Avanzó hacia aquellos que se reunían a su alrededor.

Subrepticamente colocó una flecha en su arco. Era consciente de que estaba corriendo un gran riesgo. Su mejor juicio le decía que se ocupara de sus propios asuntos, pero aún se hallaba furioso y le era indiferente vivir o morir. De repente, se irguió.

—¡El jefe es Kru! —gritó, y simultáneamente disparó la flecha al pecho de Tant—. ¿Hay alguno más que no acepte a Kru como jefe?

Algunos de los que se habían agrupado en torno a Tant corrieron hacia él, dispuestos a acabar con su vida. Embestían inclinando los cuernos, como lo hubieran hecho unos toros furiosos. Pero los que se alineaban junto a Kru embistieron contra ellos. Mientras luchaban entre sí, von Horst empezó a moverse lentamente, de espaldas, hacia la choza del jefe, hasta tocarla con su cuerpo. Cerca

de él se hallaba La-Ja. No le prestó ninguna atención, aunque, obviamente, era consciente de su presencia.

Su atención estaba centrada en las extrañas técnicas de combate que empleaban aquellas semibestias. Cuando no se enzarzaban cuerpo a cuerpo, embestían con sus cabezas agachadas contra el vientre de sus antagonistas, intentando destriparles con sus macizos cuernos. Algunas veces entrechocaban sus cabezas con una fuerza tan terrorífica que ambos caían abatidos al suelo. Cuando peleaban cuerpo a cuerpo, cada adversario agarraba al otro por los hombros mientras, forcejeando y retorciéndose, intentaba herirle con sus cuernos en el rostro, el cuello o el pecho.

Era una escena de furioso salvajismo, más terrorífica si cabe por los mugidos y bufidos que soltaban los contendientes. Sin embargo, no tardó mucho en llegar a su fin, ya que los que se oponían a Kru eran pocos en número y no tenían un líder. Uno a uno, los supervivientes se batieron en retirada, dejando el campo libre a Kru.

El nuevo jefe, henchido de importancia, se pavoneó pomposamente. Envío de inmediato a por las mujeres de Drovan y Tant, aproximadamente unas treinta, y tras seleccionar a la mitad de ellas para sí mismo, entregó las restantes a sus seguidores para que se las repartieran.

Mientras tanto, La-Ja y von Horst se habían mantenido apartados, pasando prácticamente desapercibidos para los hombres bisonte y sin hacer nada por llamar su atención, puesto que era evidente que los toros se hallaban en un estado de febril excitación debido a todo lo que acababa de ocurrir y, también, a causa del olor y la visión de la sangre. No obstante, en breve, la mirada de uno de los toros más viejos se posó en ambos, comenzando a mugir cavernosamente y a patear el suelo. Aproximándose a ellos, agachó la cabeza como si estuviera a punto de embestir. Von Horst emplazó una flecha en su arco. El toro vaciló; luego se volvió hacia Kru.

—¿Qué hacemos con los gilaks? —dijo—. ¿Les matamos o les ponemos a trabajar?

Kru miró al que había hablado. Von Horst aguardaba la respuesta del nuevo jefe. Había basado sus esperanzas de libertad en su supuesta gratitud, puesto que aún le preocupaba la seguridad de La-Ja. Se había dado cuenta de que no podía hacerlo de otra

manera, a pesar de lo ingrata que fuera la muchacha. Se preguntó entonces cuánta gratitud podía esperar de aquel bisonte humano si La-Ja no le guardaba ninguna.

—¿Matamos a los gilaks o les ponemos a trabajar en los campos?
—volvió a preguntar el viejo toro.

—¡Matadla a ella! —gritó una de las hembras.

—No —gruñó Kru—. Ella no va a morir. Lleváoslos y ponedles en una choza bien vigilada. Más tarde Kru decidirá lo que ha de hacer con el hombre.

Von Horst y La-Ja fueron llevados hacia una sucia choza. No les ataron ni tampoco les quitaron sus armas, lo que les hizo presumir que sus captores eran demasiado estúpidos y faltos de imaginación como para sentir la necesidad de tomar tales precauciones. La-Ja fue hasta un lado de la choza y se sentó. Von Horst lo hizo en el otro. No se dirigieron la palabra. Él ni siquiera la miró, aunque los ojos de ella a menudo se posaban en él.

El hombre se sentía infeliz y no tenía ninguna esperanza en el porvenir. Si ella hubiera sido amable con él, incluso cortés, podía haber vislumbrado un futuro por el que mereciera la pena luchar con entusiasmo; pero ahora, sin ninguna esperanza de que lo amase, no le quedaba nada. El saber que la amaba, lo que debía haber sido motivo de orgullo, solo le hacía despreciarse a sí mismo. Lo único que sentía era un frío sentido del deber hacia ella porque era una mujer. Era consciente de que intentaría salvarla. Lucharía por ella, pero sin ningún tipo de sentimiento.

Al rato se tendió en el suelo y se durmió. Soñó que dormía en una cama limpia, envuelto en suaves sábanas, y que al despertar se ponía un fresco traje de lino y unas ropas bien planchadas y se dirigía a un restaurante, donde se sentaba en una mesa bien surtida. Un camarero, que traía una bandeja con comida, le tocaba en el hombro.

Se despertó para ver a una mujer de pie ante él. Le había dado un puntapié en el hombro.

—Despierta —le dijo—. Aquí tienes tu forraje.

Llevaba en los brazos un manojo de hierba recientemente cortada y algunos vegetales, dejándolos caer al suelo, a su lado.

—Es también para la mujer —dijo.

Von Horst se sentó y miró a la mujer. No era una ganak, sino un

ser humano como él.

—¿Para qué es esta hierba? —le preguntó.

—Para que os la comáis —contestó ella.

—Nosotros no comemos hierba —dijo von Horst—, y, además, aquí no hay suficientes hortalizas para que comamos los dos.

—Aquí comeréis hierba u os moriréis de hambre —indicó la mujer—. A los esclavos no nos dan muchas hortalizas.

—¿Y carne? —inquirió von Horst.

—Los ganaks no comen carne, así que no hay carne para comer. He dormido aquí más veces de las que puedo recordar y nunca he visto a nadie comerla. Después de algún tiempo te acabarás acostumbrando a la hierba.

—¿Ponen a todos los prisioneros a trabajar en los campos? —preguntó von Horst.

—Nunca sabes lo que van a hacer. Normalmente conservan a las mujeres y las llevan a trabajar a los campos hasta que son demasiado viejas para hacerlo; luego las matan. Si están faltos de esclavos, utilizan también a los hombres; si no, acaban con ellos inmediatamente. A mí me han conservado durante muchos sueños. Pertenezco a Splay. Al ser joven, supongo que también le entregarán esta mujer a alguno de ellos. A ti probablemente te matarán. En este momento tienen demasiados esclavos; más de los que pueden alimentar.

Cuando la mujer se marchó, von Horst recogió las hortalizas y las puso al lado de La-Ja. La muchacha le miró fijamente. Sus ojos relampagueaban.

—¿Por qué haces todo esto? —le preguntó—. Yo no te he pedido que hagas nada por mí. No quiero llegar a gustarte.

Von Horst se encogió de hombros.

—Lo estás haciendo bastante bien —dijo secamente.

La muchacha murmuró algo que él no pudo entender y comenzó a dividir las hortalizas en dos partes.

—Tú comerás tu parte y yo la mía —dijo.

—No hay suficiente para uno solo, y menos para los dos. Lo mejor es que te lo comas tú todo —insistió él—. De todas formas, nunca me han gustado mucho las hortalizas crudas.

—Entonces, déjalas ahí. Yo no las pienso comer. Si no te gustan las hortalizas, cómete la hierba.

Von Horst no dijo nada y comenzó a mascar un tubérculo. Aquello era mejor que nada fue lo único que se le ocurrió pensar. Mientras comía, la muchacha le miraba ocasionalmente de reojo, de manera furtiva. En una de esas ocasiones, él también la miró de reojo y sorprendió su mirada con la suya. Ella la retiró rápidamente.

—¿Por qué no te gusto, La-Ja? —preguntó él—. ¿Qué es lo que he hecho?

—No quiero hablar de eso. No quiero hablar de nada contigo.

—No estás siendo sincera —protestó él—. Si supiera lo que te he hecho podría intentar corregirlo. Todo sería más fácil si fuésemos amigos, pues todavía tendremos que vernos mucho antes de llegar a Lo-har.

—Nunca llegaremos a Lo-har.

—No pierdas la esperanza. Esta gente es estúpida. Seremos capaces de burlarlos y escapar.

—No lo haremos; pero, aunque lo hiciéramos, tú no vendrías a Lo-har.

—Yo iré a dondequiera que tú vayas —repuso él obstinadamente.

—¿Por qué quieres ir a Lo-har? Lo único que conseguirás es morir. Gaz te partirá en dos. ¿Pero por qué insistes en ir allí?

—Porque vas tú —dijo apenas en un susurro, casi como si se lo dijese a sí mismo.

La joven le miró intensa, interrogativamente. Su expresión sufrió un cambio apenas perceptible, pero él no llegó a darse cuenta porque no la estaba mirando. Pareció un poco menos inflexible. Era algo similar a la diferencia entre el granito y el hielo: el hielo es frío y duro, pero se derrite.

—Si tan solo me dijeras lo que he hecho —insistió él—, el motivo por el qué no me soportas...

—No puedo decírtelo —repuso ella—. Si no fueras tan estúpido, ya lo habrías comprendido.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo—, pero supongo que lo soy; así que, por favor, explícame por qué soy tan estúpido.

—No —contestó ella enfáticamente.

—No podrías al menos darme una pista. Tan solo un pequeño indicio.

Ella lo pensó durante un instante; luego dijo:

—De acuerdo. ¿Recuerdas cuando me golpeaste y me sacaste de Basti por la fuerza?

—Lo hice por tu propio bien, y ya me disculpé por ello —le recordó.

—Pero lo hiciste.

—Sí.

—Y no hiciste nada al respecto —insistió ella.

—No sé lo que quieres decir —contestó desesperado.

—Si pudiera creerte te perdonaría, pero no puedo creer que exista nadie tan idiota.

Intentó buscar alguna explicación a aquel acertijo, pero por más que se estrujó el cerebro no pudo encontrar ninguna. ¿Qué es lo que podía haber hecho al respecto?

—Tal vez ninguno de los dos entienda al otro —dijo La-Ja al instante—. Dime exactamente por qué insistes en venir a Lo-har conmigo. Si tu motivo es el que empiezo a sospechar, entonces te diré por qué no me gustas.

—Me parece bien —exclamó él—. Quiero ir contigo a Lo-har porque...

En ese momento dos hombres bisonte entraron en la choza e interrumpieron la conversación.

—¡Vamos! —ordenó uno de ellos—. Kru ha decidido que mueras ya.



Capítulo XX

La rugiente manada

Los dos ganaks también le hicieron una señal a La-Ja para que les acompañara.

—Kru también ha enviado a por ti —dijo—; pero tú no vas morir.

Mientras atravesaban el poblado hacia la choza del jefe, vieron que la mayoría de los ganaks se hallaban tendidos a la sombra de los numerosos árboles que crecían en el cercado. Algunos comían la hierba que había sido cortada por los esclavos; otros la rumiaban, adormecidos y con los ojos semicerrados. Varios niños practicaban algunos juegos breves y esporádicos, pero los adultos ni jugaban ni reían ni conversaban. Eran verdaderos rumiantes, incluso en lo estúpido de su comportamiento. No llevaban ropa ni ornamentos; ni siquiera tenían armas.

A su carencia de armas y a su estupidez atribuía von Horst el que no le hubieran privado de las suyas. Todavía tenía su arco, sus flechas y su cuchillo, aunque no había conseguido recuperar su lanza, perdida durante la pelea que había seguido a la muerte de Drovan.

Los prisioneros fueron conducidos ante Kru, quien se hallaba tendido a la sombra del árbol que se extendía sobre su choza, la cual recientemente había pertenecido a Drovan. Les miró a ambos a través de unos ojos ribeteados de rojo; pero su mirada se fijó principalmente en La-Ja.

—Me quedaré contigo —dijo—. Pertenecerás al jefe. Dentro de un rato irás a la choza. Ahora permanecerás aquí, viendo como muere el gilak. También morirás si haces que Kru se irrite.

A continuación, se volvió hacia el hombre bisonte que se hallaba tendido a su lado.

—Splay, dile a los esclavos que traigan el agua de danzar y el árbol de la muerte.

—¿Qué pretendes? —preguntó von Horst—. ¿Por qué quieres matarme? Si no hubiera sido por mí, no serías jefe.

—Tenemos demasiados esclavos —gruñó Kru—. Comen demasiado. El agua de danzar es buena; el árbol de la muerte, divertido.

—¿Divertido para quién? ¿Acaso para mí?

—No, divertido para los ganaks. No para los gilaks.

En ese momento Splay regresó con varios esclavos. Algunos de ellos transportaban un árbol al que le habían despojado de todas sus ramas. Otros hombres y mujeres portaban una gran cantidad de haces de leña, una serie de toscos jarros y varias calabazas llenas de líquido.

Al verlos, los hombres bisonte empezaron a llegar desde todas las partes del poblado. Las mujeres también se aproximaron, pero los más jóvenes se quedaron aparte. Se sentaron formando un gran círculo alrededor del árbol que había frente a la choza del jefe. Un esclavo entregó un jarro a uno de los que se hallaban en el círculo. Este le dio un largo trago y se lo pasó al siguiente. De esa forma, el jarro empezó a recorrer el círculo. Los esclavos trajeron más jarros y calabazas que siguieron al anterior alrededor del círculo. Cuando uno se vaciaba, otro le reemplazaba en ese mismo punto.

Los esclavos que habían traído el árbol cavaron un hoyo en el suelo, en el espacio abierto que había entre la choza del jefe y la puerta del poblado. Cuando fue lo suficientemente profundo, colocaron en él el árbol y lo asentaron con tierra a su alrededor. Sobresalía unos seis pies del suelo. Mientras esto se llevaba a cabo, muchas eran las calabazas y jarros que habían recorrido ya el círculo. Ahora las mujeres y los hombres bisonte bramaban y rugían. En ese momento, una de las mujeres se levantó y comenzó a saltar y a brincar de un modo grotesco, en una torpe imitación de danza. Al instante se la unieron varios individuos más, tanto hombres como mujeres, hasta que todos los adultos del poblado saltaron, se tambalearon y dieron bandazos por todo el cercado.

—«Agua de danzar» —comentó von Horst a La-Ja con una

sonrisa.

—Sí, es el agua que priva a los hombres de su mente. A veces convierte a los cobardes en hombres bravos, y a los hombres bravos en bestias, pero siempre les vuelve estúpidos. A Gaz le gusta mucho beberla cuando va a matar a alguien.

—Eso debe ser el árbol de la muerte —dijo von Horst, indicando hacia el joven árbol que los esclavos habían terminado de colocar. Ahora estaban apilando hierba, hojas secas y leña a su alrededor.

—¡El árbol de la muerte! —murmuró La-Ja—. ¿Por qué lo llamarán así?

—Supongo que por mi causa —dijo el hombre.

—¿Pero cómo pretenden hacerlo? No lo entiendo. Es imposible que vayan a... ¡Oh, no! ¡No pueden estar pensando en hacer algo semejante!

—Pues me parece que es lo que se proponen, La-Ja. Es curioso, ¿verdad?

—¿El qué es curioso?

—Que unas criaturas que se hallan tan cerca de las bestias, hayan pensado en algo que no se le habría ocurrido a ninguna bestia. Solo el hombre, de entre todos los animales, es capaz de idear la tortura para su diversión.

—Nunca había pensado en ello —contestó la muchacha—, pero es verdad; como también es cierto que solo el hombre consume la bebida que le priva de su razón y le convierte en una bestia.

—En una bestia no, La-Ja; solo le hace más humano. Le hace desprenderse de sus inhibiciones y le permite ser él mismo.

La muchacha no respondió, sino que permaneció mirando fascinada al poste situado en el centro del cercado. Von Horst observó su bello perfil, preguntándose qué estaría pasando por su pequeño cerebro semisalvaje. Sabía que el final se estaba aproximando rápidamente, pero aún no había hecho ningún intento por escapar de la horrible muerte que los esclavos estaban preparando para él. Si solamente hubiera tenido que pensar en sí mismo, hubiera buscado su libertad y moriría peleando. Pero estaba La-Ja, y la libertad de la muchacha le era más preciada que la suya propia.

A su alrededor, los hombres bisonte mugían y danzaban. Escuchó a Kru gritar:

—¡Fuego! ¡Fuego! Haced hogueras para que dancemos a su alrededor. ¡Más agua de danzar! ¡Traed más agua de danzar, esclavos!

Mientras algunos esclavos volvían a llenar los jarros y las calabazas, otros encendieron una gran hoguera cerca del poste. Inmediatamente la rugiente manada comenzó a danzar a su alrededor. A la vista del fuego, el comportamiento de los hombres bisonte se hizo más incontrolado, más ruidoso, más bestial; y con el estímulo añadido de la nueva provisión de bebida, dejaron a un lado toda inhibición.

De izquierda a derecha, los hombres bisonte empezaban a caerse por el suelo. Aquellos que permanecían en pie habían bebido tanto que apenas podían sostenerse. En ese momento, uno de ellos gritó a los demás:

—¡El gilak! ¡Al árbol de la muerte con él!

Su grito fue coreado en todo el cercado por todos aquellos que todavía podían hablar. A continuación, Kru se acercó tambaleante a von Horst.

—¡Al árbol de la muerte con él! —mugió.

Entonces se fijó en La-Ja.

—¡La muchacha! —exclamó.

Era como si se hubiera olvidado de su existencia hasta que sus ojos se habían posado de nuevo en ella.

—¡Ven conmigo! —dijo extendiendo una sucia garra para cogerla—. Perteneces a Kru.

—¡No! —exclamó von Horst, interponiéndose entre ellos y golpeando a Kru en el rostro, derribándole al suelo.

Cogiendo a La-Ja de la mano, comenzó a correr hacia la puerta del poblado, que había sido abierta por los esclavos al traer el árbol y la leña para la hoguera. Tras ellos, toda la manada de hombres bisonte empezó a rugir de rabia, dándose cuenta a través de sus embotadas mentes de que los prisioneros estaban intentando fugarse. Delante de ellos se hallaban los esclavos. ¿Intentarían detenerles? Von Horst soltó la mano de La-Ja y se despojó del inútil cinturón de cartuchos. ¿Inútil? No del todo. Un esclavo que intentó frenar su huida, vio como von Horst le golpeaba en la cabeza con el cinturón de cuero, derribándole al suelo.

Al ver caído a su compañero y tras mirar el rostro de von Horst,

los esclavos comenzaron a apartarse de su camino; pero ahora eran los hombres bisonte los que emprendían la persecución. Sin embargo, una mirada atrás le reveló a von Horst que se les podía distanciar rápidamente. La mayoría de ellos tenían dificultades para sostenerse en pie, mientras que los que aún podían moverse, lo hacían de manera tan errática que la mera idea de que pudieran perseguirles parecía ridícula. No obstante, lo cierto es que no dejaban de aproximarse. Y la puerta aún quedaba muy lejos. Para su desánimo, von Horst vio que varios hombres bisonte comenzaban a dar muestras de recobrar el juicio, si bien aquel vil brebaje aún mantenía incapacitados a la mayoría. En cualquier caso, se habían puesto en pie los suficientes como para formar un amenazador grupo, que ahora era el que perseguía a los fugitivos.

—Voy a hacer que aparten su atención de nosotros —dijo von Horst, arrojando su cinturón de cartuchos a la rugiente hoguera.

Ya en la puerta, se volvió de nuevo a La-Ja.

—Corre —le dijo—. Intentaré contenerles unos momentos.

Entonces se giró e hizo frente a los primeros de los hombres bisonte. Habría apenas una docena lo bastante sobrios como para coordinar sus movimientos e intentar mantener la persecución. El resto continuaba desperdigado alrededor de la hoguera o yacían incapacitados en el suelo. Incluso la docena que los perseguía, daba tumbos de un lado a otro.

Von Horst disparó una flecha contra el más cercano de sus perseguidores. Tras alcanzarle en el estómago, vio como caía al suelo, chillando y mugiendo. Una segunda flecha abatió a otro de ellos. Pero el resto estaba ya muy cerca, demasiado como para sentirse cómodo. Disparó una nueva flecha contra un tercero. Ahora sí que se detuvieron, al menos momentáneamente. En ese instante comenzaron a estallar los cartuchos arrojados a la hoguera. A la primera detonación, los que perseguían a los fugitivos se giraron para ver la causa de aquel extraño y sorprendente ruido. Simultáneamente, von Horst se dio media vuelta y comenzó a correr.

Sorprendido, vio que La-Ja se hallaba en pie detrás de él, si bien la muchacha también empezó a correr en el instante en que vio que lo hacía von Horst.

—Me parece que antes te dije que echases a correr —le dijo.

—¿Y de qué me hubiera valido si te hubiesen matado o te hubieran vuelto a capturar? —inquirió la muchacha—. Me habrían vuelto a coger, aunque no les hubiera servido de nada. Kru no me tendrá jamás.

En ese momento se dio cuenta de que la muchacha tenía en su mano un cuchillo de piedra. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en su seguridad. Hubiera querido tomarla en sus brazos por la afinidad que sintió en ese instante hacia ella. Pero cuando estás intentando escapar de una muerte inminente, no es el momento más adecuado para tomar a una mujer que te odia entre tus brazos.

—Si me hubieras hecho caso podrías haber conseguido escapar y haber llegado a Lo-har —protestó él.

—Hay otras cosas en el mundo además de llegar a Lo-har —respondió la muchacha enigmáticamente.

Ya se hallaban a cierta distancia de la puerta del poblado. A sus espaldas se alzaba la confusión generada por la explosión de los cartuchos y los enloquecidos bramidos de los hombres bisonte. Ante ellos se extendía un abierto y ondulado valle con muchos árboles. A su izquierda se hallaba el gran bosque y, a su derecha, una franja de árboles situados al pie de unas colinas boscosas.

Von Horst giró a la derecha.

—El bosque está más cerca —sugirió La-Ja.

—Pero está en dirección contraria —contestó él—. Lo-har se encuentra por aquí, ¿no es verdad?

—Sí, así es.

—Además, si nos introducimos en el bosque, corremos el riesgo de perdernos, y no tengo que decirte adónde podríamos ir a parar.

La-Ja echó una mirada atrás.

—Creo que nos están ganando terreno —dijo—. Son muy rápidos.

Von Horst se dio cuenta de que nunca alcanzarían las colinas por delante de sus perseguidores. Aquella huida solo estaba retrasando lo inevitable.

—Aún me quedan unas cuantas flechas —dijo—. Podemos intentar contenerles antes de que nos den alcance. Tal vez suceda un milagro, aunque la verdad es que tendrá que ser un auténtico milagro. En caso contrario, no nos quedará más remedio que detenernos aquí y resistir. Quizá sea capaz de matar los suficientes

como para atemorizar al resto y poder hacer un nuevo intento por llegar a las colinas.

—No nos darán esa oportunidad —dijo La-Ja—. Mira allí, junto al poblado.

Von Horst dejó escapar una exclamación. Un elevado número de guerreros salía del poblado. Evidentemente, Kru estaba enviando a todos los que aún podían tenerse en pie para que se unieran a la persecución.

—Me parece que nos las vamos a tener con un invierno bastante duro —comentó.

—¿Un invierno? —inquirió La-Ja—. ¿Dónde está? Solo veo a los ganaks.

La muchacha jadeaba de cansancio y sus palabras salían entrecortadas.

—Déjalo estar. Haremos mejor en reservar nuestro aliento para seguir corriendo.

Tras esas palabras, dedicaron todas sus energías a la tarea de distanciar a sus perseguidores; pero era inútil. Constantemente perdían terreno. No obstante, se hallaban muy cerca de las colinas y de la pequeña franja de bosque que casi las ocultaba de su visión.

Von Horst no sabía por qué estaba convencido de que su salvación residía en llegar a aquellas colinas; sin embargo, así lo sentía, y su juicio parecía verse justificado por la circunstancia de que los hombres bisonte daban la impresión de estar ansiosos por alcanzarles lo antes posible. Si hubieran estado seguros de que no podrían escapar ni aún cuando alcanzasen las colinas, sería razonable asumir que no habrían mostrado tanta urgencia y nerviosismo: les perseguirían con más calma, sin tanto esfuerzo.

De repente La-Ja tropezó y se fue al suelo. Von Horst se detuvo y en un instante estuvo a su lado. La joven parecía sentirse desfallecida mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—Es inútil —dijo ella—. No puedo seguir. Llevo mucho tiempo huyendo de Skruf sin comer ni descansar. Me encuentro muy débil. Vete sin mí. Tú solo conseguirías salvarte fácilmente. Ya has hecho todo lo que estaba en tu mano.

—No te preocupes —respondió él—. Resistiremos aquí. De todas formas, habríamos tenido que detenernos tarde o temprano.

Se volvió para mirar a las cada vez más cercanas semibestias. En

un momento se hallarían a tiro de flecha. Solo disponía de seis flechas y contaba nueve perseguidores. Si abatía a seis de ellos, podría ser capaz de vérselas con los otros tres; ¿pero qué iba a hacer con el enjambre que había salido del poblado y que ya descendía por el valle?

Pensaba en lo inútil que iba a resultar su intento de resistencia ante semejantes criaturas, cuando de repente algo le impulsó a mirar a la muchacha. Fue uno de esos extraños fenómenos síquicos que la mayoría de nosotros ha experimentado en alguna ocasión y que muchos investigadores expertos ridiculizan. En cualquier caso, fue un extraño impulso el que le hizo a von Horst a girarse. Fue tan poderoso, que le hizo darse la vuelta de manera perentoria. Al hacerlo, lanzó un grito de alarma y se abalanzó hacia la muchacha, agarrándole la muñeca.

—¡La-Ja! —exclamó—. ¡Gracias a Dios que te he visto a tiempo!

Arrebatándola el cuchillo de piedra de entre los dedos, se lo quitó de la mano. Un sudor frío empezó a recorrer su cuerpo, aún estremecido.

—¿Pero, La-Ja, cómo has podido...? ¿Cómo has podido pensar en...?

—Es lo mejor para ambos —respondió ella—. Si yo muero, tú podrás escapar. Si nos capturan moriremos los dos, porque a ti te matarán y yo tendré que acabar con mi vida. Jamás perteneceré a Kru.

—No —convino él—; en eso tienes razón. Pero al menos espera a que hayamos perdido todas las esperanzas.

—Ya no tenemos ninguna esperanza. Tú ya has hecho demasiado por mí. Lo menos que yo puedo hacer ahora es intentar salvarte. Devuélveme mi cuchillo.

Von Horst negó con la cabeza.

—Si me capturan sin mi cuchillo, no podré escapar de Kru.

—Te lo devolveré si me prometes no utilizarlo hasta que yo haya muerto —dijo él—. Mientras esté vivo, todavía hay esperanzas.

—Te lo prometo —contestó la muchacha—. No quiero morir. Lo único que pretendo es salvarte.

—¿Pretendes salvarme a pesar de que me odias? —preguntó casi con una sonrisa.

—Es posible —contestó ella sin sonreír—. O tal vez no quiera

estar en deuda con alguien que no me gusta; o quizás...

Von Horst le devolvió el cuchillo.

—Me lo has prometido —le recordó.

—Mantendré mi promesa. ¡Cuidado! ¡Los tienes muy cerca!

Al darse la vuelta, descubrió que los hombres bisonte ya estaban a tiro. Colocó una flecha en su arco y les observó. Ellos le vieron y empezaron a aproximarse con más lentitud; luego se desplegaron para ofrecerle un peor blanco. Von Horst casi no podía dar crédito a que demostrasen tanto sentido común.

—Tengo situados a algunos —comentó a La-Ja—. Preferiría que intentases llegar a las colinas. Creo que puedes conseguirlo. Estoy seguro de poder retenerles aquí durante un buen rato.

La muchacha no le respondió y él no pudo apartar la vista de los hombres bisonte lo suficiente como para poder mirar hacia ella. Su arco vibró. Uno de los hombres bisonte dejó escapar un grito y cayó al suelo.

—Me estoy haciendo muy bueno en esto del arco —comentó en voz alta.

Aquella muestra de infantil orgullo en la misma antesala de la muerte le hizo sonreír. Se le ocurrió que si se hallase en casa podría dedicarse a hacer exhibiciones por las ferias de los pueblos. Quizás incluso podía aprender a disparar de espaldas con ayuda de un espejo, como había visto hacer a los expertos en el manejo del rifle. La situación tendría su gracia. Se imaginó el embarazo de sus amigos y de sus compañeros oficiales cuando vieran las grandes litografías a color anunciando la llegada del «teniente Frederick Wilhelm Eric von Mendeldorf und von Horst, campeón mundial de tiro con arco. Entrada 25 chelines». Disparó una nueva flecha, aún con la sonrisa en la boca.

—Tal vez debería poner más cara la entrada —musitó mientras otro hombre bisonte caía al suelo—. Soy muy bueno.

La-Ja interrumpió el curso de sus pensamientos con una exclamación de desesperación.

—¡Se está acercando un tандor, Von! —exclamó—. Viene hacia aquí. ¡Tiene erizada la cola y se está acercando directamente hacia nosotros! Debe tratarse de un animal viejo que se ha vuelto loco. Son terribles cuando se hallan en ese estado.

Von Horst echó un vistazo hacia atrás. En efecto, se acercaba un

mamut, y venía recto como una flecha hacia ellos. No podía haber duda de que les había visto y de que avanzaba a la carga. Cuando se halló más cerca de ellos soltó un bramido. Su cola, su trompa y sus orejas estaban erizadas. Arremetía contra ellos como una locomotora fuera de control. Ahora sí que no había ninguna salida. Tenían a los hombres bisonte delante de ellos y a un enloquecido mamut a su espalda.

—No parece que este vaya a ser nuestro día de suerte —dijo.

—¿Día? —inquirió La-Ja—. ¿Qué es un día?

Los hombres bisonte observaban al mamut. Por detrás, sus compañeros se aproximaban rápidamente. Pronto estaría a menos de cien yardas de ellos. Von Horst se preguntó si aguantarían la embestida del mamut. No llevaban armas. ¿Cómo pensarían defenderse? Entonces, al mirar de reojo al mamut, su corazón dio un salto. Ahora se encontraba muy cerca y estaba a punto de cargar. En su quijada izquierda se apreciaba claramente un mechón de blanco pelaje. Al instante, hizo la llamada con la que la enorme bestia había llegado a familiarizarse. Simultáneamente, la gran trompa se alzó, un bramido estremeció la tierra y el Gran Blanco agachó su cabeza para embestir.

Von Horst cogió a La-Ja en sus brazos y permaneció de pie en el camino del gigantesco monstruo. ¿Sería posible que no le reconociera el Gran Blanco? ¿O que realmente hubiera enloquecido y se sintiera deseoso de matar, sin importarle a quién, sencillamente por el placer de matar?

La muchacha se aferró más al hombre. Este sintió sus brazos alrededor del cuello, sus firmes y jóvenes pechos presionando contra su cuerpo, y se resignó a su suerte. Si aquello era la muerte, no podía haber elegido un mejor final: en brazos de la mujer que amaba.

Con un bramido de rabia, el Gran Blanco pasó tan cerca de ellos que casi les tiró al suelo al precipitarse sobre los hombres bisonte. Estos se dispersaron, pero no llegaron a huir. Entonces von Horst pudo apreciar cómo luchaban contra el poderoso tander.

Echándose a un lado, saltaron a continuación sobre él, hiriendo con sus cuernos el vientre y el enorme costado de la bestia mientras esta pasaba velozmente a su lado. Cayeron repelidos por el impacto, pero de inmediato volvieron a ponerse en pie. Mientras un grupo de

ganaks atraía la atención del Gran Blanco, otros cincuenta se precipitaron sobre sus costados y retaguardia, intentando desgarrarle con sus firmes cuernos.

Tal vez hubieran vencido a otros mamuts con esa estrategia, pues era evidente que no estaban siguiendo sino una acostumbrada rutina, pero el Gran Blanco no era como los otros mamuts. Al sentir que unos cuernos le desgarraban sus fuertes costados, cesó de embestir. No volvería a dejar a ninguna de aquellas criaturas a su espalda. Comenzó a avanzar muy despacio hacia sus enemigos, recordando a von Horst un enorme gato acechando a unos pajarillos. Los hombres bisonte esperaban su carga, dispuestos a echarse a un lado para luego saltar sobre él y desgarrarle con sus cuernos. Pero el Gran Blanco no embistió. Se acercó un poco más y después llevó a cabo una breve y violenta acometida, atrapando a un hombre bisonte, volteándole por encima de su cabeza y arrojándole a continuación con una fuerza terrorífica entre sus compañeros, derribando al menos a una docena de ellos. Antes de que pudieran volver a reagruparse, el Gran Blanco ya estaba encima, aplastándoles y lanzándoles por los aires, hasta que finalmente, aquellos que se las habían arreglado para eludirle, estuvieron contentos de poder correr hacia su poblado tan rápido como les fue posible.

El mamut les persiguió durante un cierto trecho, cogiendo a algunos rezagados y lanzándoles contra los aterrorizados y mugientes fugitivos; luego, dándose media vuelta, avanzó a un paso lento y oscilante hacia la muchacha y von Horst.

—¡Ahora quiere acabar con nosotros! —gritó La-Ja—. ¿Por qué no huimos cuando tuvimos oportunidad de hacerlo?



Capítulo XXI

Abandonado

—**N**o nos hará ningún daño —le aseguró von Horst.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la muchacha—. ¿Acaso no has visto lo que ha hecho con los ganaks?

—El Gran Blanco y yo somos amigos.

—Este no es momento para reír con palabras —dijo ella—. Es una actitud muy valiente, pero no tiene sentido.

El mamut se estaba aproximando. La-Ja, involuntariamente, se acercó todavía más a von Horst. Este extendió un protector brazo sobre la muchacha y la atrajo hacia sí. Era evidente que su actitud, aparentemente, desmentía sus repetidas aseveraciones de disgusto, y se preguntó si el temor podía haber vencido tan rápidamente su orgullo. Eso no encajaba con la

La-Ja

que conocía. Se sintió confundido pero no quiso ser demasiado insistente en cuestionar cualquier circunstancia que la arrojase en sus brazos. El simple hecho le bastaba. Lo único que se sentía capaz de hacer era reconocer que tenía otra deuda de gratitud con el Gran Blanco.

El mamut se detuvo frente a ellos. Parecía estar cuestionándose la presencia de la muchacha. El único temor de von Horst era que la gigantesca bestia salvaje no la aceptara. Él solo conocía un amigo humano. Todos los demás eran enemigos a los que matar. El hombre le habló y le acarició la trompa con la que intentaba alcanzar a la muchacha. Luego le dio la orden de que les izase hasta su espalda. Hubo un momento de vacilación mientras la sensible trompa se movía lentamente sobre

La-Ja.

La joven no contrajo ni un músculo, algo de lo que von Horst le estuvo internamente agradecido. ¡Qué valiente era! La trompa les rodeo y de nuevo los brazos de la muchacha se abrazaron a su cuello. El Gran Blanco apretó su presa. Von Horst le repitió la orden de izarles y, a continuación, se vieron levantados del suelo y depositados detrás de la enorme cabeza. A la señal del hombre, el mamut emprendió la marcha hacia

Lo-har.

La-Ja dejó escapar un pequeño suspiro entrecortado.

—No puedo entenderlo —dijo—. ¿Cómo has conseguido que te obedezca un tador salvaje?

Von Horst le contó su primer encuentro con el Gran Blanco y todo lo ocurrido desde entonces: su cautividad entre los hombres mamut, lo sucedido en el pequeño cañón y su huida final.

—Vi como atacabas a Frug —dijo ella—. Luego Skruf me arrastró hacia el río y nunca supe si te habían capturado o te habían matado. Skruf me escondió en una cueva que había junto al río. Me puso una mordaza de hierbas en la boca para evitar que pudiera llamar la atención de los hombres mamut. Les oí como nos buscaban. Prefería ser capturada por ellos que llevada a Basti, y Skruf lo sabía. Pensé que tú también podías estar prisionero entre ellos.

Rápidamente se contuvo, como si hubiera hablado sin pensar lo que decía.

—Naturalmente no me preocupaba por ti. Era solo que el país de los hombres mamut está mucho más cerca de Lo-har que Basti. Permanecimos escondidos mucho tiempo; después emprendimos el camino hacia Basti, pero en la primera ocasión que nos detuvimos para dormir me escapé. Las cuerdas con las que me había atado se habían aflojado, así que pude deslizar mis manos entre ellas. Hui en dirección a

Lo-har.

Recorrí un largo camino y llegué a creer que estaba a salvo. Dormí muchas veces, por eso sé que llegué muy lejos. Me sentía contenta. Solo me encontré con unos cuantos carnívoros y en esas ocasiones siempre tuve un sitio donde esconderme; algún árbol o alguna caverna de estrecha entrada. No vi a ningún hombre hasta que en

una ocasión miré a mi espalda, desde la cima de una baja colina en la que me hallaba, y descubrí que Skruf me seguía. Se encontraba aún lejos pero le reconocí al instante. Él también me vio. Supe que me había visto porque de repente se detuvo y permaneció de pie durante un rato; luego salió en mi persecución. Me di media vuelta y corrí. Puse en práctica todo lo que sabía para hacerle perder mi rastro y durante algún tiempo creí haberlo conseguido. Pero no fue así. Cayó sobre mí mientras dormía e intentó llevarme de nuevo a Basti. Fue entonces cuando nos descubrieron los hombres bisonte. El resto ya lo conoces.

—Lo has debido pasar mal, La-Ja —dijo von Horst—. Casi no puedo entender como sigues aún con vida.

—No creo que lo haya pasado tan mal —repuso ella—. Muy pocas de las muchachas que son raptadas de su tribu consiguen escapar alguna vez de sus captores. A la mayoría las matan; el resto tienen que unirse a hombres que no les gustan. Eso es algo que yo nunca haría. Antes acabaría con mi vida. Creo que soy una chica muy afortunada.

—Pero ¿y todas las penalidades y peligros a los que has tenido que hacer frente? —insistió él.

—Oh, sí —admitió ella—. No es fácil tener que estar siempre sola y rodeada de enemigos. No es agradable, pero tampoco han sido tantos los peligros. Lo peor fueron los gorbis. No me gustó nada estar a su lado.

Von Horst estaba asombrado. Le parecía increíble que una muchacha pudiera haber pasado por lo que había pasado La-Ja sin sufrir una crisis nerviosa. Por el contrario, ella parecía tomárselo como algo natural. Era difícil no compararla con las jóvenes de su propio mundo y olvidar lo diferente que era el ambiente en el que habían crecido. Donde ellas habrían caminado con seguridad,

La-Ja

se habría sentido tan aterrorizada como ellas lo habrían estado en Pellucidar, si bien no era fácil ver a

La-Ja

aterrorizada bajo ninguna circunstancia.

A menudo le gustaba soñar que la llevaba con él al mundo exterior. Había tantas cosas, corrientes para él, que a la muchacha le asombrarían: su primer viaje en tren, en automóvil, en aeroplano;

la visión de los grandes edificios, los gigantescos transatlánticos, las enormes ciudades. Intentó imaginarse cuál sería la reacción de alguien que jamás hubiera visto semejantes portentos, que ni siquiera hubiera soñado con su existencia ni con la de la civilización que las había creado.

Ella encontraría muchas cosas estúpidas e inútiles, como el llevar zapatos de alto tacón que le harían daño en los pies. Seguramente pensaría que era estúpido llevar pieles cuando no hacía frío o ir abrigada durante el día y semidesnuda por la noche. A ella la estorbaban las ropas; no le gustaban. Sin embargo, con la belleza de su rostro y de su figura, con su orgullo, su feminidad, pronto se acostumbraría; de eso estaba seguro.

¡Pobre La-Ja! Qué crimen sería dejar que la civilización la echara a perder. De todas formas, no había nada de lo que preocuparse. Ella nunca abandonaría Pellucidar. Si no había muchas posibilidades de que él regresara el mundo exterior, aún había menos de que pudiera llevarse a

La-Ja

con él. Ni a ella ni a ningún otro.

Entre semejantes ensoñaciones y algo de conversación con La-Ja fue transcurriendo el tiempo, mientras el Gran Blanco continuaba llevándoles en dirección a

Lo-har.

Incluso las grandes bestias de presa con las que se topaban en su camino se apartaban del paso del gigantesco mamut, de manera que su viaje transcurrió con tranquilidad, libre de la constante amenaza de los feroces carnívoros que constantemente les habrían acosado si lo hubieran realizado a pie.

Habían dormido tres veces y comido otras tantas, cuando La-Ja anunció que se estaban aproximando a Lo-har. Se detuvieron para descansar y dormir. Sería la última vez que durmieran antes de llegar a

Lo-har

y

La-Ja

parecía preocupada y abatida. Durante aquel último viaje se había mostrado agradable y amistosa, por lo que las esperanzas de von Horst habían vuelto a renacer, si bien tenía que admitir que aún no

le había dado ninguna razón para creer que le toleraba más que antes. En cualquier caso se había sentido muy feliz, más de lo que lo había sido desde que había penetrado en aquel extraño mundo, tal vez incluso más feliz de lo que lo hubiera sido nunca, pues jamás en su vida había estado antes enamorado.

Tras acampar, von Horst salió a la llanura y trajo consigo un pequeño antílope que había cazado con su arco y flechas cuyas tajadas asaron luego en un pequeño fuego. El Gran Blanco se dirigió pesadamente hacia un grupo de árboles a los que rápidamente despojó de sus hojas. El sol de mediodía caía sobre la abierta llanura en la que habían acampado y en la que los grandes rebaños pastaban pacíficamente, sin ser molestados por ningún carnívoro al acecho.

Von Horst sentía la paz y la tranquilidad que flotaban en el ambiente como si se tratase de una blanca nube sobre un mar veraniego; su talante estaba en armonía con su entorno. Sus ojos se posaron en

La-Ja,

sin poder apartar la mirada de ella. De sus labios pugnaba por salir una confesión de pasión que llenaba todo su ser.

En ese instante, la muchacha se volvió y captó su mirada sobre ella. Durante un momento sus miradas se sostuvieron; luego ella la desvió hacia la llanura y señaló un punto.

—Cuando volvamos a emprender nuestro camino, yo seguiré en esa dirección. Y lo haré sola.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él—. Lo-har no está por allí. Se encuentra justo delante de nosotros, en la dirección que estamos siguiendo.

—Hay un gran lago a nuestra izquierda —explicó ella—. Tendríamos que dar un rodeo para cruzarlo. Desde aquí no lo puedes ver porque se encuentra en una profunda cuenca rodeada de colinas.

—No dejaré que vayas sola —dijo él—. Iré contigo.

—¿Acaso no te he dejado ya claro muchas veces que no quiero que vengas conmigo? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me gustas? Márchate y déjame sola. Déjame volver en paz con mi propia gente.

La sangre afloró al rostro de von Horst. En su garganta había

palabras de amargura, pero no dejó que pasaran de ahí. Lo único que dijo fue:

—Voy a ir contigo porque... porque... porque no puedes ir sola. La muchacha se puso en pie.

—Ni te necesito ni quiero que vengas conmigo —dijo; luego se alejó y se tendió a la sombra de un árbol.

Von Horst se sentó abatido. El Gran Blanco, tras terminar de comer, bebió de un arroyuelo que había junto al campamento y se tendió a dormir bajo un árbol cercano. Von Horst sabía que permanecería allí y que sería mejor guardián que ningún hombre, así que se recostó en el suelo y pronto se quedó dormido.

Cuando se despertó, el Gran Blanco todavía se encontraba a la sombra, con su enorme y peludo cuerpo balanceándose suavemente de un lado a otro. Los rebaños seguían pastando en la amplia llanura. El eterno sol de mediodía aún brillaba serenamente sobre la pacífica escena. No debía de haber dormido más que unos minutos, si bien enseguida se dio cuenta de que bien pudiera haberlo hecho durante una semana. Miró hacia donde debía encontrarse La-Ja.

No estaba allí. Un repentino presentimiento le hizo levantarse de un salto. Rápidamente miró en todas direcciones. La muchacha no se hallaba a la vista. La llamó en voz alta una y otra vez, pero no obtuvo ninguna respuesta.

Se acercó al lugar donde había estado durmiendo y observó el suelo alrededor del campamento. No había ninguna señal de hombres o de bestias, aparte de las suyas propias, aunque eso no era del todo extraño, ya que la hierba constantemente era recortada por los rebaños que allí se alimentaban y, por tanto, no habría mostrado ningún signo de un paso fugaz.

De repente descartó la posibilidad de que La-Ja hubiera sido llevada de allí por la fuerza, ya fuera por hombres o bestias. Si hubiera existido algún intento de hacerlo, le habría llamado pidiendo ayuda y, además, con toda seguridad, el Gran Blanco habría protegido el campamento frente a cualquier intruso. Solo había una explicación:

La-Ja

se había marchado sola; se había fugado de su lado. Le había dicho que no quería que la acompañara. Su insistencia en seguir con ella,

a dondequiera que fuera, no la había dejado más alternativa que lo que había hecho: se había escapado de él.

Su orgullo estaba herido, pero no era nada comparado con el dolor que sentía en su corazón. Su mundo se había venido abajo. La vida ya no podía depararle nada. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Adónde se dirigiría? No tenía la menor idea de dónde se hallaba Sari, y solo en Sari tenía esperanzas de poder encontrar un amigo en todo aquel vasto y salvaje mundo. Sin embargo, permaneció indeciso durante poco tiempo; a continuación llamó al Gran Blanco, y, a su orden, la bestia le izó a su espalda. Cuando el mamut se puso en movimiento, von Horst le guio en una nueva dirección. Había tomado una decisión. Iba a ir a

Lo-har.

Mientras viviera no renunciaría a la posibilidad de conseguir a la mujer que amaba.

Urgió al Gran Blanco con la esperanza de poder alcanzar a la muchacha. Al no saber cuánto había dormido, era incapaz de saber la ventaja que le llevaba. Ella le había comentado que

Lo-har

se hallaba a solo una marcha del lugar de su último campamento. Avanzó hasta que se sintió prácticamente muerto de cansancio, e, incluso, al final, el Gran Blanco se negó a seguir adelante si no descansaba. Sin embargo, no había ninguna señal ni de

La-Ja

ni de ningún poblado, ni tampoco del gran lago que ella le había dicho que tendrían que rodear.

Se preguntó si estaría buscando en la dirección correcta, pues era bastante posible que el poblado se hallase a la izquierda o a la derecha de su línea de avance. No obstante, le parecía extraño que hubiera pasado cerca de algún poblado sin descubrir ningún rastro de seres humanos. Las partidas de caza siempre rondaban por los alrededores y la visión de cualquier extranjero les hubiera llevado a investigar, y probablemente a matar al extraño. No obstante, tenía alguna confianza en que, al conocer a

La-Ja,

su padre, Brun, el jefe de

Lo-har,

le escuchase en paz cuando le pidiera ser admitido en la tribu.

Por fin, no le quedó más remedio que detenerse para que el Gran Blanco pudiera comer y descansar. Cuando lo hicieron, junto a un pequeño arroyo, se dio cuenta de que él también necesitaba comida y descanso. Llevaba con él, envuelto en su propia piel, los restos del antílope que había cazado en su última parada. Con esto y algo de fruta, interrumpió su largo ayuno. Después se durmió.

Tendría que dormir mucho tiempo, pues se sentía excesivamente cansado, pero con su seguridad garantizada por la vigilante presencia del Gran Blanco, se durmió profundamente. Cuando despertó, sintió algo que le rozaba el pecho. No abrió los ojos de inmediato, puesto que reconoció el tacto de la húmeda punta de la trompa del Gran Blanco sobre su carne desnuda. Permaneció tendido, disfrutando un poco más de la sensual delicia de los breves instantes que van desde el despertar hasta la plena consciencia. Sin embargo, a medida que regresaba su consciencia, y con ella la posesión de sus facultades, fue percibiendo gradualmente un olor que no pertenecía al Gran Blanco. Era un olor fuerte y ácido. Lentamente, alzó sus párpados.

Un repentino estremecimiento recorrió su cuerpo al reconocer a la criatura que se hallaba sobre él, olfateándole, mientras lo inspeccionaba con su húmedo hocico. Se trataba de la más gigantesca y temida bestia de presa de todo Pellucidar, el ryth, el colosal oso de las cavernas largo tiempo atrás extinguido en la corteza exterior.

Cerró de nuevo los ojos y simuló estar muerto, pues había oído decir que un oso jamás atacaba el cuerpo de una presa muerta a no ser que la hubiera matado él mismo. Nunca había creído demasiado en la verdad de aquella aseveración, pero ahora era la única posibilidad que tenía. Lo único que podía hacer era quedarse quieto y esperar.

El hocico del animal se separó de su cuerpo. Dejó de oír su respiración. ¿Qué estaba haciendo? El suspense era enloquecedor y finalmente no pudo resistirlo más. El oso se hallaba de pie ante él, con la cabeza vuelta hacia un lado, mirando algo, olfateando, escuchando. Von Horst se hallaba en una pequeña oquedad del terreno, bajo un frondoso árbol. Tan solo era capaz de ver a una corta distancia en la dirección en la que miraba el oso. Este tampoco podía ver más allá de una pequeña loma que discurría

junto al arroyo en el que había acampado von Horst, pero había oído u olfateado algo que se aproximaba.

Von Horst pensó que debía tratarse del Gran Blanco que regresaba. Debía de haberse alejado del campamento mucho más de lo que solía acostumbrar. Iba a entablarse una batalla sangrienta cuando regresase y viera al ryth amenazando a su amigo. Von Horst sabía que el Gran Blanco no temía a nada, pero también era conocedor de la reputación del poderoso oso de las cavernas, de su bravura y belicosidad. Le habían dicho que una de aquellas enormes bestias podía acabar con un mamut con un solo golpe de sus terribles garras. Sin embargo, el Gran Blanco no era simplemente un mamut; era el mamut. Los hombres mamut afirmaban que no había otro que le igualase en tamaño, ferocidad y astucia. En ese momento, un hombre apareció sobre la elevación del terreno, quedando a la vista de von Horst y del oso. Estaba descendiendo la loma, por lo que, al no encontrarse directamente frente a ellos, aún no les había podido ver, puesto que se hallaban parcialmente ocultos por la densa sombra del árbol.

Se hallaba a medio camino del descenso de la loma, y von Horst ya creía que el oso le iba a dejar en paz, cuando les vio. Simultáneamente von Horst le reconoció. Era Daj, el joven guerrero de

Lo-har

con el que se había encontrado en el pequeño cañón de

Ja-ru,

el país de los hombres mamut.

Cuando Daj se percató de la presencia del oso buscó el árbol más próximo. Era la única defensa posible ante semejante criatura. En el momento en que empezó a correr, el oso lanzó un ensordecedor rugido y salió en su persecución. Von Horst se levantó de un salto. Estaba salvado, puesto que ahora podía subirse fácilmente al árbol antes de que el oso se diera media vuelta y fuese capaz de alcanzarle. ¿Pero y Daj? El árbol que le quedaba más cerca se hallaba demasiado lejos como para que pudiera llegar hasta él antes de que el oso se le echase encima, a pesar de que estaba poniendo en juego cada músculo de su cuerpo en el intento.

Al levantarse, von Horst había recogido el arco y las flechas, que se hallaban en el suelo, a su lado. En ellos vio una posibilidad de

salvar a Daj. Situando una flecha en su arco, tomó puntería y disparó. El dardo se clavó profundamente en la espalda del oso, haciéndole lanzar un rugido de dolor y de rabia que le llevó a darse media vuelta, con una presteza y una agilidad que desmentía su enorme masa, buscando a la temeraria criatura que se había atrevido a atacarle. En el mismo instante, sin un momento de pausa, cargó contra von Horst.

Había salvado a Daj, pero quizás había sobrestimado la seguridad de su propia posición al no haber contado con la sorprendente agilidad y rapidez del gigantesco ryth.

En el momento en que había disparado la primera flecha, ya estaba situando otra en su arco, inclinándola hasta hacer descansar su punta sobre su pulgar. Tras dispararla, arrojó el arco y saltó hacia la rama del árbol que se hallaba justo encima de su cabeza.

No le dio tiempo a saber si había acertado o no. El oso no se detuvo, sino que se abalanzó atronadoramente sobre él. Notó en sus piernas el aire que desplazaron sus afiladas garras mientras trepaba hacia lo más alto del árbol. Un profundo suspiro de alivio indicó el agradecimiento que sintió al conseguir escapar de una situación verdaderamente desesperada.

Cuando miró hacia abajo, vio al oso de pie debajo de él, dando zarpazos al emplumado dardo que se le había clavado en el lado izquierdo del pecho. Rugía, pero ya no con tanta fuerza, y la sangre manaba de su boca. Von Horst comprobó que su último disparo le había causado una seria herida aunque quizás no fuera fatal. Aquellas poderosas criaturas prehistóricas se aferraban tenazmente a la vida.

El oso asestó violentos zarpazos al dardo. Luego cayó hacia delante, se retorció espasmódicamente y se quedó inmóvil. Von Horst supuso que se había clavado o introducido la flecha en su propio corazón, pero no se aventuró a comprobarlo de inmediato. Miró hacia donde se encontraba Daj, pero no consiguió verle. Había mucho follaje entre los dos. Decidió llamarle en voz alta.

—¿Quién eres? —le llegó la respuesta.

—Los hombres mamut me llamaban Von. Nos conocimos en el pequeño cañón. ¿Me recuerdas?

—Sí; gracias a ti, ese día escapé de la muerte. No puedo olvidarte. ¿Qué le ha pasado al ryth? Le veo tendido en el suelo.

Parece como si estuviera muerto. ¿Qué es lo que le ha matado?

—Espera a que me asegure de que está realmente muerto —le advirtió von Horst—. Si lo está, bajaremos.

Cortando una rama del árbol con su cuchillo de piedra, la arrojó hacia el oso. La bestia no dio ninguna señal de haberlo notado. Von Horst se quedó satisfecho y se deslizó hasta el suelo.

Después de recobrar sus armas, Daj se acercó a él, con una amistosa sonrisa en el rostro.

—Has vuelto a salvarme la vida —dijo—, aunque aún no sé el porqué, puesto que no pertenecemos a la misma tribu.

—Pero pertenecemos a la misma raza —dijo von Horst—. Ambos somos gilaks.

El pellucidaro se encogió de hombros.

—Si todo el mundo pensara lo mismo, habría demasiados gilaks en Pellucidar y la caza no duraría mucho.

Von Horst sonrió al pensar en el vasto área que abarcaba el mundo interior, con su escaso número de habitantes, y los abarrotados suburbios del mundo exterior.

—Por el bien de los gilaks de Pellucidar, tal vez sea mejor no abogar entonces por la hermandad de todos los hombres —dijo.

—No sé de qué me hablas —admitió Daj—, pero me gustaría saber cómo has hecho para que muera el ryth.

Von Horst le mostró las ensangrentadas flechas que había extraído del cadáver.

—La que le alcanzó en el pecho fue la que le mató —dijo—. Se la clavó en el corazón.

—¡Estas pequeñas astillas de madera han matado a un ryth! —exclamó Daj.

—También ha influido mucho la suerte —admitió von Horst—, pero si consigues alcanzar con ellas el corazón de cualquier cosa, la matará.

—Sí, ¿pero cómo haces para alcanzarla? No puedes acercarte a un ryth lo suficiente como para poder clavárselas, y son demasiado ligeras para arrojárselas como si fueran una lanza.

Von Horst le enseñó el arco a Daj y le explicó cómo se utilizaba. El pellucidaro se mostró muy interesado. Después de examinarlo durante unos momentos, se lo devolvió.

—Haríamos mejor en marcharnos de aquí —señaló—. Ese ryth

bajó a la llanura a cazar. Su pareja puede estar rondando por este lugar. Si no le ve, seguirá su olor hasta que lo encuentre. Este no será un lugar seguro en el que hallarse.

—¿Hacia dónde te diriges? —le preguntó von Horst.

—Hacia Lo-har —contestó Daj—. He dormido muchas veces desde que salí de Ja-ru, pero ya solo tendré que dormir tres o cuatro veces más para llegar hasta allí.

—¿Tres o cuatro veces más? —inquirió von Horst—. Creí que me hallaba mucho más cerca de Lo-har.

—No —respondió Daj—. ¿Hacia dónde te diriges?

—Hacia Lo-har —contestó von Horst.

—¿Por qué vas allí?

—No tengo ningún otro sitio a donde ir. Procedo de otro mundo al que posiblemente nunca podré regresar. Conozco a alguien en Sari que es amigo mío, pero soy incapaz de encontrar el camino hasta allí. En

Lo-har

también conozco a dos personas a las que no les disgusto, así que me dirijo allí para pedirle a Brun que me admita como miembro en su tribu.

—¿A quién conoces en Lo-har? —preguntó Daj.

—A La-Ja y a ti —contestó von Horst.

Daj vaciló unos instantes.

—Probablemente Brun acabe contigo —dijo—. Si no lo hace él, lo hará Gaz; pero si quieres ir a Lo-har, yo te llevaré hasta allí. Tanto da que mueras en

Lo-har

como en cualquier otro sitio.



Capítulo XXII

Gaz

Tres largas marchas en la dirección de la que procedía, llevaron a von Horst y a Daj hasta el campamento en que La-Ja le había abandonado, lo que le convenció de que la muchacha le había indicado deliberadamente un camino equivocado. La comprensión de aquel hecho, unida a la deserción del Gran Blanco, le dejó tan abatido que consideró seriamente la posibilidad de abandonar su inútil persecución de

La-Ja.

A pesar de todo, cuando Daj estuvo preparado para partir, después de que ambos hubieran dormido lo suficiente, von Horst le acompañó, si bien su desánimo aumentó al descubrir que la ruta hacia

Lo-har

era la que

La-Ja

y él habían estado siguiendo hasta el momento en que ella le había enviado en una dirección equivocada.

Otra larga marcha les llevó hasta un arenoso cañón y hasta los escarpados riscos de Lo-har, donde Daj fue recibido con mayores muestras de entusiasmo y afecto que las que previamente von Horst había visto exhibir a otros seres humanos de Pellucidar. Sin embargo, se mostraron cautos y suspicaces hacia von Horst, observándole con miradas hostiles mientras Daj les explicaba una y otra vez que aquel extranjero era un amigo que le había liberado de la cautividad y había salvado dos veces su vida.

—¿Qué busca en Lo-har? —les preguntó el centinela que les

había dado el alto por primera vez en las afueras del poblado. Aquella pregunta fue repetida constantemente por todos aquellos con los que se encontraban a medida que fueron avanzando.

En respuesta, Daj les explicaba que von Horst era un gran guerrero de otro mundo que deseaba quedarse a vivir en Lo-har como miembro de la tribu. Mientras tanto, sin prestar atención a los murmullos y comentarios que se levantaban a su alrededor, la ansiosa mirada de von Horst no dejaba de buscar a La-Ja.

—¿Dónde está Brun? —preguntó Daj—. Él es quien debe decidir si el extranjero se queda con nosotros o no.

—Brun no se encuentra en Lo-har —contestó un guerrero.

—¿Y dónde está?

—Es posible que haya muerto. Hemos dormido muchas veces desde que se marchó en busca de su hija, La-Ja.

—¿Y quién es ahora el jefe? —preguntó Daj.

—Gaz —contestó el otro.

Daj se quedó perplejo.

—¿Le han elegido los demás guerreros? —preguntó.

El otro negó con la cabeza.

—No; tomó el poder por su cuenta, amenazando con matar a cualquiera que se lo impidiera. Gaz es el más poderoso de todos los guerreros. Nadie ha querido poner en duda su derecho, aunque muchos ya lo habrían hecho si no se le temiera tanto. A nadie le gusta que sea él el que ostente el mando.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Daj mientras su mirada recorría el poblado.

—Ha salido detrás de La-Ja.

Von Horst se puso alerta al instante.

—¿Adónde ha ido ella? —preguntó.

Tanto Daj como el guerrero le miraron suspicazmente, dado que Daj no sabía nada del amor que von Horst sentía por La-Ja.

—¿Por qué lo quieres saber, extranjero? —le preguntó el guerrero, desconfiado.

—Si supiera adónde ha ido la mujer, sabría dónde encontrar al hombre.

Daj y el otro guerrero asintieron.

—Sí, es verdad —dijo Daj, que a continuación hizo la pregunta

que von Horst no se atrevía a realizar—. ¿Por qué ha salido Gaz en busca de

La-Ja?

Hace muchos sueños que se perdió, y su padre ya salió en su busca. Si Gaz quería ir tras ella, ¿por qué no lo hizo antes?

—No sabes lo ocurrido —dijo el guerrero—. La-Ja regresó hace pocos sueños y Gaz la reclamó como su compañera, pero ella le rechazó. Cuando la intentó llevar por la fuerza a su cueva, le eludió y se escapó de él.

—¿Y qué hizo Gaz? —preguntó von Horst.

—Salió tras ella. Sin duda, la atrapará y la hará su compañera. Es bueno que una chica, especialmente si es la hija de un jefe, muestre algo de espíritu. Seguro que Gaz lo prefiere así. Las que son demasiado fáciles de conseguir no le gustan tanto como las otras. Puede que

La-Ja

tan solo saliese del poblado y luego le esperase en las afueras para dejarse coger. No sería la primera muchacha que hace algo así.

—¿Por dónde se fue? —volvió a preguntar von Horst. Su voz sonó entrecortada.

—Si sabes lo que te conviene, será mejor que no molestes ahora a Gaz y esperes a que vuelva. Debe estar bastante furioso. Si yo fuera tú, extranjero, me alejaría de

Lo-har

tanto como me fuera posible antes de que Gaz regresara.

—¿Por dónde se fue? —repitió von Horst.

El guerrero movió su cabeza.

—Por allí —dijo señalando hacia el cañón—. Al otro lado del cañón hay un hermoso valle, un lugar adecuado para que un hombre tome a su compañera; o para que una mujer seduzca a su hombre.

Un estremecimiento recorrió a von Horst; luego, sin más palabras, partió hacia la cima del cañón, hacia el hermoso valle en el que una mujer podía seducir a su hombre.

Daj y el otro guerrero se quedaron mirándole mientras se alejaba. El primero hizo un ademán negativo con su cabeza.

—Esto no me gusta —dijo—. Es un buen amigo y un gran guerrero.

El otro se encogió de hombros.

—¿Qué más da? —comentó—. Simplemente, Gaz le va a matar un poco antes de lo que lo iba a hacer; eso es todo.

Mientras von Horst subía por la escarpada pendiente que conducía a la cima del cañón, su mente era un torbellino de esperanzas, temores y pasiones; de amor y de odio. Los últimos vestigios de civilización habían desaparecido, transformándose en un verdadero cavernícola de la edad de piedra. Al igual que algún primitivo ancestro de la corteza exterior había hecho hace eones, ahora buscaba a su rival con un propósito asesino en su corazón. En cuanto a la mujer que deseaba, estaba dispuesto a tomarla aun cuando fuese contra su voluntad.

Al otro lado de la cumbre se encontró con el valle más hermoso que jamás hubiera visto en su vida, si bien lo cierto es que apenas le dedicó un breve vistazo. Sus ojos buscaban algo infinitamente más bello. Mientras descendía al fondo del valle, buscó con la mirada algún rastro que le indicase la dirección que habían seguido. Finalmente lo encontró, en un sendero de caza bien marcado que discurría junto a un arroyo, el cual serpenteaba en dirección a un gran río que se podía distinguir tenuemente a través de la bruma de la distancia. Ocasionalmente, se veían las huellas de unos pequeños pies calzados con sandalias, y, sobreponiéndose a ellas, aparecían otras huellas más grandes que solo podían pertenecer a un hombre enorme.

Von Horst comenzó a seguir aquel sendero a un paso vivo. Hubiera querido llamar a la muchacha en voz alta, pero sabía que esta no le respondería aunque le oyera, pues ya le había dejado bien claro que su amor no despertaba en ella ninguna emoción que pudiera corresponder. Se preguntó vagamente qué había sido de su orgullo; cómo era posible que persiguiera a una mujer que le había rechazado; qué tuviera en su corazón el propósito de tomarla por la fuerza, aun cuando fuera contra su voluntad. Pensó que debería estar avergonzado de sí mismo, pero lo cierto es que no lo estaba. Durante unos instantes se sintió confuso. Entonces, se dio cuenta de que había cambiado. Ya no era el mismo hombre que había penetrado en el mundo interior, solo Dios sabía hacía cuánto tiempo. El entorno le había transformado; el salvaje Pellucidar le había reclamado como suyo.

Tan solo pensar en Gaz le hacía hervir de furia. Comprendió que había estado odiando a aquel hombre desde hacía tanto tiempo que no sabía cuánto. No le tenía miedo, del mismo modo que no temía a la muerte. Quizás era esto último lo que le hacía no temer a Gaz, pues todo lo que había oído de él hasta entonces, equivalía a una muerte segura.

Siguió avanzando con rapidez. No sabía lo lejos que se encontraban, ni tampoco tenía forma de saber cuánto había de verdad o de falsedad en las insinuaciones del guerrero que le había guiado hasta allí. La misma idea le ponía frenético; la posibilidad de que hubiera llegado demasiado tarde. Pero lo peor de todo era el angustioso temor de que

La-Ja

hubiera ido voluntariamente hasta allí y hubiera esperado a Gaz. Von Horst dejó escapar un gruñido y aceleró el paso. Si algún hombre había sufrido alguna vez las torturas de los condenados, ese era él.

Llegó a un punto en el que el sendero se bifurcaba. Un sendero más pequeño y menos marcado se giraba hacia la derecha, hacia el arroyo que se encontraba en esa dirección. Luego de un detenido examen, determinó que las dos personas a las que buscaba habían tomado el sendero más pequeño. En el lodo de la otra orilla del río, tras haberlo cruzado, volvió a encontrar su rastro, esta vez bien definido. Desde allí, el sendero se dirigía hacia la boca de una pequeña garganta. A partir de ese momento, solo tendría que seguir el camino marcado por la pendiente ascendente. De repente, escuchó un estrepitoso ruido por delante de donde se encontraba y la ronca voz de un hombre que gritaba, aunque no consiguió entender lo que decía. La voz procedía del otro lado de un recodo que hacía la garganta, lo que ocultaba de su vista al que había hablado.

A partir de ese momento hubiera tenido que moverse cautelosamente, pero no lo hizo en absoluto. Por el contrario, avanzó mucho más rápido, sin tomar ninguna clase de precaución. De pronto,

La-Ja

y Gaz aparecieron ante su vista. La muchacha ascendía precariamente por una diminuta cornisa que había en la pared de

un elevado risco. Sus pies descansaban en aquel precario apoyo, mientras que su cuerpo se aplastaba contra la pared del risco. Tenía los brazos extendidos y las palmas de sus manos se aferraban tenazmente a la dura piedra. Gaz, incapaz de escalar hasta esa altura, permanecía abajo, ordenando a

La-Ja

que descendiese. La escena que se desarrollaba, y las posiciones que ambos ocupaban, narraba lo ocurrido de una manera tan elocuente que von Horst fue incapaz de contener un suspiro de alivio: ¡no había llegado tarde!

Gaz cogió una piedra y la arrojó contra La-Ja.

—¡Baja o haré que te caigas! —rugió.

La piedra golpeó en la pared del risco, cerca de la cabeza de La-Ja. Gaz se agachó para recoger otra.

Ante el grito de von Horst, el Lo-hariano se giró sorprendido. El hombre del mundo exterior llevó una mano hasta su hombro para extraer una flecha e introducirla en su arco. No sentía remordimientos en disparar a un hombre que iba armado únicamente con una rudimentaria lanza y un cuchillo de piedra. Sin embargo, para su asombro, descubrió que su carcaj estaba vacío. ¿Dónde estaban sus flechas? Estaba seguro de que las tenía al entrar en

Lo-har.

Entonces recordó como algunos Lo-harianos le habían empujado de un lado a otro, zarandeándole e intentando golpearle. Con toda seguridad, alguno de ellos le había despojado de sus flechas.

Gaz se acercó beligerantemente hacia von Horst.

—¿Quién eres tú? —le preguntó—. ¿Qué buscas aquí?

—Vengo en tu busca, Gaz —contestó von Horst—. Vengo a matarte y a llevarme a la chica conmigo.

Gaz soltó un rugido y se aproximó más a von Horst. Le parecía inconcebible que otro guerrero se atreviera a cuestionar su supremacía. La-Ja volvió su cabeza lo suficiente como para ver lo que ocurría por debajo de ella. ¿Cuáles fueron sus sentimientos al reconocer a von Horst, lo que sin duda debió ocurrir inmediatamente? Quién puede saberlo. A decir verdad, ni siquiera dio la sensación de haberle visto, si bien, un momento después, mientras von Horst hacía frente a Gaz, pudo observar de reojo como

la muchacha comenzaba a descender. No sabía cuáles serían sus intenciones. Podía tanto dirigirse a ayudar al hombre que había elegido ante el inminente combate, como pretender aprovecharse de la distracción de los dos hombres e intentar escapar de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Gaz—. Nunca te había visto hasta ahora.

—Me llamo von Horst. La-Ja me pertenece a mí —gruñó el europeo.

—¿Sabes quién soy yo?

—Eres el hombre que me ha hecho atravesar un mundo para poderle matar —contestó von Horst—. Eres Gaz.

—¡Vete de aquí, Von! —gritó La-Ja—. ¡Márchate antes de que Gaz acabe contigo! Jamás seré tuya... ¡Ni aunque matases a un millar de hombres como Gaz sería tuya! ¡Huye! Huye mientras puedas.

Von Horst observó a Gaz. Era un hombre monstruoso, un verdadero gigante barbudo que debía pesar unas trescientas libras. Su aspecto era tan rudo, repulsivo y brutal como gigantesco era su tamaño. Sus dientes quedaron expuestos en una horrible mueca al cargar contra von Horst. Este no tenía miedo. Ya se había enfrentado antes con otros guerreros de la edad de piedra. Les faltaba habilidad: sus peludos y macizos cuerpos sugerían una fortaleza mayor de la que en realidad poseían. Von Horst había comprobado que era más fuerte que cualquiera de los que se había enfrentado anteriormente. Solamente le aventajaban en peso, lo que no siempre era una ventaja, puesto que les hacía perder agilidad.

La paciencia de von Horst con La-Ja ya había llegado a su fin. Quería acabar con Gaz tan rápido como le fuera posible para poder tener a la muchacha en sus manos. Incluso contemplaba la posibilidad de darla una paliza, pues estaba convencido de que se la merecía. Ahora pensaba totalmente en términos de la edad de piedra.

Cuando Gaz embistió contra él, von Horst le propinó un fuerte golpe en el rostro, mientras se echaba a un lado, apartándose del paso de su enorme mole. Gaz se tambaleó y dejó escapar un bramido de rabia. Luego se giró para abalanzarse sobre von Horst, desenvainando su cuchillo de piedra. También él deseaba acabar con el duelo lo antes posible. Estaba loco de furia por el hecho de

aquel hombre, más pequeño que él, le hubiera desafiado y hubiera conseguido hacer la primera sangre, por no decir nada de la presencia de la mujer a la que había elegido como compañera. Si todo seguía así, iba a ser el hazmerreír del poblado.

Von Horst vio el cuchillo en la mano de su adversario y también extrajo el suyo. Esta vez esperó a Gaz, que ahora se acercaba más despacio. Cuando estuvo lo bastante cerca de von Horst, saltó hacia él, lanzando un terrorífico golpe con su cuchillo hacia el pecho de su oponente. Von Horst lo desvió con su brazo izquierdo, hundiendo su arma en el costado de Gaz y saltando a un lado; pero, al hacerlo, su pie tropezó con una piedra que había en el suelo y cayó a tierra. Al instante, Gaz estaba encima de él, aplastando con su enorme mole el caído cuerpo de su adversario. Una gigantesca garra alcanzó su garganta, mientras la otra blandía el enorme cuchillo de piedra en dirección a su corazón.

Von Horst consiguió coger la muñeca de su adversario, deteniendo el avance de su cuchillo; pero con la otra mano Gaz le estaba extrayendo la vida, mientras seguía intentando liberar la que sostenía el cuchillo para clavárselo en el corazón. Había soltado su cuchillo al caer, y ahora, mientras intentaba mantener apartada de él el arma de Gaz, palpaba el suelo a su alrededor buscando la suya. Ocasionalmente dejaba a un lado su búsqueda para soltar un fuerte golpe al rostro de Gaz, lo que hacía que este aflojase la presa de su garganta, dándole así la oportunidad de respirar un poco de aire. Pero el hombre de la corteza exterior era consciente de que se estaba debilitando por momentos, y que, a menos que encontrara su cuchillo, pronto acabaría todo.

Volvió a golpear a Gaz con todas sus fuerzas y, de nuevo, tanteó el suelo en busca de su arma; pero en esta ocasión contactó con ella de inmediato, como si alguien la hubiera situado a su alcance. No se detuvo a buscar ninguna explicación al hecho, lo único que importaba era que se hallaba en posesión del cuchillo.

Vio a Gaz mirar de reojo hacia atrás y le oyó maldecir; luego enterró profundamente su arma en el costado izquierdo del cavernícola. Gaz gritó y, soltando su presa de la garganta de von Horst, intentó contener el brazo con el que este blandía el cuchillo; pero el hombre del mundo exterior le eludió, y, una y otra vez, clavó el cuchillo de piedra en su ensangrentado costado.

Gaz intentó levantarse y alejarse de von Horst, pero este le agarró por la barba y se lo impidió. Continuó golpeando una y otra vez, implacablemente. Los gritos de Gaz disminuyeron de intensidad. Su cuerpo comenzó a desplomarse hasta que con un estremecimiento final cayó inerte sobre el del vencedor.

Von Horst lo empujó a un lado y se levantó. Completamente cubierto de sangre, miró a su alrededor en busca de La-Ja: ahora era suya. La descubrió de pie, cerca de donde se encontraba, con los ojos muy abiertos, incrédula ante lo ocurrido. Se acercaba lentamente hacia él.

—¡Has matado a Gaz! —dijo en un atemorizado susurro.

—¿Y qué? —inquirió él.

—No pensé que fueras capaz de hacerlo. Creí que serías tú el que acabarías muerto.

—Lamento llevarte la contraria —dijo él—. Me pregunto si sabes lo que ahora significa esto.

—No estoy contrariada —respondió ella—. ¿Y qué es lo que esto significa?

—Significa que ahora eres mía. ¿Lo entiendes? ¡Me perteneces a mí!

Una sonrisa empezó a aparecer lentamente en el rostro de la muchacha, como la luz del sol entre las nubes que hubiera formado la duda.

—Te pertenecí desde nuestro primer encuentro —dijo—, aunque hayas sido demasiado estúpido para darte cuenta.

—¿Qué? —exclamó él—. ¿Pero qué estás diciendo? No has hecho más que rehuirme e intentar echarme de tu lado. ¡Esperaste a que me durmiera para abandonarme después de haberme indicado una ruta equivocada!

—Sí —contestó la muchacha—. Hice todas esas cosas. Las hice porque te quería. Sabía que si te lo confesaba, tú me corresponderías y me seguirías hasta

Lo-har,

y pensé que si venías aquí, acabarías muerto. ¿Cómo iba a suponer que serías capaz de matar a Gaz, algo que ningún hombre había podido hacer jamás?

—¡La-Ja! —susurró von Horst, mientras la tomaba en sus brazos.

Juntos regresaron al poblado de Lo-har. Allí, los guerreros y las

mujeres se congregaron a su alrededor.

—¿Dónde está Gaz? —les preguntaron.

—Gaz está muerto —contestó La-Ja.

—Entonces ahora podremos nombrar un jefe.

—Aquí tenéis a vuestro jefe —respondió la muchacha, poniendo su mano sobre el hombro de von Horst.

Algunos de los guerreros se echaron a reír; otros murmuraron.

—Es un extranjero. ¿Qué ha hecho para ser jefe?

—Cuando Brun se marchó, dejasteis que Gaz se proclamara como jefe porque le temíais. Le odiabais; sabíais que era un mal jefe, pero ninguno de vosotros tuvo el valor suficiente para hacerle frente. Von mató a Gaz con su cuchillo, en una pelea justa, y me ha tomado como compañera a mí, la hija de vuestro jefe. Hasta que Brun regrese, ¿quién de vosotros está más cualificado que él para ser nuestro jefe? Si alguno piensa lo contrario, que dé un paso al frente y se enfrente a él con las manos desnudas.

Y así, el teniente Frederick Wilhelm Eric von Mendeldorf und von Horst se convirtió en el jefe de los moradores de los riscos de Lo-har. Fue un jefe sabio, puesto que combinó la psicología de los hombres de las cavernas, de la cual ya tenía suficientes nociones, con el valioso conocimiento del mundo exterior. Para ellos casi se convirtió en un dios, por lo que no volvieron a lamentar la pérdida de Brun.

Después de algún tiempo, llegaron rumores de unas extrañas gentes que venían del sur. Poseían armas a las que ningún hombre o bestia podía enfrentarse: armas que hacían un enorme ruido, vomitaban humo y eran capaces de matar desde una gran distancia.

Cuando von Horst escuchó aquellos rumores se estremeció a causa del nerviosismo. Aquellos hombres solo podían ser miembros de la expedición que había venido con él desde el mundo exterior en el

O-220:

sus amigos. Sin duda le estaban buscando. Convocó a sus guerreros.

—Voy a ir al encuentro de esos extranjeros de los que hemos oído hablar. Creo que son mis amigos. Pero si no lo son, serán capaces de matar a muchos de nosotros con sus armas antes de que podamos acercarnos lo suficiente como para enfrentarnos a ellos. ¿Queréis venir conmigo?

Todos se ofrecieron voluntarios, pero solo escogió a cincuenta guerreros. La-Ja también decidió acompañarles. Cuando partieron, tan solo contaban con vagos rumores como única guía, pero a medida que avanzaron hacia el sur y hablaron con hombres de otras tribus a los que fueron capturando por el camino, las noticias comenzaron a ser más concretas. Finalmente, los exploradores de von Horst informaron a este que habían descubierto una partida de hombres acampados junto a un río, a no mucha distancia de donde se encontraban.

Guiados por von Horst, los cavernícolas de Lo-har se acercaron sigilosamente al campamento de los extranjeros. Allí, von Horst descubrió a hombres equipados con rifles y bandoleras de cartuchos. La disposición y la disciplina del campamento, los centinelas y la apariencia militar de todo aquello, denotaba que aquella gente había tenido algún contacto con la civilización. Aún estaba demasiado lejos como para reconocer a alguien, si es que allí había algún conocido, pero de algo estaba seguro: aquella partida no procedía del O-220.

Susurró algunas órdenes a sus guerreros y luego se levantó, dirigiéndose solo hacia aquel campamento. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando un centinela le descubrió y dio la voz de alarma. Von Horst vio como surgían hombres de todas las partes del campamento y dirigían sus miradas hacia él. Alzó ambas manos sobre su cabeza en señal de paz. Nadie habló mientras atravesaba el terreno abierto hasta el borde del campamento. Pero, entonces, un hombre lanzó una alegre exclamación y se dirigió hacia él.

—¡Von!

Tan solo un momento antes había reconocido von Horst al hombre que había pronunciado su nombre. Se trataba de Dangar. Y tras él venían a su encuentro Thorek, Lotai y Mumal. Von Horst no cabía en sí de su asombro. ¿Cómo habían conseguido reunirse todos? ¿Quiénes eran aquellos hombres armados?

De repente, un hombre alto y bien parecido se destacó del grupo.

—¿El teniente von Horst? —preguntó.

—Sí; ¿quién eres?

—Me llamo David Innes. Cuando el O-220 regresó a la corteza

exterior, Jason Gridley decidió finalmente regresar con él, pero antes me hizo prometer que equiparía una expedición y emprendería una minuciosa búsqueda de tu persona. Así lo hice tan pronto como regresé a Sari. Sin embargo, no tuvimos mucha fortuna hasta que algunos de mis hombres encontraron a Dangar, que regresaba a Sari tras una larga ausencia. Él nos guio hasta el bosque de la muerte. Después de haberlo atravesado, no teníamos mucha idea de dónde seguir buscando hasta que nos encontramos con Thorek, Lotai y Mumal. Estaban huyendo del país de los hombres mamut. Nos dijeron que, al parecer, habías conseguido escapar, y pensaban que estabas buscando

Lo-har.

Nosotros no habíamos oído nunca hablar de

Lo-har,

pero logramos capturar un prisionero que sí sabía la dirección en que se hallaba. Más tarde nos encontramos con un hombre llamado Skruf, al que habías herido con una flecha. Le prometimos protección a cambio de que nos guiase hasta el poblado de los hombres bisonte. Ahora nos estábamos dirigiendo hacia

Lo-har,

pero no es un sitio fácil de encontrar. Esta gente solo sabe la dirección en la que se encuentra. Nuestra única esperanza era capturar a un Lo-hariano, lo que por fin hicimos antes del último sueño. Nos está guiando contra su voluntad hacia su propio país, pues piensa que nos proponemos caer sobre su pueblo.

—¿Cómo se llama?

—Brun; dice ser el jefe de los Lo-harianos —contestó Innes.

Von Horst hizo una señal a sus hombres para que se aproximaran al campamento; luego pidió que liberasen a Brun. Innes envió a por él, con el mensaje de que los suyos habían venido en su busca. No obstante, cuando Brun llegó y descubrió a von Horst, se detuvo y les volvió la espalda con gesto orgulloso.

—No conozco a este hombre —dijo—. No es de Lo-har.

—Deberías ver quienes vienen conmigo, Brun —le sugirió von Horst—. Creo que reconocerás a algunos de ellos, al menos a La-Ja.

—¡La-Ja! —exclamó el jefe—. La había dado por muerta. He estado buscándola por todas partes.

Los hombres de Lo-har acamparon en buena armonía con los

hombres de Sari. Se entablaron muchas conversaciones y se ingirió muchísima comida. Dos sueños después, por fin hablaron de levantar el campamento.

—¿Regresarás con nosotros a Sari, teniente? —le preguntó Innes —. Ahora Gridley puede volver en cualquier momento con otra expedición. Creo que es el único medio que tienes de regresar al mundo exterior.

Von Horst miró de reojo hacia la pequeña cavernícola de rubios cabellos que mordisqueaba un hueso a su lado.

—No estoy totalmente seguro de querer regresar al mundo exterior —respondió.

Fin

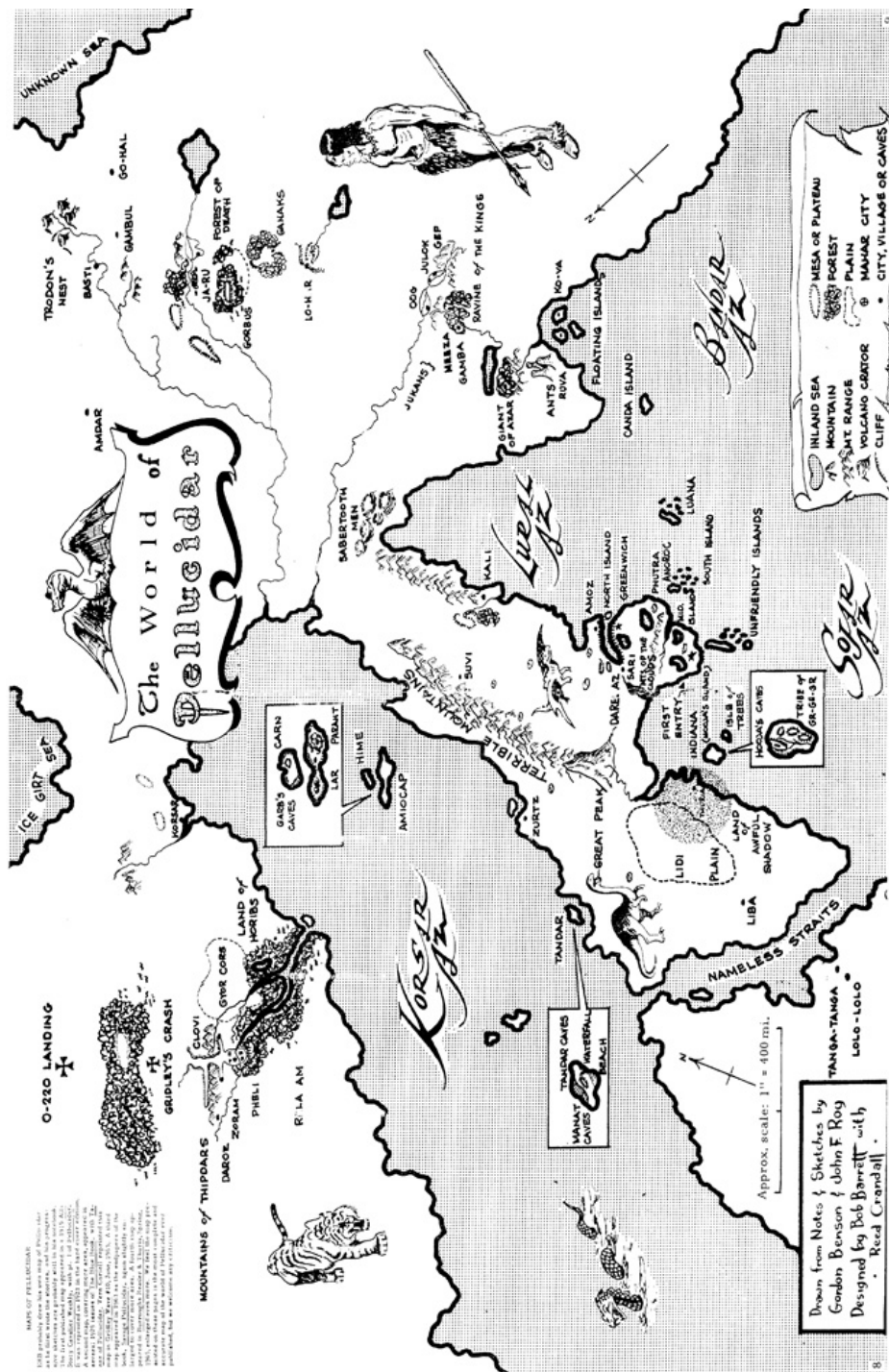


John
Coleman
Burroughes
37

Mapas

Edgar Rice Burroughs probablemente realizó su propio mapa de Pellucidar a medida que fue escribiendo las historias, y sus progresivos diseños seguramente se encuentran todavía en sus cuadernos de notas. El primer mapa en ser publicado apareció en 1915, en la revista *All-Story Cavalier Weekly*, junto a la primera entrega de *Pellucidar*, siendo posteriormente reimprimido en 1923, en la edición en formato de libro que se realizó de esta novela. Un segundo mapa, abarcando un área mayor, apareció en 1929 en varios números de la revista *Blue Book Magazine* junto con *Tanar de Pellucidar*. Vern Coriell reimprimió este mapa en el número 10 del fanzine *Gridley Wave* en junio de 1963. Un tercer mapa apareció en 1963 en las contracubiertas del libro *Savage Pellucidar*, que volvía a ampliar la zona representada. Un cuarto mapa aparecería en el fanzine *Burroughs Reader & Thuria*, fechado en la primavera de 1965, nuevamente ampliado. Otro mapa, de autor desconocido, para muchos el más bello de los realizados sobre Pellucidar apareció publicado en 1977.

Creemos que el mapa que se presenta en estas páginas es el más completo y fiable de todos los mapas existentes sobre Pellucidar, aunque, por supuesto estaremos agradecidos a cualquier sugerencia que podáis aportar. Fue dibujado por Robert R. Barrett y Reed Crandall a partir de notas y bocetos de Gordon Benson y John F. Roy que aparecieron en *ERB-dom* #15 en Febrero de 1966.



MAP OF PELLUCIDAR
 LIBA probably does not have any of these
 animals and probably with the same
 animals as the other islands. The
 island of LIBA is probably the same
 as the island of LIBA in the
 map of Pellucidar. The island of
 LIBA is probably the same as the
 island of LIBA in the map of
 Pellucidar. The island of LIBA is
 probably the same as the island of
 LIBA in the map of Pellucidar.

Drawn from Notes & Sketches by
 Gordon Benson & John F. Roy
 Designed by Bob Barrett with
 Reed Crandall



EDGARD RICE BURROUGHS (Chicago; 1 de septiembre de 1875 – Encino, California; 19 de marzo de 1950) fue un prolífico escritor de género fantástico y de aventuras, célebre por sus series de historias de Barsoom (ambientadas en Marte), de Pellucidar (que tienen lugar en el centro de la Tierra) y, en especial, por la creación del mundialmente famoso personaje de Tarzán.

Burroughs nació en Chicago, Illinois, cuarto hijo del empresario y veterano de la Guerra de Secesión, Mayor George Tyler Burroughs (1833-1913) y de su esposa María Evaline (*Zieger*) Burroughs (1840-1920). Su segundo nombre procede de su abuela paterna, Mary Rice Burroughs (1802-ca. 1870).

Estudió en varias escuelas locales, incluyendo la Harvard School de Chicago, donde entraría en contacto con el mundo clásico de Grecia y Roma. Durante la epidemia de gripe de 1891, pasó un año y medio en el rancho de su hermano en el Río Balsa, en Idaho. Atraído por la vía militar, asistió a la Academia Phillips en Andover, Massachusetts, y luego a la Academia Militar de Michigan. Se graduó en 1895, y al no superar el examen de ingreso en la Academia Militar de Estados Unidos (West Point), terminó como soldado alistado con el famoso Séptimo de Caballería en Fort Grant, territorio de Arizona, donde llegó a luchar contra los Apaches. Tras

ser diagnosticado de un problema cardíaco y no ser apto para el servicio, fue dado de baja en 1897.

Volvió a Chicago e Idaho, donde desempeñó algunos trabajos mal pagados. Finalmente, Burroughs encontró trabajo en la empresa de su padre en 1899, lo que le permitió casarse con su novia de toda la vida, Emma Hulbert, en enero de 1900. En 1904 dejó su empleo y se embarcó en trabajos menos regulares y lucrativos.

Siete años de salarios bajos le llevarían a la escritura. En 1911, Burroughs y Emma tenían dos hijos, Joan (1908-1972), que más tarde se casaría con el actor de cine James Pierce, intérprete de Tarzán, y Hulbert (1909-1991). Durante este período, disponía de abundante tiempo libre y comenzó a leer muchas revistas de aventuras (denominadas popularmente «pulp», por el aspecto del papel barato con el que se imprimían). Convencido de ser capaz de alcanzar el (magro) nivel de sofisticación de las historias que contenían, a los 36 años de edad y bajo el protector seudónimo de Norman Bean, publica su primer relato, *Bajo las lunas de Marte*, en la revista *All-Story Weekly*, obra que le reportó 400 dólares. En octubre del mismo año, esta vez con su nombre real, se publica serializada *Tarzán de los monos*, dando inicio a una meteórica carrera como escritor.

En 1913, Burroughs y Emma tuvieron su tercer y último hijo, John Coleman Burroughs (1913-1979). Pronto se dedica a la literatura a tiempo completo, publicando fundamentalmente en revistas populares, como *All-Story* y *The Argosy*. Escribió relatos de aventuras, ciencia ficción, fantasía, historias del salvaje oeste y romances históricos. Fueron famosas las series dedicadas a los fantasiosos mundos de Barsoom (Marte), Amtor (Venus) o Pellucidar (el centro de la Tierra), pero ninguna tuvo comparación a la serie que narraba las aventuras de Tarzán, el hombre-mono, del que escribiría 24 novelas que lo convirtieron en un hombre rico y famoso.

Este éxito no es solo literario. En 1917 se rodaría la primera película extraída de una de sus obras: *The Lad and the Lion*, aunque será un año más tarde cuando comience la interminable serie de versiones del Tarzán cinematográfico. Este Tarzán del cine mudo, dirigido por Scott Sidney, fue interpretado por Gordon Griffith,

como Tarzán niño y Elmo Lincoln como Tarzán adulto. El éxito de público es rotundo.

Poseedor ya de una considerable fortuna, se trasladó a California en 1919 donde adquirió 540 acres de terreno, fundando una localidad a la que da el nombre de *Tarzana*, en honor al personaje que le había dado fama y fortuna, y dando comienzo a un próspero negocio inmobiliario.

En 1923 Burroughs creó su propia compañía, la Edgar Rice Burroughs, Inc., y comenzó a imprimir sus propios libros a lo largo de la década de 1930. En Febrero de 1932 se estrena, dirigida por W. S. Van Dyke e interpretada por Johnny Weismuller (Tarzán) y Maureen

O'Sullivan

(Jane), *Tarzan, the Ape Man*, película que convertirá a Tarzán en uno de los mitos más populares del siglo xx y que dará lugar a toda una serie de secuelas protagonizadas por los mismos actores. A pesar del dinero que le reportaron, a Burroughs nunca le gustó la versión de Tarzán que se daba en estas películas.

En lo personal, Burroughs no tuvo tanta suerte. Se divorció de Emma, que no se había sabido adaptar al éxito de su marido, en 1934, para casarse en 1935 con la actriz Florence Dearholt Gilbert, exesposa de su amigo Ashton Dearholt y veinte años menor que él. Burroughs adoptó los dos hijos de Dearholt. La pareja, a su vez, se divorciaría en 1942.

En el momento del ataque a Pearl Harbor, el escritor vivía en Hawái, a donde se había trasladado por motivos de salud. A pesar de tener casi setenta años, solicitó y obtuvo permiso para convertirse en corresponsal de guerra.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Burroughs volvió a California, donde sufrió muchos problemas de salud. Murió de un ataque al corazón el 19 de marzo de 1950, dejando como legado un centenar de novelas y relatos.